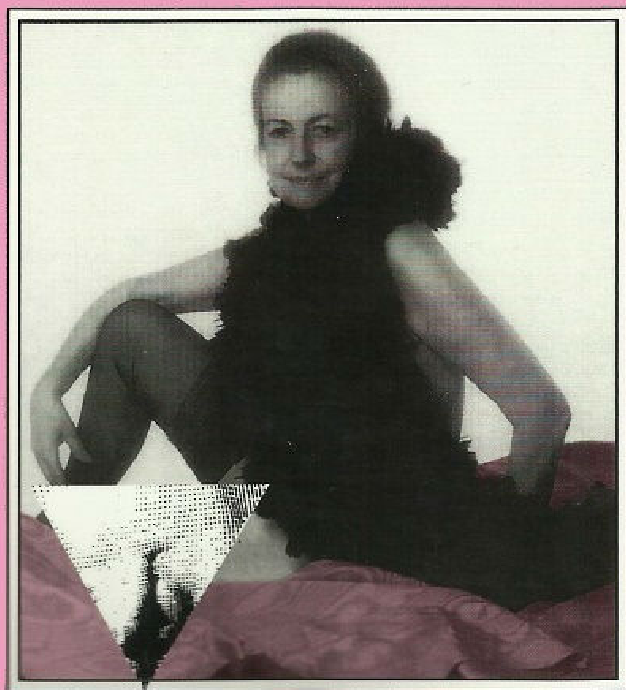
Anne Cumming

El hábito del amor



La sonrisa vertical



Siguiendo una tradición ampliamente conocida, Anne Cumming decidió, en un momento clave de su vida, sentarse a escribir sus memorias. Sin embargo, en vez de iniciarlas por su nacimiento, dedicó el primer volumen, *El hábito del amor*, a evocar el período de su vida comprendido entre los 50 y los 60 años. Estas «Confesiones sexuales de una mujer mayor» se inician el día del cincuenta cumpleaños de la autora, cuando, sorprendiendo a propios y extraños, anuncia en una fiesta la decisión de abandonar el sexo, la práctica del mismo. A pesar de la aparente seriedad de la resolución, ésta se iba a mostrar precipitada. No había tenido en cuenta las docenas de hermosos y tentadores jóvenes que iban a cruzarse en su camino, así como aquello que una vez le dijo su amigo William Burroughs: «El amor es el hábito más difícil de abandonar».



Anne Cumming

El hábito del amor

Confesiones sexuales de una mujer mayor

La sonrisa vertical - 55

ePub r1.0

Titivillus 25.10.15

Título original: *The Love Habit. The Sexual Confessions of on Older Woman*
Anne Cumming, 1977
Traducción: Antonio Prometeo Moya

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A mis hijas, por la educación de mis nietos

Con el debido reconocimiento a las mujeres de mi vida: la amiga anónima que me lo sugirió; Natalia Murray, que lo estimuló; Helen Brann, que lo vio crecer; Gertrude Buckman, que me ayudó a organizado; y Diane Giddis, que lo hizo conocer en los Estados Unidos.

No olvidemos tampoco a los jóvenes que lo inspiraron. ¡Dios los bendiga a todos!

El primer paso para salvaguardar la propia sexualidad, que para muchos es de vital importancia para salvaguardar la personalidad, es tomar conciencia de que la vida sexual puede durar y normalmente dura toda la vida en ambos sexos. La sexualidad es una actividad de lo más inocua. Interrumpirla sin quererlo es mucho más peligroso que un breve ejercicio violento.

Alex Comfort

La esencia de lo *camp* es juguetona y antiseria. Más concretamente, lo *camp* consiste en una relación nueva y más compleja con «lo serio». Se puede ser serio con lo frívolo y frívolo con lo serio.

Susan Sontag

Nota de la autora

Como dijo en cierta ocasión mi amigo William Burroughs, «La sexualidad se vuelve un hábito, el más difícil de renunciar». Dentro de los hábitos generales hay hábitos menores que van desde la inofensiva repetición de placeres favoritos hasta las prácticas más extremas y peligrosas.

Muchos amigos me han preguntado por qué son tan jóvenes mis amantes, así que he empezado a hacerme la misma pregunta. Creo que la respuesta es el hábito que, al igual que muchos hábitos, lo adquirí por equivocación. Me gustó y por tanto la mantuve. Creo que es inofensivo y a menudo benéfico para ambas partes. Es un poco triste porque el final se vislumbra desde el comienzo mismo. Hay un desfasamiento inherente. A veces me he preguntado si vale la pena. Quizá sean los jóvenes los que deberían responder a esto. Por mi parte no lamento nada ni me quejo de nadie. En cualquier caso, que los lectores juzguen por sí mismos. He procurado no ocultar nada, ni a ellos ni a mí misma.

A. C.

No podría vivir sin ellos

Italia y Francia, Navidad 1966-verano 1967
Edad: 50

El 14 de diciembre de 1966 resolví renunciar a la sexualidad. Fue cuando cumplí los cincuenta, y lo anuncié en público a los ciento un invitados que se habían reunido en el piso romano de mi segundo exmarido quien, con toda generosidad, había organizado para mí una fiesta de cumpleaños.

—Creo que es indigno que una abuela tenga amantes —dije—. Renuncio totalmente a ello.

—Me parece recordar que nuestra amiga dijo lo mismo el año pasado, cuando se cumplieron nuestras bodas de plata —comentó mi primer exmarido, que estaba en Roma para pasar las Navidades. Solíamos pasar las Navidades todos juntos: maridos, amantes, hijos, esposas; unas Navidades ampliamente familiares, por así decir.

Desmentí las palabras de Robert.

—El año pasado me limité a hacer una reducción. A aligerar las cosas un poco. Entonces tenía dos nietos; ahora tengo tres. Ya es hora de sentarme en un sillón y ponerme a hacer punto.

Como si aquello hubiera sido una contraseña, sonó el timbre y llegó el invitado ciento dos, retrasado, gordo y resoplando ligeramente: era un buen amigo, tremendamente ingenioso y con algo de malicia.

—¿Qué podría regalarle yo a una mujer que lo tiene todo —dijo—, salvo un poco más de lo que más le gusta?

E hizo que se adelantara un joven de belleza extraordinaria. Como Mat Crowley no había escrito aún *The Boys in the Band*, el detalle fue muy original.

—Lástima que haya renunciado a la sexualidad —dije con

tristeza—. ¡Ni siquiera puedo abrir el paquete!

El joven se adelantó y me besó formalmente en ambas mejillas.

—¡Feliz cumpleaños! —dijo—. Nunca me habían rechazado de un modo tan encantador y por una mujer tan hermosa. El desilusionado soy yo.

—No sabes lo que te pierdes, Anne —dijo mi amigo el gordo—. Tiene el cuerpo más bello de toda Italia.

—Bueno, en ese caso lo cogeré entre mis brazos. Si a mis exmaridos no les importa, bailaré con él el primer baile.

Alguien puso un disco y comenzó la fiesta en serio; pero no desempaqueté al muchacho aquella noche.

Celebramos una agradable Navidad familiar alrededor de mi gran mesa ovalada y decoré el árbol con los adornos que habían sobrado de la fiesta celebrada el año anterior con motivo de mis bodas de plata. Aquélla sí había sido una fiesta encantadora. No había encontrado motivo para no celebrar unas bodas de plata con un hombre al que tanto quería, aunque hacía ya dieciocho años que nos habíamos divorciado.

Cuando toda la familia se hubo ido, recogí el oropel y me sentí un poco aburrida. Tenía varios amantes en Roma, y otros tantos en distintos lugares a los que visitaba de vez en cuando: por ejemplo, mi pescador de St. Tropez, o un instructor de esquí de St. Anton. A éstos los llamaba amigos «de fuera», para diferenciarlos de aquellos otros con quienes me entendía en terreno doméstico.

Todos mis amantes locales me habían telefoneado después de la fiesta para preguntarme si mi resolución iba en serio.

—Sí —contestaba yo—. A partir de ahora seremos sólo buenos amigos. Puedes venir a tomar el té, pero no esperes compasión.

Hacia Año Nuevo se me estaba volviendo difícil mantener la resolución de quedarme tranquilamente en casa haciendo punto. La castidad no era una de mis costumbres. El sentido de la aventura está muy arraigado en mí. Soy una exploradora de todo lo humano.

En Noche Vieja fui a una fiesta que mi amigo el gordo

celebraba en su nueva casa y volví a encontrarme el empaquetado regalo. Ensayó un movimiento distinto. Insistió en llevarme a casa temprano porque necesitaba huir de alguien que había en la fiesta. Como me gusta meterme pronto en la cama, no hice ninguna objeción. Le birlamos una botella de champagne al anfitrión y volvimos a mi apartamento. Mi regalo de cumpleaños se desempaquetó él solito en el dormitorio. Bueno, es posible que yo comenzara la operación bajándole la cremallera de la bragueta, pero ¿hay mejor forma de comenzar el año que en la cama con un joven guapo?

En los treinta años anteriores había tenido dos maridos y una docena de líos amorosos serios, ¿y qué me habían reportado? Treinta años de desilusión. ¿Había compensado el placer el sufrimiento?

A los cincuenta, estaba cansada del amor. No quería ya una relación permanente; me bastaban las amistades y una profesión. Las relaciones eróticas podían ser accidentales. Tenía la seguridad emocional bajo llave. Nunca tenía por qué volver a confiárselo a otra persona.

A mediados de febrero me llamó mi amigo el gordo.

—¿Qué tal el regalo navideño? —preguntó.

—Se ha acabado —contesté.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Nada del otro jueves. Mi madre me enseñó que una señora de verdad no acepta regalos de ningún caballero a menos que tengan fecha de caducidad y se puedan compartir con otros; por ejemplo, las flores o los chocolatines. El muchacho tenía fecha de caducidad, como todas las grandes bellezas, y quería ser compartido por un público más amplio; así que le abrí la puerta.

—¿Estás dolida?

—De ningún modo. Es más bien un alivio no tener que competir.

Mis antiguos amantes se enteraron de que estaba otra vez en circulación y se avinieron a la jornada parcial que yo prefería. Unas veces dejaba que hubiese turnos alternos y otras me entregaba en exclusiva a una relación limitada. Mi

estilo amoroso estaba en armonía con mi estilo de vida, y ambos se ajustaban a la perfección a mi vida profesional.

Durante veinte años había trabajado en el terreno de las relaciones públicas, sobre todo para el cine italiano. Por entonces estaba en la Toscana, en busca de exteriores para rodar, y no estaría de vuelta hasta Pascua.

Conversación en una terraza de Roma. Pascua de 1967.

—Mamá, preferiría que tuvieses los amantes de uno en uno —dijo Fiona, mi hija mayor—. La situación es muy confusa para los niños. ¿Cómo voy a explicarles lo que pasa?

Mis nietos estaban en el cuarto de baño, jugando con barcos de papel en el bidet, ajenos, me parece, a los problemas sociales y sexuales. Mis últimos amantes estaban fuera de vista por el momento. El subsecretario estaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Rudi estaba en la Opera preparando decorados para *Aída*, y mi camionero estaría en el sur de Calabria, camino de Sicilia. Bruno estaba en París fotografiando las colecciones, y Paolo en la Universidad de Nápoles.

Nos habíamos reunido todos para Pascua en mi casa romana, próxima a la plaza de España. Fiona había venido en avión desde Inglaterra con sus hijos, que tenían tres y cuatro años, y Vanessa y su marido siciliano habían venido desde el campo con Matthew, que tenía un año y se arrastraba por el suelo del cuarto de baño, tratando de limitar a sus primos.

—Queridas mías —me quejé—, no voy a organizar mi vida sexual para comodidad de mis nietos.

Dejé de regar los geranios y me volví para mirar a mis hijas, que estaban acomodadas en sendas hamacas mientras tomaban té con hielo. Las dos eran altas y elegantes, estaban con las piernas estiradas y los pies cruzados.

—Estamos en los alegres sesenta, ¿no? —añadí—. ¿Por qué hemos luchado todos, sino? Mi madre ya se manifestaba en Bloomsbury en pro del amor libre allá por los años treinta, y *mi* generación, desde entonces, se ha venido acostando con quien le ha dado la gana, sin prejuicios, para que *la vuestra*

pudiera pedir a gritos desde los tejados una revolución sexual. —Hice una pausa para recuperar el aliento—. ¡Y ahora esperáis que me eche atrás y me comporte como una virgen victoriana!

—No exactamente, mamá —intervino Vanessa—. Pero ¿no podrías dejar en paz a los jóvenes y relacionarte con un hombre de tu edad?

—¿Y cuál es mi edad? Me siento contemporánea de todo el mundo.

—Tienes cincuenta años, madre —dijo Fiona con frialdad.

—Pues no atraigo a los otoñales, querida. O están demasiado cansados, o tienen miedo de alterar su relación matrimonial, o van tras las jóvenes como vosotras —repuse, mientras seguía regando los geranios.

—¿Qué me dices de Rudi? —insistió Vanessa refiriéndose a mi intrépido amigo constante, que aún me atormentaba pero que ya no dormía conmigo.

—¡Dios mío! Preferiría volver con tu padre.

—Tal vez no sea mala idea —intervino Fiona—. ¿Por qué no lo haces?

—Tu padre no sabe cocinar; ni tu padrastro. Cometí una gran equivocación con mis maridos. Tendría que haberlos encerrado en la cocina en vez de llevármelos al dormitorio, que sólo causa superpoblación y disgustos.

Mis hijas se echaron a reír. Por lo menos, me dije, tienen sentido del humor. Aunque no haya hecho otra cosa en la vida, he dado al mundo dos chicas guapas con piernas largas y sentido del humor.

—Mamá —rogó Fiona—, hablemos en serio un rato. Y siéntate. Vas a ahogar las plantas. Y si vas a estar todo el rato con la manguera en la mano, riega un poco las adelfas.

Desvié la atención hacia las adelfas, regalo de cumpleaños de mi segundo exmarido, Charles, y de su nueva esposa, que, oportunamente, vivían al doblar la esquina. Los exmaridos son muy prácticos. Los míos además eran generosos. Es muy importante saber elegir a los exmaridos.

Volví a nuestro tema.

—El matrimonio y la vida doméstica —dije— no deberían

tener nada que ver con la sexualidad. La sexualidad debiera reservarse para los amantes, y los amantes para la sexualidad. Las abejas saben hacerlo. El matrimonio es un bonito trabajo doméstico para quienes disfrutan con esas cosas. A muchos hombres les encanta lavar platos, y hay un porcentaje aún más elevado de excelentes cocineros. Mi lema es: estimúlales, y enciérralos en la cocina.

Mi yerno siciliano, que nunca dice ni pío cuando está en casa, sonrió pero no dijo nada. Seguí con mi discurso y agitando la manguera mientras me entusiasmaba con mis propios argumentos.

—Los hombres deberían mantenerse al margen de las calles, del Parlamento, de todas las oficinas y negociados desde donde han convertido el mundo en un caos económico. Que se pongan a hacer pasteles y a cuidar niños: así habrá menos delincuentes juveniles. No estoy muy segura de que las mujeres sepan educar a los niños. Pongamos el mundo al revés y empecemos de nuevo.

Presa del entusiasmo, me había puesto a salpicar agua a mi alrededor; Fiona se puso en pie de un salto y cerró el grifo.

—Siéntate y tranquilízate, mamá. ¡Compórtate en concordancia con tu edad!

—Eso es exactamente lo que hago. A mi edad dispongo por fin de una vida totalmente independiente. Soy libre de vivir donde quiera y con quien quiera. Puedo viajar por el mundo entero. ¿Por qué tendría que sentar cabeza?

—Tienes razón —repuso Vanessa—. Pero por lo menos relaciónate con un solo joven por vez. ¿Por qué has de tener tantos?

—Nunca los despacho del todo. Es innecesario y cruel. Me limito a aumentar la cantidad.

Seguí hablando y tomé asiento junto a mis hijas y mi indolente y encantador yerno siciliano. Mi yerno inglés, un chico muy trabajador, había sido incapaz de permitirse unas vacaciones. Estiré mis largas piernas y consideré la situación. ¿De cuál de mis mancebos podría prescindir?

Mi grandote y duro camionero, Pietro, al que mis hijas se

oponían en particular, era muy útil para hacer chapuzas domésticas y reparar el coche. Cuando no estaba en la cama o sustituía al lampista, permanecía callado en un rincón leyendo *La Gazetta dello Sport*, o se iba a su casa, con su mujer. Era transportista de muebles y me había recogido en la carretera cierto día en que se me había averiado el coche. Me había llevado a casa en el camión y me había ayudado a olvidar a Rudi, el último de los amantes con quienes había vivido y que al abandonarme me había dejado el corazón con muchas grietas.

Luego vino el subsecretario, un joven simpático y gordo que trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores, perfecto para las coyunturas diplomáticas, quien me consiguió toda clase de permisos y licencias e incluso escribía mis cartas.

Luego vino Paolo, mi Primavera Romana, llamado así porque me lo había encontrado en la plaza de España un bonito día de primavera. Era estudiante de derecho y solucionaba toda clase de problemas domésticos, como por ejemplo cuántas semanas de vacaciones hay que dar a la criada o si hay que pagar impuestos o no. Era muy eficaz tanto dentro como friera de la cama.

Bruno, mi pequeño fotógrafo barbudo, tenía archivados todos los sucesos familiares, en blanco y negro o en color, desde los bautizos y las bodas hasta las fotos del pasaporte. No me cabe la menor duda de que estará presente el día en que me muera, para tomar fotos de mi entierro. Mientras tanto, llenaba los vacíos de mi vida erótica. Tenía complejo de Casanova y ligaba con más mujeres en una semana que muchísimos hombres a lo largo de toda su vida. A Bruno se le podía llamar y decirle: «Estoy sola y deprimida»; entendía la situación inmediatamente. Se desembarazaba de la Signora A y de Miss B, y, después de una rápida charla telefónica con la princesa C, estaba un ratito en casa antes de reunirse con Madame D; y cuando digo ratito, lo digo literalmente. Un ratito con Bruno y no hacía falta ningún otro estímulo. Era mucho más barato que el alcohol y las drogas, y mucho mejor para la salud.

¿Cómo podía vivir sin cualquiera de mis jóvenes? Se me

habían vuelto un hábito y yo también les era útil a ellos. Cuando no tenían a ninguna otra, allí estaba yo. Como decía uno de mis amigos (¿o era un enemigo?), «Anne, eres la puta a domicilio más vieja y elegante de la profesión».

Yo daba té y simpatía, afecto y serenidad a mis jóvenes: desahogo sexual sin complicaciones sexuales. Las mujeres jóvenes eran a veces difíciles de conseguir, costaban dinero y podían quedarse embarazadas. Además, no era probable que tuvieran un piso tan cómodo.

Mi hija repitió la pregunta anterior:

—Mamá, ¿por qué tienes que liarte con tantos jóvenes?

—Hay seguridad en las cifras altas —dije—. Si sientas cabeza con un amante, corres peligro de volver a casarte.

—¿Y qué hay de malo en casarse? —exclamaron a un tiempo mis dos hijas.

—Ya sé que a vuestra edad parece algo divino. Deseáis probar las recetas que aparecen en los suplementos dominicales. Os *encanta* cambiar los pañales al niño. A mi edad, todo eso es un coñazo. Si me vuelvo a casar será con un homosexual viejo, rico y simpático, una maricona que sepa cocinar, que me cuide y comparta a mis jóvenes conmigo. Alrededor del cuello les pondremos una medalla de plata que diga «De él» y «De ella».

—Mamá, eres inaguantable.

Del cuarto de baño, donde jugaban los niños, surgieron gritos agudos seguidos de golpes secos y exclamaciones en voz alta.

—Tus nietos se están matando entre sí —dijo con la mayor tranquilidad mi yerno siciliano, tomando la palabra por primera vez—. Preferiría que lo hiciesen en silencio: interrumpen mis meditaciones.

Estaba echado con indolencia en la tumbona y se incorporó para servirse otro vaso de té con hielo mientras las tres mujeres nos levantábamos y corríamos hacia el campo de batalla. Los niños estaban bien, pero el cuarto de baño estaba totalmente inundado.

El Sábado Santo de aquel año lo pasamos en la casa de campo que tenía Vanessa en Monte Albano, en las afueras de

Roma. Organicé para los niños una búsqueda del huevo de Pascua en la hierba crecida del huertecillo del chalet y luego entramos en la casa para dar cuenta del tradicional cordero asado italiano y de un pastel en forma de paloma.

—¿Es la Paloma de la Paz o el Espíritu Santo? —preguntó Fiona a su hermana.

—No lo sé —contestó Vanessa—. Aunque tuve que aprender el catecismo para casarme por la Iglesia católica, nadie me dijo nada al respecto.

Se habían casado por la Iglesia a pesar de que su marido era comunista. Una de las chocantes rarezas italianas consiste en que los buenos comunistas van a menudo a oír misa los domingos.

Dejé a mis muchachas y sus respectivas familias en el campo y me volví sola a Roma. Me sentía muy tranquila. Me había acostumbrado a vivir sola y me gustaba. Ni siquiera tuve ganas de coger el teléfono, que sonaba cuando llegué a casa. Me parecía una invasión de mi intimidad.

Los timbrazos no cesaban. Tenía que ser alguien que conocía mis costumbres, el tamaño del piso y mi resistencia a responder a las llamadas telefónicas. Probablemente se trataba de uno de mis amantes de jornada parcial, pero ¿cuál de ellos?

—Hola, Anne. ¿Dónde has estado todo el día?

—Atendiendo a los deberes familiares.

—¿Te apetece un poco de marcha?

—Siempre me apetece un poco de marcha, ése es mi problema.

—No es un problema, Anne: es tu fuerza. Es lo que te mantiene joven.

—Ven entonces. Comenzaba a sentirme de acuerdo con mis años.

Colgué y por unos instantes no pude recordar cuál de mis jóvenes amantes era el que iba a venir. Lo asombroso era que no me importaba.

Más tarde, cuando fui a abrir, me di cuenta de lo afortunada que era. A los cincuenta años había organizado mi vida de acuerdo con una agradable pauta, basada en la

disciplina y el equilibrio de trabajo y diversión con algunos toques de desenfreno. Mi trabajo de relaciones públicas para las grandes compañías cinematográficas casaba a la perfección con mi estilo de vida. También exigía disciplina y equilibrio, y las películas aportaban el toque de desenfreno. Nunca me aburría. El aburrimiento es mortal y a mí me gustaba vivir.

El timbre de la puerta sonó con brío: era un timbrazo alegre y juvenil.

—Querida —exclamó el joven en cuanto cruzó la puerta y me rodeó con sus fuertes brazos—. Tendrá que ser algo rapidito. ¿No te importa? Tengo que partir para Milán dentro de media hora y sólo quería *sentirte* y acariciarte antes de marcharme.

—Claro que no me importa. Me gusta que quieras sentirme. El sentimiento es amistad. La cópula es comunicación. Quiero ser deseada: la sexualidad consiste en esto.

Cruzamos el recibidor y entramos en la sala de estar, donde volvió a abrazarme y me besó con dulzura. Su lengua mariposeó al principio alrededor de la mía y después se hundió profundamente en mi boca.

—Es una lástima que no dispongamos de más tiempo —dijo cuando se apartó para recuperar el aliento.

—Lo que cuenta es la fuerza del deseo —respondí—. No el tiempo.

Entramos en el dormitorio, pero no nos desnudamos del todo. Sonreí cuando terminamos.

—Nunca subestimes el valor de un polvo de cinco minutos —dije.

Notas del Diario. Festival de Cannes. 10 de mayo de 1967. Mediodía.

Llegué ayer a Cannes. El sol brilla sobre el Boulevard de la Croisette, pero hace viento y las palmeras parecen polvorientas. Estoy aquí porque una película italiana en que he estado trabajando participa en el certamen, y se me ha

encargado darle la máxima publicidad posible. He estado toda la mañana haciendo cola para conseguir el pase que me permitirá asistir a todas las proyecciones privadas. Este año se nos ha dividido por sectores: productores, distribuidores, periodistas y, en último lugar pero no en categoría, los astros y estrellas, a quienes en las oficinas del Festival se llama *les artistes*. No se trata sólo de los actores, sino también de los directores, los decoradores y otros individuos no relacionados con la comercialización de las películas pero muy interesados en colocarse comercialmente ellos mismos. Cannes es una mezcla de gran industria y mercado de esclavos mediterráneo.

Parece que va a llover, aunque el clima suele ser inclemente con el Festival. Esto tenía su importancia en los viejos tiempos, cuando la exhibición lo era todo y las actrices en tren de promoción se paseaban por la playa con bikini de visón, pero no tardó en descubrirse que estas cosas no ayudaban a conseguir contratos, y sí pulmonías. Los actores se mantienen hoy al margen, a menos que vengan para promover directamente la película en que han trabajado; si no, ser visto en Cannes es ser visto sin trabajo. El Festival de Cannes es un montaje comercial donde los productores buscan distribuidores, no donde los directores busquen actores. Los únicos que buscan actores son las multitudes que se apelotonan en el Boulevard de la Croisette y delante de los cines. Salí para unirme a ellas y me puse a buscar a Rudi.

Conocí a Rudi en 1955, cuando me separé de mi segundo marido y me fui a vivir a Roma. Estaba sentado en un rincón de una pequeña *trattoria* frecuentada por pintores y escritores, donde todos nos instalábamos en mesas comunes y trabábamos mutuo conocimiento. Nadie parecía conocer a Rudi. Tímido pero guapo, siempre se sentaba solo. Me senté con él unas cuantas veces y descubrí que tenía mucho encanto e inteligencia y un inesperado sentido del humor. Era austríaco, pero había estudiado en Roma, en la Accademia di Santa Cecilia, y era ya un joven y prometedor director de orquesta. Nunca llegaba acompañado al restaurante y nunca se iba acompañado.

—¿Eres enemigo de las relaciones sexuales o sólo insociable? —le pregunté un día—. ¿Tienes alguna amante misteriosa o te ves con algún muchacho en secreto? ¿Eres maricón, virtuoso o es que sencillamente nadie te ha puesto aún la mano encima?

—Quizá espere la mano apropiada —dijo, escurriendo el bulto; pero sonrió al decirlo.

No tuve tiempo para profundizar en el tema porque dos caballeros de la mesa contigua me estaban rifando. Les conocía superficialmente y esperaba que ganase el del jersey rojo. Ganó. Le había conocido en una época en que, deseosa de olvidar a mi segundo marido, me acostaba con cualquiera que me lo pidiese. El del jersey rojo me reclamó para ir a tomar un café en la Piazza del Popolo. Mientras me disponía a salir del restaurante, le dije a Rudi:

—Espero que sepas reconocer «la mano apropiada» cuando la veas. En mi opinión, el mejor método es probar e ir eliminando.

—Me gustaría tener tu valor —dijo.

—La osadía es útil a la larga —dije desde la puerta, y desaparecí en la noche.

Estuve un tiempo sin volver por la pequeña *trattoria*. El lío con el jersey rojo duró dos semanas. No me ayudó más que los restantes jerseys a olvidar a mi marido. Entonces, una noche lluviosa, volví a la pequeña *trattoria*. Las lágrimas me resbalaban hasta la sopa cuando entró Rudi.

—Nunca te había visto triste —dijo—. Ello te vuelve más accesible.

Arrojó una rosa sobre el mantel de papel, la rompió y me la puso en la mano.

—Para que te animes —dijo.

Cuando terminamos de cenar, le invité a tomar café en casa. Me sorprendió que aceptase. Ninguno de los dos terna paraguas y, como aún llovía, corrimos durante todo el trayecto hasta mi casa. Llegamos sin aliento y empapados.

—Quítate la ropa y la pondré a secar ante la estufa —le dije—. Métete en la cama y entra en calor.

Era muy tímido, pero siguió mis indicaciones. Luego me

desnudé yo y me metí también en la cama. Pasó un rato antes de que pudiera quitarle los calzoncillos, pero al final todo salió de perlas. Saltó la prenda, se enderezó lo otro, me puse encima y Rudi se quedó conmigo durante cinco años.

—No sabía que las mujeres tomaran la iniciativa —comentó entonces—. Resulta más fácil.

Rudi admitió que era un homosexual reprimido, pero como lo pasábamos la mar de bien dentro y fuera de la cama, el asunto no parecía tener importancia. No volvimos a hablar más de ello porque la felicidad no conoce los problemas. Llegó a ser un director musical y compositor de renombre, yo entré en las relaciones públicas y me convertí en publicista del cine italiano. El que supiese varios idiomas y tuviera experiencia teatral me ayudó mucho y las cosas me fueron bien.

Por desgracia, Rudi y yo raras veces trabajábamos en la misma película y comenzamos a estar separados durante largos períodos. Cierto día volví a casa después de haber estado dos meses rodando en exteriores y descubrí que, como hiciera yo antaño, alguien más había tomado la iniciativa con Rudi. Se trataba de otro hombre. Se fueron a vivir a los Estados Unidos y el corazón volvió a rompérseme en mil pedazos. Pese a ello, Rudi volvía a Europa regularmente a causa de su trabajo y en cada visita trataba de volver conmigo. Al principio no pude resistirme y se lo permitía, pero al final decidí romper el hechizo. A partir de entonces, insistí en tener camas y amantes distintos. En Cannes teníamos ya incluso hoteles distintos y en consecuencia no le localizaba ni siquiera cuando lo necesitaba.

Conversación en la terraza del Hotel Garitón de Cannes. Mediodía del 12 de mayo de 1967.

—Rudi, querido, no te encontraba en ningún sitio. ¡Te he buscado durante veinticuatro horas!

—¿Y en qué otro sitio podía estar, Anne? Cualquier sujeto que es alguien está en la terraza del Carlton antes de comer.

—¡Hijoputa presumido! El que hayas diseñado los

decorados y el vestuario de la película que probablemente va a ganar el certamen no significa que *yo* tenga que andar en *tu* busca. Habrías tenido que ser tú quien me buscara. Es el hombre el que busca a la mujer.

—Nuestros papeles siempre han estado invertidos, querida. Es demasiado tarde para cambiarlos.

Miramos hacia las mesas que nos rodeaban. Las ocupaban sobre todo barrigones y maduros californianos con camisa hawaiana. Unos cuantos directivos europeos de aire agradable, indumentados con pulcra chaqueta marinera de botones dorados, acomodaban a las señoras que les acompañaban y que ostentaban peinados elaboradísimos y elegantísimos vestidos Pucci-Gucci para las ocasiones sociales. Los bolsos Vuitton aún no habían llegado.

—Esto es lo que los chinos llamarían El Año de la Camisa Hawaiana —comenté—. ¿Quién crees que será aquel negro joven y guapo que está allí? ¿Algún príncipe etíope?

—Probablemente un chapero neoyorquino.

Rudi y yo habíamos visitado todas las cafeterías del mundo y solíamos jugar a adivinar quiénes y qué eran nuestros ocasionales vecinos de mesa. Nunca nos cansábamos del juego. Allí era demasiado fácil. Llamábamos al juego hacer y deshacer películas. Se trataba de una adinerada reunión de las grandes familias, opulentas pero no elegantes. Sólo unas cuantas francesas en pantalones, y con el pelo suelto y blanqueado por el mar, parecían realmente chic. Los demás sólo parecían ricos.

—Ahora me pregunto ¿quién es *aquélla*? —dije, aludiendo a una joven alta, delgada, de pecho liso, que con un caro vestido de hippie se paseaba por el pasillo central que había entre las mesas.

—La Maravilla Sin Tetas —contestó Rudi—. Andy Warhol la descubrirá.

Guardamos silencio durante un rato. Una ventaja de estar con los antiguos amantes es que una no tiene que estar hablando con ellos todo el tiempo.

—Mira eso —dijo Rudi de pronto—. ¡Qué bocado tan exquisito!

Seguí la devoradora mirada de Rudi. Un crío precioso, de unos dieciséis años, se abría paso por entre la multitud. Con el pelo rubio alborotado, la cara bronceada, tenía un culito precioso empaquetado en los tejanos más ceñidos y raídos de todo el bulevar y sin que hubiera nada cinematográfico en él. Parecía que se hubiera hecho a la mar con unos amigos jóvenes y hubiera vuelto a la orilla nadando.

—Está divino —dije—. Pero cuidado con estas manitas, Rudi. No quiero que te detengan por corrupción de menores.

—Por suerte no me suelen gustar los muy jóvenes. Pero éste tiene algo especial. Ten por seguro que no acaba de salir de una maleta, como todos los que se ven por estos sitios. Probablemente es de aquí. Me gustaría saber quién es y de dónde viene.

Aún jugando al juego de adivinar quién era quién y a qué se dedicaba, observamos el avance del joven por entre las mesas atestadas. Llegó a una muy cercana a la nuestra y se puso a hablar con un hombre maduro que ya estaba sentado. El individuo alzó la cara para mirar al chico y entonces lo reconocí, aunque no lo veía desde hacía casi treinta años.

—¡Santo Dios! —exclamé—. Pero si es Aurélien.

—¿Quién es Aurélien? —preguntó Rudi—. ¿El chico?

—No. El hombre con quien habla. El primer amante de verdad que tuve. Me desvirgó en un banco bajo la Torre Eiffel mientras estudiaba francés en París, antes de la guerra. Dios mío, qué viejo está. Y no puede ser mucho mayor que yo. Rudi, ¿parezco yo tan vieja?

Pero Rudi no me escuchaba. Contemplaba al muchacho, que se había sentado junto a Aurélien y hablaba animadamente con gesticulación francesa. De vez en cuando se pasaba la mano por los rebeldes rizos rubios en un inútil intento por doblegarlos.

—¿Para ti o para mí? —insistió Rudi.

—¿Quién? ¿Aurélien?

—El muchacho, tonta.

—Ni se me había ocurrido. ¿Qué podría hacer yo con un adolescente? Tengo cincuenta años. Podría ser mi nieto.

—Y Aurélien podría ser tu marido. ¿Por qué no te casaste

con él?

—Volví a Inglaterra en mitad de nuestra relación. Mi madre tenía cáncer, se estaba muriendo y me necesitaba. Nos escribimos durante un tiempo, luego estalló la guerra y perdimos el contacto. Francia quedó aislada de Inglaterra durante la guerra, ¿recuerdas?

—¿No le buscaste después de la guerra?

—No mucho; pero por entonces ya estaba casada con Robert. Le llamé a su antigua casa cierta vez que fui a París, pero allí sólo sabían que Aurélien era de algún lugar de la Provenza. Resultaba demasiado difícil. Pensé incluso que podía haber muerto.

Me quedé mirando a Aurélien abiertamente. Era a la sazón un francés maduro, de pelo gris, aire próspero, un tanto profesoral, pero aún con el encanto suficiente para que le hubiera reconocido con facilidad. Había sido un guapo estudiante de derecho, de modo que presumiblemente ahora sería un abogado competente.

—¿Por qué no vas y le hablas? —preguntó Rudi.

—No sé. Me parece todo tan lejano… como la vida de otra persona o un espejismo de la imaginación. Quizá sea mejor no entrometerse.

—Tonterías. Anda, ve. Diles que se unan a nosotros.

Así pues, retrocedí treinta años, treinta años que estaban a sólo unos metros de distancia.

Siguen las Notas del Diario. Cannes, 12 de mayo de 1967. Por la tarde.

El reconocimiento físico no lo es todo. Aurélien me reconoció tan fácilmente como yo a él, circunstancia que, en vista del tiempo transcurrido, no dejó de ser sorprendente. Además, no sabíamos qué decir. ¿De qué se puede hablar con un antiguo amante después de treinta años? Cuando llegué a su mesa, dije «Hola, Aurélien», como si acabáramos de separamos hacía un rato. Él dijo: «Tú eres Anne Cumming, ¿no?», con mucha formalidad. Nos dimos la mano. No sé por qué no nos besamos. Quizá a causa del chico. Éste no se

levantó cuando Aurélien lo hizo para saludarme, pero me miró con aire burlón. Fue una mirada maliciosa. Aurélien nos presentó entonces: «Mi hijo Jean-Louis». El chico se levantó y me besó la mano. Hubo algo irónico en el hecho de que un adolescente con tejanos hiciera aquel ademán anticuado. Era muy francés, pero ocurre que los dos eran franceses. No se unieron a nosotros porque esperaban a unos amigos, y decliné la invitación de Aurélien de sentarme con ellos porque necesitaba tiempo para recuperarme de la impresión. Tras unos minutos de charla, convinimos en cenar juntos por la noche. Volví donde Rudi y tomé asiento realmente turbada. Rudi estaba fascinado, más por el hijo que por la situación, no obstante. Creo que esta noche voy a tener que ponerme muy guapa para seducir al hijo lo mismo que al padre, a fin de evitar un incidente diplomático. ¡No puedo tolerar que Rudi seduzca al hijo de mi examante!

La noche discurrió de maravilla. Aurélien nos llevó a La Mere Besson, justo detrás de mi hotel. Tenía un ambiente idóneo de informalidad chic, y la comida era deliciosa. Estaba quizá demasiado lleno para hablar, pero nos las apañamos para dar cuenta de los años transcurridos.

Aurélien se había casado en fecha tardía, de aquí que el muchacho fuera mucho más joven que mis hijas a pesar de que Aurélien fuera unos cuantos años mayor que yo. Jean-Louis era hijo único, ya que la madre había muerto cuando el chico era aún muy pequeño. El padre se había vuelto a casar hacía poco, con una mujer que ya no podía tener hijos, y ahora vivían todos en Draguignan, a una hora de distancia de Cannes, tierra adentro.

—Soy un abogado de provincias, querida, y me gusta. Trabajé en París durante un tiempo, y allí nació Jean-Louis; pero cuando murió su madre, me resultó muy difícil cuidar de un niño pequeño en la gran ciudad. Volví a Draguignan, donde vivían mis padres. Mi padre estaba a punto de jubilarse y me hice cargo del negocio de la familia. Luego me casé con mi actual esposa, Marie. No está hoy con nosotros porque ha ido a Marsella a ver a su madre.

Aurélien era una mezcla de terrateniente y refinado

libertino de la Costa Azul. Supuse que iría de crápula a menudo y que tendría varias amantes a escondidas. Aunque tenía ya un aire bastante otoñal, seguía teniendo la antigua chispa. Es posible que mi enfoque de la situación sufriese alguna deformación profesional porque casi todos mis amantes, desde Rudi, habían sido mucho más jóvenes que yo, veinteañeros o treintañeros. Aun así, Rudi era ocho años más joven que yo, lo que quiere decir que entonces sólo tenía cuarenta y dos. Aurélien debía de tener cincuenta y cinco, la edad apropiada para mí, aunque yo no me sentía en modo alguno de su generación. En cierto modo, extrañamente me sentía más cerca del chico.

Coqueteé con él hasta donde pude, esforzándome adrede para que se sintiera adulto. Reaccionó como un hombre, pero seguía teniendo aspecto de angelito.

—Eres un putón, una comepañales —me espetó Rudi después, mientras me acompañaba a casa, cuando padre e hijo habían desaparecido con el coche utilitario entre las colinas.

—Lo único que he hecho ha sido mantener *tus* manos apartadas de él —le contesté.

—¡Entonces habrías podido coquetear conmigo!

—Rudi, ya te dije hace años que no volvería a acostarme contigo nunca más. Todo aquel ajetreo que tuvimos durante tanto tiempo me afectó emocionalmente.

—A mí me gustaba. Volvería a hacerlo.

—Eres un egotista simpático.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que eres un egoísta. Ahora vete de ligue, búscate un jovencito agradable y déjame sola.

Le di un cálido beso y entré en el Grand Hotel. A decir verdad, era demasiado gran hotel para mí, pero quien pagaba era la productora cinematográfica. Tan gran hotel era que ni siquiera me engatusé de ninguno de sus huéspedes, ya que por lo general no me atraen los muy ricos. Algunos empleados, sin embargo, parecían mucho más prometedores. Había un joven en recepción al que ya le había echado el ojo.

El joven de recepción estaba en su puesto. No le

interesaban las maduras. ¿Por qué iban a interesarle, con todas las actrices en ciernes que había por allí, además de las maturrangas que se trasladaban a Cannes durante la época del festival para consolar a los financieros aburridos? La Croisette estaba hasta los topes de chicas guapas. En cualquier caso, yo estaba demasiado cansada y legañosa de tanto ver películas entre las 10 de la mañana y la medianoche para tener mucha vida social o sexual. Tuve que contentarme con las películas norteamericanas y suecas de pomo duro que daban en los cines de la Rué
d’Antibes
.

La mujer de Aurélien me telefoneó un día para invitarme a ir a Draguignan, pero le expliqué que no iba a tener tiempo. Le dije a mi vez que bajaran todos a Cannes otra vez para tomar una copa o cenar juntos. Tenía curiosidad por conocer a Marie. Parecía encantadora. Concertamos una cita y esperé con ilusión que llegase el momento. Llegó el día y cuando pasé por el hotel a la hora de la comida me encontré con una nota que anulaba la cita.

Nota encontrada en el Grand Hotel. Cannes, 17 de mayo de 1967.

«Los señores de Laroche lamentan no poder acudir a cenar esta noche. Para explicarlo vendrá su hijo esta tarde, a eso de las cuatro y media, al salir de la escuela».

¡Al salir de la escuela, claro! No se me había ocurrido pensar que Jean-Louis era todavía un colegial. Era sábado cuando nos encontramos en la terraza del Carlton. Sin duda estaría en el último curso del instituto.

Pasé la tarde maquinando algún truco publicitario para la película que yo había ido allí a promocionar. La Gran Actriz de nuestra película tenía «tetas y culo» en abundancia, por emplear la expresión del fotógrafo, pero estaba ya cerca de los cuarenta, había tenido dos hijos y la estadística biológica le pesaba. Rudi había venido para ayudarme a conseguir las

instantáneas publicitarias que necesitaba, con desnudo suficiente para complacer a la prensa, pero con bastante ropa para permitirme crear la nueva imagen que planeaba para ella: «*Sex symbol* se convierte en actriz dramática».

—¿Qué puedo hacer, Rudi? Parece una Lolita envejecida y en realidad no sabe actuar.

—Ya. Sí que es un problema. La ropa interior negra suena a perversión. La puntilla de colores es vulgar. Tendremos que inventar algo nuevo.

Rudi se fue a recorrer las tiendas de Cannes por mí. Fue muy simpático de su parte, pero es que es un egotista simpático, y como a muchos homosexuales le encanta la ropa y vestir a la gente. Cuando vivía con él, me hacía cambiar de ropa una docena de veces al día para ver qué pendientes armonizaban con tal o cual falda. Acabé tan hastiada de todo aquello que desde entonces apenas si me he preocupado de la ropa, y en cuanto a las joyas que heredé de mi madre, o duermen en el banco o fueron a parar a mis hijas cuando se casaron. Que las pierdan ellas, me dije; así no me echarán a mí la culpa.

Rudi volvió al mismo tiempo que La Gran Actriz. Entraron juntos en pian reina. Rudi la eclipsó un tanto, cosa que sabe hacer bien. Venía con montones de saris, caftanes y adornos hindúes.

—Vamos a inventar el look hindú —dijo.

En 1967 aún no se llevaba mucho la moda hindú. Es posible, pues, que Rudi la inventara de veras. A La Gran Actriz le impresionó que Rudi estuviera allí para ayudarme, y mi amigo supo arreglárselas para darle un aire encantador, erótico y dramático al mismo tiempo.

—Un poco de Marlene Dietrich en *Marruecos* —dijo, alejándose para calibrar su obra—, mezclado con la magia misteriosa del Lejano Oriente.

Entró el fotógrafo y dispuso la iluminación mientras Rudi arreglaba los pliegues de la ropa y rodeaba a la recostada actriz de gemas relucientes. Todos nos preparamos para hacer las fotos.

—¡Un momento! —exclamó Rudi. Se adelantó a toda prisa

y apartó unas cadenitas que colgaban—. Siempre que te vistas, ponte las joyas y luego quítate algo. Así se evita la vulgaridad.

Rudi siempre tenía razón.

Una vez terminada la sesión fotográfica fui a sentarme fuera del Grand Hotel después de dejar en recepción una nota diciendo que estaría en la terraza. Pedí té y esperé a Jean-Louis. Apareció con paso tranquilo, procedente del Boulevard de la Croisette, y del otro lado del césped que rodeaba el Grand Hotel, de suerte que pude ver cómo se acercaba. Estaba muy seguro de sí mismo para ser un colegial. Nada de tímidos alicaimientos, más bien una arrogancia ágil. Me sorprendí mirándole como Rudi miraba a los muchachos.

—¿Qué edad tienes, Jean-Louis? —le pregunté a modo de saludo.

Sonrió y le brillaron los ojos azules.

—Dieciséis años y nueve meses. ¿Y usted?

—¿No te ha enseñado tu madre que a las mujeres no se les pregunta la edad? —respondí escurriendo el bulto.

—En realidad no he tenido madre. Murió cuando yo tenía cuatro años y no tuve madrastra hasta hace dos o tres. Fue mi padre quien me crió.

—Entonces tendré que hablar con Aurélien al respecto. Ya que quieres saberlo, soy cinco o seis años más joven que él. Cumplí los cincuenta en diciembre.

—¿Es usted Sagitario?

—Sí. Con ascendente Júpiter. ¿Qué sabes del Zodíaco? ¿Enseñan hoy estas cosas en las escuelas?

—No, pero me interesa mucho la astrología. Ahora ya sé que es usted independiente, versátil y que llegará lejos.

—Y los protegidos de Júpiter son afortunados en la madurez.

—A mí no me parece usted una mujer madura.

—Bueno, me alegro de que tu padre te haya enseñado *eso* por lo menos. ¡A remediar una metedura de pata con un cumplido, quiero decir!

Nos echamos a reír. El hielo estaba roto. El bache generacional, salvado. Jean-Louis se puso a tomar té conmigo

como si fuéramos viejos amigos. Era adorable, tan comestible como las sabrosas fresas maduras de los pastelitos que nos sirvieron. Quería metérmelo en la boca inmediatamente, sentir la blanda resistencia de la carne y su sabor dulce y jugoso. Pero el caso era que había quedado con unos amigos para pasear en barca.

—Por cierto —dije mientras se ponía en pie para irse—, según parece tenías que explicarme por qué no podéis venir todos a cenar conmigo esta noche. Tenía ganas de conocer a tu madrastra.

—Desde luego. Me había olvidado completamente. Es que han tenido que ir a Marsella. Han ingresado a la madre de Marie y van a operarla. Estarán fuera unos días. A mi padre le gustaría mucho que siguiera usted aquí cuando vuelvan.

—¿Te vas a quedar tú aquí?

—Sí, yo vivo en Cannes con un pariente durante el curso. Estoy estudiando mucho para ver si termino el bachillerato el mes que viene.

—Pues pásate por aquí si tienes tiempo y nos vemos otro rato.

—Me encantaría. De veras que sí —me besó la mano y se fue. No volví a verle, ni a sus padres tampoco. Aquella noche cené con Rudi.

—¿Qué tal el Bocado Exquisito?

—Nunca mejor dicho. Me entraron ganas de comérmelo entero.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—No seas idiota, Rudi. No sabría ni por dónde empezar con un crío así.

Rudi me observó durante unos instantes y cambió de tema.

—Respecto a las instantáneas de esta tarde, quiero que se me mencione a pie de foto. Fotografía de Fulano. Escenografía de Rudi von Hoffman.

—No necesitas más propaganda. Vas a ganar un Oscar con tu película.

—En este negocio nunca se tiene demasiada propaganda. Ya lo sabes. En eso consiste tu trabajo.

—No estoy de acuerdo. Puedes quemarte, como dicen los italianos.

—Yo no. Tengo demasiado buen gusto para exhibirme en exceso.

Hice pues que el nombre de Rudi apareciese a pie de foto. Y fui de su brazo al estreno de su película, con un vestido nuevo que me había obligado a comprar para la ocasión; me puse además todas las joyas que me quedaban… y luego me quité una. Es posible que algún día pueda desembarazarme para siempre de la influencia de Rudi. Por lo menos soy ya lo bastante fuerte para no acostarme con él nunca más.

El resto del festival discurrió como se esperaba: confusión y organización a partes iguales. Cuando se esperaba que algo saliera mal, salía mal, y viceversa. Llovió bastante y tuvimos que ocultar los vestidos estivales bajo los paraguas comprados a toda prisa en el Prisunic.

La película cuya música había compuesto Rudi ganó el certamen, pero no llegó a ganar ningún Oscar. Me olvidé de los Laroche y de su hijo en mi afán porque La Gran Actriz estuviera en el lugar justo en el momento adecuado y porque apareciese en la portada de las principales revistas, pese a que la película que protagonizaba fuese de lo peor del festival. Estaba hecha cisco cuando subí al coche-cama en Niza para volver a Roma. Los organizadores del festival no habían llegado aún a un acuerdo con los ferrocarriles franceses para que los coches-cama se pudieran tomar en Cannes. Rudi vino a despedirme con una docena de rosas rojas. Tenía que ir a la capital en coche con unos amigos para hacer los decorados de un ballet que se representaría en la Opera de París. Le prometí que le vería allí cuando se estrenase, en otoño.

—Adiós, tesoro mío, adiós —dijo Rudi cuando el tren se puso en marcha.

¿Cuántas veces había oído decir aquello a Rudi? Gracias a Dios, ya no me dolía. Fui a mi compartimento y me senté. Crucé las manos sobre el regazo y contemplé mis anillos de boda. Llevaba tres. El primero me lo dio el padre de mis hijas, Robert, mi primer marido, y en su interior no hay

grabado más que la fecha. El segundo de Charles, mi segundo marido, es de oro labrado y tiene una inscripción en letras góticas que dice: «Te quiero más que ayer, pero menos que mañana». Está escrito en francés, que necesita menos palabras que el inglés, así que cabe alrededor de la circunferencia. Rudi, con quien no he estado casada nunca, me regaló un anillo de oro el día que me dejó. En su interior estaban grabadas las siguientes palabras: «Siempre y Nunca». Es un anillo de oro muy fino y ancho. «De muy buen gusto, ¿verdad?», me había dicho al regalármelo. Me pregunto si será de buen gusto regalar un anillo de boda a una mujer el día en que se la abandona.

En Roma hacía mucho calor. El verano estaba ya encima y habíamos comenzado los preparativos para otra película, una gran coproducción italonorteamericana deseosa de contar con un agente de publicidad durante todo el rodaje, que comenzaría el 1 de septiembre.

Mi hija Vanessa y su renacuajo vinieron del campo, y mientras yo hacía de niñera ella aprovechó para ir de compras. Matthew era un niño atractivo, muy vivo, listo y agresivo.

—Hará carrera en la Mafia —dije a mi yerno siciliano.

—Eso espero —repuso.

Vanessa seguía insistiendo en que yo sentara cabeza.

—¿No has conocido en Cannes a ningún pretendiente a tu gusto? —me preguntó.

—No. No me importa trabajar en el cine, pero no tengo intención de emparentarme con él. Rudi estaba allí, por cierto. Sigue siendo un hombre de lo más posesivo.

—¿Por qué no te casas con él?

—Porque me quiere para otras cosas.

Abandonamos el tema. No les hablé de Aurélien porque la situación había adquirido un sesgo que ella a duras penas habría aprobado. Poco después de volver a Roma encontré una carta en el buzón que archivé debidamente en una vieja caja de zapatos, junto con otras que quería conservar:

«Ma chère,

»mi inglés no es tan bueno como cuando los dos éramos jóvenes. Nos anquilosamos con el tiempo, aunque para ti no parecen haber pasado los años. He sentido mucho afecto y admiración al volver a verte. Mi mujer y yo lamentamos mucho que no volviéramos a encontrarnos, y ha sido idea suya el que te escriba ahora.

»Hemos estado un poco preocupados por Jean-Louis. Le cuesta salir con chicas, a diferencia de sus compañeros de colegio. Por tanto, nos quedamos sorprendidos, cuando el otro día nos habló de la vez que os visteis, y lo hizo de un modo tal que caímos en la cuenta de que le gustaste físicamente. Me sentí muy celoso, pero lo comprendí. En la cama no hay edades, sólo personas. Y tú has sido siempre una persona de excepción.

»Lo que me lleva al motivo de esta carta. Jean-Louis quiere ir a Italia este verano en autostop. ¿Por qué no le pides que se quede y te encargas de su educación sentimental? Dentro de nada cumplirá los diecisiete. ¡Vaya regalo! La examante de su padre…

»Le conté a Mane que coqueteaste con él cuando cenamos juntos y piensa que eres lo bastante moderna para llevar a cabo el plan si el muchacho te gusta. Aunque quizá tengas por ahí algún celoso amante italiano al que la idea no le haga gracia.

»Muchos besos de nuestra parte. Jean-Louis saldrá a finales de junio, inmediatamente después de los exámenes finales.

»Tuyo siempre,
»Aurélien»

La carta de Aurélien me trajo un alud de recuerdos llenos de nostalgia. Mi madre me había mandado a París para estudiar francés cuando tenía dieciocho años. Me alojaba con una respetable familia francesa cerca de la Torre Eiffel. Aurélien era sobrino del matrimonio y solía llevarme a pasear de noche por los jardines que rodean la torre. Una noche, en un banco del parque en que ya lo habíamos hecho «casi todo», pusimos por fin toda la carne en el asador. Fue de lo más incómodo, pero la penetración en sí no me hizo daño,

quizá porque *casi* me habían desvirgado el año anterior en Alemania, a los diecisiete años, a pesar de que a última hora me había echado atrás. En aquella época no existía la píldora y no se sabía mucho de métodos anticonceptivos. Pese a todo, el salir con jóvenes de toda Europa aumentó mi dominio de los idiomas. Desde entonces seguí disfrutando horizontalmente con diccionarios de todo el mundo, aunque nunca había tenido una primera edición menor de edad.

Carta de Roma a Draguignan, 1 de junio de 1967.

«Queridos Aurélien y Marie:

»Estoy encantada e intrigada con vuestra muy francesa proposición y me alegra saber que Marie participa por igual en este plan perverso. ¡No me gustaría que una madrastra celosa me procesase por corrupción de menores!

»Parecéis muy seguros de la cooperación de Jean-Louis. A mí me da la sensación de que le interesan más los placeres públicos que los privados, aunque, a pesar de mi avanzada edad, creo que la educación tiene posibilidades. Lo intentaré. Por ahora no tengo ningún amante celoso, ni italiano ni de ninguna otra parte. Después de mi último desastre emocional decidí tener sólo relaciones transitorias y ningún amante permanente dentro de casa.

»En cualquier caso, no dejéis que Jean-Louis sepa nada de nuestro escandaloso proyecto. Si ocurre algo, me las arreglaré para que crea que es por iniciativa suya. Le escribiré directamente invitándole a que se quede.

»Vuestra incondicional amiga y cómplice,

»Anne»

Estuve muy ocupada durante unos días, sobre todo en cuestiones domésticas, ya que mientras había estado fuera, la mujer que me limpiaba la casa diariamente se había caído de una escalera mientras hacía limpieza general. Tuve que encargarme de las faenas caseras hasta que se recuperó, así como planear la precampaña publicitaria de la nueva película, que comportaba el difícil cometido de lanzar a una

actriz principiante yugoslava con una nueva línea de estadística biológica. No tenía pechos. Tuvimos que inventar varias formas de obtener fotos «tetas y culo», partiendo de muy poco de lo primero y demasiado de lo segundo. Echaba de menos a Rudi, que la habría vestido con ropa húmeda ceñida y le habría puesto collares de perlas en los puntos oportunos. Al final conseguimos algunas fotos fabulosas en las que se la veía tumbada desnuda en un pajar al aire libre con un minino apretado contra el inexistente pecho. «La gatita sobre la gatita», dijo el fotógrafo norteamericano, que había venido en avión desde los Estados Unidos con el consiguiente derroche monetario de la agencia de publicidad. Al parecer sabía mejor que cualquier fotógrafo italiano cuáles eran las fantasías masturbatorias de los machos yanquis.

Al final pude ponerme a escribir a Jean-Louis. No puedo decir que el chico fuese todavía mi fantasía masturbatoria, pero me había sorprendido imaginando el placer que me produciría pasarle los dedos por los rizos alborotados. Cuando se tiene el pelo muy liso, el tacto elástico de unos rizos bien prietos es una auténtica delicia.

«Querido Jean-Louis:

»Fue estupendo verte en Cannes, aunque siento que tus padres no acudieran contigo en aquella última ocasión. La circunstancia, sin embargo, nos dio a ti y a mí la oportunidad de conocemos mejor. Reconocí muchas cosas en ti. Tienes el sentido del humor de tu padre, así como sus chispeantes ojos azules. El reconocimiento es uno de los requisitos básicos de la amistad y espero que este verano seamos amigos.

»Tengo entendido que si apruebas los exámenes finales del mes que viene a tus padres les gustaría que pasases unas vacaciones en Italia. Tengo en Roma un piso grande, y un apartamento junto al mar. Serás bien recibido en ambos. Ahora que mis hijas están casadas, tengo espacio de sobra. El abismo generacional no pareció demasiado grande mientras tomábamos un café en Cannes, así que podemos cerrarlo todavía más en mi terraza romana.

»Dime si vas a venir y cuándo, pero no dejes que tus padres te obliguen a hacer lo que tú no quieras.

»Un beso,
»Anne»

Esperaba haber pulsado la cuerda exacta de intimidad y estímulo sin asustar al mancebo. Había algo en aquella mirada suya, chispeante y malévola, que me hacía pensar que estaba preparado para la aventura, pero quizá todavía no para correrla con una mujer tan mayor. ¿Estaba yo preparada para él? Sí, creo que sí. Había tenido dos amantes de jornada parcial en Roma aquella primavera: mi diplomático esnob y mi camionero machote. Los había alternado a intervalos irregulares y estarían fuera durante el verano. Podía afrontar pues algo un poco más constante. Esperaba con gran impaciencia la respuesta de Jean-Louis, que ya que ya tardaba mucho en llegar y que cuando llegó fue tan breve como evasiva.

«Estimada Anne:

»Perdóneme por esta postal tan espantosa [una vista vulgar del Boulevard de la Croisette con colores chillones y con el Hotel Carlton al fondo], pero es la única que encontré del lugar donde nos conocimos. Lamento no haber escrito antes, pero estaba ocupado con los exámenes. ¿Le parece bien si me presento en Roma la semana que viene? Voy a ir en autostop, así que no sé cuándo llegaré. Creo que los exámenes me han ido muy bien. Mi padre dice que no es necesario que espere a ver las notas.

»Suyo,
»Jean-Louis»

Notas del Diario. Roma, 25 de junio.

«¡Suyo, Jean-Louis!». ¡Y tanto! Me pregunto si será realmente mío. Ahora que he aceptado este extraño plan, no estoy segura de querer seguir adelante. En mi época tuve muchos amantes jóvenes, pero Rudi tiene razón: ahora es cosa de comer pañales. Ni siquiera tuve amantes de diecisiete años cuando yo tenía esa edad. Nunca he sido consciente de mi propia edad, pero es posible que ahora acabe siéndolo.

Voy a guardar nuestra correspondencia: puede ser divertido leerla algún día.

Respuesta de Roma a Draguignan, 26 de junio.

[Postal cuidadosamente elegida en que se ve a una pareja joven en moto, abrazada bajo guirnaldas de corazones y flores, y lanzada a toda velocidad por una autopista, bajo el siguiente lema: «Beso peligroso»].

«Querido Jean-Louis,

»Ven cuando quieras. Doy por sentado que vas a venir. Si estoy fuera, en la *trattoria* de enfrente tienen una llave de mi casa. Es el ático. El nombre está en la puerta. Un beso, Anne».

Nota encontrada en la consola del recibidor. Roma, 13 de julio.

«Apreciada Anne, ya he llegado. Como no estaba usted, entré con la llave de la *trattoria*. Su casa es igual que usted: muy hermosa. Estoy tomando el sol en la azotea. ¡Vaya vista! Los jardines de Pincio, la plaza de España, todos estos tejados rojos… Suba a reunirse conmigo. J. L».

Encontré a la criatura desnuda y tomando el sol en mi azotea. ¿Qué se puede decir a un invitado que está tumbado boca abajo y totalmente en cueros?

—Qué culito tan mono —dije.

Se echó a reír y preguntó:

—¿Es que me va a dar unos azotes?

Lo hice. Me hizo caer sobre él para detenerme. Fue así de fácil. En realidad fue él quien me sedujo.

No era tan inexperto como suponía su padre. Siempre me sorprende lo maduros que son los jóvenes. Yo estaba tan nerviosa como una jovencita. Fue él quien tuvo que tranquilizarme. Después me dijo que había planeado lo de tomar el sol como una especie de anzuelo y que se había pasado horas esperándome en la azotea.

Días más tarde me pareció que debía escribir a los padres de Jean-Louis para contarles algo. Pero ¿cuánto? A Aurélien lo conocía bien, pero a Marie nada en absoluto. Era un asunto delicado. Telefoneé a mi segundo marido, que muy oportunamente vivía a la vuelta de la esquina con su nueva mujer, y le pedí su opinión. Charles es un hombre equilibrado, tranquilo, y siempre ha sido mi báculo.

—Escribe lo mínimo, pero ve directa al grano —fue su sabio consejo—. Y tráete al chico a casa para que lo conozcamos.

Carta a Monsieur y Madame Laroche. 16 de julio de 1967.

«Queridos Marie y Aurélien:

»Vuestro hijo está sano y salvo y en mi cama. Todo marcha según lo planeado. Creo que por su bien es mejor que no volvamos a hablar del aspecto sexual de esta extraña relación. Él se limita a estar de visita en casa de su Hada Madrina. El que además se haya convertido en su amante importa poco. Ha venido a ver Roma y a mejorar su inglés. (A propósito, tiene un precoz acento a lo Charles Boyer idéntico al de su padre).

»En agosto le llevaré a la playa. Tengo un pequeño apartamento en Sperlonga, un pueblo de pescadores a dos horas de Roma en dirección a Nápoles. Voy a tomarme un mes de vacaciones antes de comenzar otra película, aunque volveré a Roma una vez por semana para recoger el correo. También me podéis escribir allí: Lista de Correos, Sperlonga. El pueblo es tan pequeño que las direcciones apenas cuentan; allí la gente dice: “en la calle de la huevera” o “encima de la panadería”. Todo gira alrededor del bar de Giuseppe, que está en la plaza adoquinada.

»Mis mejores deseos para ambos. ¡Y gracias! También para mí es un experimento útil. Como no he tenido hijos varones, echaba en falta esta parte de la humana experiencia. En cierto modo la estoy viviendo. Me doy cuenta de que mi vida habría podido ser muy diferente si en vez de hijas hubiera tenido hijos.

»Siempre vuestra,
»Anne»

Al cabo de diez días, nuestra vida en común había adquirido ya un ritmo práctico. Como a todos los jóvenes, le gustaba dormir hasta tarde. Esto me permitía trabajar productivamente por las mañanas en los preparativos para la próxima película, ya que Jean-Louis se levantaba sin prisa ninguna y se iba a jugar al tenis o a nadar en la piscina olímpica. Cuando volvía, comíamos tarde en mi terraza bajo el toldo de paja. Me encantaba la idea de ir a la playa de vacaciones al mes siguiente, porque una vida sexual intensa quita las ganas de trabajar. Además, había vuelto más compleja mi vida social. Yo sabía que algunas personas considerarían nuestra relación socialmente impracticable, por muy bien que nos sentara sexualmente a nosotros. La sociedad acepta mucho más el binomio hombre maduro y jovencita. Había muchas ocasiones en que vacilaba a la hora de llevar al muchacho conmigo, salvo que lo presentara como nieto o sobrino, y detestaba ceder a tal hipocresía. Sin embargo, descubrí que los problemas con un joven eran únicamente sociales. Sexualmente todo iba bien. Jean-Louis no tenía prejuicios acerca de los papeles sexuales y por tanto no trató de dominarme a pesar de sus marcadas cualidades innatas: la curiosidad y la iniciativa. Tenía confianza en sí mismo y poseía dotes naturales para hacer el amor. No era tímido ni tenía complejos. ¿Por qué iba a tenerlos? Era un muchacho hermoso, de cuerpo bronceado, sano y alegre. Le habían hecho la circuncisión y su pene suave, cuando estaba en reposo, parecía un capullo de rosa. En erección se volvía más bien belicoso, se ponía muy duro y se le pegaba al vientre. Le gustaba que se lo tocaran, pero también a él le gustaba tocarme.

—Explorar a una mujer —dijo— es igual que una clase de biología. Me encanta ver que reaccionas cuando te toco.

Yo no podía compartir su curiosidad juvenil con el mismo entusiasmo y a veces me sentía culpable de haberlo hecho ya todo con anterioridad, muchas veces, en muchos sitios y con muchos hombres. Se lo dije y me contestó que era mi

experiencia lo que le serenaba y le hacía funcionar bien. Sus escasas intentonas con colegialas de su edad le habían asustado porque a ellas les había asustado.

—Prefería masturbarme —dijo cuando me lo contó—, aunque fui un par de veces con unos compañeros de clase a visitar a una prostituta que conocían. Era simpática, una mujer maternal que me enseñó cómo se hacía, pero hasta que te conocí a ti no tuve verdaderas ganas. Volvía a masturbarme, me parecía más sencillo que ligar.

—¿No te sentías culpable por las masturbaciones?

—No… al contrario. Me parecía menos complicado que liarme con chicas. Entonces apareciste tú y te pusiste a coquetear conmigo en Cannes aquella noche… y todo me pareció muy sencillo.

Sonreí, pero él, sin advertirlo, prosiguió.

—Cuando recibí tu carta, planeé seducirte. Si se leía entre líneas, daba la sensación de que no iba a ser demasiado difícil… Y no lo fue, ¿verdad, *chérie*? ¿También tú me deseabas?

Me eché a reír y le besé. No le dije que al principio había coqueteado con él para salvarle de Rudi ni que había escrito la carta instigada por sus padres. Quizá, con el inocente optimismo sexual de la juventud, había dado con la verdad auténtica: que yo estaba lista y preparada para la energía sexual pura de un amante muy joven. Era un remedio notable contra la inminente menopausia, que ya empezaba a advertir.

Hacíamos el amor todas las noches, por lo general antes y después de la cena. Y otra vez si nos despertábamos por la noche, o por la mañana temprano, tras lo que me levantaba para ponerme a trabajar, le acariciaba, se encogía como un perrito mimoso y se volvía a dormir. Durante la comida, el entusiasmo de la compañía mutua solía acabar en la cama donde pasábamos la hora de la siesta que los italianos han introducido en su rutina diaria con tanta sabiduría. Las tiendas están cerradas hasta las cuatro y hace calor en las calles, pero hace fresco tras las persianas marrones o verdes que adornan todas las ventanas italianas y que bajan brazos desnudos en las tórridas tardes estivales.

Jean-Louis solía dedicarse después a algún pasatiempo: leía mucho, ponía discos o venía de compras conmigo. Cuando volvíamos ya listos para cenar o para cambiarnos y salir o para ponemos a preparar cualquier cosa en casa, advertía que me contemplaba mientras iba de aquí para allá por las habitaciones. Cada vez que notaba que me dirigía La Mirada, me derretía. Yo se la devolvía, me sumergía en su sensualidad y ésta me excitaba. Hacía mucho tiempo que no tenía una vida sexual tan intensa. Había creído que nunca la volvería a tener, pero creaba un ritmo propio sin dificultades. Cuanto más se tiene más se quiere. Pero me ocupaba demasiado tiempo y hacía que me olvidase de mi familia y mis amigos. Me sentía culpable en este punto, pero no en ningún otro. Así pues, volví a ver a unos cuantos amigos. Llamé a mi hija del campo y la invité a que viniese con su pequeño a pasar un día conmigo. Sabía que tenía que volver a la normalidad, mantener el equilibrio.

Nota dejada en la mesita de noche. 26 de julio.

«Querido Jean-Louis,

»Mi hija Vanessa va a venir a pasar el día en Roma, así que cuando te levantes traslada todas tus cosas a la habitación de huéspedes. Si adivina lo que pasa no ocurrirá nada, pero preferiría que no lo supiera. No me avergüenza nuestra relación y detesto la hipocresía, pero se trata de una cuestión de buen gusto. Cuando vuelva de comprar, decidiremos si es mejor que pases el día fuera para que ni siquiera la conozcas. Más tarde le diré que el hijo de un amigo que está recorriendo Italia en autostop se ha quedado a pasar unos días aquí. Le parecerá totalmente normal. No es fácil ocultar un vínculo sexual y Vanessa es una joven nada tonta que no se hace ilusiones acerca de su madre. Procuro sin embargo que nada sepa de mis aventuras rápidas y sólo dejo que conozca a mis amantes más duraderos y formales.

»¡Un beso donde más te gusta!

»Anne»

Nota doblada y dejada en la consola del recibidor. Roma, 26 de julio.

«Querida Profesora,

»¡Cuántas lecciones me estás dando, dentro y fuera de la cama! Ahora tengo que aprender a comportarme con la hija de mi amante. Para evitar problemas, me voy al museo etrusco. Como siempre me dices que piense más en la cultura y menos en el sexo, estaré fuera todo el día y te llamaré a la hora del té para ver si ya no hay moros en la costa. De todos modos, tengo miedo de conocer a Vanessa; es demasiado mayor para mí.

»Tu fiel alumno,

»J. L.

»P. D. Ya te oigo decir: "Le voy a zurrar en el culito de melocotón por la última apostilla". Pero es que tú no eres demasiado mayor para mí. Eres joven y alegre y estoy loco por ti. Esta noche podrás pegarme cuanto quieras. ¡Esto aún no lo hemos probado!».

Cogí la nota y la guardé con las cartas en la caja de zapatos que ostentaba el membrete «Cartas de amantes». Luego pasé una tarde agradable con mi nieto. Paseamos hasta el Pincio para ver las marionetas en los jardines de Villa Borghese. Matthew había aprendido a andar muy bien desde Pascua. Le encantó la función de marionetas y en particular le gustaron las escenas en que el policía pega a Cachiporra con la porra. Parecía como si, de pronto, todos los muchachos de mi vida recibieran azotes. No bien hubo recogido Vanessa a su renacuajo y desaparecido en el crepúsculo para coger el autobús que la devolvería al campo, cuando reapareció mi diecisieteañero y nos sentamos en la terraza para contemplar el planear de las golondrinas en la puesta de sol. Entonces sacó a relucir el tema de los azotes.

—¿Recuerdas cuando llegué y me tumbé desnudo en la azotea para esperarte?

—Y tanto. Allí comenzó todo.

—Para mí había comenzado mucho antes. Desde que coqueteaste conmigo durante aquella cena con mi padre y

con Rudi, no paré de masturbarme fantaseando contigo. Cuando recibí la carta, estaba tan excitado que me puse caliente mientras la leía. No podía esperar a llegar aquí. Yo sabía que me dejarías joder contigo y aquello me dio el valor suficiente para tenderme desnudo y esperarte. La tuve tiesa durante horas mientras estaba en la azotea, pero me puse tan nervioso cuando llegaste que la erección desapareció. ¿Sabes qué me puso caliente otra vez?

—No. Dímelo tú.

—Que me dieses un cachete en el culo. O que fingieras dármelo. Probemos una vez más. Pero ahora pégame bien fuerte.

Los azotes no resultaron; no nos gustaron a ninguno de los dos. Un poco de violencia sí, pero pegar en serio no. Probamos por ambas partes pero llegamos a la conclusión de que a ninguno de los dos le gustaba sufrir o hacer daño, así que era absurdo continuar. Probamos el juego del amo y el esclavo, pero nos disgustó en igual medida. Era claustrofóbico y aterrador. Creo que había cierta ingenuidad por ambas partes y aunque yo ya había probado otras cosas, me había olvidado por completo de mis anteriores reacciones.

Me puse entonces a pensar en los asuntos domésticos y a organizar nuestras vacaciones en la playa. Yo iba a estar libre durante casi todo el mes de agosto y me ilusionaba la idea de vivir un exquisito idilio junto al mar con mi joven amante. Me había olvidado por completo de mis restantes amantes y sólo quería dedicarme a Jean-Louis. Era como si creyese que aquella relación iba a ser mi Canto del Cisne: la última aventura de una otoñal con el más joven de los amantes.

Conversación en un tren. Entre Roma y Sperlonga, 1 de agosto.

—¿Podremos alquilar una barca? ¿Se podrá practicar allí el esquí acuático?

—Sí, creo que sí. No es más que un pueblo de pescadores, pero creo que a estas cosas sí han llegado.

—¿No lo has hecho nunca? ¿Acaso no te gusta?

—Ya no. Soy lo bastante joven para caerme, pero

demasiado vieja para levantarme.

Se echó a reír, pero me miró con ojo critico. Quizá comenzaba a verme como lo que realmente era, no como la fantasía sexual que él quería que fuese.

—¿Hay discoteca? Te gustará bailar, ¿no?

—Sí, me encanta bailar, pero ya no voy a discotecas tanto como solía.

—Te llevaré a bailar todas las noches.

—Ya veremos. De todos modos, no te preocupes, habrá mucha gente joven con la que podrás salir.

—Yo quiero salir contigo.

Me dirigió una mirada larga y profunda. El corazón empezó a latirme con fuerza. Ojalá no hubiéramos estado en público.

—Es muy incómodo tener un amante tan joven. Ni siquiera te puedo besar delante de la gente.

—Hazlo y te diré: «Déjame en paz, abuelita», y fingiré que no me gusta.

Aquello nos despertó la risa tonta, las carcajadas nos hacían saltar del asiento. Los demás ocupantes del vagón nos miraban con ojos de censura. No me importaba. Me conducía de un modo infantil y me gustaba. Así era nuestra relación. No despertaba en mí el menor sentido maternal. Me hacía sentir joven.

Llegamos al pueblo al atardecer, en el desvencijado autobús de la estación. Sperlonga está a unas dos horas de Roma y hay que atravesar la campiña, que es llana hasta Fossanova. A partir de aquí, el terreno montano se extiende hasta el mar, grisáceo, rocoso, con suaves ondulaciones recubiertas de retama amarillenta y romero y algún pico solitario. No se ve el mar hasta que se llega a Sperlonga, ya que el ferrocarril discurre por el interior.

La carretera polvorienta que parte de la parada del autobús cruza un puente y, de súbito, se tiene el mar azul a los pies. Una larga playa que se extiende hasta un nuevo brote montañoso, una gruta y una torre medieval. El pueblo entero es una fortaleza construida sobre un peñasco y se alza a cierta altura del mar como una alcazaba blanca. Un

laberinto de callejones estrechos y arcos discurre entre murallas altas y blancas que reflejan el sol por un lado y se hunden en la profunda sombra musgosa por el otro. Ningún coche puede ir más allá de la plazuela a la que se accede por el puente. Las callejas son tan angostas que una persona extiende los brazos y toca las casas de ambos lados. Éstas se alzan imponentes, habitadas todas ellas por varias familias campesinas, una por planta. Constituyen la primitiva versión medieval del bloque de viviendas, donde la gente se apelotonaba en busca de calor y protección, y por economía. Mi pequeño ático estaba en lo alto de una casa que daba al mar. Era el antiguo granero y la panorámica era fabulosa. Por un lado se veía el descenso de las verdes pendientes hasta el mar y por el otro el ascenso de los valles montañosos. Entre ambos había campos de alcachofas y las ruinas romanas de un antiguo puerto que había utilizado Tiberio; aquélla había sido su primera parada cuando se dirigía a Capri por mar o por tierra. Era una panorámica que combinaba la naturaleza y la historia, y una no se cansaba nunca de contemplarla.

Conversación sostenida días más tarde, al claro de luna, asomados a la ventana.

—Esta noche has bailado estupendamente. Mucho mejor que todas las chicas que había allí.

—Son los años de práctica. Yo nací con el charleston y crecí entre fox-trots, ragtimes, valses, tangos, hasta llegar al twist, el shake y el rock.

—Es que tienes un cuerpo suave y cálido, y… ¿cómo decís en ingles? ¿*Pliable* [elástico]?

—No tenías que esperar a verme en una discoteca para descubrirlo.

Meditó aquello unos instantes y a continuación dijo:

—Es que en la cama estoy demasiado ocupado pensando en lo que hay dentro de ti. No querrás que en esos momentos me aparte y me ponga a observarte.

Estaba a mi espalda, apretado contra mí, y recorriéndome el cuerpo con las manos.

—Mira aquellas barcas de pesca. Se han reunido todas en la estela plateada que la luna forma en el agua —dije soñadoramente—. Me pregunto qué harán.

—¿Podría ir alguna noche con los pescadores? Me gustaría saber qué se siente a la luz de los fanales de proa.

—Lo que tú quieras, cariño. Mañana lo arreglaré. En la familia que vive debajo son todos pescadores. Preguntaré a María si su marido quiere llevarte.

Me había subido la falda larga mientras hablábamos y me estaba bajando las bragas. Yo seguía recostada sobre el alféizar. Abrí las piernas y me incliné un poco más mientras él hacía fuerza por la retaguardia.

—Qué dura está —exclamé.

Nuestros suspiros y gemidos flotaron en la noche perfumada. Incluso me olvidé del miedo que tengo a las alturas. Él callaba, según su costumbre; su actividad era exclusivamente física, nunca verbal. Me pegué al alféizar y levanté las nalgas para recibir sus embates. Me tenía sujeta por los muslos y de vez en cuando me frotaba el clítoris con el dedo. Era un buen alumno; había aprendido qué era lo que me gustaba.

Llegamos al orgasmo juntos, quizá fuese la primera vez que estábamos tan sincronizados. Grité de placer, pero me tapó la boca con la mano inmediatamente.

—¡Por el amor de Dios, vas a despertar a los vecinos!

Nos derrumbamos sobre el alféizar, muertos de risa, totalmente relajados, su pene todavía dentro de mí. Tardó mucho en salir, cosa que me gustaba en particular. El momento del enfriamiento puede ser muy importante.

Al final nos fuimos a la cama y dormimos hasta el amanecer. Cuando las primeras luces se filtraron por las persianas le pude ver encogido junto a mí. Había tenido otra erección mientras dormía, la típica erección matutina de los jóvenes sanos. Mi primer marido solía llamarla «suberección». Era muy tentadora. Me puse tan caliente que echaba humo. Me incliné y me puse a acariciarle el glande con la lengua. No se despertó, pero se puso boca arriba y se estiró inconscientemente, de manera que pude maniobrar con

mayor soltura. Comenzó a despertar poco a poco cuando me la metí entera en la boca. Me atrajo hacia sí y me puso encima en busca de la penetración; no le gustaba que se la chuparan; era lo único en que seguía siendo algo tímido.

—Dime qué quieres, profesora —murmuró, alzando los brazos y pellizcándome los pezones—. ¿Te basta así o quieres que te toque también abajo?

Estaba tan excitada que apenas podía hablar y tenía ya cerrados los ojos.

—No, no es necesario. Me restregaré contra ti mientras nos movemos. —Las palabras brotaban entre jadeos.

Abrí los ojos para mirar mientras movía la pelvis en sentido rotatorio. Ahora era él quien había cerrado los ojos, aunque seguía acariciándome los endurecidos pezones con los dedos.

Se corrió repentina e inesperadamente y eyaculó mientras yo hacía el movimiento de ascenso, por lo que el pene estaba casi fuera y el semen le chorreó sobre el estómago.

—Lo siento —se excusó con dulzura—. No estabas muy caliente, *chérie*.

—No te preocupes —dije tragando saliva, llena de fuego, y enderezándome, pero manteniendo aún el pene en mi interior.

Me apoyé en un brazo y con el dedo corazón de la mano derecha cogí un poco de semen. Me froté el clítoris con el dedo impregnado y empecé a masturbarme. Él observaba con atención, demasiado fascinado para hacer nada.

El pene comenzó a endurecérsele, aunque era demasiado pronto para que pudiera tener otro orgasmo. Sin embargo, a mí me vino de maravilla. Me encantaba la doble experiencia de masturbarme y tenerlo dentro de mí al mismo tiempo.

Se lo dije después, echada a su lado, antes de volvernos a dormir. Cuando despertamos, a eso de las diez, lo recordó e hicimos el amor, yo de espaldas sobre él, con el duro pene dentro, mientras sus dedos me acariciaban la zona de la ingle. Esta vez me corrí yo primero y dejó que me diese la vuelta y bajara hasta su pelvis. Incluso mantuvo los ojos abiertos para ver cómo se la chupaba, y se puso otra

almohada bajo la nuca para incorporarse un tanto y ver mejor.

—Aprendes demasiado aprisa —le dije cuando terminó todo—. Dentro de poco ya no habrá nada que enseñarte.

Los días entraron en un soleado ritmo de sexo y mar. Empezaba a hacer muchas cosas sin mí: esquí acuático, pesca, largos paseos en bote de vela con algunos amigos. Decía en todas partes que era mi ahijado, pero nadie se lo creía y nos acostumbramos a ser blanco de miradas de curiosidad. Me besaba en público sin ningún rubor mientras iba y venía, y me trataba como un ancla que le retuviese en la costa y a la que se aferraba por la noche. Yo pasaba las horas en la playa, en el mercado y en el café de la plaza, con algunos amigos, o cocinando en la fresca casa de gruesas paredes de piedra. Me sentía muy feliz. A pesar de la diferencia de edad, nuestra relación iba de maravilla.

Jean-Louis descubrió el cámping y el albergue juvenil, que estaban llenos de jóvenes de todas las nacionalidades. Hizo amistad con dos chicas inglesas bastante agradables y que se sintieron encantadas de conocer a un muchacho tan guapo y que hablaba muy bien el inglés. Me presentó a ellas mientras estábamos en la playa y me pregunté qué les habría contado de mí. ¿Que yo era su abuela? ¿Su tía? ¿Su amante? Quizá fuese lo bastante listo para darse cuenta de que resultaría más interesante y mundano si contaba la verdad a las chicas. A mí me divertía la situación y me sentía celosa y tolerante a la vez. Resolví no comportarme de modo posesivo y me fui sola a Roma a recoger el correo.

Nota dejada en el alféizar. Primera hora de la mañana. Sperlonga, 12 de agosto.

«Querido, me voy a Roma pero no te despierto porque me horrorizan las despedidas temporales. Volveré pasado mañana en el último tren. Tengo un par de cosas que hacer en la ciudad y quiero recoger la correspondencia.

»Sé que encontrarás esta nota en seguida porque lo primero que haces cuando te levantas es contemplar la playa

por la ventana. Ya te veo levantarte y desperezarte, sacudir tus largos rizos de hippie como un ángel de Botticelli. Siento no estar presente para servirte el café y meterte otra vez en la cama. El frigorífico está bien surtido, pero estoy segura de que te irás a comer por ahí con *Les Girls*. Hasta pasado mañana por la noche. Diviértete… ¡pero no demasiado!

»Besos,

»Anne»

Roma me pareció sosegada, tórrida, sofocante y opresiva. Hacía que me sintiera en consonancia con mi edad. La ciudad estaba llena de responsabilidades cotidianas, facturas, cartas de gente de la que no quería saber nada. Casi todo el mundo estaba fuera. Mi hija Vanessa, su marido y el niño se habían ido a una isla frente a las costas de Sicilia. No quería ver a nadie, aunque sabía que tenía que hacerlo. Me vendría bien volver a la vida normal. No iba a estar siempre comportándome como una adolescente frenética. El caso es que entonces me sentía así por dentro. Quería romper todos los espejos de la casa para no ver mi madurez. Además, estaba preocupada por Jean-Louis y aquellas chicas. Tenía ganas de que llegase el día siguiente para volver a Sperlonga y averiguar qué había pasado.

Nota encontrada en la almohada. Sperlonga otra vez. Medianoche, 15 de agosto.

«*Chérie*, dijiste que volverías tarde, así que me he ido a bailar. Estoy con las chicas del albergue, ya sabes, las inglesas que según tú parecían “palos de hockey con la risa puesta”. Fue una expresión tan divertida que me mondaba. Siempre me haces reír. Te quiero.

»J. L».

Volvió muy tarde. Había decidido no hacerle preguntas y que no me contase nada. Pero rabiaba por preguntarle «¿Lo has pasado bien?», con ironía e intención. Quería y no quería saber. Había examinado la cama, que estaba pulcramente

hecha, nada más llegar. Quien sabe quién habría dormido en ella la noche anterior. También podía ocurrir que por delicadeza no se hubiese metido con una chica en mi propia cama. Tal vez se las hubiese llevado a las dos a la playa, o celebrado una orgía en el albergue con todo el mujerío. Prefería que hubiesen sido varias a solamente una.

Resolví no decir ni pío y limitarme a abrirle los brazos. Que es lo que hice. Cayó en ellos sin decir palabra. No tardé en abrir también las piernas. Se metió entre ellas sin decir palabra tampoco. Volví a sentirme feliz. Con veinte años otra vez.

Conversación en la playa. 16 de agosto.

—¿Qué tal, chicas? Me alegro de que hayáis cuidado de Jean-Louis.

—¿Qué tal Roma, señora Cumming?

—Con mucho calor. Pero llamadme Anne.

—Gracias. Veníamos a preguntar a Jean-Louis si le gustaría venir a Gaeta esta noche a ver una película. Hay un chico alemán que tiene coche y puede llevamos.

—¡Estupendo! Ve, querido. En realidad me apetecía ver a Bianca y a Salvatore esta tarde. Pero sé que te aburren.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro, querido.

Le besé por si los «queridos» no se habían abierto paso hasta el inocente cerebro de aquellos palos de hockey.

Notas del Diario. Unos días después.

Debería alegrarme que salga con esas chicas. Si la nuestra es una relación incestuosa tipo madre-hijo, tendría que querer que se divierta. Pero no. Salvo cuando participo en su diversión, me siento celosa. ¿Va a ser ésta una relación positiva para él y negativa para mí? ¿Voy a convertirme en una vieja posesiva cuando me siento una joven apasionada? ¿Me engaño a mí misma? Además, la cuestión física se me está descontrolando. Todo el santo día me sorprendo

dirigiendo a la criatura miradas lascivas. Me gustaría observarle a escondidas, cuando no sabe que le miro. Sus hombros son magros aún y las paletillas le sobresalen con la delgadez típica de la juventud, lo que resulta encantador. Las caderas se le curvan hasta el redondeado trasero y las gruesas piernas. Sería culón de no ser por la ligereza de su paso elástico. Cuando vuelve la cabeza, las greñas de hippie le caen sobre los ojos mientras me dirige esa mirada suya, chispeante y de un azul más que azul. Tiene los dientes quizá un poco grandes y la nariz un tanto pequeña, pero el conjunto es muy atractivo. Es una Brigitte Bardot en chico. Quiero estar con él en la cama todo el tiempo. Lo camelo para apartarlo de la playa a la hora de comer para poder pasar las largas y tórridas tardes haciendo el amor. Salta luego de la cama con su engreimiento tipo Bardot y desde la ventana le veo correr hacia la orilla, echarse al agua, nadar aprisa y lejos para limpiarse el sudor y los restos de esperma, y quizás también la sensación de haber sido poseído. Está en la edad de la libertad y yo debo ser lo bastante fuerte para dejarle que disfrute de ella. ¡Si no fuera por esas malditas chicas, siempre acechantes y a la espera! Es posible que haya llegado la hora de enviarlo de vuelta a Francia. En cualquier caso, tenemos que volver a Roma al final de la semana próxima. Tengo que prepararme para volver al trabajo.

Conversación en Trattoria de Peppino. Por la tarde. Sperlonga, 25 de agosto.

—Querido, ¿te das cuenta de que sólo nos quedan dos días de estancia aquí? ¿No te gustaría ir de excursión al monte?

—Pero Anne, aquí se está divinamente. Me lo estoy pasando muy bien.

—Ya lo sé. Pero cuando te pones a pensar en las vacaciones cuando ya han pasado, no son siempre los buenos momentos los que cuentan. A menudo te acuerdas más de los lugares que de las personas. Apenas si has visto el campo que tenemos alrededor.

—Es que no quisiera moverme nunca de esta playa. Anne, sé mi profesora si quieres, pero no te comportes como una antigua maestra de escuela.

Aquellas palabras me dolieron, pero más me dolió que me llamase «Anne» en vez de «*chérie*». Ya había aprendido de mí todo lo que le hacía falta y quería emprender el vuelo solo. Él no se daba cuenta aún, pero yo sí.

—¿Vas a bailar esta noche? —pregunté como quien no quiere la cosa, como para cambiar de tema.

—Es posible. ¿Quieres venir?

—No, querido, gracias. Tengo cosas que hacer en casa. Pero ve tú. Mañana pasaremos juntos nuestra última noche en este lugar.

—Bueno, quizá vaya a la discoteca para ver quién hay.

—De acuerdo. Pero esta noche no vuelvas demasiado tarde otra vez, ¿quieres?

Conseguí llevarle de vuelta a Roma, aunque no sin dificultades. Quería quedarse en el albergue juvenil. Puso por excusa que no quería volver a la tórrida ciudad. Estuve muy tentada de enviar a paseo el trabajo y llevármelo a cualquier otra parte. Me habría gustado prolongar las vacaciones para estar con el muchacho, pero teníamos en proyecto otra película y la del Festival de Cannes se iba a distribuir en septiembre, por lo que tenía que comenzar la publicidad previa. Ello significaba que tendría que pasarme todo el día visitando a los jefes de redacción de las revistas mensuales, que ya estarían cerrando el número de septiembre. Jean-Louis tuvo que entretenerse solo. Pasaba mucho tiempo sentado en las escaleras de la plaza de España y en la Piazza Navona, con dudosas compañías.

La policía dejaba que los hippies vendieran su bisutería artesana en la plaza de España y éstos liaban y desliaban sus fardos de clavos remachados y correas de cuero en el gastado mármol travertino donde estuvieran las azaleas en Pascua. Para mí que también liaban porros. La policía italiana es muy severa con el consumo de drogas, así que me sentí muy aliviada cuando recibí una carta de Aurélien.

Carta de Draguignan a Roma. 6 de septiembre.

«Mi muy querida Anne:

»Marie y yo estamos contentos de que Jean-Louis nos escriba unas cartas tan entusiastas. Está claro que no quiere volver a casa. Por cierto, ¿crees que le molestaría que fuésemos a Roma a pasar una semana para traérnoslo después? Podríamos hospedamos en el Hotel de Inghilterra, que según creo está cerca de tu casa. Luego nos llevaremos a Jean-Louis en el coche para que vea Florencia y Lucca y otros lugares de interés que nos vayan saliendo camino de casa. Pero tampoco queremos interrumpir vuestro idilio. Para nosotros no hay nada más natural que el que nuestro chico "pase unas vacaciones con su Hada Madrina", como tan inteligentemente dijiste. Sé, *ma chérie*, que tú eres lo bastante mundana para manejar el hecho de una visita paterna en plena luna de miel, pero ¿lo será él? Lo último que quisiera es estropearos la diversión. Espero que nos escribas para decimos con toda sinceridad qué os parece a los dos.

»Besos.

»Aurélien»

Notas del Diario. Roma, 10 de septiembre.

¿Qué me parece? En parte me alegra, en parte me aturde y en parte me quita un peso de encima. Es un poco irritante que a una le corten un idilio por la mitad y le hagan bajar otra vez a la tierra. Sin embargo, ¿sigue siendo igual de idílico? Mientras yo trabajo, el chico pasa solo mucho tiempo por ahí, quién sabe con qué consecuencias. Por un lado me preocupa, por el otro me siento celosa. Se me está convirtiendo en una responsabilidad. Quizá sea conveniente que sus padres vengan por él. Sería una forma limpia y hábil de terminar nuestra relación. Esta noche le preguntaré qué le parece.

Fragmentos de conversación durante la cena en la terraza.

—Hoy he recibido carta de tu padre. Piensan venir a

recogerte con el coche.

—*Merde!* Es lo último que quisiera.

—Resultará mucho más cómodo que volver en autostop. ¿Qué ves de malo en ello?

—No lo sé. Es que me parece que no son de este ambiente, nada más. ¿Por qué no se quedan en casa?

—Mi querido muchacho, hasta los viejos merecen tener vacaciones de vez en cuando.

—¿Lo ves? Ya te estás poniendo de su parte. ¡Pues vaya coñazo!

Rodeé la mesa, me senté en sus rodillas y le acaricié el pelo, lo que hizo que las cosas volvieran a su sitio. El abismo generacional había amenazado con abrirse durante unos instantes, pero cuando me besó olvidamos otra vez su existencia. Más tarde, en la cama, volvimos al tema de la visita de sus padres.

—¿Dónde se quedarán? Espero que no aquí, en la habitación de al lado. ¡Sería el colmo!

—No. Tus padres son muy discretos. Se hospedarán en el Hotel de Inghilterra, en esta misma calle.

—¿Qué has querido decir con «muy discretos»? No irás a decirme que saben que me acuesto contigo.

Oculté la sonrisa en su pelo rizado y le besé detrás de la oreja. Saber que todo había estado planeado desde el principio habría ofendido su vanidad masculina. No sabía qué decir a continuación. Le introduje la lengua en el oído. Tenía un ligero sabor salado y una película de vello rubio en el lóbulo.

—Tu padre me conoce muy bien. Creo que se sentiría totalmente desilusionado si creyera que no te he seducido.

—¡La leche! Tú bromeas. Es demasiado carca para pensar una cosa así.

—No, no bromeo, querido. Siempre creemos que nuestros padres son sujetos anticuados con ideas antidiluvianas y ninguna vida sexual. Estoy segura de que ni siquiera te los imaginas en la cama.

—¡Pues claro que no! Vaya ocurrencia.

—¿Lo ves? Aquí, el único carca eres tú. Tus padres son

muy modernos.

—¿Cómo lo sabes?

Calibré con mucho cuidado la respuesta y me lancé.

—Tu padre y yo fuimos amantes hace años. No es ningún viejo artrítico, sino un hombre muy apasionado.

Por un momento pensé que se iba a desmayar. Luego me pareció que me iba a dar una bofetada. Pero, para mi tranquilidad, se echó a reír.

—¡Esto es la monda, la monda! Como una película antigua que vi en cierta ocasión, *Les Parents terribles*.

—Era una película moderna cuando tu padre y yo éramos jóvenes. Creo que la vimos juntos. Entonces nos identificamos con la pareja joven. Ahora los padres somos nosotros. La vida como tal no cambia, pero el tiempo nos obliga a cambiar los papeles. Yo tenía tu misma edad cuando tu padre me sedujo.

—¿No te digo? ¿Y cómo era el viejo en la cama?

—Nunca hablo de un hombre con otro —dije con firmeza, aunque añadí—: Es mucho más refinado y moderno de lo que piensas. Me enseñó todo lo que yo te he enseñado a ti.

—Vaya, vaya. ¿Quieres decir que todo esto… todas estas cosas las hacías con mi padre?

Tan joven e indefenso, se había puesto un poco pálido otra vez. Quizá yo había ido demasiado lejos. Apoyé la cabeza en su hombro y me restregué contra él como si la criaturita fuese yo.

—Querido, ya eres todo un hombre. Deberías tratar a tu padre como a un igual. Podéis reíros de todo y cambiar impresiones.

—Estás como una chota.

Le pasé la mano por el pecho.

—Mira, ¡pero si ya tienes pelo y todo!

—¡Anda y que te den por el culo, monstruo!

Pero no se apartó, antes bien me apretó contra sí. Fue como si me arrebatase de su padre. Me hizo el amor con furia, con rabia, teniéndome bien sujeta y sin pensar para nada en mi placer. Ni siquiera me miró; me dio la vuelta, me empaló por detrás y por primera vez se corrió con un fuerte grito. Nunca había hecho tanto ruido. Acto seguido, se apartó

y se tendió a mi lado, sin tocarme apenas, también por primera vez. Por lo general permanecíamos abrazados un buen rato.

—Puta de mierda —dijo—. Ahora eres mía.

Carta de Roma a Draguignan.

«Querido Aurélien:

»Todo saldrá bien. Esperamos con ilusión vuestra llegada. Vuestro hijo está capacitado para afrontar la situación. Tened cuidado y no hagáis que se sienta otra vez un niño. Comunicadme la fecha exacta para reservaros la habitación del hotel.

»Besos,
»Anne»

Las cosas salieron de un modo totalmente distinto de como habíamos planeado. La madre de Marie volvió a ponerse muy mal. Aurélien tuvo que acudir solo a Roma. Me pregunto por qué. Jean-Louis podía haber vuelto en tren perfectamente. Como fuese, Aurélien se presentó muy pulcro y aseado y padre e hijo lo pasaron muy bien juntos. Jean-Louis fue al final el más desenvuelto de todos y salió muy airoso del encuentro. Yo estaba orgullosa de él. Se limitó a conducirse con la discreción necesaria, sin tratar de ocultar nada en realidad. Hacía ver que él era el amo, como si quisiera poner a su padre en su sitio. Aurélien y yo nos sonreíamos a veces a sus espaldas. Yo estaba tan prendada del uno como del otro.

Nota encontrada en la consola del recibidor el viernes por la tarde, al volver del trabajo.

«Querida Amante Mía:

»Espero que no te enfades conmigo, pero me apetece pasar el fin de semana bañándome, así que cojo las llaves de Sperlonga y me voy a la playa por un par de noches. Al fin y

al cabo, ya tienes a mi padre para que te cuide. Por cierto, te invita a cenar esta noche, pasará a recogerte a las ocho. Hasta el domingo por la noche. Dice mi padre que nos vamos el lunes.

»Te quiere,

»J. L.»

Al principio me puse furiosa. Y celosa. Sabía que en realidad iba a ver a aquellos despreciables palos de hockey. Los dos se habían vuelto uña y carne. Aurélien se había deshecho del muchacho para poder tenerme a su disposición. Estaba cayendo en mi propia trampa, en un tumo rotatorio con padre e hijo. ¡Sólo los franceses eran capaces de tamaña complicación!

Notas del Diario. Sábado por la mañana.

Creo que a fin de cuentas hay algo que decir en favor de la propia generación. Aurélien está en mi cama y aún duerme.

Fue una velada muy interesante la de anoche. No me sentía inclinada a comparar a los dos hombres. Para mí son entidades del todo distintas. Por supuesto, no conocí a Aurélien cuando tenía la edad de Jean-Louis; tenía veinticuatro años, era mayor que yo entonces y lo sigue siendo todavía. Ahora es además un viejo amigo y hay algo nostálgico en nuestra forma de hacer el amor. Algo sosegado, íntimo y menos intenso que con el hijo. Me gustan los dos, pero no hago comparaciones entre ambos, ni siquiera los relaciono. Son dos individuos distintos con muy poco en común, exceptuándome a mí.

Conversaciones en la cama el sábado por la tarde.

Aurélien se despertó tarde y luego me llevó de compras y a comer. Volvimos a metemos en la cama para dormir una siesta con sexo. El vello del pecho de Aurélien estaba totalmente blanco, aunque el pelo de la cabeza apenas era gris. Para ser un hombre de cincuenta y cinco o cincuenta y

seis años, tenía el físico bien conservado.

—¿Qué se siente estando en la cama con un viejo después de haber estado con un adolescente? —me preguntó.

—Aurélien, convinimos en no hablar de tu hijo. En cualquier caso, ni tú eres un viejo ni él un adolescente. Sois dos personas distintas y para mí no hay ninguna vinculación. Acabo de apuntarlo en mi diario.

—¿Llevas un diario?

—De manera irregular.

—Pensaba que sólo las jovencitas llevaban un diario.

—A veces soy aún una jovencita. ¿Es que me ves como a una vieja, Aurélien? ¿O me ves tal como era cuando nos conocimos?

—Una mezcla de ambas. ¿Y tú?

—Yo casi no te recuerdo. Es como una nueva aventura con un hombre distinto. No es que la edad tenga que ver con ello, sino sólo que no tengo memoria. Nunca la he tenido.

—Alguien dijo en cierta ocasión: «El único hombre realmente feliz es el que carece de memoria». Anne, tú eres una mujer feliz.

—¿Y tú, Aurélien? ¿Lo has sido?

—No siempre, aunque hay muchas cosas por las que tengo que estar agradecido. Por ejemplo, Jean-Louis. Es un gran muchacho y tú me has ayudado a comprenderlo. Es muy lúcido para su edad. Antes nunca había hablado conmigo, y ahora estamos muy unidos. Incluso hablamos de ti, de hombre a hombre. No es tan discreto como tú acerca de tu vida erótica: ¡hasta me cuenta los detalles sexuales!

—¡Qué cabrones sois! Ya esperaba que os contaseis chistes de soltero a costa mía.

—No te enfades. Deberías de estar contenta de que los dos apreciemos tus cualidades en la cama.

—Es inmoral.

—¿Y qué? ¿A quién le aprovecha la moralidad? A los inseguros solamente.

—Creo que la situación se me está haciendo inaguantable.

—Tú la provocaste.

—¿Qué quieres decir? Fuiste tú quien me escribió para

proponerme todo este jodido asunto.

—Y tú coqueteaste desvergonzadamente con mi hijo durante el Festival de Cannes. Vi cómo le excitabas adrede. Me sentí celoso y complacido al mismo tiempo.

—¿Qué es lo que te complacía?

—Me complacía que mi hijo siguiera los pasos de su padre. Que supiera lo que es una mujer auténtica. Todos queremos que nuestros hijos salgan a nuestra propia imagen. O que nuestra imagen perviva en los hijos.

—Es un error vivir a través de los hijos, Aurélien. No me digas que me enviaste a Jean-Louis sólo para revivir indirectamente nuestra vieja historia amorosa.

—No exactamente. No creo que estuviese ahora en tu cama si eso fuera cierto.

—En realidad ¿por qué estás? Tú y Jean-Louis estáis jugando conmigo. No es lo que yo esperaba.

—¿Querías ser tú quien jugase con nosotros? ¿Piensas que te envié un juguete bonito? —Su voz adquirió un sesgo peligroso.

—Oh, cállate y hazme el amor otra vez —dije, tratando de volver a un terreno más seguro.

—Anne, tengo cincuenta y seis años. ¿Es que quieres matarme?

—Vamos, Aurélien. Tu hijo puede aguantar dos veces seguidas sin apearse.

—Qué puta eres.

Me dio una bofetada. Sabía que la ofensa de la comparación le excitaría y así fue. En idénticas circunstancias, el hijo se había sentido dominado por una rabia infantil. El padre se condujo con violencia, dominación y posesión controladas. Me zarandeó sin miramientos y luego se me echó encima, aplastándome mientras me penetraba, como si quisiera destruirme devorándome. Sentí la energía del adulto tras aquel arrebato. No había ciertamente nada infantil en Aurélien.

Tras el ajetreo de la tarde, decidimos dormir cada cual en su cama. Aurélien temía además que Marie llamase y no lo encontrara en el hotel. La medida me tranquilizó porque

también Jean-Louis podía llamar desde Sperlonga y no quería hablar con él teniendo al padre delante.

Habíamos ido a cenar fuera, a la Piazza di Santa María en Trastevere. Los músicos ambulantes se aproximaban cantando viejas melodías como «O solé mio», había ancianas vendiendo flores que te ponían la mercancía encima de la mesa, niños que jugaban a la pelota en la plaza, y los iluminados mosaicos de la fachada de la catedral relucían tras las salpicaduras de la fuente.

Aurélien me había comprado una cadena de oro hecha a mano con un corazón de jade. Me emocionó el regalo. A su hijo no se le había ocurrido comprarme ni siquiera una rosa durante todo el tiempo que había estado conmigo. Los antiguos amantes tenían algo especial después de todo.

El muy canalla no me telefoneó. Probablemente estaría fuera bailando con aquellas cretinas. Había un club nocturno en la playa, cerca del cámping, desde el que era muy fácil adentrarse en las dunas y perderse en los cañaverales. No estaba exactamente celosa, sólo triste por no ser yo quien estuviese en los cañaverales y también por no tener diecisiete años. Siempre había sabido que perdería al chico, pero saberlo no me salvaguardaba de las emociones. Le echaba mucho de menos.

El domingo por la mañana me preparé el desayuno y salí a la terraza para tomarlo, las campanillas de las ipomeas se estaban abriendo, semejantes a azules que anunciasen la salida del sol. La mesa de tablero de vidrio estaba resquebrajada, y las sillas de hierro labrado necesitaban una mano de pintura. Un antiguo amante había dicho una vez: «Anne tiene todo lo que nosotros ambicionamos: un montón de estilo. Es una libertina con clase».

Sonó el teléfono. El corazón me dio un vuelco. Me puse furiosa conmigo misma por preocuparme tanto. Me irritó aún más el que no fuese Jean-Louis, sino el actor norteamericano de la película para la que tenía que ponerme a trabajar. No le había gustado el comentario de Moravia en el periódico dominical. Le expliqué que no lo había escrito yo, pero él dijo que era culpa mía por dejar que le entrevistase un periodista

de tres al cuarto. Los actores son todos iguales: se ponen furiosos si les haces publicidad y más furiosos aún si no se la haces.

Le cité a Oscar Wilde: «No importa lo que se diga mientras se hable de uno». Ni siquiera sabía quiénes eran Oscar Wilde o Moravia. Le expliqué que Moravia no sólo era uno de los mejores escritores vivos de Italia, sino que también escribía comentarios cinematográficos para *L'Espresso*, el semanario intelectual romano. El yanqui se calmó entonces y me invitó a comer. Los actores son a menudo personas muy solitarias. Todo el mundo cree que se lo pasan en grande y por tanto nadie se atreve a invitarles. Con frecuencia se quedan en el hotel, temerosos de salir y que les reconozcan, temerosos de que se les vea solos, sin una compañera deslumbrante. Por este motivo casi todos tienen una secretaria que les sigue a todas partes. No tanto para hacerse cargo de las cartas de los admiradores cuanto para remediar su soledad.

—Acepto la invitación, pero tendré que ir con un huésped que tengo en casa. Es un hombre encantador, le gustará; un abogado francés.

—¿Habla inglés?

—Sí. Le enseñé yo misma.

—De acuerdo entonces. ¿En el Grand Hotel a la una?

—Estupendo; estaremos allí.

A Aurélien le divertiría conocer a un actor cinematográfico norteamericano. Podríamos comer la mar de bien, ya que yo sabía que el actor disponía de una dieta de cien dólares diarios para gastos. Tenía a su disposición además coche y chófer, así que podríamos ir a comer a la Via Antica.

Conversación camino del Grand Hotel Roma. Domingo. Septiembre.

—Mi hijo me ha llamado esta noche.

—¡Te ha llamado a ti! ¡El muy truhán! Esperaba que me

llamase a mí.

—Quería saber si me apetecía estar a solas contigo otro par de días. Tenía ganas de quedarse en la playa.

—También habría podido preguntármelo a mí. Pero creo que no pensaba en nosotros: lo que quiere es estar con las chicas inglesas del cámping.

—¡Anne, estás celosa! ¡No me digas que te has enamorado de mi hijo!

—¿Qué tendría de malo?

—No tiene más que diecisiete años.

—Yo tenía dieciocho cuando tú y yo nos enamoramos. ¿Lo has olvidado?

—Pero ahora tienes cincuenta.

—No los noto cuando estoy con Jean-Louis.

—No, supongo que no. Parece un poco ridículo, pero… bueno, es encantador. Muy agradable para ambos, a decir verdad.

—Ha sido muy agradable, gracias. Por supuesto, yo no esperaba que durase, pero me habría gustado que continuase un poco más. Ha sido muy rejuvenecedor.

—¿Hago yo que te sientas de acuerdo con tu edad?

—No, también tú me haces sentir joven, pero de un modo distinto. Contigo me siento protegida. Incluso como una niña mimada otra vez. Es agradable estar en un restaurante caro para variar, y saber que se ha reservado la mesa por anticipado, y que no he de preocuparme de la cuenta, y que si pido lo más caro de la carta, tú disfrutarás con mi alegría. Con el chico, soy yo quien protege, yo quien mima.

—¿Sigo siendo para ti una figura paternal?

—En cierto modo. Los seis años que me llevas ya no significan nada, ahora somos de la misma generación, pero cuando yo tenía dieciocho y tú veinticuatro, me parecía una barbaridad.

—Lo siento. Yo nunca me he sentido paternal contigo. Fuiste mi primera Gran Pasión.

—Por supuesto, querido. Tú también para mí. —Me detuve en medio de la calle atestada—. Aurélien, no sólo amo a tu hijo: te sigo amando a ti.

Le besé en mitad de un paso de peatones. Un taxi frenó entre chirridos, el conductor asomó la cabeza y gritó con furia:

—¡Vamos, vamos! ¡Que ya sois mayorcitos para daros esos achuchones!

Nos echamos a reír y seguimos andando. Me daba cuenta de que había herido los sentimientos de Aurélien y procuraba remediarlo.

—¿No lo entiendes, querido? El muchacho no tiene nada que ver con nosotros. Si ayer me comí un delicioso melocotón, ello no va a estropear las fresas con nata que voy a comerme hoy ni el pastel de chocolate de mañana. Lo único que hace es aumentar el apetito. Tu hijo es un bocado exquisito, una golosina; tú eres un atracón de manjares suculentos.

Aurélien pareció tranquilizarse un poco. ¡Son tan infantiles en realidad todos los hombres!

—Los dos sois platos deliciosos —proseguí, tratando de aligerar la atmósfera y ser más frívola—. Es posible que algún día pueda teneros a los dos en el mismo menú —le di un apretón en el brazo.

—¿Estás sugiriendo una *partouse* conmigo y mi hijo, mujer terrible?

—¿Por qué no? Estoy segura de que funcionada.

—No en mi familia, por favor.

—Bueno, piénsatelo.

Habíamos llegado a la Fontana di Trevi. Habíamos dado un ligero rodeo para que Aurélien pudiera arrojar su moneda. Había rechazado la sugerencia de que Jean-Louis se quedara un poco más. El chico tenía que volver aquella tarde según lo planeado, y padre e hijo partirían juntos por la mañana.

Bajamos los peldaños que conducen a la recargada fuente cogidos de la mano.

—Es demasiado barroca para mí y tiene demasiada agua. Creo sinceramente que los franceses las hacen mejor.

Nos hicieron fotos unos irritantes *paparazzi* y coincidimos en que había sido un error ir allí. Hacía mucho calor a mediodía, además, y se podía oler el cloro del agua.

—A mediodía no es magia precisamente lo que hay aquí —dijo Aurélien.

El actor estaba apoyado en la barra del salón del Grand Hotel, tomándose un mejunje a base de sopa Campbell y vodka. Fingía que se trataba de alimento y no de alcohol y estaba hablando con una pelirroja, evidentemente una puta cara. Poco sabía ella que su marchito garañón era un conocido alcohólico. Tampoco había muchas posibilidades de que fuese con ella; lo más que conseguiría sería una foto dedicada.

Recorrimos en coche la Via Appia Antica en ambas direcciones, en busca de restaurante, y al final nos decidimos por el Escargot, que estaba al comienzo de aquélla. Era una hermosa avenida jalonada de cipreses que parecían negros bajo el sol ardiente. Las antiguas villas romanas se alineaban a un lado del paseo, enfrente de las nuevas, donde los nuevos ricos se bronceaban junto a las piscinas enclavadas en jardines italianos normales. Más allá se abría el campo, con sus acueductos en ruinas y ovejas que pastaban.

Ya en el umbrío jardín que había tras el Escargot, nos pusimos a salvo de los mirones y el humo de los tubos de escape, nos colgamos las lujosas servilletas adamascadas y consultamos la abultada carta. Los dos hombres se trataban con educación superlativa, rindiendo pleitesía a la superioridad imaginaria que el uno atribuía al otro; pero el actor era un farsante que se esforzaba por parecer joven al máximo, mientras que Aurélien era un hombre de verdad, seguro de su lugar y sin avergonzarse de la edad que tenía. Todas las mujeres que suspiraban por el actor en los cines se lo habrían pasado mucho mejor en la cama con Aurélien, me dije.

Dejamos al actor en el Grand Hotel para que durmiese la mona y, como lo que más me gusta es hacer el amor en el curso de una larga y tórrida tarde estival, fuimos a mi casa y volvimos a metemos en la cama. Traté de no pensar en el inminente regreso de Jean-Louis, pero no me pude relajar en los brazos de Aurélien ni dormirme después, como tenía por costumbre.

—Al parecer debo permitir que el muchacho duerma aquí esta noche —dijo Aurélien, como si leyese mis pensamientos. Me secó el sudor de los pechos con la sábana. Su tono era forzadamente generoso.

Hice un tremendo esfuerzo por eludir la tentación de aceptar.

—Lo mires como lo mires, Aurélien, no creo que sea buena idea. ¿Por qué no se queda contigo en el hotel? Tienes una habitación doble. Así estaréis listos para partir a primera hora de la mañana.

—¿No quieres pasar una última noche de amor con el joven?

—No —mentí—. Detesto las largas despedidas a la rusa y los adioses premeditados. Es mucho mejor no saber que te vas a la cama con una persona por última vez. No tardará en llegar; me limitaré a ayudarle a hacer el equipaje.

—Entonces será mejor que me levante ya. —Saltó de la cama y comenzó a vestirse—. Venid con su equipaje a eso de las ocho y media, e iremos al Ranieri, que está al doblar la esquina. ¿Te parece un lugar adecuado para una cena familiar de despedida?

Sonreí, aunque no me sentía muy alegre. Me levanté yo también y le besé con ternura, una ternura sincera. Lo que pasaba era que ya no podía sentir con Aurélien esa «subida» que sólo las drogas o un nuevo amor proporcionaban: el vértigo jubiloso y obnubilador que sabes puede ser obsesivo y enfermizo, pero que es irresistible.

—¿Por qué no te quedas y esperamos juntos al hijo pródigo? —le pregunté, temerosa de no saber rechazar al muchacho si el padre no estaba presente.

—No, tendréis cosas que deciros que prefiero no oír —replicó Aurélien, ya totalmente vestido y camino de la puerta.

—Tonterías, Aurélien. Todo es agua pasada ya —dije, y al decirlo, supe que era cierto. Pero cuando Aurélien se hubo ido, muy consciente de lo que hacía, me puse el transparente salto de cama estival.

—Anne, mi querida Anne, cómo te he echado de menos.

Jean-Louis entró en la casa como un vendaval, bronceado,

radiante, con los rizos rubios en desorden y los ojos azules relampagueantes. Lo había pasado de maravilla, pero fue lo bastante amable para fingir por mí lo contrario. Saltaba a la vista, por lo demás. El puñal se me hundió en el corazón, pero la sonrisa no se alejó de mis labios ni un momento.

—Hola, querido, también yo te he echado de menos.

—¿No te ha consolado mi padre? —Me miró con aire burlón.

—Sabes que nunca hablo de un hombre con otro —dije, siempre en tono de broma.

—¿Va a cenar aquí esta noche?

—Vamos a ir a un restaurante normal para despedimos de la manera más normal. Tú dormirás en su hotel para que podáis partir cuanto antes.

Hizo un puchero.

—Vaya, ¿no va a haber una última lección con mi profesora preferida?

—La última lección consiste en aprender que es mejor pasar por alto la última lección. Así no te quedará nunca ningún resabio.

—¡Eres una mujer maravillosa!

Me besó, pero me di cuenta de que por dentro se había sentido aliviado. Los palos de hockey le habían dejado exhausto tras las dunas de la playa y ya no me necesitaba a mí para nada.

—Mira, me parece que no voy a ir a cenar con vosotros —dije, mientras le ayudaba a hacer el equipaje—. Tu padre lo entenderá.

—¿Le digo que quieres ahorrarte la última lección?

—Sí, comprenderá lo que significa. Ahora, a darse prisa y a terminar de empaquetar tus cosas. Tu padre te espera a las ocho y media.

Recorrimos toda la casa recogiendo enseres. De vez en cuando nos besábamos. Me toqueteó los pechos, le palpé los testículos.

—Qué encogidos se te han quedado —comenté.

Se ruborizó.

—¿Quién eres tú para lanzar acusaciones? ¿Qué has hecho

tú mientras tanto? ¡Y con mi propio padre, además!

Nos echamos a reír y seguimos haciendo el equipaje. A fin de cuentas no era más que un juego.

Por fin estuvo listo para marcharse. Había llegado el momento decisivo. No quería llorar. Cogí su cámara fotográfica y se la colgué del hombro. Probablemente estaba llena de instantáneas de las campeonas de hockey. Había una que le había hecho en una roca y otra que me había hecho él en la playa, sentada yo en mi toalla decorada con la bandera del Reino Unido. Me las envió más tarde con una dedicatoria.

Le acompañé hasta el ascensor con los bultos.

—¿Podrás con todo hasta el hotel? ¿Quieres que te acompañe?

—No, si he de despedirme de ti, prefiero hacerlo en tu propia puerta.

—Adiós entonces. Visítame de vez en cuando para que te dé unos azotes en el culito.

—Te lo prometo. Todos los años.

Pulsé el botón y el ascensor se puso en marcha.

—Di a tu padre que le echaré de menos —grité.

—Nos echarás de menos a los dos, so cabrona —oí que me gritaba a la vez.

Era verdad. Les echaría de menos a los dos.

En cuanto volví dentro me puse a llorar.

—Puta vieja y tonta —me dije—, guarda la compostura. El sentimentalismo es para los jóvenes.

Salí a la terraza. Las campanillas azules de las ipomeas se habían cerrado ante la inminencia de la noche. La música y el baile habían terminado. Aurélien habían sido una repetición nostálgica de la melodía principal. Jean-Louis había sido la canción misma. El aire del anochecer parecía inmóvil.

El Puente de Londres está ardiendo

Inglaterra, diciembre 1967
Edad: 51

En diciembre de 1967 decidí pasar un mes de vacaciones en Inglaterra. Estaba cansada después de la película con el actor norteamericano alcohólico. ¡Mantenerle al margen de la prensa había sido más difícil aún que ponerle en contacto con ella!

Las personas deberían volver de vez en cuando a su país de origen para ver cómo van las cosas, y yo había pensado ir a Londres para pasar la Navidad con mi hija Fiona y ver también a Rudi.

Rudi estaba dirigiendo en el Covent Garden una ópera italiana poco conocida y le había pedido que me reservara un pequeño piso amueblado en el edificio residencial de Chelsea en que él vivía. Así podíamos estar juntos… aunque no revueltos. No le había visto desde el otoño, cuando me había hecho una rápida visita al ir a ver a su padre, el viejo barón von Hoffman, un anciano viudo y distinguido con bigotazos a lo Francisco José que vivía en Viena en invierno y en un viejo castillo en ruinas próximo a Salzburgo en verano. Rudi había ido a ayudarle en el traslado anual con la intención de volver después a Roma, pero entonces le habían llamado desde el Covent Garden. El abultado equipaje de Rudi se había quedado en mi casa con la invitación de reunirme con él en Londres para la función inaugural.

Bajé del tren en la Victoria Station y me vi ante un cartel con la cara ampliada de un maníaco, que ostentaba la siguiente advertencia: «Se busca por asesinato. Si ha visto a este hombre, notifíquelo en la comisaría más cercana».

—Los ingleses son únicos a la hora de cometer crímenes interesantes —dijo Rudi cuando nos encontramos en el andén

—. Has llegado a tiempo para presenciar la caza de brujas.

Había tomado el tren nocturno porque llevaba demasiado equipaje para el avión. Casi todo era de Rudi. Se lo llevaba a Londres para que pudiera volver directamente a Nueva York. Todo parecía muy *jet set*, sólo que yo había viajado en tren en segunda mientras que Rudi había volado directamente a Londres en primera. Yo era, como de costumbre, su esclava por amor.

—Sería mejor que dejáramos los bultos más pesados en consigna —sugerí—. Ya los recogerás cuando tomes el tren enlace de Southampton.

Rudi iba a ir a Nueva York en el *Queen Elizabeth* después de Navidades. Por tanto le dijimos al mozo de cuerda que nos dirigíamos a la consigna.

—Ya no hay consigna —nos dijo con sonrisa alegre—. Es por las bombas que ponen los terroristas irlandeses. Ya no se aceptan los equipajes solos. Tuvieron que cerrar.

—¡Rudi, oh, querido! Los irlandeses han alterado el estilo de vida británico y yo venía, con toda la ilusión del mundo, dispuesta a disfrutar de él otra vez.

—¿Cómo «otra vez»? En realidad nunca has vivido aquí.

Rudi tenía razón. Había vivido muy poco tiempo en Inglaterra.

Aunque mis padres no habían vivido nunca en Inglaterra, eran muy ingleses. Habíamos estado en todas partes, desde los yermos de Sudáfrica hasta el sur de Francia. Había pasado la infancia entre las soledades coloniales y los bulevares europeos, mientras mis padres buscaban un lugar que casase con su estilo ideal de vida durante el interregno que hubo entre las dos grandes guerras. El problema era que quienes no casaban eran ellos dos, de modo que la búsqueda concluyó en divorcio y mi hermano y yo aterrizamos en Londres con nuestra madre en los años 20.

La vida londinense en los años 20 y 30 consistía en una agradable subsistencia doméstica de sillones cómodos y charlas intelectuales alrededor del fuego del hogar, donde se tostaban las rebanadas de pan de molde en el extremo del atizador. Las cenas de postín se celebraban a la luz de los

candelabros en salas espaciosas de grandes hogares y altas ventanas georgianas. En verano se abrían las ventanas con impaciencia para que entrase un poco de sol. En invierno se mantenían cerradas a cal y canto para que no entrase la niebla invasora. Desde pequeña había disfrutado de una vida al aire libre, con playas y terrazas, y las ventanas las cerraba para que no entrase el fuerte sol. No me gustaba correr por las calles húmedas bajo un paraguas y vestida con el uniforme de marinero de hacer gimnasia, ni ir al pensionado inglés en cuyos inhóspitos dormitorios se helaba el agua del vaso de la mesita de noche. Respiré de alivio cuando después de divorciarse mi madre se buscó un amante italiano y volvimos a residir en la Costa Azul.

Ahora, años más tarde, seguía buscando la Inglaterra de mi infancia. No me extrañaba que no supiera dónde encontrarla, con un pasado tan complejo.

—Tesoro —me dijo Rudi durante la mañana que siguió a mi llegada—, necesito algunos libros de consulta sobre el siglo XVIII italiano.

Rudi preludiaba siempre sus diarios requerimientos de mi tiempo y energías llamándome «tesoro», subrayando la primera sílaba con su ligero acento austríaco[1].

—¿Libros sobre música en particular, o del siglo XVIII en general? —pregunté vacilando, viendo que mis vacaciones se evaporaban.

Conocía mi papel en la vida de Rudi: esclava por amor. Sabía joderte bien (en todos los sentidos de la expresión) con tal encanto que obtenía resultados excelentes de todos sus esclavos voluntarios. Rudi era encantador, el egotista más encantador y egocéntrico que conocía, con una rara habilidad para chupar hasta la última gota de sangre sin que nadie se molestara. Hacía quince años que yo me había entregado voluntariamente a aquella servidumbre humana y aún no había sabido liberarme. Rudi podía haber salido de mi cama, pero seguía firme en mi corazón.

—Necesito escenas de la vida cotidiana pintadas por artistas célebres de la época —dijo—. Los pintores tienen ojo artístico; subrayan el carácter y la atmósfera. De modo,

querida, que consígueme algunos libros de la biblioteca pública y compra los que sepas voy a necesitar. —Sonrió con aquella sonrisa suya, dulce, afectuosa y seductora—. ¿Qué otra persona podría saberlo? —añadió arteramente.

Por supuesto: ¿qué otra persona? Mis vacaciones se habían esfumado. Iba a convertirme en empleada por horas y sin sueldo de uno de los más importantes directores del mundo, examante mío para más inri.

Al día siguiente fui a la librería Zwemmer, de Charing Cross Road, tras haber pasado el día anterior en bibliotecas especializadas en información general. Es posible que la servidumbre humana sea preferible al aburrimiento, pero, puesto que estaba de vacaciones, creía merecer un pequeño descanso. El pequeño descanso se presentó en forma de peso pesado en la librería Zwemmer.

—Por favor, caballero, disculpe, pero ¿adónde va usted?

El librero habló desde lo alto de una escalera de mano que impedía el paso a la zona trasera. Un joven acababa de entrar y se había colado bajo la escalera con bastantes dificultades, habida cuenta de su enorme tamaño.

—Voy a la sección del fondo para ver si tienen *El enigma micénico* de John Chadwick —murmuró a modo de respuesta una voz tan suave, educada y amable que me pregunté quién había hablado. Imposible que hubiera sido el joven descomunal.

Éste se encontraba ahora al otro extremo de la escalera. Su tono había sido amable, pero tenía un aspecto tan brutal que comprendí en el acto que el empleado le hubiese querido impedir el paso. Daba la sensación de que iba a derribar las estanterías a puñetazos en vez de a comprar libros.

Tenía el pelo rojizo y rebelde, y todo él poseía cierto aire de salvaje, no de la selva sino de algún perdido poblado de las montañas donde todos los jóvenes fuesen guerreros, de una estatura algo superior a la normal, con mostachos tan grotescos como feroces y barba roja y cuadrada al modo asirio. Iba embutido en un jersey negro de cuello redondo, tensado al máximo en virtud de esos tremendos músculos que suelen tener los levantadores de pesos. Que anduviese tras

abstrusos libros de arqueología en la sección del fondo de la Zwemmer, no pegaba ni con cola.

—¡También yo busco libros raros! —exclamé, electrizada, entrando inmediatamente en acción—. ¿Puedo ir con usted?

—Señora —manifestó aquella masa humana con el más dulce y amable de los tonos—, permítame servirle de guía. —Extendió el brazo para darme a entender que también yo debía colarme por debajo de la escalerilla de mano.

Salvé el escollo avanzando a gatas y me reuní con él en el otro lado.

—¿Qué tal? —dijo—. Me llamo Gregory.

Gregory el Malo, como al final hubo de llamarle (para diferenciarlo de Gregory el Bueno), era un joven insólito. Después de ayudarme a elegir libros, me llevó a casa a tomar el té. A la suya, no a la mía. Era un estudio en un ático de Parson's Green, lleno de bonitas alfombras persas y poco más. Había también libros y un equipo de alta fidelidad, pero lo más importante era la inmensa cama de matrimonio hecha a base de cojines variados. Era un poco incómoda y me encontré cayendo de un cojín a otro, aunque todo fue con la más notable de las intenciones. Gregory el Malo sabía siempre lo que hacía, en la cama y fuera de ella, con claridad y precisión singulares, y atención por el detalle.

—¿Cómo es que sabes tanto? —le pregunté después de haberse explayado sobre una docena de temas entre la librería y Parson's Green.

—Es que tengo un cerebro que parece un ordenador. Nunca se sabe cuándo se va a necesitar el conocimiento.

—Pero ¿cómo has aprendido tantas cosas siendo tan joven?

—Mi madre es miembro asesor de la Comisión para el Aprovechamiento de la Energía Atómica y mi padre se dedica a la astronomía teórica. Pertenezco a una familia de estudiosos escoceses en la que se espera que uno lo sepa todo, así que aprendí muy pronto a no defraudar sus esperanzas.

Ahora vamos a la cama y déjate de cháchara.

—¡Pero si no he abierto la boca! Has sido tú quien no ha parado de hablar…

—Desnúdate.

—Eres terriblemente mandón para tener la mitad de mi edad.

—Es que tengo complejo de poderoso.

—Vaya, me alegro de que estés al tanto de tus defectos. ¿Haces algo por remediarlo?

—No. Encajo la mar de bien en el clima típico del sigloXX. Soy extrovertido, esquizofrénico con brotes paranoides y tengo cierta predisposición ocasional a la violencia.

—Sí, claro… ¿Y qué más haces?

—Conservo monumentos antiguos. Soy arqueólogo, pero trabajo sobre todo en un despacho, donde decido qué vale la pena mantener intacto.

—No me da la sensación de que a mí quieras mantenerme intacta. Más bien pienso que tienes intención de violarme.

—Desnúdate y acéptalo por las buenas. Será menos doloroso.

No fue doloroso en absoluto. Su forma de hacer el amor, como su voz, era suave y muy educada. También era muy minuciosa y pormenorizada. Había leído todos los libros. Todos los manuales de sexualidad estaban archivados en aquel cerebro computerizado. Comencé a desear que supiese menos, que perdiera la cabeza y se dejase llevar espontáneamente por la pasión incontrolable de que parecía tan capaz. Pero el salvaje asirio resultó ser un cordero: a menos así me lo pareció entonces.

Gregory iba a buscarme al Covent Garden después del trabajo. Rudi tenía que ensayar hasta bien entrada la noche, pero yo me iba a las seis. Después de todo yo estaba de vacaciones, y la obra no se estrenaba hasta poco antes de Navidad. Aunque en el teatro reinaba el miedo de costumbre, yo estaba decidida a no dejarme involucrar demasiado y disfrutar de mi nuevo amante y de mis bien merecidas vacaciones.

Gregory y yo salíamos todas las tardes a pasear en el

húmedo crepúsculo para descubrimos el uno al otro y para redescubrir Londres. Me contagió su punto de vista juvenil. Yo aporté mis recuerdos llenos de nostalgia. Ambos elementos encajaron a la perfección.

—Tienes una sonrisa preciosa —dijo—. Ilumina mis días.

—A mí me gusta tu musculatura —repliqué—. Llena de placer mis noches.

—¿Hay algo que falte? —preguntó.

—No estás enamorado de mí —dije—, pero es igual.

Yo, en cambio, sí estaba un poco enamorada de él.

—Te enamoras demasiado fácilmente —dijo Rudi cuando se lo conté—. Parece un sujeto más desaconsejable de lo habitual. Le doblas la edad, para empezar.

—Veinticinco es un avance considerable después de los diecisiete —señalé, recordando con nostalgia mi idilio veraniego con Jean-Louis—. Además, su tamaño es el doble de lo normal.

—Lo que importa es la calidad, no la cantidad.

—Pero es que también tiene un cerebro superdesarrollado. Lo sabe todo de todo. Menciona un tema cualquiera y te habla de él durante horas en profundidad y con detalle.

—¿A qué se dedica?

—Conserva monumentos antiguos. Es arqueólogo de despacho.

—Cuanto más me hablas de él, más desagradable me resulta. ¿Seguro que no te lo has inventado?

—No hombre. Ya te lo presentaré. Va a venir a tomar un té después del trabajo; en bicicleta.

Gregory se presentó con un impermeable amarillo y un suéter. Era uno de esos días ingleses en que la lluvia es tan fina que no se sabe en realidad si llueve o no; si hay que salir con el paraguas o dejarlo en casa. Su atuendo era por tanto excesivo para la ocasión, pero así era todo lo que hacía.

Rudi y yo estábamos en Chelsea Cloisters, un edificio residencial que se parecía más a un barco que a un claustro. Construido en forma de rectángulo alrededor de un patio central, los largos pasillos sin ventanas estaban jalonados por ambas partes de diminutos apartamentos de una sola

habitación, semejantes a camarotes de barco. Unos daban al interior y eran más tranquilos, otros daban al exterior y tenían más luz. Era significativo que Rudi hubiese preferido la tranquilidad sombría y yo la ruidosa luz. Más significativo era que estuviésemos en plantas distintas: estábamos cerca y sin embargo distantes. Ello formaba parte de nuestro nuevo estilo de vida cuando estábamos juntos: amantes distintos, vidas distintas.

Entre mi nuevo amante, que pesaba más de ochenta kilos, y su bicicleta, mi pequeño camarote quedaba totalmente lleno.

—¿Cómo demontres has podido subir la bicicleta hasta aquí? —le pregunté.

—En el ascensor, por supuesto.

—¿Y por qué no la has dejado en la calle?

—¿Para que me la manguen?

—Estamos en Inglaterra. Aquí nadie roba nada.

—¿Te burlas de mí?

—No. Es que aún vivo en la infancia que perdí hace mucho tiempo. Ahora quítate el impermeable, siéntate y tomaremos un té.

Gregory apoyó la bicicleta en la pared y se desnudó. Del todo.

—¿Te has mojado?

—No, es que soy exhibicionista.

Se sentó en el sofá, que se hundió hasta el suelo al recibir su peso.

—¿Qué viene antes, el polvo o el té? —me preguntó con toda tranquilidad.

—Bueno, iba a llamar a un amigo para que tomara el té con nosotros.

—¿Le gusta mirar?

—Nunca se lo he preguntado.

Al final llamé a Rudi y le dije que bajase al cabo de media hora. Fue demasiado pronto; aún estábamos dándole fuerte. La actitud de Gregory hacia la sexualidad, como hacia todo lo restante, era excesiva, pormenorizada y científica. Reproducía sistemáticamente todas las posturas de los

manuales. Dije a Rudi que diese una vuelta a la manzana. Cuando volvió ya había finalizado la gimnasia y yo estaba en salto de cama. Gregory seguía en pelotas, sin embargo, tomándose su té, con el pene encogido pero presentable. La calefacción central funcionaba, por suerte, y Rudi era lo bastante mundano para estar a la altura de las circunstancias. Él y Gregory charlaron con cordialidad más que suficiente durante media hora, pasada la cual Gregory se vistió y se fue.

—No es normal que un hombre tan grandote tenga la polla grande —comentó Rudi cuando el otro se hubo ido—. Lo normal es que suceda al revés.

—¿Quieres decir que los hombres pequeñitos tienen la polla grande?

—Claro, ¿no te has dado cuenta?

—¡Quizá tenga menos experiencia que tú!

—O que eres menos observadora —dijo, negándose a aceptar mi malicia.

Era difícil que dos personas que habían sido antaño amantes apasionados llegaran a entenderse sobre bases del todo distintas. Rudi y yo seguíamos en ello. Con un heterosexual habría sido un poco triste; con Rudi en su presente fase homosexual, había una especie de rivalidad deportiva. En cierto modo facilitaba las cosas.

Notas del Diario. Londres, 5 de diciembre de 1967.

No sé qué ha cambiado más, si Inglaterra o yo. Aquí estoy, a punto de cumplir los cincuenta y uno, y viviendo en un claustro. Pero no como una monja. He renunciado al amor, pero no a la sexualidad. ¿Me gusta la nueva situación? Tiene sus ventajas. Ya no me atormentan la angustia y las dudas. La sexualidad se me ha convertido, como comer y beber, en un pasatiempo necesario y a menudo agradable. ¿Inconvenientes? Necesito más de uno. Amor y deseo, amistad y afecto, confianza y seguridad no se dan ya juntos en una sola persona. Quiero a mis hijas y a mis nietos; en otro sentido quiero también a mis maridos y a Rudi. Siento amistad por mis amigos, deseo por mis amantes, afecto por

todos. Es posible que, en cierto modo, así sea más sano. Una no se puede entregar ni con demasiada intensidad ni muy a menudo. Mi seguridad está en mí misma. Ya no la espero de los demás.

Pasé mi quincuagésimo primer cumpleaños en la cama con Gregory. Él se había tomado el día libre.

—Abuelita, te he traído un regalo —dijo al llegar. Había dejado la bicicleta en el vestíbulo, atada con cadena y candado a la barandilla de la escalera. La administración del edificio aún no había dicho nada. Probablemente creían que Gregory era el limpiacristales.

—No me acaba de gustar que mis amantes me llamen «abuelita». Me llamo Anne.

—Demasiado tarde, abuelita, ya me he acostumbrado.

Me abrazó con fuerza descoyuntadora. Era como un oso ruso amaestrado y lleno de buenos sentimientos. Se había dado cuenta de que me ponía Arpège y me había comprado jabón y sales de baño de la misma marca. Me los dio con un poema:

Para la abuelita, en su cumpleaños

Paradoja.
En un mundo en que todo mengua
¿cuánto tarda en desvanecerse
una esperanza defraudada?

Con amor, Gregory

Han pasado los años y aún no sé qué significa, pero fue conmovedor. Lo puse a un lado para añadirlo luego a mi colección de cartas de amantes jóvenes.

—Y ahora viene el verdadero regalo. A la cama, abuelita.

El verdadero regalo fue un largo viaje por todas las zonas erógenas. Me corrí en algún punto del trayecto, creo que incluso dos veces, aunque no soy mujer poliorgásmica. En cuanto a Gregory, tardó horas en alcanzar el orgasmo. Fue un poco pesado, pero no tienen por qué ser perfectas todas las ocasiones con todos los hombres; hay que estar agradecida de

que los favores sean pequeños y las pollas grandes; o al revés.

Rudi pasó a visitarnos durante el día. Me dio una caja pequeña y plana, no de Cartier sino de Ken Lane. Se trataba de unos pendientes que parecían lámparas. Me llegaban hasta los hombros.

—Llévalos solos o, si acaso, con raso negro —dijo—. Quiero que deslumbres en la gala del estreno.

Tuvo su gracia cumplir los cincuenta y uno; fue como pasar el Rubicón.

A la mañana siguiente fui a buscar a Rudi al Covent Garden y me lo encontré con un ayudante nuevo. Dijo que se llamaba Caspian, nombre que me pareció tan fascinante como el mismo joven que lo ostentaba.

—Creo que Nureyev atravesó de un salto un decorado, dejó recortado su perfil y con el molde se forjó a Caspian —dije a Rudi—. ¿Dónde lo has encontrado? Y… ¿estás enamorado de él?

—Pues claro que no estoy enamorado de él. Estoy enamorado de mi amigo Tom, que está en Nueva York, y tengo demasiado trabajo para serle infiel incluso con el pensamiento… aunque admito que Caspian es una tentación.

—O sea, que no es de tu propiedad.

—No en el sentido al que te refieres, ¡ay! Es normal. Tiene una novia muy guapa que viene a buscarle todas las tardes.

La novia se llamaba Kate y la conocí aquella misma noche en la entrada de artistas. Ella y Gregory habían estado esperando allí un rato y habían trabado conversación.

—Vamos a cenar todos juntos —sugerí cuando Caspian se nos unió.

Rudi no quiso venir. Estaba todavía ensayando. Rudi es uno de los trabajadores más abnegados que conozco. Su trabajo ha sido siempre el peor de mis rivales.

—Me ofrezco a cocinar si encontramos un sitio abierto para comprar comida —dijo Gregory.

Me pareció muy generoso de su parte, pero me di cuenta después de que el arte culinario de Gregory era tan cerebral como todo lo demás y se basaba en el deseo de dominar la situación. Se puso manos a la obra. Kate y yo quisimos

ayudarle, pero al final nos expulsó de la cocina. Nos reunimos con Caspian en el gran estudio y pusimos discos de la colección de música clásica de Gregory hasta que llegó una maravillosa comida.

—Gregory, eres un continuo placer para mí —dije piropeándole—. ¿Dónde aprendiste a cocinar?

—La culpa la tuvo mi abuela rusa —fue la sorprendente respuesta—. De pequeña había vivido en San Petersburgo y fueron prácticamente los criados quienes cuidaron de ella; pasaba mucho tiempo en la cocina, donde había un cocinero francés. Cuando la familia huyó de la revolución y lo perdió todo, incluido el cocinero francés, resultó que era la única que sabía cocinar. Se casó, nació mi madre, que se dedicó a las cosas intelectuales a que aún se sigue dedicando, y mi abuela volvió a hacer de cocinera, pero esta vez mientras me cuidaba a mí en la cocina.

Contó todo esto mientras sacudía aparatosamente batidoras y cucharas de madera. Como en todas las cosas que hacía, Gregory actuaba para su público. Cuando después nos recostamos en los cojines, comenzó a meterme mano. Caspian y Kate estaban junto al equipo de alta fidelidad, mirando los discos, pero no les prestó atención. Me di cuenta de que le excitaba hacer el amor ante terceros. A mí no me gustaba y se lo dije. Aquello no le detuvo. Traté de resistirme, pero me sujetó con una especie de torniquete —había aprendido kárate— y tuve que tragar, aunque no me corrí. El ritmo de la música contrapunteaba el ritmo de la cópula… y, bueno, yo prefiero hacer el amor en privado.

Durante el primer ensayo general, a Kate y a mí se nos permitió estar en la general, o en anfiteatro, como se dice en el Covent Garden. Rudi y Caspian no hacían más que ir y venir de la fachada del edificio a las bambalinas para supervisar el vestuario de los cantantes a medida que iban llegando. Rudi se las había arreglado, como siempre, para crear una atmósfera mágica, superficial pero suntuosa. Los matices vaporosos alternaban con los colores intensos. El oro y la plata relucían con fuerza como relámpagos en una noche de verano.

—Me gustaría estar presente en el estreno —me susurró Kate.

—¿Por qué no vas a estar?

—Me han dado trabajo en una compañía ambulante. Es el primer papel que interpreto.

—No sabía que fueses actriz.

—Pues sí. Así conocí a Caspian. Fuimos juntos a la escuela de arte dramático. No tengo ningunas ganas de separarme de él, pero tenemos que ir al norte para la función de Navidad. El estreno será en Nochebuena, en Liverpool, pero antes tendremos que ensayar durante una semana.

Así pues, Kate se fue a Liverpool y Caspian se trasladó a casa de Gregory para poder realquilar su piso. Kate estaría fuera seis meses como mínimo, y como Gregory necesitaba un compañero de piso pareció buena idea que los dos jóvenes compartieran el espacio y los gastos. Me preocupó un poco que hubiera otra persona en la jurisdicción de Gregory —era muy posesivo—, pero no era asunto mío y, de todos modos, también yo me iba a marchar pronto de Londres.

A medida que se acercaba el día del estreno, aumentaba el nerviosismo de Rudi.

—Va a venir la Reina Madre —me dijo—. Me presentarán a ella después en el Crush Bar, donde se celebrará una rápida reunión regada con champagne. Tienes que venir tú también, Anne. Procuraré que te presenten.

—Ya fui presentada a la Reina Madre, Rudi. Está emparentada lejanamente con Robert, aunque la vi por primera vez hace años en el Palacio de Buckingham, cuando fui presentada a sus parientes políticos.

—¿Cómo a «sus parientes políticos»?

—Jorge V y la Reina María. Fui presentada en la Corte en el Año del Jubileo, vestida de raso blanco, con las obligadas tres plumas en la cabeza y cola larga: ya has visto la foto.

—Pues vas a tener que ponerte igual de guapa. ¿Qué llevarás?

—No te preocupes: no quiero desilusionarte, pero será una sorpresa. Ahora soy una mujer independiente, Rudi. ¡Ya no eliges mis vestidos!

El día del estreno Rudi iba de etiqueta, yo llevaba un vestido de raso negro y los pendientes de Rudi, mientras que la Reina Madre iba toda de oropel y diademas. Parecía como si hubiese descendido de lo alto del árbol de Navidad que había en el vestíbulo. Con ella iba la princesa Margaret y Lord Snowdon. Lacayos con peluca blanca y calzón corto sostenían las cortinas de terciopelo negro para que pasase la gente. Camareros de frac servían el champagne en bandejas de plata. Los miembros de la familia real sonreían, rutilaban y demostraban una vez más que los cuentos de hadas siguen existiendo para el público que todavía se los cree. En este sentido, Inglaterra no había cambiado.

Cuando terminó todo, Rudi y yo no pudimos encontrar taxi. Fuimos a casa en el metro, acicalados como príncipes. Tampoco esto había cambiado. Lo recordaba asimismo de la infancia; gente vestida de gala que viajaba en metro.

—Ahí está otra vez el tipo ése —dije, señalando el cartel que, expuesto aún en todas las estaciones, reproducía una cara ampliada.

—Tiene los ojos de Gregory —dijo Rudi—. No dejes que te maten. Ya sabes cómo son los ingleses. Especialistas en crímenes sexuales perversos. Pondrá tu cadáver en un aparador y lo visitará los sábados para hacer prácticas necrófilas.

—¿Qué quieres decir?

—Que joderá tu cuerpecito difunto.

—Vamos, Rudi, es un joven muy afectuoso, igual que un gran oso ruso. Nunca haría una cosa así.

Pero la observación me dejó mal sabor de boca. Había algo extrañamente amenazador tras la amable pero dominadora actitud de Gregory.

Toda la familia iba a reunirse para Navidad en casa de Fiona. Vanessa vino en avión desde Italia con su marido y el niño. Robert, el padre de mis dos hijas, vendría desde su majestuosa mansión de Gales. Charles y su mujer estarían en Londres y se dejarían caer por casa de Fiona el día de Navidad. Mis exmaridos eran muy buenos amigos. Así es como empezó todo.

—Mamá, puedes traerte un amante —convino Fiona—. ¿Quién será?

—Rudi, supongo. Por el momento no tengo a ninguno más apropiado.

—¿Sigue siendo amante tuyo?

—Es una forma de decirlo. Ya no nos acostamos juntos, pero ¿importa eso?

—Sólo si te importa a ti.

Mi hija mayor es una chica muy sensible.

La Navidad es un mojón en la vida familiar porque evidencia los cambios cronológicos y sociales que se dan en la constitución de cualquier subgrupo familiar, aunque las tradiciones siguen siendo las mismas. Mis amantes se habían dispersado, habían llegado mis exmaridos. A última hora Rudi había decidido ir a Viena a ver a su padre, el anciano barón, y Gregory se había marchado de Londres para visitar a sus padres.

Robert llegó de Gales con bronquitis y se instaló en casa de Fiona con su botella de agua caliente y un emplasto en el pecho. Vanessa vino en un vuelo chárter con su marido y el niño. Charles y su mujer acudirían en coche. No había suficientes dormitorios en casa de Fiona para todo el surtido de invitados navideños.

—Sólo tú podías reunir a tanta gente distinta —me dijo Robert mientras le preparaba la cama en el sofá.

—No sé por qué tienes que estar tan incómodo, Robert. Podrías compartir conmigo la habitación que queda libre.

—Ni pensarlo. No sería apropiado. No he dormido contigo desde hace veinte años. Me agudizaría la bronquitis.

No se podía discutir con Robert. Nos sentamos junto al fuego como una feliz pareja de ancianos, mientras nuestras hijas nos organizaban una Navidad inglesa, idéntica a las Navidades que antaño habíamos organizado nosotros para ellas.

«No olvidéis poner una mandarina en la punta del calcetín», habían dicho generaciones enteras de abuelas inglesas en Nochebuena. También yo lo dije una vez más.

«¿Podemos levantamos ya?», habían preguntado

generaciones enteras de niños en las oscuras mañanas de Navidad, mientras alborotaban con excitación horas antes de lo acostumbrado y se esforzaban por entrever en la oscuridad el perfil de un calcetín hinchado a los pies de la cama.

Como Robert había declinado mi oferta, dormí con mis nietos ingleses. Gracias a ello, Vanessa pudo acomodar en la habitación que sobraba a su pequeño Matthew, que hacía siestas vespertinas y se retiraba tarde a dormir, como buen italiano que era.

—Abuelita, ¿podemos levantamos ya? —exclamaron al unísono dos vocecitas inglesas a las cinco de la mañana del día de Navidad.

—De ningún modo —repliqué, librando una batalla perdida—. Quedaos en la cama hasta las seis. Entonces podréis abrir los calcetines y venir a mi cama para que os cuente un cuento.

Procuré dormirme otra vez en medio de sus refunfuños. Ellos ocupaban una de las camas gemelas mientras yo ocupaba la otra. Empezaron a pelearse y a insultarse, y tentada estuve de echar mano de los calcetines para que se estuvieran quietos.

—Si no os calláis, vendrán vuestros padres y os reñirán de un modo más serio que yo.

Hubo una pausa momentánea en la actividad de la otra cama hasta que, de pronto, la niña lanzó un grito. Era la menor, pero también una revoltosa por naturaleza. Él era un angelito y, al igual que todos los ángeles de sexo masculino, estaba a merced de la hembra dominante. Podía ver allí perfilado su futuro matrimonio, preparado ya por los juegos infantiles a que jugaban. Su actual rivalidad fraternal se convertiría en guerra de sexos en cuanto comenzasen a jugar a juegos de adultos. ¿Cómo podía ayudarle? La suerte parecía ya echada a los tres o cuatro años, y quizá se había echado ya en el vientre de mi hija. ¿Habría tenido que hablar con ella cuando aún estaba en mi vientre? ¿Puede una alterar la herencia y los genes antes de quedar embarazada? ¿Tomar un tranquilizante fetal? ¿Elegir otra pareja? ¿Racionalizar los asuntos humanos para mejorar la especie? Era la mañana de

Navidad. ¿Cómo concibió la Virgen María un niño tan divino? Además del Evangelio, habría tenido que legamos la receta.

—Abuelita, me ha dado una patada.

—Ella me la dio a mí primero.

—¡Es mentira, es mentira!

—Que venga uno de los dos inmediatamente y se quede en la cama de la abuelita hasta las seis en punto.

—¡Yo!

—¡No, yo, yo!

Peleas, gritos, y la abuelita que tiene que arrear un sopapo a la antigua usanza. Al final vinieron los dos y se puso uno a cada lado. Estuvimos en paz durante unos minutos. Fingí dormir; y todo volvió a comenzar. Preví generaciones de niños que despertaban a sus soñolientos padres; con la imaginación volvía al pasado y me adentraba en el futuro. Cedí al final y me levanté oficialmente.

—Malcolm, por favor, alcánzame la colección de libros de Beatrix Potter… No, tú quédate aquí, picarona.

Así leímos la historia de la señora Escondecucas, de Tomasín Trepatroncos y de Pedro el Conejo hasta que la luz se filtró por las cortinas y se puso en marcha la calefacción central. Entonces les dejé levantarse e ir en busca de los calcetines. La niña metió la mano en el suyo y no tardó en desenvolver todos los paquetitos, tras arrojarlos en la cama. El niño estuvo un buen rato palpando las abultadas formas y preguntándose qué habría allí. Luego echó un vistazo en el interior con mucha cautela.

Poco después entró gateando el pequeño Matthew y entre todos le ayudamos a vaciar su calcetín. Desayunamos con la bata puesta. Luego nos vestimos y pasamos el resto del día comiendo. La botella de oporto pasó de mano en mano y brindamos por la Reina. Aún en la fase aquella de «Mi marido y yo», nos dirigió un mensaje por el televisor recién comprado. No puedo recordar el resto del programa, ya que me quedé dormida entre el crujiente papel de embalar del sofá hasta que fue hora de marcharse.

Volví a Londres con Charles y su mujer en el coche que

habían alquilado. Quería estar sola unos días en mi claustro.

Mientras estuve en el coche, pensé mucho en la mutabilidad del amor. Charles había sido antaño el más aparatoso de mis grandes amores, pero sólo era ya un cordial amigo. Apenas me parecía posible haberme fugado *con él* a lo largo de cinco países europeos veinte años atrás, y que hubiese huido *de él* ocho años más tarde. Su mujer era como una hermana para mí. No sentía ni rivalidad ni sentido de la pérdida. Sencillamente, había seguido moviéndose, lejos y hacia delante.

—Ven a cenar, Anne. Caspian y yo vamos a celebrar un banquete de Año Nuevo —me dijo Gregory por teléfono con su suave voz. Acababa de volver de pasar las vacaciones con su familia. No le había visto aún.

Cuando llegué al estudió de Gregory, había una docena de jóvenes invitados a cenar. El mismo Gregory estaba tan atareado en la cocina que ni siquiera se dio cuenta de que uno de sus amigos quiso meterme mano en el diván. Hacía mucho frío y no había calefacción central. Mientras comíamos nos envolvimos en mantas escocesas para entrar en calor.

—Esto es como acostarse vestidos, ¿verdad? —dije mientras un joven llamado Peter o Paul se me pegaba como una lapa.

Había un Peter y un Paul en el estudio, pero nunca supe cuál era cuál. Uno de ellos se me enroscaba como un pulpo entre plato y plato. Estaba bastante borracho y la tenía empalmada. Me levantó la falda por debajo de la manta y, tras un subrepticio movimiento de ropa interior y cuerpos, me la metió. Una vez dentro, no volvió a moverse. Cuando miré, vi que se había quedado dormido.

Todos aplaudieron cuando Gregory entró con los *crêpes suzette*. Aquello despertó a Peter o Paul. Salió con la misma tranquilidad con que se había metido y siguió comiendo como si nada hubiera ocurrido; porque nada había ocurrido en realidad.

Fue un extraño período de mi vida, extraño y vacío, unas vacaciones durante las que nada importó mucho y menos aún

el sexo. Los muchachos iban y venían. Gregory, Caspian y sus amigos parecían encantados de tenerme allí, y todos ellos coqueteaban conmigo cuando Gregory no miraba.

—¿Por qué atraigo a hombres tan jóvenes? —pregunté a Rudi, que había vuelto a Inglaterra para tomar el barco de Southampton a Nueva York.

—Porque eres mujer predispuesta —respondió Rudi—. Las jóvenes se lo montan de duras.

—Quizá tengas razón, pero yo no voy conscientemente detrás de los jóvenes, me limito a responderles de manera automática, y supongo que se nota. A los hombres les gusta ser deseados, es lo que les hace reaccionar.

—¿Te refieres a una reacción en cadena?

—Pues sí… así tiene que ser como comienza una costumbre.

Hice la misma pregunta a Gregory y Caspian. El asunto comenzaba a molestarme.

—¿No resulta grotesco acostarse con una mujer de mi edad?

—No mientras somos jóvenes —respondió Gregory—. Pero si un hombre maduro se fuera a la cama con su abuela, sería un tanto perverso.

—Pasados los veinticinco —dijo Caspian—, se definen las tendencias de cada cual. Mientras tanto se experimenta a propósito de qué hacer y quién ser, lo mismo dentro que fuera de la cama.

Estimulada por aquella observación, creí que podía experimentar con el bello Caspian. Kate llevaba ya dos semanas fuera y el chico se estaba poniendo sexualmente inquieto. ¡Mejor la simpática abuelita que cualquier chica que se lo arrebate a Kate!, me dije.

Solía quedarme a pasar la noche con Gregory, así que, una mañana, cuando éste aún estaba dormido, fui a la habitación de Caspian. Me había pedido que lo despertara.

—Suena el despertador —dije, metiéndome en la cama de Caspian.

Pero su despertador no sonó. Por más que lo intenté, no conseguí que se empalmase. Se mantuvo quieto y pasivo, algo

confuso, mientras yo le trabajaba todo el bendito cuerpo con dedos y lengua. Nada se le movió. Yo no era tan infalible como pensaba. Volví en seguida a la cama de Gregory antes de que despertase, sintiendo el peso de los años. Me dije que a partir de entonces dejaría de elegir y esperaría a que me eligiesen. Me revientan los fracasos.

Rudi había vuelto de Viena alicaído. No había pasado unas buenas Navidades. Su padre estaba mal de salud; la enfermedad, la vejez, los vínculos familiares y las responsabilidades domésticas le habían deprimido.

—Mi padre se aferra a un modo de vida que ya no existe —dijo, sentándose en la cama de mi claustro—. Si quiero cambiar algo, es como si le invitase a morir.

—Entonces no puedes hacer nada, Rudi, salvo dejarle en paz. Está claro que no puedes vivir con él: tu vida está en Norteamérica o donde te lleve el trabajo.

—Sí, Anne; tú y yo somos nómadas incorregibles. Tenemos que viajar continuamente.

—Pues no lo haces con mucha eficacia que digamos. Fíjate en tu equipaje.

Rudi había acabado por trasladar su equipaje a mi claustro poco antes de Navidad. Estaba amontonado a nuestro alrededor. Su intención había sido pasar dos noches en mi apartamento y tomar el tren enlace de Southampton. No había más que una cama de un solo cuerpo y ni siquiera habíamos discutido si la compartiríamos o si yo me iba mientras tanto a casa de Gregory. En realidad no quería dormir con nadie por el momento, pero me vi obligada a elegir el menor de los dos males. Consideré que era menos probable quedar colgada emocionalmente con Gregory que con Rudi. Cuando éste se encontraba deprimido, ansiaba tenerlo entre mis brazos. Corríamos peligro entonces de un *retour de flamme*.

Me azoraba estar sola otra vez con Gregory y Caspian y me pregunté si habrían comentado mi incursión en el dormitorio del segundo. Al parecer no, porque cuando aquella noche volví después de cenar con Rudi, estaban relajados y desenvueltos en mi presencia. Gregory se paseaba

en pelotas, como de costumbre, pese a la falta de calefacción central, y Caspian vestía un pijama azul claro que parecía un conjunto deportivo. Hacían una hermosa pareja.

—¡Qué suerte poder acostarse con los dos muchachos más guapos de Londres! —exclamé.

—¿Quién te ha dicho que puedas acostarte con los dos? —inquirió Gregory, aunque su tono fue muy cordial. Caspian se limitó a sonreír.

Me eché en la cama de cojines del estudio, donde dormía Gregory desde que Caspian se mudara.

—Creí que íbamos a organizar un buen *mènage à trois* —dije, mirándoles y relajándome sobre los cojines con brazos y piernas estiradas: seductoramente, esperaba.

Gregory se puso ante mí, desnudo, con el pene tieso como el palo de una bandera.

—Ayúdame a quitarle las botas, Caspian —dijo.

Cada uno se ocupó de una pierna. Me quitaron las botas y luego las bragas. Llevaba medias negras sujetas con ligas.

—Las medias me ponen cachondo. No me gustan los pantis —dijo Caspian. Me encantó advertirle el bulto revelador bajo el pijama.

—¿Le dejamos entonces las medias? —le consultó Gregory.

—Sí. Dejémoselas.

—No quiero llevar encima nada más —dije—. Pero antes quiero hacer un pis.

Me levanté y me dirigí al cuarto de baño, desprendiéndome del resto de la ropa por el camino, que fui arrojando por la estancia.

—Que no se os deshinchen los globitos —dije antes de cerrar la puerta del lavabo.

Desde siempre tenía por costumbre ir a orinar antes de enfrascarme en los juegos sexuales, para lavarme las partes a continuación e introducirme el diafragma. Este último requisito ya no era necesario, aunque todavía menstruaba. El ginecólogo me había dicho que era muy difícil que una mujer quedase embarazada después de los cincuenta, así que pasé por alto aquella parte del ritual. No obstante, siempre me

lavaba cuidadosamente la ingle y me frotaba después con un poco de crema porque el jabón y el agua me resecaban la piel. No pude encontrar nada suavizante en el lavabo de los muchachos, pero por lo menos estaba limpia. Si iba a estar con ambos, practicaríamos sin duda algún juego oral.

—Soy toda vuestra —dije, quedándome un instante en la puerta del lavabo en pose estudiada, desnuda excepto las medias.

Ya se habían metido los dos en el lecho, Caspian todavía con el pijama.

—Vamos, quitaos la ropa —insistí, arrodillándome para tirar de los pantalones de Caspian.

Se rió un poco, pero dejó que le desnudase. Me tranquilizó comprobar que aún estaba empalmado. Gregory estaba tumbado de espaldas y se toqueteaba el aparato.

—¡Dios mío! —exclamé—. Esto es el sueño de una otoñal, la fantasía masturbatoria perfecta. ¡Y es real como la vida misma!

Les contemplé un instante: Gregory, macizo y pelirrojo, con los músculos hinchados; Caspian, perfecto como un efebo, aunque de humanidad más reducida, rubio, de tez pálida, un adonis eslavo que contrastaba brutalmente con el aspecto salvaje de Gregory. Los dos estaban calientes. Me adelanté y cogí un pene con cada mano. Me encantaba tomar la iniciativa.

Al cabo de un rato, Gregory dijo con voz dulce:

—¿Qué agujero prefieres, Caspian?

Se incorporó y me echó de espaldas, deseoso como siempre de dominar la escenografía y el programa. Se arrodilló entre mis piernas y me atrajo hacia sí. Aquello no dejó a Caspian más opción que acuclillarse sobre mi pecho y meterme el pene en la boca. Alcé la cabeza para tomarlo.

Un rato después quedábamos exhaustos y nos dormíamos.

A la mañana siguiente desperté la primera con un hombre a cada lado. A los dos se les había empalmado durante el sueño. No pude resistir la tentación de cogerlas otra vez con la mano para devolver a ambos a la vigilia con lento masaje. Se removieron, se pusieron boca arriba y me dejaron hacer,

ni dormidos ni despiertos. Al rato comenzaron a masturbarse, dejándome las manos libres para hacer yo otro tanto. Yacíamos muy juntos y poco a poco ganábamos velocidad. Fue tan excitante ver y oír pajearse a los muchachos que yo me corrí primero, dando saltos en mi emparedado trozo de cama. Caspian se corrió el segundo; yo ya me había recuperado lo suficiente para recoger la corrida con la boca en el último instante y tragármela. Lo mismo hice con Gregory momentos después. Tardó mucho, como de costumbre, pero me tragué hasta la última gota. A continuación cayeron profundamente dormidos y yo fui la única que oyó el despertador.

—¡Chicos! ¡Es hora de levantarse!

No movieron ni un músculo, así que resolví levantarme y llevarles el café a la cama. No tenía nada a mano que ponerme, así que cogí del suelo el pijama de Caspian, me lo puse y me dirigí a la cocina. No había leche en el frigorífico.

Había oído al lechero mientras nos masturbábamos y sabía que habría una botella de leche en la puerta. Me puse las zapatillas de Caspian y bajé chancleteando las escaleras. Al agacharme para recoger la botella, la puerta se cerró a mis espaldas.

—¡Mierda! —exclamé, ya que sabía que el timbre no funcionaba. Gregory lo había desconectado porque los niños estaban llamando siempre. Las ventanas del dormitorio daban a la parte trasera de la casa, así que no tenía más remedio que rodear la manzana y ponerme a gritar en la calle contigua.

Algunos viandantes me miraron con extrañeza mientras avanzaba por la calle en la fría mañana con aquel pijama de hombre que me venía grande y las zapatillas golpeteando en el suelo húmedo. Pero aquello era Inglaterra y nadie hizo el menor comentario ni se ofreció a ayudarme. Era asunto mío en exclusiva, a menos que me decantase por lo contrario.

—¡Gregory! ¡Caspian! ¡Gregory! ¡¡¡Gregory!!!

Ante mi sorpresa, en una ventana próxima asomó una cabeza y alguien contestó «¿Sí?». Se trataba de un joven que se me quedó mirando.

—Hola —dijo—. ¿Le conozco?

—Creo que no —repliqué, confusa—. ¿Quién eres?

—Gregory.

—Ya. Bueno… no eres al Gregory a quien llamo.

—Se ha quedado fuera, ¿verdad? ¿O es que suele recorrer las calles con pijama ajeno?

—Sí… quiero decir no. Bueno, me he quedado fuera.

—Le abriré para que pueda llamar por teléfono. Supongo que el otro Gregory tendrá teléfono.

—Sí. ¡Buena idea! Gracias. Voy en seguida. ¿Dónde vives exactamente?

—Supongo que al lado mismo del Gregory n.º 1. Chisolm Road, 25. Es el timbre que dice Arundel.

Gregory Arundel me esperaba en el umbral cuando rodeé la esquina. Era un joven alto, espigado, sonriente y guapo como él solo. Comprendí en el acto que tenía que ser modelo. Nadie que trabajase en otra cosa podía ir tan elegante a las siete y media de la mañana. Además, estaba totalmente vestido, con un traje oscuro de corte exquisito.

—Acababa de llegar —dijo a modo de saludo—. Por eso la oí.

—Qué tal… Eres muy amable. Soy Anne Cumming.

Nos dimos la mano formalmente. Me condujo escaleras arriba hasta un piso reducido.

—El teléfono está ahí. ¿Le apetece desayunar algo?

—No… ven tú a desayunar con nosotros… si es que puedo despertar a esos dos.

Marqué el número mientras hablaba. Fue Caspian quien respondió aún adormilado. Le expliqué la situación.

—Ahora bajo a abrirte —dijo—, pero no sé dónde he puesto el pijama.

—Lo llevo puesto yo.

—¡Pues estamos buenos! ¿Qué hago yo ahora? ¿Ponerme tu ropa?

Me eché a reír.

—¡Ponte una toalla de baño!

—Estamos en enero —replicó un poco malhumorado—. Vaya manera de empezar el día.

Repetí al Gregory recién conocido que me acompañase y desayunamos todos juntos exhibiendo nuestras progresivas desnudeces, excepción hecha de Gregory, el Buen Samaritano, que, como es lógico, seguía con su traje oscuro traje de etiqueta.

—Te llamaré Gregory el Bueno —le dije—. Me has salvado la vida. De no ser por ti, habría muerto de frío o me habría detenido la policía por alterar el orden público. —Se rió. Tenía esta simpática costumbre. Se reía de todo lo que yo decía.

—O sea que yo paso a ser Gregory el Malo por habérsete cerrado mi puerta —dijo el Oso Ruso, vestido ya, mientras se ponía las pinzas de ciclista y se disponía a marcharse al trabajo—. ¡Puta jodida! No abre puerta que no se cierre tras ella.

—Esa es la historia de mi vida —comenté con tristeza—. Todas las puertas se cierran tras de mí.

Me despedí de los tres.

—Pásate por casa cuando quieras —se dijeron ambos Gregory simultáneamente en el umbral. Gregory el Malo se fue con la bicicleta, Gregory el Bueno se fue a su casa a dormir, Caspian se fue a coger el metro y yo volví a entrar para limpiar y lavar los platos. Luego me fui a casa para estar con Rudi.

Acompañé a Rudi a tomar el tren que enlazaba con el barco. No parecía muy contento de abandonar Europa y me pregunté si marcharía bien el lío que tenía con su amigo Tom el neoyorquino. Raramente hablábamos al respecto porque Rudi seguía sintiéndose culpable de haberme dejado y dedicado a la homosexualidad.

—Fueron los años más felices de mi vida —solía decir, refiriéndose a los cinco años que habíamos pasado juntos.

—Tonterías, Rudi —le replicaba yo siempre—. Tú y yo no pegábamos ni con cola. Me alegro de que me dejaras. Ahora lo paso mucho mejor. —No siempre era verdad esto, pero siempre lo decía. El reproche y la venganza son inútiles y siempre negativos—. Me gustaría ir contigo. Hace mucho que no voy a Nueva York —le dije en Waterloo Station.

—¿Por qué no vienes?

—Es demasiado caro. Y no se me ocurre ningún motivo.

—¿No te basta que yo te invite? Me gustaría presentarte a mi amigo Tom.

—¿Y qué más, Rudi, qué más? Ya estoy metida en un triángulo. Y me basta y me sobra.

—Te buscaré un hotel cerca de casa. Si encuentras un vuelo chárter barato, te pagaré el pasaje. Aquí me has sido de mucha ayuda y me gustaría hacer algo por ti.

Así era Rudi: egocéntrico hasta el extremo de ser egoísta un día y generoso al siguiente. Le di un beso de despedida y le prometí meditar aquella inesperada invitación. Aún tenía por delante un mes de vacaciones y no tenía planes concretos. Tal vez fuera buena idea hacer aquel viaje. Tenía ganas de ver a mi amigo Kurt, que vivía en Nueva York.

Gregory el Bueno me llamó por teléfono. Vino a visitarme al claustro.

—Siempre vas elegantísimo —le dije—. ¿Qué tal estás?

Emitió una risa ligera.

—Es que vengo de la permanente y de sufrir un poco.

—No entiendo.

—He ido a la peluquería y luego he estado con mi analista.

—¿Tú? ¿Con un analista? Pero si siempre pareces alegre y contento.

—El año pasado estuve en una clínica psiquiátrica.

—¿Por qué? —pregunté con aparente indiferencia, como si se tratase de algo normal.

—Sufría depresiones. Era incapaz de sostener felizmente una relación amorosa.

—Tú eres gay, ¿me equivoco?

—No, pero no somos tan retozones como se suele creer. Tenemos los problemas emocionales de todo el mundo, más los particulares del gremio.

—Nunca lo había enfocado de ese modo.

Simpatizaba con Gregory el Bueno y comencé a verle con frecuencia. También Gregory el Malo y Caspian simpatizaron con él, por más que fuese su polo opuesto. Había empezado a

serles de gran utilidad. Les hacía las compras, pagaba al lechero, les recogía paquetes. Era en realidad el vecino perfecto y lo que más le gustaba de él a Gregory el Malo era que se le podía dominar —manipular— y que siempre estaba sonriendo y riéndose por nada. Además, me vino muy al pelo en la última y atareada semana que pasé en Londres, ya que también a mí me fue de mucha ayuda.

Había decidido aceptar la oferta de Rudi e irme a Nueva York. Era verdad que me debía mucho, pero no fue éste el motivo por el que acepté la invitación. Tenía curiosidad por conocer a Tom, el novio de Rudi. En cualquier caso, el invierno era una temporada floja para el cine italiano. No tenía nada que hacer hasta marzo.

—¿No te da celos que otro hombre haya ocupado tu lugar? —me preguntó Gregory el Bueno cuando le conté lo de Tom y mi viaje a Nueva York.

—Ya no. Sólo siento una ligera nostalgia de una felicidad que recuerdo a medias.

—¿No te molesta la idea de la homosexualidad?

—¿Por qué tendría que molestarme? También a mí me gusta un buen cipote, y no me importa donde me lo metan. Sería muy hipócrita si fingiese escandalizarme porque a otros les gusta lo mismo.

—Ya me gustaría que hubiese más gente como tú, Anne. No tendríamos que acabar en las clínicas psiquiátricas con nuestros complejos de culpabilidad.

—Gregory, te voy a contar un gran secreto. A casi todos los heterosexuales les disgusta el coño. Es el objetivo último, pero en realidad no les gusta. Prefieren las tetas, el pelo, las piernas, unos ojos bonitos, una cara hermosa. Les gusta atenazar a la mujer por la cintura o cogerle los jamones del culo con la mano bien abierta y apretarla contra sí. En realidad no les gusta un primer plano del coño. Muy pocos hombres lo miran siquiera. Pero cuando una mujer desea a un hombre, lo primero que hace es cogerle la polla, a las mujeres no les da miedo.

Gregory el Bueno se rió.

—Eso es lo que a mí me pasa.

—Pues claro. Por eso las mujeres se suelen llevar bien con los maricas. Nos gustan las mismas cosas.

Gregory el Malo no acogió con tan buen talante ni mis ideas ni mi inminente partida. No estaba enamorado de mí, pero le gustaba tener a su disposición una mujer madura. Disfrutaba dominándome, dentro y fuera de la cama.

—No me va a hacer ninguna gracia estar aquí sin ti —me confesó Caspian—. Gregory quiere controlarme. Sé que ésta es su casa y que yo no soy más que un huésped que contribuye a pagar los gastos, pero las noches en que no estás, se pone imposible.

—No puedo quedarme para hacer de catalizadora. En realidad mi vida está en otra parte.

—La mía también. Voy a buscar otro trabajo, algo que me vaya. No puedo seguir pintando decorados ajenos, viviendo en pisos ajenos, jodiendo con mujeres ajenas. Probablemente acabaré en algún pequeño teatro de las afueras de Londres, pero me sentiré más compensado, será más creativo… y me podré casar con Kate.

Nos abrazamos.

—Os deseo mucha suerte a ti y a Kate. Dile que no he abusado mucho de ti, sólo lo justo para sentirme en familia.

No vi a ninguno de los muchachos en los dos o tres días que siguieron. Estuve muy ocupada preparando el viaje, viendo a otros amigos y familiares, yendo al dentista y comportándome como una buena abuela. Fiona se dejó caer por Londres con los niños para pasar un día. Se fue a recorrer tiendas porque quería comprar papel para empapelar las paredes y yo llevé a los niños al Museo de Historia Natural. Caroline se puso a llorar porque no se le dejaba acariciar a los animales disecados y Malcolm no dejó de gimotear porque en vez de estar allí prefería ver los «trenes disecados» del Museo de la Ciencia. Cuando tomaron el tren de vuelta y me despedí de ellos, se me quitó un gran peso de encima.

Sonaba el teléfono cuando abrí la puerta de mi claustro. Corrí a descolgar y me dejé caer en una silla sin encender siguiera la luz. Era Gregory el Bueno.

—Anne, será mejor que vengas en seguida. El otro

Gregory ha intentado matar a Caspian.

Por una vez Gregory el Bueno no se reía cuando me recibió en la puerta de la casa de Gregory el Malo.

—No sé qué ha ocurrido con exactitud —dijo sin aliento —, pero cuando Caspian volvió del trabajo, tuvieron una bronca. Ya sabes lo fuerte que es Gregory, y como sabe kárate, Caspian no tuvo la menor oportunidad.

—¿Quieres decir que está muerto? —También yo estuve a punto de morirme del susto.

—No, no. Está en el hospital, recuperándose de la conmoción. Gregory le hizo una llave y estuvo a punto de estrangularlo. Caspian cree que murió de veras, ya que lo primero que recuerda es que le devolvieron la vida por el procedimiento boca a boca. Parece que Gregory se dio cuenta de lo que había hecho y trató de reanimarlo. Caspian salió de estampida, vino a mi casa y se desplomó presa de la conmoción. Llamé a una ambulancia y se lo llevaron al hospital. Entonces te llamé.

Subimos las escaleras hasta el piso de Gregory el Malo.

—¿Tienes miedo, buen Gregory? —le pregunté.

—No; sólo me da miedo la idea de que Gregory el Malo se pueda haber suicidado. Suele ocurrir. El suicidio es otro acto de agresión.

Yo estaba muy asustada, asustada de lo que pudiéramos encontrar en el piso.

—Yo entraré primero, Anne. No tiene nada contra mí.

Me sorprendió el suave, sonriente, alegre dominio de la situación que ostentaba Gregory, y se lo dije.

—Te olvidas de que he estado en un psiquiátrico —dijo—. Estas cosas enseñan mucho.

Llamamos. No sucedió nada, pero alcancé a oír música. Era la *Cantata en mi menor* de Bach, una de las preferidas de Gregory el Malo.

—No es lógico poner un disco para suicidarse después — dije a Gregory el Bueno.

Volvimos a llamar. Esta vez Gregory el Malo nos abrió la puerta. Estaba en una especie de trance catatónico y más que nunca parecía un osazo ruso infeliz.

Le abracé y le di un beso. Parecía una reacción extraña ante un intento de homicidio, pero es lo que hice. Besé al asesino. Los amigos con problemas siguen siendo amigos. Los que aman siempre necesitan amor.

—¿Qué te pasa, Gregory? —le pregunté, conduciéndole hacia la cama de cojines.

Se derrumbó junto a mí y apoyó la enorme cabeza en mi regazo. Gregory el Bueno se había sentado ante nosotros y encendió un cigarrillo.

—Caspian no quería oír a Bach —fue lo único que se le ocurrió decir.

Me quedé mirando a Gregory el Bueno.

—Creo que todo está bien —le dije con voz suave—. ¿Querrías ir al hospital para ver cómo está Caspian y volver para decírnoslo?

—¿No te importa que te deje sola, Anne?

—No te preocupes. Pero vuelve pronto.

—Anda, dime qué te pasa —pregunté a Gregory el Malo cuando oí que la puerta se cerraba tras el otro Gregory.

Se me quedó mirando. Rudi había tenido razón; tenía los ojos demasiado juntos. Recordaba que incluso mi hermano me había dicho una vez: «Anne, no te fíes nunca de quien tenga los ojos demasiado juntos».

—¿Qué crees que funciona mal en mí? —preguntó Gregory.

—En mi opinión, tardas demasiado en alcanzar el orgasmo —le dije sin darme mucha cuenta—. Estoy convencida de que es síntoma de algo, pero no sé de qué. ¿Por qué no consultas con un psiquiatra?

A menudo tengo una comprensión instintiva de asuntos que desconozco por completo. Bajé los ojos para mirar al joven gigantesco que reposaba en mi regazo. Tras el poblado mostacho a lo Gengis Khan y los modales dominantes había una voz suave y educada. No pegaban ambas cosas.

—Creo que eres el Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Construyes cosas y luego las derribas. Hay en ti un impulso de destrucción.

—¿Tienes miedo de mí?

—Sí —respondí—. Te soy totalmente sincera.

—Me gustaría hacer el amor, Anne… es que hace días que no te he visto.

Titubeé y acto seguido tragué una profunda bocanada de aire.

—¿Y qué hago si quieres estrangularme?

—Me hundes los dedos en los ojos con toda la fuerza que puedas y me das una patada en los huevos al mismo tiempo —dijo con toda tranquilidad.

Sonreí y me sentí más relajada; la conversación parecía del todo normal.

Gregory me miraba con fijeza, sin sonreír, y dijo con mucha seriedad y ternura:

—Gracias por recordarme lo que he hecho. Nunca tienes miedo de la verdad, ¿no?

—A menudo, pero procuro que no se note.

Cuando volvió Gregory el Bueno, estábamos desnudos y abrazados. Gregory el Malo se había encogido hasta adoptar una posición fetal y había apoyado la cabeza en mi pecho.

Consideré que, a pesar de todo, lo mejor era marcharme de Londres. Gregory el Bueno había convencido a Gregory el Malo de que ingresara en la clínica que él había abandonado hacía poco. Aunque Caspian no tenía intención de presentar ninguna demanda por agresión homicida, antes de dejarle salir del hospital le habían hecho algunas preguntas delicadas. Le ayudé a empaquetar sus pertenencias y a abandonar el estudio de Gregory. Por suerte tenía ya un trabajo fuera de la ciudad.

—Creo, Anne, que en esto radicó parte del problema —me dijo—. Conté a Gregory que tenía otro empleo y que no iba a continuar en el piso. Sin duda creyó que estaba perdiendo su dominio sobre nosotros.

—¿Qué es esa historia sobre la *Cantata* de Bach?

—Bueno, después de decirle a Gregory que no tardaría en marcharme, puso el tocadiscos a todo volumen. Luego me preguntó si sabía algo de ti. Le dije que no, que quizá te habías ido sin despedirte; entonces bajé el volumen del tocadiscos. El ruido era ensordecedor. Gregory gritó: «¡No pongas las manos en mi tocadiscos!», y me atizó. Le devolví

el golpe y ya no recuerdo nada salvo sus manos en mi cuello. Cuando volví en mí lo tenía encima y me estaba haciendo la respiración boca a boca. Ni siquiera discutimos.

Vi al médico de la clínica psiquiátrica. Gregory era paciente voluntario y se le había dejado ir a casa de sus padres a descansar unos días a condición de que volviese en calidad de paciente externo. Yo había llamado por teléfono a su madre para decirle que había estado con la gripe. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Llamar a una madre y decirle: «Su hijo ha querido matar a su mejor amigo»?

Peter, o Paul, o como quiera que se llamase, se lo tomó con mucha calma. Prometió llamar a todos los amigos de Gregory el Malo y cuidar de él después de mi partida. Gregory el Bueno dijo que pasaría con él un tiempo si hacía falta.

—Es como la Sociedad de Alcohólicos Anónimos —me explicó Gregory el Bueno—. Una vez que has estado en el psiquiátrico, estás dispuesto a ayudar a los demás.

—¿Debería sentirme culpable? —pregunté al psiquiatra.

—No estoy aquí para emitir juicios —me replicó con frialdad—. Sólo para curar. Algo ha disparado la paranoia latente de un joven desequilibrado. La violencia agresiva se vuelve a menudo contra los que más se ama. Creo que una mujer de su edad debería preguntarse por qué se ha mezclado en una situación como la presente. Es posible que la próxima vez le toque a usted. Yo me mantendría al margen durante una temporada.

No iban a ser vientos felices los que me llevasen a Nueva York, pero pensé que lo mejor era sin duda que Gregory el Malo nos olvidase a Caspian y a mí durante un tiempo. Estaba en tratamiento y al final encontraría otra relación que satisfacerla todas las facetas de su compleja naturaleza. Mientras tanto, sus amigos cuidarían de él. Los jóvenes de la última generación se sentían muy responsables unos de otros, según advertí. Les admiraba por ello.

Para despejar el ambiente, estalló otra bomba, esta vez en un buzón de la estación de metro de Baker Street. Todos olvidaron sus problemas personales ante el problema

irlandés.

En el aeropuerto londinense, los desbordados agentes de seguridad buscaban bombas y ladrones en vez de frascos ocultos de Chanel n.º 5. Aún circulaba el cartel con la cara del asesino que se buscaba. La Inglaterra de los Alegres Sesenta se acercaba a un desenlace explosivo.

«Nueva York, Nueva York. Es una ciudad maravillosa»

Estados Unidos, enero 1968
Edad: 51

Volé a Nueva York a fines de enero de 1968 en un avión de Air India, pensando que resultaría más exótico que hacerlo en otro de las British Airways o Pan Am. No puedo decir que viajase en medio de un esplendor oriental, salvo por la presencia de una encantadora azafata que insistía en engancharse en el largo sari que vestía. Pero un jet es un jet, y el curry de plástico en recipientes de plástico en bandejas de plástico apenas si se distingue del *boeuf bourguignon* de plástico. ¡Oh, los días de los transatlánticos de placer! La primera vez que fui a Nueva York, antes de la guerra, hice el trayecto en barco, con Robert; una recién casada llena de rubor, con una docena de maletas y un baúl enorme. Sólo Lindbergh y Amy Johnson volaban sobre el Atlántico entonces.

Habíamos viajado en segunda clase en el viejo *Aquitania*, todo camarotes de caoba y manteles adamascados, horas de ocio en cubierta en tumbonas almohadilladas, mientras guapos camareros circulaban con bandejas de plata con cócteles, consomés de carne o té inglés. Era lujoso y lujurioso.

Ahora se te mete en un laberinto de pasillos sin ventanas, con el equipaje a rastras, por todo el aeropuerto, y ni siquiera se puede dormir bien una noche, ya que se cruza el Atlántico a toda velocidad. Los viajes han perdido el encanto.

Notas del Diario. Nueva York, 20 de enero de 1968.

Rudi y su novio fueron a recogerme en el aeropuerto

Kennedy y me han dejado en el hotel para que duerma y compense así la diferencia horaria. Rudi, generosamente, ha corrido con los gastos de la habitación del Hotel Quinta Avenida, junto a Washington Square, que ha alquilado para un mes; ha elegido este sitio porque está a unas manzanas de su casa. Tom, el amigo de Rudi, parecía contento de verme. Supongo que será difícil imaginar que Rudi y yo hemos sido amantes hace tiempo. No soy más que una turista madura que viene de otro mundo. Tom no ha estado nunca en Europa. Es un varón estadounidense, blanco, sano, normal, que por una de aquellas es homosexual. Es mucho más joven que Rudi y salta a la vista que lo adora. Es un caso de discípulo-a-los-pies-del-maestro y está claro que a Rudi le encanta. Es lo que necesita en el momento actual de su evolución y es el equivalente directo de mis relaciones con los jóvenes: ¡sólo que, según parece, yo necesito más cantidad!

Nueva York ha cambiado menos que la mayoría de las ciudades europeas. Las auroras siguen siendo malva, y las aceras siguen cubiertas de nieve y basura a partes iguales, ya que simbolizan la belleza y suciedad que componen esta urbe estimulante. Un paseo alrededor de la manzana es un paseo alrededor del mundo. Pasas de un rascacielos a una casa de vecinos, del «Paraíso de la Hamburguesa» a un restaurante de lujo, de un banco ceñudo a un hotelazo superelegante, de la nueva Facultad de Ciencias Sociales a los cines pomo de mala muerte, y del autoservicio de lavandería a la tienda de licores. El cielo y el infierno se encuentran en una misma manzana, con gentes de todos los colores, razas, formas y tamaños, vestidas con indumentaria increíble, sin que nada pegue y nada tenga sentido; lo feo y lo bello se mezclan en esta grotesca olla podrida que se llama Nueva York.

Rudi me invitó a comer en su casa. Cuando vivimos juntos no frió un huevo ni preparó una taza de té; ahora, siete años más tarde, iba a cocinar para mí.

—Entra, entra. Me alegra que hayas venido. —No fue Rudi quien me saludó de esta manera, sino su novio Tom. En cierto modo, interpretaba el papel de anfitrión, mientras Rudi

se afanaba en la cocina.

En las relaciones homosexuales, los papeles están menos claros y son más complejos de lo que supone la mayoría de los heterosexuales. Yo había visto muchísimos de aquellos «matrimonios» en mi vida, pero era la primera vez que había visto a Rudi vivir abiertamente con un hombre. Advertí que aquello no le afeminaba, al contrario. Tom era mucho más joven, de modo que Rudi era la figura paterna: resuelto, responsable y serio. Conmigo solía coincidir en el síndrome del niño desamparado.

—Por lo que veo, compartí contigo los peores años de tu vida, Rudi —le dije al terminar de comer—. Habría tenido que esperar a la etapa experta en cocina.

—¿No cocinaba cuando vivíais juntos? —preguntó Tom.

—Me enseñaron a pensar que las mujeres debían mimarle a uno —intervino Rudi con presunción—. Me fui de Viena cuando murió mi madre, para buscar trabajo y a alguien que siguiera mimándome. Fue en Roma donde encontré ambas cosas, empleo y mujer.

Tom nos miraba de manera inquisidora.

—O sea que fue en Roma donde os conocisteis.

—Sí, en un restaurante —contestamos al unísono.

—Nos compadecimos el uno del otro —expliqué—. Me había separado de mi segundo marido y necesitaba a alguien a quien amar, y Rudi necesitaba ser amado. Fue así de sencillo.

Al acabar, Tom me llevó a dar un paseo por Greenwich Village, que era muy diferente del Village que recordaba de mi última visita. El escenario era el mismo, pero los actores diferentes. Lo habían invadido los hippies. Nos sentamos un rato en Washington Square, tan elegantemente bohemio antaño, a la manera de Henry James, aunque en el presente era sencillamente una porquería. La generación Beat podía tener su forma de elegancia, pero no estaba basada en la limpieza y el orden.

—Volvamos y tomaremos un té en mi hotel —dije a Tom —. Hace demasiado frío aquí.

De vuelta en el Hotel Quinta Avenida, la comodidad y el

lujo ahuyentaron el frío, y Tom el indiferente, con su pelo bien cortado y sus tejanos limpios, se adaptó sin problemas a mi medio. Era extraño, pero nos sentíamos a gusto juntos. Le pedí que me acompañara a la habitación, nos tumbamos en la cama y estuvimos charlando varias horas. Alcancé a comprender por qué, viviendo con él, Rudi se había convertido en algo más que un hombre.

—Todas esas historias sobre los papeles activos y pasivos son zarandajas —dijo—. Yo soy un hombre; me gustan otros hombres porque son hombres. Lo que hago en la cama no es más que gimnasia; no me cambia la personalidad.

Nos adentramos incluso en detalles físicos y cotejamos experiencias.

—Rudi es sobre todo un narcisista —dije a modo de conclusión—. Mientras le halagues, todo funcionará.

Al final, Tom consultó el reloj.

—¡Anda! Pero si llevamos horas hablando. Será mejor que me vaya. No nos interesa que Rudi se ponga celoso, ¿verdad?

Nos besamos en la boca. Ignoro el sentido y alcance exactos que tuvo el beso. Se estaba poniendo de moda entre los jóvenes. Lo estreché contra mí.

—Me alegro de que estés con Rudi —le dije.

—Me alegro de que estés con *nosotros* —dijo él.

Fui a la parte alta de la ciudad para ver a mi viejo amigo Kurt. Kurt es mi psiquiatra favorito, aunque yo sólo utilizo a los psiquiatras como mascotas. No me creo capaz de someterme a un análisis, aunque hace muchos años mi segundo marido me envió a una señora freudiana porque *él* tenía problemas. Después de dos sesiones, me volví a la señora freudiana y le dije: «Ahora le toca hablar a usted. Como comprenderá, no voy a gastarme todo este dinero escuchándome a mí misma». Ya no volví. Quizás no me hacía falta. Tenía a Kurt.

Conocí a Kurt mientras estudiaba en Alemania, antes de la guerra. Mi madre me había enviado allí después de abandonar el pensionado inglés y antes de ir a París. Kurt era un judío sencillote, de cara redonda, que estudiaba medicina en Weimar. Solíamos dar largos paseos mientras hablábamos

de Goethe, y al final me ponía a llorar en su hombro y le contaba todos mis problemas, la mayoría a causa de los chicos. Un día dejé de llorar y comencé a salir con otro estudiante que en sus ratos libres militaba en los Camisas Negras. Yo no tenía ni idea de lo que era un Camisa Negra, porque Hitler había tomado el poder hada poco. Yo sólo sabía que me gustaban su gallardo uniforme negro y sus altas y relucientes botas de montar, y el único problema era si me dejaba arrebatar la virginidad o no. No tardé en volver a llorar en el hombro de Kurt porque el guapo Camisa Negra me trataba muy mal, ya que no quería irme a la cama con él. Pero llegó el día en que los Camisas Negras y Pardas comenzaron a maltratar a los estudiantes judíos y me volví a Londres, llevándome a Kurt conmigo. Su familia acudió después y todos se instalaron en Londres. Kurt siguió estudiando en la Facultad de Medicina y se hizo psiquiatra. Desde entonces ha sido uno de mis mejores amigos.

Le había consultado a lo largo de dos matrimonios, dos divorcios y un sinfín de historias amorosas; no como a un analista, sino como el oráculo de Delfos en persona. Le hacía una rápida visita amistosa, le daba un beso, decía «¿Qué puedo hacer?», y me iba. La mitad de las veces ni siquiera escuchaba la respuesta; me bastaba con saber que él estaba allí. Un día dejó de estar. Había emigrado a los Estados Unidos. Sin embargo, volvía a Europa con frecuencia, en vacaciones, y yo siempre le visitaba cuando iba a Nueva York.

—¡Kurt, mi querido Kurt! —el pasado nos arrolló mientras abrazaba a aquel hombre gordo y maduro.

Kurt se había casado, pero el matrimonio no había salido bien. Volvía a estar soltero, así que me llevó a un restaurante húngaro del West Side. Primero intercambiamos noticias de familia y yo le conté todo lo relativo a mis hijas y nietos.

—¿Y qué tal tu vida amorosa? —dijo entonces.

Le conté lo de Gregory el Malo, me consoló y me contó historiales parecidos. También le hablé de Roma y de mi cuadra de jóvenes amantes por horas: de mi sencillo, satisfactorio y nada complicado camionero; de mi estudiante

de derecho; de mi diplomático; y del atareado Bruno, el de los polvos de cinco minutos.

—La mayoría de las mujeres tiene un hombre para toda la vida. Tú, al parecer, tienes varios hombres para diferentes ocasiones —comentó Kurt—. ¿No lo encuentras a veces confuso?

—No. La confusión surge cuando me instalo con un solo hombre —contesté.

—Bueno, espero que te duermas un poco en tus laureles mientras estés en Nueva York. Creo que te convendría descansar un poco de tanta sexualidad.

—Creo que me he enamorado del novio de Rudi.

Kurt me miró con reproche. Rudi le caía mal.

Había esperado que Kurt y Rudi se hicieran amigos cuando el primero emigró a Norteamérica, pero las cosas salieron de otro modo. Kurt me había dicho: «Creo que Rudi no ha estado nunca enamorado de ti. No es más que un niño mimado». Rudi me había dicho: «Kurt ha estado siempre enamorado de ti y le has hecho polvo la vida». Ninguna de las dos afirmaciones era del todo cierta, pero los dos hombres no se habían hecho amigos. Desconfiaban el uno del otro.

—¿Por qué te has enamorado del novio de Rudi?, —me preguntó Kurt—. ¿Para vengarte de Rudi?

—No, es que me gusta. Creo que me gusta más que Rudi.

—Bueno, es un cambio interesante, pero sigo pensando que no es buena idea.

—¿Con quién he de acostarme entonces ahora?

—Con nadie.

—Es lo que siempre dices, Kurt. Pero nunca te hago caso.

—Un día me lo harás. ¿Cuántos años tienes?

—He cumplido cincuenta y uno hace nada.

—¿Te has detenido alguna vez a reflexionar?

—Aún no. Lo dejo para cuando sea vieja.

Nos echamos a reír y nos cogimos la mano por encima de la mesa.

No había cogido la mano de un hombre maduro y gordo, sino la de un muchacho rechoncho y mofletudo. Siempre veo a las personas tal como eran al conocerlas.

No me fui a la cama con Tom, pero le vi con mucha frecuencia. Les visitaba a menudo y, si Rudi estaba ocupado, nos decía que fuésemos a dar un paseo juntos.

Tom hacía pintura abstracta y su tiempo le pertenecía. A menudo, su tiempo era también mío, y juntos lo pasábamos de maravilla. Fue una de las mejores vacaciones que he tenido en mi vida. Por mediación de Tom hice nuevos amigos jóvenes, descubrí el cine *underground*, pasaba las tardes en los teatros de vanguardia y aprendí que había una nueva Nueva York bajo la vieja Nueva York. Incluso encontré un nuevo amante joven, pero que no tenía nada que ver con Tom.

Kurt había estado en lo cierto al decir que no era saludable frecuentar tanto a Rudi y Tom. Se estaba convirtiendo en otro *mènage à trois*. Me presentaba muchas veces cuando aún estaban metidos en la cama, e incluso me sentaba en el borde del lecho. Pero era otra cama lo que yo necesitaba. Comencé a frecuentar otros amigos de antaño y, por mediación de ellos, hice amistades nuevas.

Entre mis nuevos amigos había un marica muy divertido y amanerado al que *le encantaba* mi acento, *adoraba* mi ropa y me encontraba *divina divina*. Todo era muy *dejà vu* después de la Nueva York de última moda que Tom me había hecho conocer, y donde los homosexuales eran jóvenes viriles vestidos con prendas militares holgadas. Pero aquello había representado una vuelta al mundo homosexual que conocía de siempre.

Una noche fui al exuberante y superalfombrado piso de alto copete que mi nuevo amigo tenía en el Upper East Side para asistir a la que esperaba fuese una fiesta homosexual de ultimísima moda. El piso era todo mármol, brocado y oro en paño, y contenía una colección de obeliscos en miniatura semejante a un bosque de símbolos fálicos. La fiesta, al parecer, iba a celebrarse en la cocina. Las charlas en voz alta y los ruidos del cocinar se mezclaban con confusión y en la cocina me encontré con una mujer y tres carrozas expertas en gastronomía.

—Demasiados cocineros estropean el guisado —dijo mi anfitrión que, irrumpiendo en la cocina y poniéndose a

probar todos los platos, aportó su granito de arena a la confusión de los ingredientes.

Me presentaron a todo el mundo. Para mi sorpresa, la única mujer, aparte de mí, que estaba presente, ostentaba un apellido parecido a Astor, Vanderbilt o Stuyvesant, un apellido añejo en los anales de la crema de la sociedad. Era la exesposa de algún noble vástago, guapa ella, sofisticada y cuarentona. En vez de tenderme la mano, me tendió un cucharón de madera; lo estreché a modo de saludo.

—Ahí está el atleta —me dijo alguien cuando volví a la sala de estar.

En un sofá blanco recubierto de brocado se encontraba una Perla Rosada. Brillaba en medio de aquel grupo artificial, era una criatura de la naturaleza, un mozo rubio aureolado con el resplandor que surge de la juventud, la salud y una limpieza rayana en la pulcritud absoluta. Permanecía paciente y respetuosamente sentado en un extremo del sofá, destinado a una carrozona demasiado ocupado en la cocina para prestarle mucha atención. Era el Regalo de Cumpleaños, el Cowboy de Medianoche, un putoncete joven y viril a quien al parecer aún no habían tocado manos humanas. Daba la sensación de que era la primera noche que pasaba fuera de casa.

Todo el mundo se había emborrachado a base de martinis secos. La Perla Rosada y yo éramos los únicos que no bebíamos. De pronto nos encontramos solos en el sofá. Los demás estaban en la cocina, o en el comedor preparando la mesa y colocando las flores, o en el cuarto de baño vomitando. La Perla Rosada me dio un beso en los labios.

—Escucha, creo que hay un malentendido. Se te ha invitado a venir por otra persona.

—Hay tiempo para eso —replicó con toda naturalidad, como si se refiriese a un futuro trabajo—. Vamos un rato a la sala de la televisión.

Estaba claro que conocía ya el piso y me condujo a un pequeño estudio forrado de estanterías con libros. Yo me sentía más culpable que cohibida. No quería picotear en la comida de otra persona. Hice una rápida escapada a la cocina

y le expliqué la situación al anfitrión.

Pero la única respuesta que obtuve fue:

—Querida, todo marcha perfectamente. La cena aún no está del todo lista.

—A la marcha entonces, si todo marcha, ¿no? —dije.

—Claro, querida. Eres nuestra invitada. Compórtate como tal.

Volví a la otra habitación, donde la pantalla de televisión chisporroteaba en la oscuridad y donde la Perla Rosada había tomado asiento en el suelo. Quité el sonido y nos tumbamos en la gruesa alfombra, totalmente vestidos, de cara a la pantalla. Lo que ocurrió fue cálido, espontáneo y hasta inocente: juegos infantiles que culminaron en un orgasmo adulto. Las voces de las otras estancias eran como los gritos procedentes de un lejano patio de recreo escolar. Aún permanecíamos tranquilamente echados, el uno en brazos del otro, cuando se abrió la puerta y se nos anunció que la cena estaba lista. La actitud de la Perla Rosada hacia la sexualidad era totalmente abierta y natural, exenta de toda culpa. Me ayudó a levantarme del suelo, se subió la cremallera de la bragueta y me ofreció el brazo para conducirme al comedor como niño bien educado que acompaña a su tía solterona. Ni siquiera olía aún a hombre.

—¿Cuántos años tienes, Perla?

—Quince.

Tragué saliva.

—Es la primera vez que corrompo a un menor.

—¿Qué es corromper? —dijo—. ¿Y quién es menor?

No bromeaba. Lo que ocurría es que no conocía los términos. El gimnasio en que trabajaba era su única escuela. Había dejado el colegio a los trece, vivido con su madre viuda en Atlantic City y pasado día tras día en la playa recogiendo conchas. Sólo era inocente porque desconocía la decadencia, aunque en el último año se había dedicado a hacer chapas. A los catorce lo había recogido un marica que iba de ligue por el paseo de la playa, lo había llevado a Nueva York y luego lo había abandonado a su suerte. Al chico no se le había ocurrido en ningún momento que

estuviera mal lo que hacía. Se dejaba caer por Nueva York cada vez que necesitaba dinero. Se bajaba la cremallera de la bragueta, metía la polla en la boca de quien fuese y cobraba.

—Eso es lo único que he hecho —dijo.

—Pero ¿nunca se la has metido a nadie, o puesto el culo?

Parecía un poco perplejo.

—No. Me limito a dejarme tocar.

Me contó todo esto durante la cena con una voz suave, seria e infantil, mientras los demás chillaban o se desplomaban con amaneradas carcajadas de borracho. Yo estaba impresionada y fascinada al mismo tiempo, no por los hechos en sí, sino por la actitud del muchacho.

La comida era excelente y a la Perla Rosada y a mí se nos había despertado un hambre de lobo en el suelo de la sala de televisión. Tomé un vaso de vino y él un vaso de leche.

—Me estoy entrenando para una exhibición atlética —explicó.

Todos tomaron el rábano por las hojas y, para sorpresa de la Perla Rosada, rompieron a reír.

Después nos ofrecimos a fregar los platos; éramos los únicos que podíamos tenemos en pie por entonces.

—¿Qué piensas hacer cuando seas mayor? —le pregunté mientras secábamos los cubiertos.

—Estoy ahorrando para irme a California —contestó—. Quiero dedicarme al surf.

—Pero ésa no es una actividad bien remunerada que digamos. ¿De qué vivirás?

—Haré chapas por las noches, así podré estar todo el día en la playa.

—¿Qué más harás?

—Comer, dormir, buscar alguna chica.

—Pero ¿y después?

—¿Quieres decir cuando sea mayor? ¿Cuando tenga veinticinco años o así?

—Quiero decir dentro de seis meses, cuando estés harto y aburrido.

—¿Por qué habría de aburrirme?

—Por no hacer nada en todo el día.

—Eso me da igual. Lo único que me aburre es hacer cosas que no me gustan.

—Creo que podríamos tener esta misma conversación dentro de veinte años. Cuando seas ya muy viejo, cuando tengas… ¡nada menos que treinta y cinco años!

No tenía ni idea de adonde quería ir a parar yo. Era un cachorrillo, un animal joven que vivía exclusivamente por instinto. Su inconsciencia respecto a los valores morales hacía que se sintiera contento con la vida que llevaba.

Junto a la cocina había un cuarto para el servicio que nadie utilizaba. Cuando terminamos de fregar, la Perla Rosada me condujo allí.

—Me hacen dormir aquí a veces —me explicó, sin que en su voz hubiera resentimiento alguno. Era un objeto que los demás utilizaban y luego dejaban en el aparador, aunque no parecía importarle.

Comenzó a desnudarse, tomé asiento y lo contemplé como si se tratase de un nieto mío en el instante de irse a la cama. Tenía un cuerpo soberbio, era un estudio de perfección masculina en tonos pálidos y translúcidos, sólo que con el cerebro sin desarrollar. Jamás había visto un modelo, macho o hembra, de página central de revista pomo, tan hermoso, tan apetitoso y tan atractivo.

Le recorrí con el dedo el eje torácico y el pene se le empalmó, saliéndole al encuentro. Había en él una simetría y un ritmo que lo hacían casi asexual, como un reloj de cuco que entra de pronto en acción al dar la hora.

—Desnúdate tú también —dijo.

Una vez más tuve la sensación de introducirme en un juego infantil. Estaba un tanto aturdida no por él, sino por mí. Para ser una mujer otoñal me estaba comportando de una forma extrañamente irresponsable. Porque ¿estaba seduciendo yo a un niño o era el niño quien me seducía a mí?

La belleza innata de su cuerpo era irresistible. Hacer el amor con la Perla Rosada era como seguir un cursillo de historia del arte. Cada postura, cada movimiento eran una delicia estética. No cerré los ojos ni una sola vez.

De súbito se abrió la puerta. Las mariconas chillonas se

habían serenado a base de café y tres de ellas cayeron sobre nosotros como buitres, se arrancaron la ropa y se metieron en nuestra cama. Yo tenía miedo de que, ávidos como estaban, le rompiesen alguna costilla a la Perla Rosada, pero se lo tomó con relajada pasividad, dejando que las lenguas y bocas voraces le recorrieran el cuerpo entero. Parecía una especie de rito tribal extraño. Dos se habían quedado en pie a ambos lados de la cama y se masturbaban mirando las operaciones de los otros tres. Les dejé hacer, salí de la cama, cogí la ropa y fui a otra habitación a vestirme. Doña Crema de la Sociedad había ido allí precisamente a acomodar sus huesos y dormía sobre un cubrecama de falsa piel de leopardo. Me marché sin molestarla y me dirigí a la sala de estar. Sentía una inconcreta necesidad social de esperar al anfitrión y despedirme de él.

En aquel instante aparecieron todos los hombres en diversas fases de desnudez. La Perla Rosada estaba del todo vestida, pero un tanto arrugada, como un niño que acabara de pelearse. No me sentía molesta, sólo discretamente maternal. Saqué un peine del bolso y le arreglé el pelo.

—¿Nos vamos a casa? —pregunté.

—Claro. Me apetece —dijo.

Nos despedimos de los demás formalmente. El anfitrión dio a la Perla Rosada un billete de cincuenta dólares, excesivo en mi opinión por lo que habían obtenido de él, a no ser que en la tarifa se incluyese también el servicio que me había prestado a mí.

—Tienes que estar cansado —le dije en el ascensor.

—No, uno se acostumbra.

Parecía más una ilustración de Norman Rockswell para la cubierta del *Saturday Evening Post* que una página central de revista pomo. Por absurdo que parezca, era el típico joven estadounidense, y esto era lo que más me aturdía.

—¿Te salen pecas en verano? —le pregunté, rozándole la punta de la nariz.

Pareció desconcertado.

—Sí. ¿Por qué?

—No sé, buscaba algo que completase la imagen.

No tenía ni idea de lo que yo estaba diciendo, pero no importaba. Era guapo, cariñoso, y, ya en la cama, acabó hecho un ovillo entre mis brazos como un osito de peluche. Me recordaba a un osito de trapo rosado que había tenido de niña, al que se le había desprendido una oreja y cuyo relleno de borra se le salía por el agujero. ¿Cuidaría alguien de la Perla Rosada cuando se hiciese mayor, perdiese las bonitas orejas y se le saliese la borra?

Permaneció conmigo durante casi todo el resto de mi aventura neoyorquina. Como en el hotel tenía una suite de dos habitaciones con una pequeña cocina, no había objeciones a que las visitas se quedaran toda la noche, aunque era infrecuente. Ya estaban acostumbrados a las idas y venidas de Tom durante el día; lo único que hice fue añadir la estancia nocturna de la Perla Rosada. Rudi llamaba a mi habitación «la ciudad de los muchachos». No le caía bien la Perla Rosada. Esta vez, no estaba celoso, sólo escandalizado por la edad de la Perla, su categoría, su falta de futuro intelectual y su forma de ganarse la vida. Rudi comenzó a llamarme Madreperla y aludía al chico con el hombre de Medio Aljófar.

—Por lo menos podías haberte ligado a una perla adulta —murmuraba.

—Dijo la zorra al cuervo —le replicaba yo.

La Perla era una compañía agradable. Estaba acostumbrado a hacer recados y a limpiar la casa; y aunque, lejos de ser un artista en la cama, se limitaba a cumplir, por lo menos era decorativo. Me encantaba contemplarle, y esto era lo único que yo necesitaba por entonces.

—Tengo trabajo esta noche —decía de vez en cuando con el mismo tono de voz con que hubiera dicho: «Quiero pasar por casa para saludar a mi madre».

Se iba entonces a «trabajar». Le pagaban bien y no invertía mucho tiempo, volvía a continuación y se dormía en mis brazos. A mí no me importaba en absoluto. No me había entregado emocionalmente y él era joven y lo bastante sano para que le quedase suficiente de todo para mí. Durante un tiempo fue muy divertido; luego me puse a pensar.

Pensar puede ser muy deprimente cuando los problemas son gordos y las soluciones difíciles. Pensar hace que algunas personas acaben dándose a la bebida, pero por fortuna yo no bebo. Antes bien, me entretengo con las minucias de la vida cotidiana.

Estaba de vacaciones y por tanto me esforzaba por no pensar. Llevaba a arreglar los zapatos porque no podía arreglar el mundo; planchaba un vestido como si de este modo pudiese alisar las arrugas del rostro de la humanidad; me pintaba las uñas como si así cambiase el color de mis pecados. Hasta que telefoneé a Kurt y le invité a cenar. Kurt podía pensar por mí: lo venía haciendo desde hacía años.

—¿Qué te preocupa? —me preguntó casi en el acto—. Tienes en la cara tu típica expresión de «con-quién-voy-a-acostarme-ahora».

—Esta vez es con quién va a acostarse él —repliqué—. Voy a volver a Europa dentro de nada y me sabría mal dejar a mi Perla Rosada en manos de un destino peor que la muerte.

—¿Estás implicada moralmente?

—¿Qué quieres decir?

—¿Te afecta que se dedique a la prostitución?

—¿Debería afectarme? ¿Es un pecado dar placer? ¿Han de ser siempre buenos los valores puritanos y siempre malos los valores paganos?

—Lo ignoro; sólo te lo pregunto. Yo trato con gente que se siente culpable y gente que tiene problemas, pero tú y tu perla sois de otra especie.

A mi modo de ver, dar placer físico a otros era totalmente lícito. Las estrellas de cine y los deportistas vendían igualmente su hermoso cuerpo, ya que proporcionaban placer visual a cambio de ingresos económicos. Y esto era lo que hacían las perlas de este mundo: proporcionar placer. Eran deportistas bien entrenados que proporcionaban una noche de amor en vez de vapulear a otro en el ring o dar puntapiés a un balón en un campo de fútbol.

Acabé diciendo:

—La necesidad humana de afecto y desahogo sexual, ¿no

es más importante que los deportes públicos?

Kurt sonrió.

—Quizá, pero no todos estarían de acuerdo contigo —contestó.

—¿Porque la comida de una persona puede ser veneno para otra?

—Sí… Aunque cabría preguntarse: ¿quién es el culpable, la perla o el cerdo? ¿A quién hay que meter entre rejas, a la puta o al cliente?

—A ninguno de los dos. La prostitución tal vez debiera ser un servicio de la Seguridad Social.

—Masters y Johnson estarían de acuerdo contigo, pero me temo que no el gobierno.

Tom colaboraba con el Movimiento de Liberación Homosexual. Quería una sociedad donde no hubiese necesidad de prostitución.

—Si hubiese más libertad sexual, habría menos vicio —decía.

Estábamos pasando juntos una de nuestras veladas vespertinas. Rudi solía irse por ahí sin Tom, del mismo modo que solía llevarme consigo en vez de a Tom. Rudi no estaba sexualmente liberado; aún estaba indeciso en cuanto a quién contar lo que hacía con quién. Tom, por el contrario, era muy abierto en lo tocante a su vida sexual.

—Soy tan liberal que incluso volveré a acostarme con mujeres dentro de nada —me dijo.

—¿Por qué dejaste de hacerlo?

—Había demasiadas broncas. En realidad, a ningún hombre le gusta esa historia del noviazgo y el mariposeo eterno. Lo que quieren es mojarla cuanto antes. Si a continuación surgen amistad y afecto, cojonudo; te vinculas a esa persona. Si no, a probar suerte en otro sitio. Los hombres entienden esto.

—¿Y el amor? ¿Y los hijos?

—Cada cosa a su tiempo. Mi tiempo aún no ha llegado. Por ahora estoy muy ocupado con mi trabajo.

—¿Amas a Rudi?

—Claro. Le amo en la cama y fuera de la cama. ¿No es eso

amor?

—Una versión simplificada.

—¿Y por qué complicar las cosas?

—Esa es también mi filosofía.

Estábamos tumbados en la cama porque era el único sitio cómodo de la habitación del hotel. Me besó. ¿Debía animarle a que fuera más allá?

—¿Hasta qué punto eres bisexual? —le pregunté—. ¿Te gustan los hombres mucho más que las mujeres?

—Las pollas son más estimulantes. Los coños son más satisfactorios. En la actualidad ando en busca de estímulos. Pero puedo volver a los coños después, cuando quiera relajarme.

—Me gustaría estar cerca —dije.

El tiempo pasaba. Pronto estaría de vuelta en Roma y dispuesta a trabajar. Resolví organizar una fiesta de despedida para mezclar a todas las *dramatis personae* de aquel extraño período de vacaciones. Había hecho muchos amigos.

—Pero no puedes invitarlos a todos a la vez —dijo Kurt, tragando saliva.

—Y tanto que puedo. Es lo único interesante de las fiestas donde se bebe: las mezclas insólitas.

Así que acudieron todos: Rudi y Tom, Kurt y la Perla Rosada, el Cerdo, las Mariposas, los Judíos, los Guaperas Forrados y los Patitos Feos. Amigos de la zona rica de la ciudad, de los barrios bajos y de los arrabales.

—Ya ves, Kurt, esto es Nueva York. Heterogeneidad. Es la ciudad más exótica que conozco.

—No se me había ocurrido enfocarlo de ese modo.

—Piensas demasiado. *Vive*, para variar.

Fue Kurt quien me acompañó al aeropuerto. Quería una despedida tranquila. Sin Rudi, sin Tom, sin la Perla Rosada; sin lágrimas, ni auténticas ni falsas. Había tenido demasiadas despedidas tristes en la vida. Era un alivio lanzarme al cielo nocturno para volver a mi vida verdadera. Las vacaciones habían terminado.

El revolucionario del suéter de cachemir

Francia, verano 1968
Edad: 51

Saludé al sol primaveral en la entrada de la terminal aérea de París, el 16 de mayo de 1968. Había ido para preparar la publicidad de una película sobre la vida de Rimbaud, el poeta francés. Alcé los ojos para contemplar los Inválidos al otro lado de una plaza llena de castaños en flor, rosadas unas, las otras blancas. La perfección del día de primavera sólo la estropeaba una cosa: no había taxis. En consecuencia había un jaleo impresionante. La gente y los equipajes llenaban las aceras. Se hablaba de huelga, de insurrección de los obreros, de una nueva Revolución francesa. En un día como aquél en París, todo parecía de lo más ridículo. Sólo se podía pensar en la terraza de un café, en pasear por la orilla del Sena contemplando los quioscos de libros de segunda mano y buscando postales antiguas. También se podía comprar un ramo de lirios del valle para llevárselos a la amante o a la esposa, según quién cocinase mejor. Las revoluciones eran para los lúgubres días de noviembre, cuando no había nada mejor que hacer ni nada que plantearse.

Pese a todo, una cosa estaba clara. Aunque los taxistas desconvocaran la huelga, tardarían horas en hacerse cargo de la multitud de viajeros y equipajes acumulados bajo los castaños. Así que cogí la maleta y eché a andar hacia el Quai d’Orsay
, donde podría tomar un autobús hasta la lie St. Louis.

Había alquilado un piso allí porque la película era una coproducción importante y nos ocuparía unos cuatro meses, en París y los alrededores, por lo que me había preparado para una larga estancia. Me gustaba trabajar para los franceses; estaban exentos de cualquier absurdo. Una sabía

dónde estaba y su energía autoafirmativa era estimulante. Después del ambiguo encanto de los italianos, tan deseosos de gustar, tan resueltos a mantener el mito de la *bela figura*, y tan llenos de promesas incumplidas, la actitud lo-tomas-o-lo-dejas de los franceses era un novedad alentadora. Pensaba con ilusión en el trabajo, pensaba con ilusión en visitar a mi hermano, que vivía en París, aunque estaba fuera de la ciudad cuando llegué.

Mi maleta pesaba mucho. Llevaba ropa para todas las ocasiones previsibles. Llevaba conmigo incluso un abrigo de piel, una manta de viaje y una silla plegable para el plato.

Llegué al Quai d'Orsay y advertí que el tráfico corría en una dirección por una orilla del Sena y en otra dirección por la otra. Tenía que cruzar el río para coger el autobús que me interesaba. Estaba en mitad del Pont Alexandre III cuando no pude más y tomé asiento en la silla plegable, dudando entre volver con el equipaje a la terminal aérea o seguir cargando con él.

Apoyado en el pretil había un joven mirando por unos prismáticos hacia el Parlamento, ante el que había una gran concentración de policías. Tenía ese aire izquierdista de los intelectuales jóvenes. Aunque tenía los pantalones de pana raídos y sucio el calzado, advertí que éste consistía en un par de estupendas botas inglesas Clark para el desierto, y que el suéter amorfo que llevaba era de cachemir descolorido. El joven en sí era bajo y feo, y llevaba unas gafas de forma rara. No sé por qué me llamó la atención. Lo único bonito que tenía era el pelo negro y rizado, cardado como un arbusto y de un estilo que más tarde se pondría de moda entre los jóvenes. Era la primera vez que veía un peinado así. Tengo un prurito en relación con los rizos espesos y oscuros. Siempre quiero pasar los dedos entre ellos, sentir su crujiente vibración.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—Hemos organizado una manifestación por el Quai d'Orsay. Pero es posible que se haya dividido. Hay demasiados *flics*.

Mientras hablaba, apareció otro batallón de policía y formó varios cordones en el otro extremo del puente. Estábamos emparedados entre dos barricadas, una a cada extremo del Pont Alexandre III.

—Andando —dijo— o creerán que pensamos volar el puente. Póngase el abrigo de piel y adopte aire de señora rica y respetable. Yo le llevaré la maleta.

Escondió los prismáticos. Nos pusimos en marcha hacia la Rive Droite. La policía nos dejó pasar con educación y giramos por el quai en dirección al Louvre. Fue un paseo apacible bajo los plátanos. Después de recorrer unos trescientos metros, el joven apoyó mi pesada maleta contra el moteado tronco de un árbol y volvió a mirar hacia el otro lado del Sena.

—Me ha venido usted de perlas —dijo—. Si hubiera estado solo, me habrían detenido. No me vendría mal su maleta Vuitton para llevar mañana las bombas, ni usted para pasearse conmigo enfundada en su abrigo de piel. Lástima que no se preste usted a tanto alboroto, ¿verdad?

—¿Quién dice que no? Soy una anarquista no violenta, pero si las bombas son para reventar lugares y no personas, puedo pensármelo… mientras la causa sea buena.

—La causa es buena. Queremos un sistema educativo diferente y edificios mejores. Nos han trasladado toda la facultad a Nanterre, a pocilgas prefabricadas. Da asco tanto derroche de dinero público.

—Entonces lo pensaré. ¿Son las pocilgas lo que quieres volar?

—Señora, en boca cerrada no entran chivatos. ¿Cómo voy a confiar en una anarquista que lleva un abrigo de visón y carga con una maleta Vuitton? —Sonreía tras sus divertidas gafas.

—El abrigo de visón es de segunda mano y la maleta me la dio una actriz de cine para la que trabajé en cierta ocasión y que había quedado muy satisfecha de mis servicios. Tenía once más. ¿Cómo supiste que era de Vuitton?

—Mi madre tiene una.

—¿Y cómo puedo confiar yo en un revolucionario cuya

madre tiene una maleta que es todo un símbolo del sistema?

—*Touché*. —Se echó a reír y pareció más relajado.

Habíamos reanudado la caminata y llevábamos la maleta entre los dos. Nos detuvimos un par de veces en sendas paradas de autobús, pero los autobuses no pasaban. Le invité a una taza de café en una cafetería rodeada de jaulas para pájaros. Habíamos llegado al quai, en cuya acera hay puestos de plantas y animales domésticos. La mañana discurrió muy agradablemente en su compañía. Era ingenioso, locuaz y tenía un encanto tremendo. Nuestro ritmo de pensamiento era idéntico, lo que es una enorme ventaja para sostener una conversación. Me gustaba estar con él.

Al parecer, se habían acabado los disturbios, aunque los taxis seguían sin aparecer y el tráfico era muy escaso. Todo estaba anormalmente tranquilo.

—¿Estás seguro de que hay una revolución en marcha? —le pregunté cuando llegamos a la altura del Palais de Justice.

—Pues claro. Puede haber una revolución en una parte de la ciudad sin que la otra parte se entere de lo que pasa. Mañana será distinto. Si los trabajadores se nos unen, habrá huelga general.

—Entonces no es probable que mi película comience el lunes.

—¿Es usted actriz?

—No. Periodista, y hago publicidad cinematográfica. Durante el rodaje, me encargo de suministrar noticias y fotos a los medios de información.

—Yo también me dedicaré al periodismo cuando termine la carrera. En realidad ya he publicado algunos artículos políticos.

—¡Enhorabuena! Pareces tan joven que se diría que ni siquiera sabes leer y escribir.

—Tengo diecinueve años, pero cuando se ha sido flaco y feo toda la vida, hay que esforzarse para compensar la desventaja.

—¿Crees que el aspecto lo es todo?

—Facilita las cosas. Fíjese en usted misma, si no; pudimos cruzar el cordón de la policía porque usted es hermosa y

posee un aire distinguido. Estoy convencido de que toda su vida ha sido así.

Me gustó el piropo directo. Era un joven de lo más directo.

—Probablemente tienes razón, aunque nunca lo había pensado. En realidad, nunca pienso demasiado en nada, me limito a vivir.

—Si yo fuera alto, guapo y con musculitos, tampoco a mí me molestarían. Pero siempre que hay follón, cogen a los feos y a los sucios. En las redadas por asuntos de drogas pasa igual. Mi madre dice que sólo los feos se dedican a la política. Mi madre es apolítica. No le gusta lo que hago, pero me apoya en todo.

—¿Y tu padre?

—Apenas le veo. Están divorciados. Fue mi madre quien me educó. Es una persona maravillosa. Yo la quiero muchísimo.

—O sea que no eres el típico adolescente que se rebela contra sus padres.

—No. Mi madre es un delirio de mujer. No la abandonaría por nada en el mundo.

—Eso suena un tanto a incestuoso.

—¿Y qué? ¿Tiene usted algo contra el incesto?

—Nunca me he detenido a pensarlo.

—Tendré que enseñarle a pensar.

—No sé si aceptaré. Suelo fiarme del instinto y me va muy bien.

Llegamos al Pont Marie. Mi casa estaba a un paso. Le dije que ya podía llevar sola la maleta.

—¿No deberías volver a tu trabajito… sea cual fuere? Recelo que propio de la extrema izquierda.

Se echó a reír.

—La izquierda puede esperar. Está acostumbrada.

Seguimos juntos por el puente y alcanzamos el islote que hay en mitad del Sena, cuyos habitantes suelen decir en broma «¿Vamos al continente?» cuando van a tomar el metro. Recogimos la llave en la portería y nos las arreglamos para subir con todo por las escaleras. El piso que había alquilado

estaba en la cuarta planta. Al llegar, trasladamos el equipaje directamente al dormitorio y, muertos de cansancio, nos desplomamos en la cama. Después de la larga caminata, había sido como escalar un monte. Yo llevaba aún el abrigo de visón y sudaba a chorros.

—¿Te apetece un vaso de agua fresca? —le pregunté, mientras me incorporaba y por fin me quitaba el abrigo—. No hay nada más en la casa. Todavía.

—Lo que me gustaría es una ducha fría. ¿Puedo? Lo más probable es que tenga que pelear en las barricadas todo el día; por la noche haremos una sentada en la Facultad de Medicina. No sé cuándo volveré a casa. En cualquier caso, vivo muy lejos de aquí. —Se levantó y fue a mirar por la ventana.

—¿Dónde vives?

Pareció algo perplejo.

—En el distrito 16.

—Muy elegante para un revolucionario.

—Bueno, Carlos Marx vivía rodeado de comodidades burguesas, vestía como un director de banco y planeó la revolución tranquilamente sentado en la sala de lectura del Museo Británico. No hay que vestir como un revolucionario para serlo.

—Sí, ya me he dado cuanta de que tu blusa es de cachemir. Quítatela. Encenderé el calentador de gas. Los dos necesitamos una ducha.

Cuando volví del cuarto de baño, se había quitado la blusa. Era de un delgado que daba pena, casi parecía un niño de Belsen. Se me ocurrió que debía de ser judío; los jóvenes así de emprendedores suelen serlo. Le pregunté cómo se llamaba mientras me quitaba el vestido y abría la maleta para sacar un albornoz.

—Joseph Dreyfus —dijo mientras se quitaba los pantalones.

Era uno de los apellidos judeofranceses más conocidos.

—Yo, Anne Cumming —dije, aún en combinación.

Llevaba calzoncillos blancos de algodón, como un niño. Anchos como un continente. La tenía empalmada y el hecho

le creaba no poca confusión. Yo estaba conmovida. Me acerqué y le rodeé con los brazos. Tiré del elástico con una mano y con la otra le cogí el pene endurecido.

—No seas tímido. Yo también te deseo. —Sonreí para darle ánimos y me besó. Fue un beso duro, agresivo, como si necesitase conquistarme; pero, de súbito, el cicatrizado militante se desmoronó en mis brazos y se convirtió en un amante tímido y titubeante. Cuando nos metimos en la cama le desapareció la erección, y cuando los dos la tuvimos dentro se corrió demasiado pronto. Era puro intelecto nervioso. Tendría que enseñarle a calmarse y a emplear el cuerpo en vez del cerebro.

—No tiene ninguna importancia. Relájate. A mí me basta con que quieras hacer el amor conmigo —le dije para tranquilizarle.

Pero no era del todo cierto. Yo me moría por correrme, pero no quería ofenderle diciendo o haciendo nada al respecto en aquellos instantes. No era el momento de masturbarse. Yo sabía que, con sus diecinueve años, no tardaría en estar listo para hacer el amor otra vez, y valía la pena esperar tranquilamente en la cuneta. No me equivoqué.

La segunda vez fue un arrebato de pasión por ambas partes. A partir de entonces, siempre sería así. Por más que otras cosas fueran mal entre nosotros —y hubo muchas—, la cama fue siempre de maravilla. Esto y el sentido del humor. En lo demás, no pegábamos ni con cola, pero podíamos pasar al común denominador básico en cuestión de segundos. Nuestros ritmos elementales de vida eran idénticos.

Llamada telefónica. 7 de mayo de 1968.

—Hola. Nos hemos atrincherado en la Facultad de Medicina. Temo que si trato de salir para ir a verte, me detengan nada más trasponer la puerta. Los *flics* están por todas partes. Hay un jaleo de la hostia.

—La política es una lata.

—No, el amor es una lata.

Hubo silencio absoluto durante varios días. A juzgar por

mi falta de información, podía estar muerto o en la cárcel. Me esforcé por concentrarme en la tarea de instalar mi cuartel general y traté de olvidarme del extraño encuentro. Había sido una función única en una tarde de primavera. ¿Por qué preocuparse tanto? Lo último que yo quería era complicarme emocionalmente con un muchacho que no me convenía. Pero el amor es como la gripe: ataca cuando menos se espera.

Presa de una inquietud ingobernable, me puse a buscar el número de Joseph en el listín telefónico. Fue difícil porque no conocía el apellido de la madre ni la dirección exacta. Todos los Dreyfus del distrito 16 eran hombres, principalmente médicos. Cabía la posibilidad de que la madre hubiera dejado el teléfono a nombre del padre.

En cualquier caso, ¿que podía decirle a la madre? «Soy una otoñal que se acostó una vez con su hijo y no lo puede olvidar. ¿Sabe dónde se encuentra? Estoy preocupada». Lo más probable era que ella me contestase: «Yo también estoy preocupada, señora», y me colgara.

Esperé dos o tres días más sin hacer ningún movimiento. Hasta que una noche llamé al primero de los números posibles que figuraban en la guía.

—Buenas noches. ¿Vive ahí Joseph Dreyfus, por favor?

Una encantadora voz femenina me dijo que sí, pero que el interesado no estaba en casa. ¿Quería dejar algún mensaje?

—No, disculpe… es que quiero hablar con él personalmente. ¿Puedo llamar más tarde? ¿Sabe cuándo volverá?

No, la mujer no sabía cuándo volvería. Parecía un tanto preocupada. Me preguntó por mi nombre, pero no quería dárselo, aunque la mujer sólo trataba de ser educada, no curiosa.

—Es que él no me conoce y mi nombre no le dirá nada —dije en el acto—. Se trata de un recado de parte de otra persona. Volveré a llamar mañana o pasado.

Probablemente estaría metido en un saco de dormir en el suelo de la facultad con alguna chica liberada y politizada. Mi nombre no le habría dicho nada, en efecto. Me habría

olvidado en medio de las emociones de la revolución estudiantil.

Pero me equivocaba. Cuando volví del trabajo al día siguiente, me lo encontré sentado en la puerta. Mejor dicho, en el rellano, y con la lanuda cabeza apoyada en la balaustrada del siglo XVII que había sido declarada monumento histórico. Llevaba allí horas, ya que había perdido mi número de teléfono.

—Tenía miedo de que estuvieras acompañada —me dijo en cuanto me vio.

Subí corriendo los peldaños que nos separaban y me arrodillé junto a él. Me dio tanta alegría verle que solté el bolso para tener las manos libres y poder acariciarle el pelo. Me desplomé a su lado y allí nos quedamos, en el último escalón, abrazados y besándonos con furia. El bolso rodó escaleras abajo, desparramando todo su contenido por el camino. No habríamos soportado deshacer el abrazo ni siquiera durante los minutos necesarios para recoger mis pertenencias. Su nerviosismo se había convertido en pasión violenta. Me apartó por fin para recoger las llaves, porque de lo contrario me habría jodido en las escaleras. Y no es que me hubiera importado. Con el tiempo, haríamos el amor en todos los rincones del piso: en el suelo, apoyados en la mesa del comedor, apoyados en el frigorífico. Delante del hogar había una alfombra persa que recuerdo muy bien.

—Todo se vuelve estupendo cuando me corro —me dijo en cierta ocasión—. Eres mi marihuana. Me pones más cachondo que ninguna droga que haya probado. Contigo huyo a un mundo mejor, un mundo sin violencia y lleno de amor.

Eran las observaciones de esta índole las que hacían que me tomase en serio nuestra relación. Parecía necesitarme para completar un destino brillante y complejo.

Notas del Diario. París, 15 de mayo.

Es ridículo enamorarse a mi edad de un crío más feo que Picio. Aparte de la diferencia de edad, que es grotesca, ni

siquiera es mi tipo. Por algún motivo se me han derrumbado las defensas y estoy dejando que las ilusiones se me conviertan en realidad. Quizás haya tenido demasiados romances ligeros últimamente y necesite alguna emoción profunda para variar, aunque no quiero quedarme colgada. ¿Por qué, sin embargo, he elegido a alguien tan impropio? Aunque ¿es una quien escoge o por el contrario la escogen a una?

Cierto domingo, Joseph y yo paseábamos por el Quai d’Anjou, bajo una lluvia primaveral, camino de casa. Nos detuvimos un momento bajo los árboles goteantes y contemplamos el río, crecido a causa de la lluvia, rápido y arremolinado como plata fundida.

—¿Cuánto crees que durará nuestra relación? —me preguntó Joseph de pronto.

—Un mes más o menos —dije sin pensar. Estaba segura de mí misma por entonces. Pensaba que podría vivir sin él.

—No lo digas tan a la ligera.

Le miré confusa. Se había puesto blanco como la tiza y se había apoyado en el parapeto como si fuera a desmayarse. Sus rizos negros estaban tachonados de gotas de lluvia y se le habían empañado los cristales de las divertidas gafas de montura cuadrada. Cuando se las quitó para limpiarlas, vi temor en sus ojos. Por una vez, parecía un niño. Por lo general parecía un anciano extrañamente inmaduro.

—¿Cómo puede durar? ¡Es absurdo! Tengo cincuenta y un años.

No respondió. Me acerqué para cobijarle bajo el paraguas, le cogí del brazo y se puso en movimiento como si estuviera en trance. Al llegar a mi casa, dijo:

—No vuelvas a asustarme nunca más. Cuando llegue el momento de dejarme, lo haces y se acabó. No me asustes nunca más.

Aquella noche me hizo el amor como un loco posesivo y furioso. Me tuvo sujeta y me clavó las uñas en las muñecas cuando le llegó el orgasmo, tanto que al día siguiente tenía cinco rayitas moradas en cada antebrazo. Tardaron una

semana en desaparecer. ¿Habría podido basarse en el miedo la intensidad de su amor? Miedo ¿a qué?

Nota encontrada bajo la puerta. Lunes, 29 de mayo.

«MANIFIESTO PERSONAL. PLAN QUINQUENAL PARA ANNE.

»No podré verte en unos días. Es probable que no pueda ni telefonearte siquiera, pero quiero sentirte conmigo. Ante todo, quiero que sepas que, aunque estoy metido en política, a ti te tengo metida dentro. Hasta hoy, la sexualidad ha significado muy poco para mí. Era una curiosidad física que había que experimentar porque estaba allí. Ahora quiero una experiencia sexual a tope. Quiero vivir contigo mucho tiempo; si no, seré una herramienta política fría y limitada y no un ser humano.

»1. Creo que cinco años es una temporada conveniente porque acabaré la carrera dentro de cinco años.

»2. Al final me casaré porque quiero tener hijos.

»3. Mi mujer será una chica pusilánime y con cerebro de mosquito que trabaje para el P. C. y me idolatre.

»4. Nunca la amaré como te amo a ti. Será parte de la Fase 2.

»5. ¿Quieres ser mi Fase 1?

»Lo anterior no es sólo una racionalización del hecho de haber despertado de pronto a los placeres de la jodienda, aunque la cosa también va por aquí. La política me parece una mediocridad en comparación con el sexo… ¡pero que no se entere nunca el P. C.!

»Joseph»

Mi reacción inmediata fue de alivio y de felicidad intensa. Como mujer, me aliviaba saber que mi amor era correspondido. Sólo después comencé a vislumbrar las dificultades que el plan comportaba. Yo no era una mujer joven. No vivía en París. No podía cambiar mi vida entera de buenas a primeras.

Me alegraba disponer de unos días para pensarme las cosas y recuperar el trabajo atrasado. No había tenido la

cabeza en lo que hacía, aunque, por suerte, el rodaje se había demorado a causa de los altercados políticos, y por el momento no había ninguna otra cosa que requiriese mi atención o mi presencia.

Había comenzado el Festival de Cannes y decidí acudir para ver qué tal iba. Se proyectarían las últimas películas de Fellini, Louis Malle y Roger Vadim. Mi hermano Max resolvió acompañarme. Acababa de volver de Marruecos, donde había pintado escenas del desierto, próximas al estilo abstracto, de una sutileza fantasmagórica. Aunque sufríamos la típica rivalidad fraterna y rara vez nos veíamos, nuestro amor-odio era a menudo más íntimo e intenso que mis relaciones con otros hombres. Es posible que el que no estuviese él en París cuando llegué contribuyera a mi enamoramiento de Joseph. Max habría llenado el vacío y Joseph se habría limitado a ser un *divertissement*.

Partimos en el Tren Azul.

—¿Recuerdas aquellos viajes con nuestra madre, cuando le entraban aquellas prisas por volver a Juan les Pins y el conde Nicki? —le pregunté.

—Entonces solíamos viajar en primera —contesto Max—. Toda la vida era entonces de primera también. La mediocridad no asomó la nariz hasta la segunda guerra mundial.

—No para nosotros, por lo menos. Me acuerdo de las grandes cajas de trufas y bombones que el conde Nicki solía traemos. Ahora tengo que contentarme con las pastillas de goma de mis nietos.

Cannes tenía cierto esplendor, pero era forzado y artificial. Nos quedamos más anchos que largos cuando se interrumpió el Festival a causa de las manifestaciones estudiantiles que también allí se celebraron, y todo el programa se tuvo que cancelar. Nos batimos en rápida retirada hacia París. Apenas si tuve tiempo para telefonear a Aurélien. Jean-Louis estaba fuera, en la Universidad de Grënoble. Me quedé sin conocer a la mujer de Aurélien una vez más.

De vuelta a París, lo primero que hice fue llamar a Joseph. Me había ido sin verle y esperaba que estuviera tan deseoso como yo de volvemos a encontrar. Me dijo que se estaba preparando para un examen y que había decidido no verme durante dos semanas, hasta que pasara aquél. ¡Dos semanas! Acepté el ultimátum como había aceptado el manifiesto: con reservas. Estaba segura de que cedería al cabo de unos días.

Por nuestra parte, comenzamos la película a toda velocidad, rodando escenas junto a un canal, en la otra punta de París. Se utilizaba ya muy poco para el tráfico comercial, pero a nosotros nos vino muy bien. Hacía las veces del Támesis en las escenas en que Rimbaud visitaba Londres y del puerto cuando se marchaba rumbo a África. Todas las mañanas, al rayar el alba, zarpábamos en un pequeño remolcador e íbamos y veníamos lentamente por las aguas negras e inmóviles entre fábricas abandonadas que ostentaban aquella atmósfera despiadada tipo revolución-industrial-de-fines-del-diecinueve que hizo que todo el mundo quisiera emigrar para siempre. Mi trabajo consistía en comunicar a la prensa que se trataba de una película sobre el Rimbaud marginado, el joven que quiso una sociedad alternativa y cuya poesía fue tan moderna como la que se escribe en la actualidad. Era el único enfoque que daría interés comercial a la película. Lo más probable era que el gran público no supiese quién era Rimbaud.

—Anne —me dijo alguien cuando subí a bordo un día—, ¿te importaría ocuparte de Verlaine? Está preocupado por algo.

Se trataba del director, un estadounidense que tenía problemas para entenderse con algunos de los actores a causa del idioma.

—¿Y dónde está, Phil? —le pregunté.

—En la bodega tomando café. No le gusta el color de su pelo.

Bajé por una escalerilla y encontré al célebre actor francés que interpretaba el papel de Verlaine con un termo en una mano y un vaso de cartón en la otra. El maquillador le sostenía un espejo para que se mirase y el actor movía

incesantemente la cabeza de un lado a otro mientras removía irritado el café.

—Es que no es el mismo color que ayer. Es mucho más rojo y no me sienta bien. ¿Dónde está el peluquero?

El maquillador de aquella coproducción franconorteamericana era también estadounidense, ya que la mayor parte del dinero procedía del otro lado del Atlántico.

Traduje yo, porque el intérprete estaba ocupado no sé dónde.

—El peluquero está en tierra, en el camión de los accesorios de maquillaje. ¿Qué es lo que ocurre, monsieur?

—Me han retocado el pelo esta mañana y ha quedado muy distinto. Debería ponerme una peluca: siempre supe que tendría que haberme puesto una peluca.

Comenzaba a ponerse un poco histérico. Era un actor de teatro, lo que hacía que se pusiera doblemente nervioso, por la presencia de la cámara y la falta de costumbre de levantarse con el sol. Me cayó simpático.

—¿Cómo voy a interpretar una gran escena emotiva con un color de pelo inadecuado?

Volví a cubierta y consulté con el director.

—Vete a vestuario y que por hoy le pongan un sombrero. ¿Está el figurinista a bordo?

—Creo que sí. Hay un montón de ropa para acicalar a los extras. Bajaré a ver qué puede hacerse.

—Gracias, Anne. No sé qué haría sin ti, cielo.

—Una película genial que superase todo lo habido y por haber.

—Ojalá aciertes, querida, ojalá aciertes. No las tengo todas conmigo. Me siento ahogado, aquí en Europa.

—No en estas aguas, por favor. Están más sucias que el palo de un gallinero.

Se echó a reír y lo dejé mirando el sol naciente por el objetivo.

Todas las tardes, al volver a casa, me venía abajo, esperando que Joseph apareciese y me aliviase de las tensiones personales. Su ausencia y su silencio me torturaban. Comencé a pensar que lo hacía a propósito: sólo para

comprobar hasta dónde podía llegar conmigo.

Una tarde, para pasar el rato y aligerarme la carga que soportaba, escribí una especie de respuesta a su manifiesto. Pensaba leérsela en cuanto reapareciese.

París, 10 de junio.

«Mi pequeño amor de grandes ideas:

»Gracias por tu conmovedora oferta… ¿o fue una orden? No estoy acostumbrada a los manifiestos políticos.

»Sólo se me ocurren respuestas negativas.

»1. Cinco años es mucho tiempo.

»2. Tú vives en París. Yo vivo en Roma.

»3. Tener cincuenta y un años es algo más que llevar treinta a una persona de diecinueve.

»4. A tus padres se les pondrían los pelos de punta (a mí sí, si estuviera en su lugar).

»5. Cuando cumplí los cuarenta, me dije que nunca más viviría con un hombre de modo permanente. Había hecho ya mi debida contribución a la vida doméstica, con dos maridos, dos hijas y muchas casas. En lo sucesivo, el sexo tendría que ser exclusivamente placer, sin responsabilidades. Sigo fiel a aquel programa.

»Me gusta el libertinaje, pero también la libertad.

»Anne»

La respuesta estuvo en la mesilla de noche durante tres días, tres días horribles. Mis verdaderos sentimientos por aquella anciana criatura politizada no guardaban relación alguna con los reproducidos principios de no comprometerme. Había sido una declaración exclusivamente intelectual. La verdad era que quería ser libre, pero también quería estar con Joseph en todo momento.

Mi hermano vivía en Montmartre y fui a verle una tarde para llorar sobre su hombro.

Él había vivido siempre solo y le gustaba. Desde el comienzo había sabido lo que a mí me había costado dos maridos y una docena de amantes averiguar: joder aquí y

allá, vale; de lo demás, huir.

—Voy a renunciar a la vida sexual —dije a Max—. Esta vez en serio.

Sonrió. Estaba preparándose un té con hierbabuena. Había pasado mucho tiempo en el norte de África desde la guerra y estaba rodeado de pequeñas ceremonias árabes. Tomamos asiento en un diván bajo ante una bandeja de latón de Fez.

—El sexo es el hábito al que más cuesta renunciar —dijo —. ¿Recuerdas?

Lo recordaba. William Burroughs había sido el primero en decirlo cuando vivíamos todos en el Hotel Beat de París a fines de los cincuenta.

—¿Qué puedo hacer? —exclamé.

—Aprende a vivir con tus costumbres —dijo Max, mientras liaba un canuto con la mejor hierba de las montañas del Rif.

Volví a casa tranquilizada. ¿Podría aprender a vivir con Joseph? Por él estaba otra vez metida en el entusiasmo cósmico de la juventud. A su edad también yo había sido comunista y revolucionaria. ¿Era posible que el reloj marchase hacia atrás?

El espejo me decía que no era imposible. Una cara viva e interesante me devolvía la mirada. Estaba algo marchita, pero no vieja; y Joseph era un chico con aire tan extraño, un niño prodigio veterano tan agobiado por su propia sabiduría que parecía haber envejecido antes que yo. Éramos una pareja dispareja, pero bien aparejada.

Sonó el teléfono, pero no era Joseph. Me conduje de un modo incoherente con el amable amigo que me invitó a cenar. No quería salir por miedo de no estar si Joseph aparecía, así que rehusé y acto seguido me odié por haber rehusado. Aquella noche me masturbé para tranquilizarme. Estaba profundamente dormida cuando volvió a sonar el teléfono. Esta vez era la llamada que estaba esperando.

—¿Estás sola? —dijo Joseph.

Daba la sensación de que no le habría importado; sentía curiosidad, jugaba al ratón y al gato. Traté de conservar la

calma.

—Claro que estoy sola. ¿Dónde estás? ¿Vas a venir?

—Quizá sí. Pero si no aparezco en una hora es que no voy y te llamaré por la mañana. —Y colgó.

Salté de la cama, arreglé la casa, me maquillé y me peiné, me puse un poco de Arpège. «Mi madre también lo usaba», había dicho Joseph en cierta ocasión. Corregí mi declaración negativa, la nota de respuesta a su manifiesto que había dejado en la mesita de noche. Pensaba leérsela en cuanto llegase.

No se la leí. Lo olvidé todo con la emoción de su llegada. Igual que una perra en celo, tenía percepción extrasensorial, porque oí sus pasos vivos y ligeros en la calle, luego en el zaguán, acto seguido en la escalera. Mi cerebro se negó a oír nada más mientras mis oídos se esforzaban por advertir los signos de su aproximación. Me aumentó la presión sanguínea, se me aceleró el pulso, las sienes comenzaron a martillearme, y la vagina se me dilató por anticipado. Abrí la puerta y me arrojé a sus brazos.

—¡Has estado fuera tanto tiempo!

—¿Qué son unos días en un plan quinquenal? —dijo en son de queja—. La milésima parte del
0,25
por cien.

—Mi corazón no es un ordenador electrónico, como tu cerebro.

Me puse a besarle de arriba abajo. A la mierda con la prudencia, el decoro y la conducta propia de la edad que tenía.

—¡Oye, déjame respirar!

Pero le gustaba. Yo alimentaba su sentimiento de poderío, hacía que olvidase los temores elementales que acechaban en lo profundo de su naturaleza y que yo no había comprendido del todo.

—Espera un poco. Quiero llamar a mi madre.

Se sentó en la cama y descolgó el teléfono. Me arrodillé tras él y le acaricié los rizos de la nuca.

—¿Te importa que dé a mi madre tu número? —me

preguntó antes de marcar—. Quiero decirle dónde me quedo a dormir.

—¿Tan comprensiva es?

—Por supuesto. Lo sabe todo acerca de ti.

—¿Está celosa?

—Dice que no, aunque admite que una mujer de su edad es más peligrosa que una jovencita.

—¡Lo que vosotros mantenéis, a la chita callando, es un incesto como una catedral! Lo sabía. Lo intuía. ¡Soy yo quien tiene celos!

—Calla y estate quieta. —Marcó el número—. ¿Hola? *Maman?* Estoy bien. Voy a pasar la noche con Anne. ¿Quieres apuntar el número? Si se presentase alguna cosa, llámame aquí.

Hizo una pausa mientras escuchaba y me pregunté qué le estaría diciendo la madre. ¿Qué habría dicho yo en circunstancias parecidas? «¡Que lo paséis bien!», probablemente.

Colgó.

—¿Qué ha dicho tu madre?

—Que lo pasemos bien.

Rompí a reír y le conté por qué.

—Pues no sois tan parecidas. Su amante es quince años mayor que ella.

—¡Suerte que tiene! Yo ya estoy hasta la coronilla de los adolescentes.

Me dio un cachete. Y me lo dio fuerte, el condenado. Me sorprendió descubrir que me gustaba. Me puse a provocarle.

—¡Nazi cabrón! Un judío no pegaría a una mujer.

—Es que a mí olvidaron circuncidarme.

Volvió a atizarme. Más fuerte aún. Le di un mordisco.

—*Merde!* Ya he pasado mis apuros todo el día huyendo de la violencia —me empujó contra los almohadones y durante un segundo pensé que iba a estrangularme. Iba ya a hundirle los dedos en los ojos (el truco que Gregory el Malo me había sugerido) cuando llamaron a la puerta.

—¡La pasma! Probablemente me han seguido.

Se derrumbó lleno de cobardía. El estudiante

revolucionario se convirtió en un chicuelo asustado. Me levanté y fui al vestíbulo. Yo estaba tan asustada como él, pero me negaba a manifestarlo.

—¿Quién es?

—Un telegrama.

Abrí la puerta y me alargaron un envoltorio azul.

—Gracias. —Firmé en el libro de entregas y volví al dormitorio, mientras abría el envoltorio y rompía el telegrama con las prisas. Lo leí con un suspiro de alivio: «Llego París 16 junio. Resérvame hotel cercano si tienes ocupada la otra mitad cama. Besos. Rudi».

Se lo enseñé a Joseph, que leía y hablaba muy bien el inglés.

—¿Quién es Rudi?

—Un director de orquesta austríaco, especializado en óperas. Probablemente viene a trabajar; siempre estamos en contacto. Vivimos juntos durante cinco años después de separarme de mi segundo marido.

—¿Cuánto hace de eso?

—Unos diez años.

—¿Y sigue volviendo a ti… esperando compartir tu cama?

—*Todos* siguen volviendo.

—Eres una madre tierra para jóvenes incestuosos.

—Con muy poca tierra y no mucho instinto maternal. En cualquier caso, Rudi no es ningún joven; tiene casi mi edad.

—Entonces, ¿por qué no te casaste con él?

—No quería responsabilidades, ni casa ni hijos. Lo único que ama es su trabajo; ése es mi gran rival.

—Así que tú te habrías casado con él.

—Es probable. Echaba de menos a mi marido Charles. Entonces aún me gustaba el matrimonio.

—¿No fuiste tú, en tal caso, quien dejó a tu segundo marido?

—No. Nunca dejo a nadie. Me limito a sumar; jamás resto. Un día, sin embargo, volvió Charles, sólo que yo ya había perdido por entonces mi eterno optimismo. Se había acabado ya el probar suerte.

Permanecimos el uno en brazos del otro, acariciándonos

con dulzura. La violencia había desaparecido con la llamada en la puerta. En medio de la oscuridad, el aire fresco nos trajo el canto de un pájaro.

—Escucha —dije—. Debe de ser un ruiseñor.

—¿En el centro de París?

—¿Por qué no? Quizá vive en el Jardin des Plantes, en el Zoológico incluso. Está al otro lado del río.

—Tal vez tengas razón. Mi madre dice que oye a los del Bois de Boulogne. Vivimos cerca de allí, ya sabes.

—En un barrio tan elegante y con la comodidad de la casa de tu madre —dije, encogiéndome y dándole la espalda— tiene que ser fácil ser revolucionario.

Me envolvió materialmente y me atrajo hacia sí con brusquedad, a modo de respuesta. Sentí una dureza en la base de la columna. Me sorprendía que un chico tan joven tuviese un pene tan grande. Me la metió rápidamente por detrás. Me moví trazando breves circunferencias, muy despacio, luego más y más aprisa, mientras el ruiseñor cantaba más y más alto. El gorjeo me estalló en los ovarios y me subió por todo el cuerpo. Descendió luego lentamente y hasta que se detuvo, como un disco antiguo de gramola. Nos quedamos dormidos, todavía enganchados. Me olvidé por completo de leerle la respuesta negativa a su manifiesto.

Nos despertó el teléfono. Había olvidado poner la alarma del reloj.

—*Allô? Bonjour, madame* —me saludó una voz de mujer —. ¿Puedo hablar con mi hijo?

—Desde luego, madame. Ahora lo llamo.

Dejé el auricular y sacudí a Joseph, mientras le susurraba:

—Despierta; es tu madre.

A continuación, dije en voz alta, como si Joseph estuviese en otra habitación:

—¡Joseph! ¡Al teléfono!

Se frotó los ojos y se incorporó. No veía tres en un burro sin las gafas, de modo que le puse el auricular en la mano.

Saludó a su madre con voz soñolienta.

—*Allô, maman.*

Hablaron un buen rato. Luego me pasó el auricular.

—Mamá te invita a comer. Habla con ella.

Fui presa del pánico durante un momento. Lo complicado de la situación es que era un poco intimidante. Cuando cogí el auricular me dio la sensación de que la madre estaba en la habitación con nosotros.

—Qué tal, señora. Sí… sí… Muy amable, pero ya debería estar trabajando. Sí… Gracias. Quizás el domingo, si no le importa… Por favor, no se moleste por la comida. Puedo pasar a tomar un aperitivo… De acuerdo, si insiste… A la una entonces. Gracias… Sí, el domingo.

Colgué el auricular y me quedé mirando a Joseph, que buscaba sus gafas.

—¿Crees que tu madre quiere de veras conocerme?

—Claro. Se muere de ganas. Le gusta participar en todo lo que hago.

—¿No está muy ocupada entonces con sus propios asuntos?

—No. Pasa mucho tiempo en casa. Su amante está casado, así que no salen mucho.

—¿Va él a verla cuando estás tú allí?

—Sí, naturalmente. Suele quedarse un rato con los dos.

—¿Y qué te parece? ¿Estás celoso?

—No. Es como tener un padrastro. —Sonrió con complacencia—. Sé que ella me quiere a mí más que a nadie.

—¡Engreído hijo de puta!

—Cierra el pico y prepárame café.

Le gustaba darme órdenes. A mí también me gustaba recibirlas. La componenda estaba tan cabeza abajo que me hacía gracia.

Cuando le hube servido el café, dijo:

—Será mejor que llame al trabajo. Diré que estoy fuera, visitando al director de alguna revista, y que estaré en el escenario de rodaje esta tarde.

—¿Dónde tienes la oficina?

—En los estudios de Billancourt. Forma parte en realidad de las oficinas de producción.

—¿Dónde rodáis hoy?

—En los muelles del canal. Rimbaud y Verlaine salen

tambaleándose de un fumadero de opio después de haber pasado allí toda la noche, cruzan la avenida en medio de la niebla y se meten en un callejón sin salida.

—¡Pero si hace un magnífico día de sol!

—Efectos especiales. Encendemos velas azufradas. Si hace falta, utilizamos alguna boca de riego para humedecer el asfalto.

—¿Puedo ir a mirar?

—Claro que sí. Siempre se agolpa la multitud cuando rodamos en exteriores.

De modo que olvidamos la revolución durante unas horas. Acabamos de levantamos sin prisas, comimos y tomamos el metro hasta el canal. Estábamos enamorados; el tiempo no importaba; la edad no importaba; la política tampoco.

Cuando llegamos a la orilla del canal, los del equipo hacían lo que podían por contener el tráfico mientras Rimbaud y Verlaine cruzaban la avenida. Los coches no estaban interesados más que en llegar a su destino y hacían sonar el claxon sin parar, pero no podíamos permitir que un vehículo moderno cruzase junto a dos caballeros de fines del siglo pasado.

—Hola, Anne. ¿Dónde has estado? —Besos por todas partes. Se agradecía mi vuelta al redil. El intenso dúo entre Joseph y yo se convirtió en una orquestación confusa de modernos y discordantes ruidos y actividades. Me llevaban de aquí para allá, me apartaron bruscamente de Joseph, me hicieron hablar con el director, con los actores, con la policía. Trabajábamos sin los debidos permisos y estábamos interrumpiendo el tráfico. Traté de coquetear sin resultado con un ofendido *flic* que había venido de la comisaría local en bicicleta con la corta capa azul ondeando a su alrededor como las alas de un murciélago.

—¡Pero, monsieur, si sólo será un minuto! —le suplicaba.

En aquel momento, el técnico de efectos especiales encendió la bengala de humo azufrado y una niebla de color amarillo chillón se extendió por la avenida. El policía quedó incensado y asfixiado al mismo tiempo. Seguí hablándole, mientras observaba la escena por el rabillo del ojo,

procurando entretenerle hasta que todo hubiese concluido.

—Mire, ése es el joven actor norteamericano Norman Kent que interpreta el papel de Rimbaud, y aquel otro es el gran trágico francés Boissevain, de la Comédie Française.

No me escuchaba; se puso a soplar el silbato. Por suerte, me las arreglé para retenerlo donde yo estaba hasta que Rimbaud y Verlaine cruzaron la avenida y se colaron por el callejón. Entonces consiguió soltarse. Todo el mundo se deshizo en excusas y mil perdones, y cuando la escena estuvo lista, nos marchamos con toda tranquilidad. El policía pensó que obedecíamos sus órdenes y quedó satisfecho por haber cumplido con su obligación.

Busqué a Joseph con la mirada. Había desparecido. ¿Por qué se habría ido sin decirme nada? Llena de desesperación, me puse a buscarlo. Me sentía furiosa conmigo misma por experimentar una sensación tan aguda de abandono por parte de un chico de diecinueve años. Estaba convencida de que se había ido a propósito sin despedirse, sólo para molestarme.

Notas del Diario. París. Junio.

Han pasado dos días y Joseph no ha llamado. Se espera que mañana vaya a comer a casa de su madre. ¿O no? Tendré que llamarla, comprobar que la dirección es la que figura en la guía telefónica y que de veras quiere conocerme. Es más bien extraño que un joven que ha dicho que quiere vivir conmigo cinco años y que casi se desmaya cuando le digo que le voy a dejar no quiera tomarse la molestia de darme personalmente su dirección. Llevamos liados más de un mes y siempre es él quien se pone en contacto conmigo, concierta nuestras citas, marca la pauta de nuestras relaciones. Me gusta bastante ser una «esclava por amor», pero esto tiene que acabar.

Era sábado por la noche. Rudi había llegado y le había conducido a un hotel. Mientras tomábamos un aperitivo le expliqué la situación con Joseph y le prometí que, mientras estuviese fuera de París, rodando en exteriores, se podía quedar en mi piso. Mientras tanto, tenía que estar sola,

esperando las aleatorias visitas de Joseph. Le conté lo de mis obsesivos sentimientos por el chico, y de qué modo había vuelto a caer en el hábito del amor.

—Pobre chiquilla. Lo pasas muy mal.

—No peor que cuando estaba contigo. Ahora que lo pienso, Joseph no es distinto a ti. También tú desaparecías siempre sin un motivo justificado. En nuestro caso, se trataba de tus efebos. Ahora es la política.

—¿De veras te hacía sufrir yo? En perspectiva, siempre me parece que fue el período más feliz y sosegado de mi vida. ¿No fue así para ti?

—En cierto modo. Te quería tanto que lo olvidaba todo. Los hombres con quienes te acostabas me preocupaban menos que si hubieran sido mujeres. Pensaba que siempre me necesitarías, que yo era la única mujer que podía comprender la ambigüedad de tu vida sexual y que mientras te gustase acostarte conmigo, estaríamos juntos.

—Y lo habría hecho. Fue la oferta de los Estados Unidos lo que me tentó, no otra persona. Me fui a vivir con Tom porque era norteamericano y podía ayudarme a comenzar allí una nueva vida. Tú no podías venir por tus hijas, ¿recuerdas?

—Sí. No podía dejarlas mientras estuviesen en el colegio. Ahora que ya han crecido y están casadas… pero ya es demasiado tarde para nosotros.

—Siempre me alegra volver a ti.

—No es el volver lo que me importa; es el marcharme. Una vez fuiste mi gran amor, Rudi. Luego te ramificaste, te convertiste en una serie de encuentros fortuitos en circunstancias inoportunas.

—¿Qué era lo inoportuno? —Rudi parecía sorprendido.

—Lo sabes muy bien. Volvías para quedarte y esperabas que me deshiciera de la persona con quien estuviese. Te instalaba en la habitación de los huéspedes, te trataba como a tal, y antes de que me diera cuenta ya estabas en mi cama porque te convenía que así fuera en aquel momento.

—Haces que me sienta de lo más egocéntrico.

—Es lo que eres. Un egotista simpático.

Se inclinó y me dio un beso. Voluntariamente conseguí

que fuera un beso fraternal.

—Vamos. Te llevaré a cenar. Iremos a ver a las agradables muchachas de Les Chimères.

—Será mejor que llame a Madame Dreyfus primero y me entere de cómo están las cosas.

No acababa de decidirme. Quería disfrutar de una cena tranquila con Rudi, pero ansiaba ver a Joseph. Si Joseph estaba en casa y respondía al teléfono, es posible que pudiera convencerle de que nos acompañara. Fue Madame Dreyfus quien contestó.

—Soy Anne Cumming, la amiga de Joseph. Fue usted muy amable al invitarme a comer el domingo. Hace un par de días que no veo a Joseph y quería saber si la invitación seguía en pie.

Dijo que sí. Joseph había estado tan ocupado que tampoco ella le había visto apenas. Se disculpó en su nombre. Pero lo que se me quedó grabado es que *ella* sí le había visto.

—Si se presentase esta noche, ¿querría decirle que estoy cenando en Les Chimères? Él sabe dónde está. Volveré a casa hacia medianoche.

Me prometió hacerlo. Tuve la impresión de que aquella mujer intuía mi ansiedad, que comprendía mis deseos de ver a su hijo y que me compadecía.

—Muchas gracias, madame. Entonces, hasta mañana a la una. La dirección ¿es la que figura en la guía telefónica? ¿Avenue Henri Martin? —Dijo que sí.

Colgué con ademán lento. Rudi me observaba.

—No pareces muy contenta. ¿Algo anda mal? —preguntó.

—Nada en concreto. Joseph me declara amor y devoción eternos y se evapora cada dos por tres. Es desconcertante.

—Es joven. Está ocupado. Hay una revolución en marcha. Quizá no sea de los que están siempre a disposición del otro.

—El amor es disposición crónica: no es otra cosa.

Me puse una chaqueta, me peiné y salimos hacia Les Chimères.

El restaurante estaba atestado. Encontramos una mesa en un rincón apartado. Me molestó porque no podía ver la puerta. Me pasé la cena mirando a todas partes, pero Joseph

no se presentó. Procuré consolarme con el grato placer de ver a Rudi de nuevo, incluso acaricié la idea de pedirle que se viniese a casa, más con la intención de enfadar a Joseph si se presentaba y nos encontraba en la cama que como forma de encontrar el desahogo. No lo hice, sin embargo. Me fui a la cama sola y Joseph ni siquiera llamó.

Comer con la madre de Joseph resultó mejor de lo que había esperado. Había llegado muerta de miedo después de pasear indecisa por las calles de Passy, cuyos altos castaños se alzan como centinelas que vigilasen la respetabilidad de sus moradores de clase media alta. Había salido de casa demasiado pronto, presa del nerviosismo, y para hacer tiempo me había puesto a caminar por el barrio y a contemplar a las formales familias francesas que volvían con sus hijos del paseo dominical por el Bois. Los niños calzaban largos calcetines blancos, jugaban con bicicletas caras y con caros perros ingleses de raza que ya no se llevaban en Inglaterra, el cocker spaniel o el foxterrier de pelo duro. Todo seguía teniendo un aire propio de los años 30; el tiempo se había detenido en el distrito 16.

Joseph y su madre vivían en una finca moderna, una de las pocas que había en la zona. Me sentí aliviada cuando vi que era Joseph quien me abría la puerta y me conducía directamente a la cocina, donde la madre ultimaba los detalles de la comida. La mujer me alargó ambas manos en un gesto de amistad espontánea.

—Es un placer. —Me estrechó las manos entre las suyas—. Joseph tenía razón. Es usted muy hermosa.

—Y usted mucho más joven de lo que había pensado. ¿No podría haberse aproximado un poco más a mi edad?

Nos echamos a reír y el hielo quedó roto. Joseph no estaba nervioso, según advertí. En realidad disfrutaba estando a la vez con dos mujeres que le adoraban. Era, por así decir, un hijo único por partida doble.

—Soy la única francesa que se conoce que no sabe cocinar —me dijo Françoise Dreyfus—. ¿Cree usted que estará hecho el *gigot*?

Había un olor delicioso a hierbas y ajo. Pinché el cordero

con un tenedor y fingí un conocimiento que no poseía.

—Delicioso; y en su punto.

Todo el ritual era simbólico. Éramos dos mujeres, cómplices en la vida y en el amor, que estaban juntas para comer un domingo. El resto de la conversación fue fácil. Charlamos de temas tanto serios como frívolos. A decir verdad, no tenía ganas de irme.

—¿Por qué no vienes a dar un paseo con nosotros por el Bois? —Me preguntó Joseph cuando me levanté para marcharme—. Luego podemos ir al cine.

—Yo no pienso salir hoy —dijo Françoise en seguida—. Creo que haré una siesta.

Me di cuenta de que estaba alterando una tradición familiar. El hijo único que pasa el domingo con *maman*.

—Te lo agradezco mucho, pero quiero preparar el trabajo de mañana. Si Joseph quisiera venir después…

Lo dejamos así. Françoise y yo nos abrazamos. Con sus palabras de despedida quedó como una reina.

—Quiero convencer a Joseph de que use lentillas. ¿Te importaría ayudarme? Haz que se las ponga por las mañanas, nada más levantarse.

Pasé el resto del día en un estado de ánimo más tranquilo. Había superado la prueba. Era la amante oficial de un chico de diecinueve años, ¡y con el beneplácito materno!

Joseph me había acompañado al metro.

—Ya te dije que todo saldría bien —me dijo—. *Maman* acepta todo lo que hago.

—Pero yo no. ¿Por qué no te despediste el otro día, mientras rodábamos? ¿Por qué no me has llamado? ¿Por qué dices que quieres vivir conmigo cinco años y desapareces durante días? Es imposible que sigas al pie de las barricadas; ya han desaparecido.

—¡Mujeres! Estaba ocupado. Me preparo para los exámenes. Te hice una declaración por escrito; voy a verte siempre que puedo; ¿qué más quieres que haga? Anda, vete a casa y deja de obsesionarte. Iré a cenar.

No contesté. Aceptaba su posición. Estábamos en lo alto de la boca del metro, donde miles de enamorados tenían que

haberse despedido con un beso entre los pasamanos modernistas de bronce. El nuestro fue un beso apasionado. Tenía que serlo. Tendía un puente en el tiempo y el espacio para salvar un abismo generacional de treinta años.

Rudi estaba conmigo cuando llegó Joseph para cenar. Aquél se había dejado caer para tomar un aperitivo. Quería que se conocieran, pero Joseph se comportó con extraña repugnancia y vaciló en la puerta.

—¿Me voy y vuelvo después? —me susurró cuando le dije que Rudi estaba conmigo.

—No seas tonto. Yo he conocido a tu madre. Tú puedes conocer a mi examante.

—Pero un amante es distinto.

—Pues conocerás a muchos si vamos a estar juntos cinco años. Yo tengo amantes, no madres, y ya te lo dije: sumo, no resto.

No pudo decir nada.

—Rudi, este es Joseph, mi revolucionario del distrito 16 —dije cuando entramos en la sala de estar.

—¡Fabuloso! Todas las buenas familias deberían tener uno.

Joseph se desenvolvió muy bien. Creí que le molestarían nuestras bromas, pero no las devolvió. Reaccionó ante el ingenio y encanto de Rudi con una brillantez sorprendentemente madura, y pude advertir que Rudi quedaba fascinado. Mientras yo cocinaba, Joseph insistió en que Rudi se quedara a cenar. Yo había querido estar sola con Joseph, pero al mismo tiempo me divertía que Joseph adoptara el papel de señor de la casa. Fue como si quisiera mantener a Rudi en el pasado, diciéndole: «Soy yo quien vive aquí. Soy el anfitrión».

—¿Todo va bien, Anne? —me preguntó Rudi—. ¿Hay comida suficiente? Si quieres, salgo a buscar lo que sea.

—No, todo está bajo control. Es una suerte cenar con los dos hombres que más quiero en el mundo.

Abracé a ambos con idéntico afecto y fuimos a preparar la mesa. Siguieron charlando como viejos amigos, conscientes de su vínculo común.

—Rudi —dije—, tú a mi derecha, eres el mayor.

Rudi sonrió.

—Recuerdo cuando era el más joven en tu vida. Parecías entonces mucho mayor que yo, aunque la diferencia era sólo de cinco años.

—Pues claro que parecía mayor. Había tenido dos maridos y dos hijas. Vivíamos en mundos separados. Ahora las cosas se han igualado. Somos un par de otoñales.

La conversación discurrió por cauces bastante agradables. Parecíamos una gran familia feliz. Se me ocurrió pensar que si Rudi y yo hubiéramos concebido un hijo la noche en que nos conocimos, tendría aproximadamente la edad de Joseph. Deseché la idea: no me gustaba.

—Creo que será mejor que os deje solos ahora —dijo Rudi cuando terminamos de cenar. Me dio un beso de despedida y estrechó la mano de Joseph—. Espero que nos veamos con frecuencia —le dijo.

—Llámame mañana por la tarde —dije a Rudi cuando le acompañé a la puerta.

Cuando volví encontré a Joseph echado ante el hogar con la cabeza apoyada en un cojín.

—¿Se puede encender el fuego? —preguntó.

—¡Pero si estamos en verano!

—No importa. Siempre he querido hacer el amor ante un hogar con fuego.

Me desnudé mientras Joseph encendía la lumbre. Cuando estuvo bien prendida, apagó la luz y dejó las gafas en la mesilla de servicio, aunque cambió de idea y volvió a ponérselas.

—Quiero verte a la luz del fuego —dijo, y se recostó sin dejar de mirarme, mientras yo me arrodillaba desnuda a su lado.

Estaba de espaldas, estirado, y contemplándome abiertamente. Su pene hacía otro tanto. Se erguía tieso a la luz de la lumbre, moviéndose con suavidad, a veces dando un súbito brinco. Me chupé el dedo y le humedecí el glande mientras le pasaba la pierna izquierda por encima para montarle dándole la cara.

Incliné la cabeza para verle los cojones y me puse a juguetear con ellos. Se los acaricié suavemente con los labios de la vulva en el momento de la penetración, lo que nos abocó simultáneamente a un estado de excitación intensa.

—¡Eres mía! ¡Eres mía! —exclamó, arqueando la espalda y hundiéndomela hasta el hígado en el momento de eyacular.

Se estremeció debajo de mí sin dejar de exclamar «Eres mía, eres mía».

Al final nos desmoronamos exhaustos. Quedé encima de él, apartó las manos de mi cintura y me cogió los pechos, asiéndolos con firmeza y como si temiera que fuesen a escaparse. Luego, poco a poco, también las manos se le relajaron y cayeron inertes al suelo. Me incorporé y me quedé mirándole.

—¿Era así con Rudi? —preguntó.

—Nunca hablo con un hombre del comportamiento sexual de otro. En cualquier caso, siempre es distinto.

—¿Tiene la polla tan larga como yo?

—Averígualo tú mismo —le dije en son de guasa.

—¡Yo no soy un maricón de mierda! —exclamó a voz en cuello, y me cruzó la cara de un tortazo.

Le devolví el golpe y rodamos por el suelo.

—¡Cuidado con las gafas! ¡Cuidado con las gafas! —chillaba.

Se las quité, las puse en la mesilla de servicio y volví a lanzarme encima de él. Peleamos como animales, desnudos a la luz de la lumbre.

—Es igual que aquella escena de *Mujeres enamoradas* —dijo con voz entrecortada.

—Y un jamón. Se parece más a un detalle grotesco de cualquier cuadro del Bosco: una abuela vieja como la muerte jodida por un demonio negro y pequeñajo.

—¿Así te sientes? —preguntó. Habíamos dejado de dar vueltas.

—No. Pienso que los dos somos jóvenes y bellos y que estamos enamorados.

Nos habíamos sosegado y nos contemplábamos casi con sentimentalismo. Me besó.

—Te quiero, Anne.

—Yo también a ti, Joseph. Pero es un desastre. Creo que deberíamos romper cuando termine el trabajo en la ciudad y nos vayamos al campo.

—¿Por qué?

—Estoy emocionalmente cansada. No quiero enamorarme nunca más. Me deja hecha cisco.

No respondió; se limitó a acariciarme con ternura, con dulzura, a hacerme el amor otra vez al agonizante resplandor de las llamas.

Así discurrió el mes siguiente. El fuego resplandeciente alternó con las brasas agonizantes. Joseph iba y venía, fascinándome y exasperándome por tumo. Desaparecía con frecuencia, se olvidaba de llamar, incluso se olvidaba de acudir a cenar cuando la cena estaba preparada. A veces me quedaba sola ante una mesa dispuesta para dos, próxima al llanto. O llamaba a Rudi. Gracias al cielo, Rudi, que dirigía una temporada de ballet para la Opera de París, permanecería un mes en la ciudad. También él estaba solo, ya que su novio, Tom, se había quedado en Nueva York, y por tanto nos veíamos muy a menudo. Le gustaba que Joseph estuviera presente. Y Joseph, a propósito, ponía al descubierto todos sus ocultos encantos, su ingenio y conocimientos extraordinarios cuando el mayor de los dos estaba presente. Rudi estaba fascinado. Quizá demasiado fascinado, pensé.

La película seguía su curso normal. Rodábamos ahora en interiores, en los estudios de Billancourt, unas escenas de alcoba en que Verlaine, que estaba con su mujer, insistía en que Rimbaud se quedase; y tomas de los dos hombres desnudos en la pensión londinense que ocuparon y en el hotel de Bruselas. Era una película intelectual, pero con algunos detalles pornográficos para asegurar la comercialidad.

El joven actor norteamericano que hacía el papel de Rimbaud se puso sorprendentemente nervioso durante la interpretación de las escenas de amor homosexual en pelotas. Aquello me pareció un tanto sospechoso. En Europa, durante los «alegres Sesenta», nadie se ofendía en exceso ante los

desnudos masculinos, y los que negaban con calor las tendencias homosexuales eran sospechosos de ser maricas reprimidos.

—La princesa protesta demasiado —dijo un actor que interpretaba un pequeño papel, que manifestaba abiertamente su propia homosexualidad y que llegaba al plato todos los días con un efebo distinto, a cual más hermoso—. Un actor tiene que estar preparado para interpretar lo que sea. A fin de cuentas, también yo tengo que interpretar a menudo escenas de amor con mujeres.

Todos nos echamos a reír, pero el director norteamericano defendió a su estrella y se convino en que fuese un doble quien interpretase las escenas amorosas, en particular aquella en que el joven Rimbaud va a París por segunda vez a sus diecisiete años y es violado por los soldados en el cuartel donde se refugia.

—Además, tampoco quiere desnudar ese *derrière* plano que tiene —dijo Verlaine—. Tenemos que encontrar un doble con el mejor cuerpo de todo París para que yo pueda interpretar con él *mis* escenas de amor con realismo. Yo mismo me encargaré de buscarlo.

—Tendrá que ser muy joven y con la estatura exacta —insistió el director—. Así podré emplearlo también en las secuencias de la infancia en Charleville.

—No te preocupes —dijo Verlaine—. Será perfecto.

Y lo fue. No con una belleza trascendental, ni siquiera con excesivo atractivo erótico, pero con un cuerpo perfecto, excepción hecha de un detalle: en la parte izquierda de la ingle tenía tatuada una golondrina.

—No se verá —dijo Verlaine—. Haremos que esté en todo momento boca abajo; además, con un culo así, habría que cogerlo siempre por detrás.

Sentí lástima por el muchacho, que era un bailarín jovencísimo de la Escuela de la Opera parisina. Era a la vez tímido y narcisista. Adoptaba siempre posturas de ballet, muy consciente de su belleza corporal, pero era psicológicamente inseguro. Como siempre ocurre con los dobles y los extras, se le trataba como si fuera basura, se le despreciaba como a un

objeto y a menudo se le olvidaba completamente.

Un día me lo encontré merodeando con desconsuelo y me lo llevé a la oficina. Joseph había hecho otra de sus desapariciones y llevaba sin telefonear varios días. Me sentía sola y desposeída y creía necesitar yo también un doble que sustituyese a Joseph. Los dos jóvenes eran más o menos de la misma edad y estatura, aunque las semejanzas acababan aquí.

—Entra, Antoine. Te enseñaré algunas tomas de tu precioso culo.

Le alargué la lupa que tenía para mirar los positivos. Observó con atención las escenas del cuartel donde le bajaban los pantalones y tres fornidos soldados lo sodomizaban por tumo. Al final la secuencia sería muy breve, pero en la versión presente todavía era muy cruda.

—Lo triste del cine —dijo Antoine— es que todo se reduce a escenas breves y concisas con un montaje artificial ulterior. La vida real se limita a fluir, por sorprendente que sea todo.

Observé al muchacho con ojos distintos. No se limitaba a ser un putonzuelo guapo, a fin de cuentas; era un chico inteligente y sensible. Comenzó a gustarme. Después de aquello se pasaba por las oficinas a menudo.

—Tienes un sustituto —dije a Joseph cuando por fin reapareció. La policía le había dado una paliza y le había roto las gafas. Había acabado por ponerse las lentes de contacto que le había comprado su madre, pero sin sus divertidas gafas, estaba aún más feo.

—¿Es tan adefesio como yo? —preguntó Joseph refiriéndose a Antoine.

—No, es bastante guapo. Tiene un cuerpo precioso con el tatuaje de una golondrina revoloteándole entre el vello púbico.

—Vaya, ¿tan lejos habéis llegado ya?

—¿Estás celoso?

—No. Quiero que te lo pases bien.

Estaba furiosa. Quería que Joseph se muriese de celos. Le daba miedo perderme, pero no le importaba con quién me acostase. Aquello no tenía buen cariz. Quería que fuese

posesivo conmigo, tan obsesivamente posesivo como yo con él. Me dije que me iría a la cama con el pequeño Antoine la próxima vez que Joseph desapareciese, y deseaba que volviese y nos sorprendiese en plena función.

No tuve que esperar mucho. Joseph pasó dos días conmigo, y entonces recibió la visita de una jovencita muy nerviosa con los brazos cargados de panfletos y carteles. Se fueron juntos a una fábrica para convencer a los trabajadores de que siguiesen en huelga.

—Estaré fuera un par de días —dijo—. Nos vamos a la ciudad.

—Llámame mañana —le rogué.

No supe nada de él durante días, pero cuando llamé, Françoise me dijo que estaba de vuelta en París.

Invité a Antoine a cenar. Fuimos a casa en metro desde Billancourt. Era un trayecto largo y por el camino me lo contó todo acerca de su vida. Era franco-canadiense y había ido a Francia a estudiar ballet contra los deseos de sus padres. Le habían expulsado de casa sin darle un céntimo y había hecho toda clase de trabajos absurdos, entre ellos de extra para el cine, a fin de costearse los estudios. Añoraba mucho a su familia, en particular a su madre.

—Deja que sea una madre para ti —le dije con ironía y sonrisa ambigua. Estaba segura de que el chico iba a jugar limpio y yo quería que Joseph se pusiera celoso.

Compramos queso en una quesería con un surtido de cien variedades distintas, un licor de grosellas negras en la heladería de enfrente y luego un pequeño filete de vaca en la carnicería.

—Yo cocinaré —dijo Antoine—. Hace tanto tiempo que no estoy en una casa de verdad.

Hicimos la comida juntos, entre bromas y muchas confidencias. Después de comer, tomamos asiento en el sofá.

—¿Puedo ver la golondrina? —le pregunté.

Se puso en pie y se bajó los pantalones con la misma obediencia que había manifestado en el plato, y quedó medio desnudo junto a mí. El pequeño pájaro cubría la cicatriz de una operación de apendicitis. Recorrí la cicatriz con el dedo

hasta llegar al pico del ave. No hubo reacción. El pene le colgaba fláccido, muy bonito pero totalmente sin vida. Le acaricié el vello púbico y se lo peiné con las uñas. Nada se movió. Permanecía inmóvil, mirándome más bien con tristeza.

—Creo que va a ser difícil con una persona que me recuerda a mi madre —dijo con voz apagada.

Me incliné y se lo acaricié con la lengua. Por más que lo intenté, no sucedió nada.

—¿Acaso no te gustan las mujeres? —le pregunté.

—No es eso. Es… bueno, es sólo que usted es mucho mayor que yo. Nunca se me habría ocurrido acostarme con…

—¿Con una vieja?

—Tal vez sea eso. ¿Le molesta? ¿La he ofendido, Anne?

—No, de ningún modo. En realidad, estoy enamorada de otra persona. Una persona de tu edad. Y la echo de menos cuando no está conmigo.

—¿No vive en París? —preguntó, sentándose a mi lado otra vez.

—Sí, vive en París. Eso es lo malo. No para de decir que quiere vivir conmigo para siempre, pero no se queda nunca. Me siento sola.

—Me podría quedar esta noche para hacerle compañía.

—No tengo más camas que la de matrimonio. El sofá no es muy cómodo.

—No importa. Me gustaría dormir con usted.

Y por «dormir» quiso decir dormir. Ya desnudos los dos, lo estreché entre mis brazos, pero la golondrina no se movió. Froté la ingle contra sus alas, pero no hubo el menor revoloteo. No tardó en caer profundamente dormido.

Permanecí despierta un buen rato, esperando que Joseph llegara y me encontrase en tan sorprendente situación, pero no tuve tanta suerte.

A la mañana siguiente llamé a su madre y me dijo que Joseph no había aparecido por casa en toda la noche.

—No está aquí, Anne. Pensé que estaría contigo —parecía confusa.

—Es evidente que nos es infiel a las dos —dije. Trataba de

parecer alegre, pero acabé por ponerme triste.

—No, eso no. —Françoise se esforzó por tranquilizarme—. Te adora. No hay otra mujer.

Joseph yacía en la bañera y yo estaba sentada desnuda en el bidet, observándole. Me estaba dando unas excusas muy pobres por no haber venido a verme la noche anterior, inmediatamente después de su vuelta de las fábricas.

—Fui a ver a mi padre. A mi madrastra le gusta beber un poco después de cenar, y creí que era mi deber beber con ella. Me sentía demasiado cansado y mareado para ir a casa y me convencieron de que pasara la noche con ellos.

—¿Por qué no llamaste entonces a tu madre?

—Nunca lo hago. No es tan obsesa como tú.

—No creo ni una palabra de lo que dices. Estás harto de mí; eres desleal y lo único que te preocupa es tu familia. ¡Cuánto te preocupa!

—Por Dios, Anne, ya está bien —dijo alzando la voz—. Te estás volviendo de un posesivo inaguantable.

—Tienes razón: ya está bien —le repliqué gritando—. Te odio, Joseph. Te odio por haberme convertido en esto. Me estás manipulando para demostrar que tienes poder sobre mí, y me detesto por permitirlo. ¡Deja tus juegos de poder para la política!

Me eché a llorar. Estaba desnuda, sentada en un bidet, y llorando. Los dos comprendimos a un tiempo lo ridículo de la situación.

—Eres una puta imbécil —dijo, y me arrojó una esponja. Se la devolví. Le alcancé de lleno en la cara. Salió de la bañera chorreando y se echó sobre mí.

—Apuesto a que nunca te han jodido en el váter —dijo.

—No creo que sea muy cómodo —dije, todavía entre lágrimas.

Fue muy incómodo y acabamos en la cama. Joseph chorreaba aún, pero no me importó. Cuando terminó todo, le dije:

—No creas que lo vas a resolver todo siempre con tu larga polla. La próxima semana iremos a Charleville, a rodar en exteriores, y te dejaré definitivamente.

Françoise vino a cenar con nosotros. Quería devolverle la hospitalidad antes de marcharme. Rudi también vino, para completar el cuarteto, y resultó una velada alegre y encantadora, todos lo pasamos muy bien. Después de cenar me llevé aparte a Françoise.

—Vamos al dormitorio, quiero hablar contigo un momento —le dije.

Nos sentamos en la cama.

—Espero que no habrás dicho en serio lo de dejar a Joseph —me espetó inmediatamente.

—¿Te lo ha dicho, entonces? Quería hablar contigo de ello. ¿Qué piensas tú?

—Tal vez sea egoísta, porque desde mi perspectiva ha sido perfecto. Nunca se había sentido tan bien ni tan feliz. Pero me esforzaré y procuraré verlo desde tu punto de vista. ¿Te hace feliz?

—Sí y no. No es su edad lo que me preocupa, es su falta de verdaderos sentimientos. Le gusta jugar. Lamento decir esto de tu propio hijo, pero creo que en el fondo no sabe lo que es amor ni sacrificio. Ni siquiera creo que sea un comunista convencido. Hace lo que le da la gana seduciéndonos, como una araña que teje su preciosa tela. Luego nos deja atrapadas en ella, debatiéndose en un rincón, para poder visitamos cuando le convenga.

—Quizás estés en lo cierto. Los padres separados compensan a menudo de manera excesiva. Espero no haberle consentido demasiado.

—No sé. En cualquier caso, no creo que esté preparado para una relación que le exija algún compromiso. Tal vez no lo esté nunca.

—Haz lo que creas mejor para ti —dijo Françoise generosamente—. Pero sigo pensando que tenéis mucho que daros el uno al otro; podríais quedar como buenos amigos.

—¡Y un rábano! —exclamé—. No duraría. La atmósfera se carga demasiado cuando nos vemos. Nos excitamos de un modo bárbaro. ¡Y no sé por qué!

Françoise sonrió.

—Bueno, pero tú y yo sí seguiremos siendo amigas. ¿Me

prometes que vendrás a verme siempre que pases por París?

—Desde luego. Ahora será mejor que volvamos con los caballeros.

Regresamos a la otra estancia.

—Tu madre es un sol —dije cuando Françoise y Rudi se hubieron ido—. Ya no estoy celosa de ella.

—¿Por qué no vivimos todos juntos, entonces? Eso lo solucionaría todo —exclamó Joseph.

—¿Formaba esto parte de tu Plan Quinquenal?

—No. Yo tenía que venir a vivir contigo.

Protesté, aunque me sentía complacida.

—No quisiera ser el motivo de que te marchases de casa. Eso tendrá que esperar a que te cases.

—En realidad no me quieres, ¿verdad? —Comenzó a dibujársele aquella expresión de niño asustado.

Le di mi respuesta a su manifiesto, que había quedado sin leer desde que la redactara.

La leyó y me la devolvió. No hizo ningún comentario, pero después me hizo el amor de la manera frenética que solía emplear cuando temía perderme. Me clavó tanto las uñas que a la mañana siguiente vi sangre en las sábanas. Una vez más gritó «Eres mía, eres mía», en el momento del orgasmo.

Luego, mientras yacíamos boca arriba, le dije:

—Un día gritarás «Soy tuyo, soy tuyo». Pero no creo que me lo digas a mí.

Me miró con extrañeza. Tampoco entonces tuvo nada que decir.

Nos preparábamos para ir a Charleville con objeto de rodar allí las escenas de la infancia de Rimbaud. Antoine iba a venir con nosotros para interpretar la mayoría de las escenas con planos generales, ya que se necesitaban movimientos adolescentes de los que el actor norteamericano no era ya capaz. El maquillador derrochó ingenio para hacer que pareciera un veinteañero durante lo que le quedaba de papel. En realidad no había cumplido aún los treinta, pero la falta de ejercicio y el exceso de martinis se le notaban. Ningún recurso de la industria habría conseguido que

volviera a parecer un alumno de instituto. Antoine estaba encantado. Estaba en vacaciones veraniegas y tenía ya un buen motivo para no volver al Canadá en seguida.

—Anne, prefiero con mucho pasar las vacaciones contigo a pasarlas con mi verdadera madre —me dijo cuando lo supo.

—Mira, yo no soy una mujer muy maternal y tengo cierta tendencia a meterme en la cama con los que juegan a ser hijos míos. Ya lo hemos probado y no ha resultado. Sigue mi consejo y quédate con tu verdadera madre.

Me abrazó, pero con devoción filial todavía.

—Anne, por favor, no me rechaces porque no puedo hacerlo.

—Por Dios, niño, no te estoy rechazando. Eres tú quien me rechaza. Yo me limito a mantener la relación en los términos en que al parecer se encuentra. La desdicha suele venir por esperar de quienes deseamos algo lo que ellos no desean.

Volvió a darme un beso y salió de la estancia de un salto, igual que Nijinski en *El espectro de la rosa*.

—Tu suplente se viene con nosotros a Charleville —le dije a Joseph aquella misma noche. No reaccionó. Estaba tumbado desnudo en el sofá, con la cabeza en mi regazo. Habíamos hecho el amor en cuanto yo había vuelto de las oficinas. Como ahora tenía las llaves de mi casa, a menudo me lo encontraba esperándome.

Hacía calor y no nos habíamos molestado en vestimos otra vez. Solíamos paseamos por el piso desnudos porque ya había llegado la temporada tórrida. Le pasé los dedos por los negros rizos que, dada la posición de su cabeza en mi regazo desnudo, se enmarañaban con mi vello púbico.

Ladeó la cabeza, de suerte que quedó con la nariz pegada a mi ingle.

—Me gusta el olor del sexo —dijo con voz amortiguada.

—Muy francés —murmuré sin dejar de acariciarle el pelo al azar. Eché un vistazo para ver si había vuelto a levantársele. Tenía otra erección, pero también es verdad que se estaba rascando las partes.

—Joseph, ¿por qué te rascas de ese modo? No me digas

que una de esas revolucionarias que no se lavan te ha contagiado sus cangrejos.

—¿Sus cangrejos?

Pensé que a lo mejor había dicho mal la palabra francesa. Yo me había referido a las ladillas[2], pero es posible que los franceses utilizasen otro término.

—Sí, hombre, esos insectos diminutos que anidan en las raíces del vello púbico y que recorren el mundo pasando de una ingle a otra cuando la gente hace el amor.

—Lo dices de un modo que da asco. En francés tenemos un nombre mucho más bonito. *Papillons d’amour*, mariposas del amor.

—Siempre he pensado que las mariposas del amor eran las cartas de amor, porque recorren el mundo volando de un amante a otro. Pero esto ya es muy distinto.

—Bueno, nunca he recibido una carta de amor y jamás he tenido ladillas.

—Siempre hay una primera vez. Déjame mirarte. Date la vuelta.

Apartó servicialmente la cabeza de mis muslos y puso la pelvis en su lugar, quedando como Cristo cuando lo bajaron de la cruz.

—Parecemos una *Pietà* —comentó—. Estás inclinada sobre mí como María Magdalena.

—¡No seas blasfemo!

Le separé el vello y le miré con mucha atención el monte púbico. No veía muy bien y me hacían falta las gafas.

Me levanté y fui al dormitorio en su busca, aunque entonces recordé que tenía algo mejor. Se trataba de la lupa con que observaba los positivos fílmicos.

—Deja que te mire —dije, arrodillándome a su lado mientras él se recostaba en posición supina y en actitud despreocupada sobre el terciopelo verde del sofá. Miré por la lupa.

—¡Dios mío! ¡Pero qué guarro eres! ¡Tienes toda una colonia!

—A lo mejor me las has pegado tú.

Hice caso omiso de aquella observación.

—Deja que te mire también en las axilas. También anidan ahí.

Le miré los sobacos con la lupa. Tenía dos ladillas bajo el brazo izquierdo y tres bajo el derecho. Se lo dije.

—Las del sobaco izquierdo tienen que ser matrimonio, las del izquierdo un *mènage à trois*. ¡Cuánto refinamiento! —y se echó a reír.

—De refinamiento, nada; es una guarrería. Y no tengo nada para remediarlo. Tendré que quitártelas con las pinzas de las cejas. No te muevas.

Cogí las pinzas de las cejas y un pañuelo de papel. Las arranqué de su enclave una por una y las fui poniendo en el pañuelo. A continuación se las puse ante las narices.

—Esto es tu revolución. Polvetes con tías guarras llenas de liendres.

—No es verdad. Tienes que habérmelas pegado tú.

—¿Y dónde las he cogido yo, si puede saberse?

—Antoine.

—¡O sea que estás celoso!

—No. Sólo soy lógico. Ahora, por favor, mírate tú.

Me miré el matorral con la lupa. Encontré dos ladillas juntas.

—¡Por la Virgen! Si parece que estén apareándose.

—¿Lo ves? La culpa es de Antoine. Es una raza particularmente promiscua.

No iba a darle la satisfacción de decirle que no había hecho el amor con Antoine. Nos habíamos acostado juntos, sin embargo. La posibilidad no era descabellada.

—Tú tienes más que yo —protesté—. Tienes que haberlas cogido primero.

—No. Lo que pasa es que prefieren a los jovencitos. Es probable que mi suplente las lleve encima desde hace años, desde que dejó de jugar con ratoncitos blancos.

—Estoy segura de que Antoine no jugó nunca con ratoncitos blancos. Es un chico puro y bello, y tampoco ha cogido las ladillas. Lo conocerás si vienes a Charleville, así juzgarás por ti mismo.

—No tengo la menor intención de observar el vello púbico de mi rival. Te dejo esas cosas a ti. Ahora aparta el pañuelo de papel, no sea que se pongan a recorrer el mundo de nuevo.

Tiré el pañuelo a la taza del lavabo. Cuando volví, me puse en el sofá, junto a Joseph.

—Habrá que comprar polvos mañana por la mañana para ponérnoslos. Lo mejor será ponérselos también en la cabeza —dije mientras me tomaba en sus brazos.

Me sentí infecta y sensual al mismo tiempo. Triunfó la sensualidad. Daba la sensación de que nada podía interponerse entre nosotros, ni siquiera las mariposas del amor.

Algo vino a interponerse entre nosotros. Varios centenares de kilómetros de suelo francés. Todo el equipo partió para Charleville en autobús, coche o tren. Traté de que Joseph se viniese conmigo. Había olvidado mi firme propósito de separarme de él. De un modo macabro, las ladillas habían vuelto a unimos. Había venido a casa todas las noches para que le pusiera los polvos, de modo que los últimos días estuvimos realmente juntos.

Una noche, mientras espolvoreaba el polvo blanco y lo frotaba, hablamos acerca de dónde habrían podido surgir las ladillas.

—¿Le preguntaste a Antoine?

—Sí. No sabía ni lo que eran. Cuando se lo expliqué, dijo que su golondrina las habría ahuyentado.

—De modo que el chico tiene sentido del humor, ¿eh?

—Pues claro. No paro de decirte que te caería simpático. Vente conmigo a Charleville y lo conocerás. ¿Por qué no quieres venir? La universidad está cerrada y estás de vacaciones.

—Tengo que ir a un sitio con mi madre.

—¿Dónde?

—Aún no lo hemos decidido.

Llamé a Françoise. Estaba desesperada por tener que separarme de Joseph y quería conocer los planes de madre e hijo. No estaban muy claros. Françoise esperaba a saber si su

amante podría ir también. Estaba encantada con la idea de que Joseph viniera conmigo a Charleville. Yo podía incluso conseguirle un pequeño papel en la película, el de uno de los escolares que aparecían en las escenas en que Antoine tenía que doblar a Rimbaud.

—Te gustará estar con Antoine —le insistí—. Oficialmente tendrás que compartir una habitación con él.

—¿Yo? ¿Con una loca que hace ballet? ¡Tú estás chiflada!

—No es ninguna loca. Estoy segura de que ni siquiera sabe aún *qué* es.

—Bueno, tú deberías saberlo.

—Ven entonces, y protégeme de él.

Pero no había manera de convencer a Joseph. Hasta Rudi lo intentó. Éste iba a dejar el hotel y a trasladarse a mi piso mientras yo estuviese fuera, y había mudado ya sus enseres.

—Ve con Anne. Lo pasarás de miedo. Es muy divertido rodar en exteriores —insistió Rudi en mi favor.

—No, no puedo irme de París. La revolución me necesita.

—A la mierda la revolución —dije con resentimiento—. El catorce de julio ya pasó.

A decir verdad, partí para Charleville el 17 de julio. Joseph ni siquiera se molestó en ir a despedirme a la estación. Cuando llegué a Charleville le escribí una larga carta.

18 de julio de 1968.

«Amorcito querido:

»Cuando sugeriste por vez primera lo del Plan Quinquenal, mi reacción inmediata fue de rechazo. La enorme diferencia de edad imposibilitaba toda relación. Más tarde lo enfoqué como una prueba interesante, como un experimento arriesgado. Me gustan las aventuras y las revoluciones. Cabía la posibilidad de vivir en serio con un hombre muy joven. Ningún hombre mayor me había interesado lo suficiente en los últimos diez años para entablar con él una relación duradera.

»La adolescencia y la madurez tienen algo en común: el

miedo al futuro. Yo podría ayudarte a sobrellevar tus temores, pero ¿podrías tú ayudarme a afrontar los míos? Necesitaría sentirme amada de veras durante todo el tiempo que la relación durase. Creo que eres demasiado egotista para amar de verdad. Tú pides, pero no das. En parte se debe a tus años, pero se trata sobre todo de tu naturaleza. Tu mayor encanto es tu carácter tornadizo. Vienes y vas, me tomas y me dejas con una velocidad que me da vértigo. Dar cuesta tiempo y esfuerzo.

»Creo que no es aconsejable trastocar mi vida entera, salvo por una temporada relativamente breve. Cinco años es una temporada relativamente breve, lo que ocurre es que tú eres incapaz de entregarte totalmente ni cinco minutos. Se trata de algo que exige demasiados sacrificios personales, unos sacrificios que no veo ni en tu personalidad ni en tus historias políticas. Tu comunismo no te ha calado en realidad muy hondo; radica sobre todo en tu precoz e inmadura cabeza. La humanidad y la entrega al prójimo no son tu verdadero objetivo.

»Como el destino ha interpuesto entre nosotros, por el momento, 500 kilómetros, quizá sea mejor romper ahora que sufrir una larga agonía más tarde.

»Te amo, y este es el problema.

»Anne»

Eché la carta con un sentimiento de alivio, pero el alivio no tardó en desaparecer y la añoranza ocupó su lugar. Comencé a dudar de los motivos que me habían hecho escribir la carta. ¿La había motivado realmente el maduro buen sentido o la esperanza de que Joseph rechazara el ultimátum y corriese a mi puerta para decirme que era capaz de darme todo lo que yo necesitaba? ¿Estaba *yo* también participando en un juego?

El tiempo se volvió tórrido y sofocante y el verano se impuso con todos sus rigores. Quería estar en los brazos de un amante apasionado, no de un crío tornadizo y con la sangre de horchata. El problema era que, en la cama, el crío se comportaba como un hombre; su frágil envoltura se las

arreglaba para poseerme y satisfacerme por la fuerza pura de la voluntad, otra célebre cualidad judía para sobrevivir que había heredado.

Si no hubiera estado tan nerviosa esperando la respuesta a mi carta, habría disfrutado de mi estancia en Charleville. Filmábamos en el interior y los alrededores de una antigua casa de campo construida en piedra, y pasábamos los días cálidos y soleados en los verdes campos tachonados de amapolas, o en el corral y los establos de la granja donde Rimbaud escribió sus primeros poemas, cuando se refugiaba en el granero, huyendo de su severa y antipática madre viuda.

El equipo se alojó en el mismo pequeño hotel de provincias, circunstancia que me facilitó el contacto personal con los actores y me permitió descubrir esas manías tontas que tan útiles son a la hora de elaborar el material publicitario. Había venido con nosotros, además, un equipo de televisión, y yo no paraba ni un instante organizando la excursión campestre, cuidado de que sus cámaras no entorpeciesen el trabajo de las nuestras, y convenciendo a los actores de que se prestasen a las entrevistas durante los descansos. Yo tenía que hacer de intérprete en las entrevistas con Rimbaud, porque nuestro actor norteamericano no hablaba francés. Su madre cinematográfica, una conocida actriz francesa, interpretaba su papel de un modo tan realista que no quedaba ninguna duda de que Rimbaud huyó a París a los dieciocho años para escapar de ella y de todo lo que ella y la vida provinciana francesa representaban.

Una de las escenas que yo prefería discurría junto a la catedral de Charleville, bajo la lluvia. Toda la familia Rimbaud, él, la madre y las hermanas, iba a la misa del domingo bajo un bosque de paraguas. La gente contratada para fingir la lluvia eran los miembros del cuerpo de bomberos local. No disponíamos de más dobles que Antoine y todos los actores quedaron empapados y se pusieron de muy mal humor. Al día siguiente volvimos a los campos soleados y cogí la fiebre del heno.

—¿Hay carta para mí? —preguntaba todas las tardes al

volver al hotel. A menudo había carta de mis hijos, pero ninguna de Joseph.

Subí por la ancha escalera de madera hasta el dormitorio de aire antiguo, con armario de caoba y dos camas de bronce. Había organizado un pequeño despacho en un rincón, con una mesa redonda grande que amablemente me habían trasladado desde el pasillo. Todas las tardes seleccionaba fotografías, grabaciones de entrevistas y mis propias notas. Llamaba a Rudi de vez en cuando. Se había trasladado a mi piso, tenía mucho trabajo y estaba contento. Llamé a Joseph una vez para ver si había recibido mi carta, pero se puso Françoise y me dijo que no estaba. Tuvimos una charla cordial, pero no quise llamar otra vez para que ella no pensara que estaba acosando al chico. Le dejé mi número, pero Joseph no me llamó. Me esforcé por olvidarle, ya que él parecía ser lo bastante inteligente para olvidarme. Había leído bien mi carta y me había tomado la palabra.

Para interpretar el papel de director del colegio de Rimbaud vino de París un actor francés encantador. Era un hombre de mi edad y se instaló en una habitación que quedaba enfrente de la mía. La primera noche coincidimos en la escalera y fuimos juntos a cenar. Le expliqué en qué consistía mi trabajo.

—¿Puedo ver más tarde algunas fotos? —me preguntó.

Yo sabía que me estaba pidiendo algo más, pero ¿por qué no?

—Desde luego. Subiremos a mi habitación después de cenar.

Nos sonreímos, no ignorábamos la finalidad de la propuesta y no había prisa ninguna. Cenamos la mar de bien y tomamos café y licores en el bar, tras lo que subimos juntos sin precipitamos.

Sin embargo, deseosa de olvidar a Joseph, me puse un poco nerviosa. El hombre, saltaba a la vista, quería un acercamiento más sosegado, y me acariciaba el muslo como si tratase de calmar a una yegua intranquila.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —dijo—. Ya no somos tan jóvenes. Debemos hacer que dure.

Me contuve, pero echaba de menos la vehemencia que había conocido con Joseph.

—Ha sido un remedio estupendo contra un caso agudo de fiebre adolescente —le dije cuando todo hubo terminado—. He venido alimentándome con una dieta ininterrumpida de amantes jóvenes. Espero que me hayas alterado el metabolismo.

Disfruté de los deleites otoñales durante los tres días que pasó el actor con nosotros. Era un hombre educado y dulce que se tomaba los placeres con calma. Me sentó bien adaptarme a un ritmo más relajado. Cuando se marchó, lo lamenté sinceramente, aunque no intercambiamos el número de teléfono de París. Sin duda estaba casado; en cualquier caso, no nos hicimos preguntas ni planeamos ningún encuentro futuro.

Su habitación estuvo desocupada durante unos días. Luego se presentó un tropel de periodistas que se quedó una noche. Uno de ellos se quedó sin habitación, porque el hotel se había llenado.

—Yo tengo una cama de sobra en mi habitación —dije por ver qué pasaba.

—Madame tiene un espíritu muy deportivo —dijo el marginado, al que del modo más natural consideré el mejor del grupo.

—Cuando la pelota va a parar a la cancha contigua, lo mínimo que puede hacerse es recogerla —dije—. Pero no hace falta seguir jugando si no se tiene ganas.

Los juegos y sets que disputamos aquella noche fueron muy agradables. Todo contribuía a que pasara el tiempo. Hacía una quincena que había salido de París.

Ya no esperaba carta de Joseph. Había aceptado el hecho de que era más inteligente que yo. Se había dado cuenta de que cuando se quiere romper una relación, lo mejor es no escribirse. Me sorprendió por tanto el que la gorda rubia de recepción me saliese al paso un día y me entregase un sobre blanco de mala calidad.

Esperé a abrirlo hasta encontrarme de vuelta en la habitación. Me senté en la cama metálica, pero no en la que

solía dormir y donde había estado en brazos de otros hombres. Para leer la carta de Joseph me senté en la cama sin utilizar.

«Mi muy querida Anne,

»no eres la primera persona que me encuentra seco y falto de sentimientos. Probablemente es verdad, pero, a mi modo, te quiero hasta el límite de mis posibilidades. No sé ir más allá. Te deseo. Te necesito. Vuelve, por favor.

»Joseph»

Mi primera reacción fue correr escaleras abajo y ver qué trenes había para París. Pero procuré tranquilizarme. La carta no me decía nada que yo no supiera ya, ni me ofrecía nada que yo necesitase. Como de costumbre, se trataba de lo que él quería. Para tratarse de una respuesta, llegaba con dos semanas de retraso y era muy breve, a juzgar por el tiempo y esfuerzo que había invertido yo en mi misiva. Tenía que tener paciencia, esperar y quizás darle otra oportunidad cuando estuviese de vuelta en París, al cabo de otras dos semanas. Pero no le respondería hasta que no estuviera de regreso.

No supe esperar dos semanas, sin embargo, y no pude resistir darle una contestación. Lo llamé por teléfono. Estaba en casa.

—Podrías haberme llamado antes —fue su primera observación—. Llevas fuera casi dos semanas.

—Casi tres semanas, y podías haber sido tú quien me llamase —le repliqué.

Hubo una breve pausa, tras la que dijo:

—¿Por qué no vienes a París a pasar el fin de semana? Prometiste que volverías a pasar un fin de semana.

—Joseph, te escribí una larga carta para explicarte que rompía nuestra relación y que trataría de olvidarte.

—Pero no era ésa tu intención, ¿verdad que no?

—Cosa tuya era el averiguarlo. Podías haberme escrito, o haberme llamado por teléfono, o venir a visitarme para saber si era ésa mi intención.

—Por favor, ven a París este fin de semana.

—No, Joseph. Eres tú el que ha de esforzarse. Ya sabes

dónde estoy. Tengo una habitación doble. Puedes venir el viernes por la noche.

—¡Es muy complicado!

—También para mí lo es.

Colgué tras decir aquello, contenta por haber sido tan firme. Los dos días que siguieron los pasé presa del pánico, temerosa de que no acudiese. No me había conducido de un modo muy alentador, pero contuve el impulso de volver a llamarle. Tampoco llamó él.

El viernes tenía que conducir al lugar de rodaje a unos cuantos periodistas de la localidad. Al salir dije en recepción que quizá se presentase mi nieto para pasar el fin de semana. Que se alojase en mi habitación si aparecía.

Al volver me lo encontré tumbado en mi cama y leyendo a Proust.

—El viaje en tren ha sido asquerosamente largo —dijo—. Menos mal que me pertreché con *En busca del tiempo perdido*.

Me arrojé sobre él, olvidándome de que tenía que jugar a la dura.

—¡Cuidado con Proust! —protestó, agitando el libro en el aire.

—¡A la mierda con Proust! ¡Le sentará bien! ¡Vieja loca y estreñida!

—No era ninguna vieja…

Joseph no pudo acabar la frase. No medió ninguna palabra más. El libro cayó al suelo.

Fue un fin de semana a lo Madame Bovary; apenas salimos. El domingo por la tarde casi tuve que llevarle a rastras hasta la granja de Rimbaud, donde pasamos casi todo el tiempo en un pajar cercano. Las abejas nunca habían zumbado con tanto ruido ni las amapolas adquirido un rojo tan intenso.

—El amor es mejor que la marihuana —observé—. Hace que todo sea más todo.

—¿Verdad que no vas a abandonarme? —Sonreía contento.

—Pues claro que sí. Pero no hasta que terminemos la película. ¿Por qué no llamas a tu madre esta noche y le dices

que vas a quedarte unos días?

Joseph se quedó una semana. Lejos de París, todo nos iba mucho mejor. Estuvo dicharachero, entretenido, ingenioso, y todos le cogieron afecto. Los acompañantes son un fenómeno corriente cuando se filma en exteriores. Nadie parecía consideramos una pareja inusual y la presencia de Joseph estaba justificada porque le dimos un pequeño papel en la película. Era el compañero de colegio de Rimbaud, incluso recitó unos párrafos y se le pagó por dos días de trabajo. Se hizo muy amigo de Antoine; los dos muchachos se hicieron inseparables.

—¿Lo ves? Sabía que te gustaría Antoine —le dije—. Lo mismo que supe que Rudi te caería bien. ¿Por qué vacilas tanto a la hora de conocer gente?

—Porque no tratas más que con maricas. Yo no quiero conocer maricas.

—¿Por qué eres tan intolerante?

—No soy intolerante. Sólo selectivo.

Lo dejé estar. Cuando fui al lugar de rodaje al día siguiente, Joseph y Antoine estaban sentados juntos y sumidos en conversación. Ambos iban vestidos como colegiales de antaño, como colegiales que salen del colegio, el uno moreno, el otro rubio, caracterizados a la perfección. Tenían que bajar corriendo por un montículo como si saliesen de clase por última vez, tirando los libros entre la hierba crecida, mientras corrían. Lo repitieron varias veces hasta que el director quedó satisfecho. Era una escena juvenil y encantadora.

El resto de la semana discurrió muy aprisa. Cuando ninguno de los dos tenía trabajo, nos íbamos a recorrer el pueblo, visitábamos el museo y nos comportábamos como las parejas jóvenes en vacaciones. A veces comíamos con el resto del equipo, pero a menudo nos íbamos por nuestra cuenta a una casa de comidas frecuentada por camioneros de paso.

—En Roma tengo un amante que es camionero —le conté a Joseph.

—¿Volverás con él cuando te vayas de París?

—¿Te importaría?

—Si hemos de estar separados un tiempo, prefiero que estés con esa clase de hombres. No tengo celos de lo que hagas en la cama. Tengo celos de tu corazón y tu cerebro.

Era una reacción intelectual, del todo ajena a mi propia forma de amar.

—No tienes por qué estar celoso. No tengo pensado entablar ninguna relación larga —le aseguré.

—¿Ni siquiera un Plan Quinquenal?

—Me lo estoy pensando. Me gusta París y estoy acariciando la idea de tomarme unas vacaciones para escribir una novela.

—¿Sobre qué?

—Sobre el amor. Se titulará *Al rebasar este límite*.

—¿Y eso qué significa?

—Lo he tomado de un aviso del metro de París: «Los billetes quedan invalidados al rebasar este límite». Podría transcurrir en Francia. Cuando termine la presente película, dejaré el trabajo cinematográfico durante un tiempo y me dedicaré a escribir el libro en París.

—Hazlo, Anne. Renuncia a todo y vuelve inmediatamente conmigo.

Me tendió ambas manos por encima del mantel jaquelado y yo puse las mías entre ellas.

—Por cierto, ¿cuándo dejas Charleville y vuelves a casa?

—Dentro de otras dos semanas aproximadamente. Y, por favor, recuerda que la lie St. Louis no es mi casa; es un piso alquilado en el que sólo estaré otro mes.

—Alquílalo por cinco años.

No respondí.

Joseph se fue temprano el lunes por la mañana. Me juró que me llamaría todas las noches. Me llamó dos veces y me envió una postal muy graciosa. Yo le enviaba una postal casi cada día, dado que a mi edad, escribir cartas de amor como es debido habría sido ridículo. El tiempo pasaba muy aprisa y el aire estaba cargado de esperanzas.

También me telefoneó Rudi desde París para decirme que tal vez no estuviera allí para cuando yo regresara; tenía que marcharse a Salzburgo un par de días antes. Me prometió ir a

visitarme a Roma cuando volviese a esta ciudad en otoño. También él parecía contento.

Casi habíamos terminado de rodar en Charleville y, al parecer, no había motivo para que me quedara hasta el final. Podía ser más útil en París preparando la vuelta del equipo. Decidí sorprender a Rudi y presentarme en el curso de su última mañana parisina para despedirme de él.

Tomé un rápido matutino para llegar a París a tiempo de despertar a Rudi con una taza de café. Era una decisión de última hora, de modo que tampoco dije a Joseph que llegaba. Quería reanudar nuestra relación a otro nivel y con otro ritmo. La sexualidad, inevitablemente, seguiría siendo lo básico, pero las precipitaciones y los nerviosismos tendrían que desaparecer si queríamos que durase. Vería a Rudi antes de llamar a Joseph.

Llegué a París a las ocho en punto de la mañana y mientras el taxi giraba por el Pont Marie, me sorprendió ver ya en los quais a los pescadores, que echaban sus redes con optimismo en las aguas mugrientas.

Subí las escaleras arrastrando el equipaje y abrí con las llaves que me había quedado. Abrí muy despacio la puerta del dormitorio y eché un vistazo para ver si Rudi estaba despierto. No estaba despierto, pero es que tampoco estaba solo.

—Oh, perdón —dije de manera involuntaria, aunque los dos estaban profundamente dormidos y estrechamente abrazados.

Dada la oscuridad, no pude saber si la compañía de Rudi era masculina o femenina. No me sentí demasiado azorada. En los diez años transcurridos desde nuestra separación, había conocido a muchos amantes suyos. Incluso había llegado a sentarme en la cama que compartía con su novio neoyorquino. Me dispuse, pues, a preparar más café del previsto.

Iba ya a salir de la habitación cuando me oyó el desconocido y se incorporó. No era ningún desconocido. Era Joseph. La situación era increíble, innecesaria y de mal gusto. No debía empeorar las cosas manifestando a las claras el

horror que me embargó.

—Buenos días —dije en voz baja para no despertar a Rudi —. He vuelto para haceros el desayuno.

Supongo que en el fondo quería que Joseph saliera de la cama, me hiciera pasar a la otra estancia y me diese alguna explicación rayana en lo milagroso.

Rudi se despertó.

—¡Ah, hola! —dijo, despreocupado a medias. Se incorporó entonces y se deslizó la sábana. Los dos estaban totalmente desnudos y me di cuenta de que no había ninguna explicación. El pijama de Rudi colgaba intacto detrás de la puerta y los blancos calzoncillos de algodón de Joseph estaban en el suelo.

—He vuelto para haceros el desayuno —repetí como una boba. Estaba demasiado ofuscada para que se me ocurriese nada más. Me dirigí a la cocina.

Rudi apareció entonces envuelto en una bata. Pude oír a Joseph en el cuarto de baño.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunté, sin resentimiento pero muy dolida.

—Fue idea suya. Me dijiste que lo habías dejado, así que no pensé que pudiera ofender a nadie. Los adolescentes son unos seductores irresistibles. Son los adultos quienes por lo general se piensan las cosas dos veces.

—¿Y por qué lo habrá hecho *él*?

—Eso será mejor que se lo preguntes. Quizá necesite, no sólo una madre, sino también un padre. —Rudi se dirigió asimismo al cuarto de baño.

Seguí preparando el desayuno, tratando de no mostrar mi abatimiento. Puse la mesa en la sala de estar y entonces entró Joseph totalmente vestido. Un poco cabizbajo, pero no demasiado turbado.

—Creo que debería marcharme —dijo. Era la primera vez que le oía decir algo trivial.

Fui hasta la puerta con él.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunté, como si el motivo fuese más importante que el suceso.

—Por comunismo, supongo —replicó con rapidez y con

una frivolidad forzada—. Hay que compartirlo todo.

Me di cuenta de que estaba asustado.

—Entiendo. Comunismo al estilo del distrito 16. Muy sofisticado. —Me esforcé por no parecer resentida. Nunca he creído en las venganzas—. Adiós, Joseph.

Cruzó la puerta sin besarme ni darme la mano siquiera. Se volvió en el rellano, donde en otra ocasión se me había caído el bolso y me había echado en el suelo, junto a él.

—Te llamaré —dijo.

Cerré la puerta y volví a la sala de estar. Rudi salió del cuarto de baño.

—Desayuno para dos —dije—. El niño ha huido de nosotros.

Estaba resuelta a no llorar.

—¿Estás muy afectada? —dijo Rudi—. Perdóname. No creí que fuera tan importante. Hemos compartido los amantes en otras ocasiones. —Tomamos asiento el uno frente al otro y serví el café.

—Habría preferido no compartir éste.

—Lo lamento. Es un joven fascinante. Me llamó y me preguntó si podía venir a cenar. No pude resistirme.

—Yo ni siquiera sabía que tuviese tendencias homosexuales.

—Pues yo no le he corrompido —contestó Rudi—. Ya ha estado en la cama con otros hombres.

—Eso es lo que más me duele: el que no tuviera el valor de decírmelo. Sobre todo sabiendo lo tuyo y conociendo mi relación contigo. Fingía odiar la homosexualidad, incluso estaba muy celoso de tu influencia sobre mí.

—En tal caso probablemente lo hizo para debilitarla.

—Tal vez no. Pero no es el motivo lo que importa, lo que no soporto es la hipocresía.

—Es un joven muy interesante, pero creo que de seguir con él te habría hecho ir de cabeza.

—No voy a seguir con él, aunque no por esto. A fin de cuentas, le fui infiel mientras estuve fuera. No soporto vivir con medias verdades. Tengo que saber cuál es mi lugar.

Rudi consultó la hora.

—Tengo que hacer el equipaje. El avión sale a mediodía.

—Y yo tendría que estar en el trabajo.

Me llevé los restos del desayuno y fregué las tazas. Rudi terminó de hacer el equipaje. Habríamos podido pasar por una pareja burguesa que se prepara para un día vulgar.

—Será mejor que me vaya —dije por fin, una vez que estuve lista—. Nos veremos en Roma.

Se me acercó y me estrechó entre sus brazos.

—¿Me perdonas?

Le di un beso.

—No hay nada que perdonar. Tal vez debiera darte las gracias. A lo mejor me has evitado el perder mucho tiempo. Cinco años, quizá.

Volvimos a besamos. Me acompañó a la puerta.

—*Ciao!* —dijo.

—*Merde!* —contesté, mientras bajaba corriendo las escaleras.

Me alegró no encontrar a nadie en el trabajo. Me senté ante la máquina de escribir con las mejillas surcadas de lágrimas.

«Mi querido Joseph:

»Si el momento de la verdad tiene que llegar, lo mejor es que llegue cuanto antes. No culpo a nadie, salvo a mí misma, del sufrimiento y la decepción que me embargan. A mi edad ya no puedo perder el tiempo con ilusiones. Si rechazo tu Plan Quinquenal no es por lo que ha pasado, sino porque no podría enlabiar una relación seria con una persona que no enseña todas sus cartas. Has tenido tres meses para hacerlo, pero has ocultado tu verdadera identidad tras tu polla larga y tu revolución. He disfrutado de ambas cosas, y podría volver a hacerlo, pero hoy por hoy no creo que pudiera disfrutar con tu auténtica forma de ser.

»Dile a tu madre que la llamaré la próxima vez que pase por París. Si no voy a verla estos días es porque quiero protegerme de ti. Ella lo comprenderá.

»Llámame si quieres. No me niego a que nos veamos.

»Anne»

No volvió a llamar. Le película se acabó y yo regresé a Roma. Al llegar, metí el manifiesto de Joseph, con su carta y sus postales, en el archivo de la caja de zapatos. Antoine me escribió desde el Canadá y metí allí también su carta.

Se me ocurrió pensar si los dos jóvenes se habrían acostado juntos en Charleville mientras yo estaba ocupada. Es posible que, a fin de cuentas, fuera Joseph quien transmitiera las ladillas a Antoine. Aunque me parecía improbable. Por entonces, las mariposas del amor estaban ya muertas.

Una habitación llena de arco iris

Italia, 1969-1970
Edad: 52-53

Evaristo cayó literalmente del cielo. Venía con un arco iris en las manos, con un montón de arco iris, y con ellos iluminó mi vida durante más de un año. Sigue siendo uno de mis mejores amigos.

Volaba de vuelta a Roma en la primavera de 1969, tras haber pasado la Semana Santa con Fiona y los niños. Viajaba en un avión de la Sudan Air para economizar. Como en todas las líneas aéreas árabes, se hacía escala en Roma para repostar y se admitían pasajeros para aquel tramo del trayecto por un precio reducido.

Volábamos sobre cielo francés cuando Italia decidió hacer una huelga de aeropuertos. Todos los aeropuertos italianos estaban cerrados y, la primera escala, Roma, quedó anulada. Sólo había dos opciones: o ir directamente a Jartum o desviarse hacia Alemania. Francia no nos admitía, de modo que aterrizamos en Francfort. A mí me habría encantado seguir hasta Jartum, pero todo el mundo se había puesto un tanto histérico. Una mujer habría saltado del avión en pleno vuelo de haber tenido oportunidad.

—Sigamos hasta Jartum —dijo una voz a mis espaldas.

Me volví para identificar a aquel espíritu afín y me sorprendió el ver que se trataba de un joven insignificante en quien no me había fijado hasta el momento.

—A mí también me gustaría seguir hasta Jartum —dije al comandante, que amablemente había acudido en persona para hablar con nosotros—. Siempre he querido ver la presa de Asuán y Abu Simbel.

—Apreciamos su espíritu de aventura, señora —dijo el comandante sonriendo—, pero la compañía no regala viajes

alrededor del mundo. Tendrá usted que abonar el trayecto extra.

El joven y yo nos miramos con pesar. Llevaba un extraño paquete en las rodillas, como si se tratase de un objeto frágil; por lo demás, tenía un aspecto muy corriente y no le habría dedicado una segunda mirada.

—Podríamos ir a un sitio más divertido que Francfort —dijo. Su inglés era bueno, pero tenía un marcado acento italiano—. París, por ejemplo.

—En este momento estamos más cerca de Francfort —dijo el piloto—, donde la compañía puede ofrecer mejores servicios. Se les conducirá a un hotel para pasar la noche, si es necesario, con todos los gastos pagados, como es lógico. Solucionaremos las comunicaciones con Roma en cuanto termine la huelga.

El piloto volvió a la cabina. El avión se inclinó hacia la izquierda y no tardamos en perder altura. Nunca había estado en Francfort y me puse a hacer planes.

—Todos los pasajeros con destino a Roma han de bajar aquí. No olviden recoger el equipaje de mano.

—Pero ¿y el resto del equipaje? ¿Qué pasará con el resto del equipaje? —gritaba una señora mayor italiana—. Mi hija me está esperando en el aeropuerto de Roma. ¿Cómo se enterará de lo que nos ha ocurrido? Oh, *mamma mia!* Acaban de operarme del corazón. La aorta no me funciona bien. Oh, *mamma mia!*

Gritaba en italiano y nadie se enteraba de lo que decía, y menos que nadie la calmosa azafata.

—La señora está preocupada por el equipaje facturado —tradujo el joven del paquete—. Tiene miedo de ir a Jartum.

Se nos aseguró que el equipaje facturado para Roma desembarcaría en Francfort. Cuando aterrizamos, un joven alemán de límpido y rubio bigote militar tomó el mando de la situación. Era educado y eficaz, como todo el personal de todas las líneas aéreas del mundo. Condujo al heterogéneo grupo hasta el enorme edificio moderno de la terminal y nos instaló en un rincón, donde nos quedamos durante media hora, momento en que nos trasladamos al amplio vestíbulo

de salidas, lo que alimentó falsas esperanzas a propósito de una partida inmediata. Permanecimos sentados o paseando durante tres o cuatro horas, mientras iban y venían el del bigote rubio y los falsos rumores.

—¡Ahorre tiempo viajando en avión! —dijo el joven que había querido ir a Jartum conmigo. Había bajado el curioso paquete encima de una bolsa de viaje de aspecto caro. ¿Gucci? No era tan insignificante como parecía.

Comenzamos a formar grupos. Había una chica norteamericana muy divertida que viajaba continuamente entre Londres y Roma con la esperanza de decidirse entre dos novios. Había dos maricas italianas muy pulcras que cargaban al alimón con un saco que debía de pesar lo suyo. Eran anticuarios que transportaban objetos ingleses de plata. Había un hombre de negocios milanés que estaba muy nervioso porque podía faltar a una serie de citas capitales. Había una muchacha filipina de ojos castaños, grandes y asustados, que temblaba como un flan ante la perspectiva de faltar a cierta cita privada. Constituíamos el grupo «refinado». El resto lo componían familias pequeñas, agentes de ventas, un par de profesores en vacaciones, un cura y unas cuantas chicas vulgarotas que iban a trabajar en la Organización para la Alimentación y la Agricultura.

El tiempo se puso a discurrir muy despacio después de pasada la primera hora. La compañía nos ofreció refrescos gratis y el hecho fue como una invitación inesperada a una fiesta que se improvisa en un lugar donde no se conoce a nadie. Nos esforzamos por ser cordiales. La chica norteamericana nos enseñó sus dos anillos de compromiso. Los anticuarios nos enseñaron sus objetos de plata. Y yo enseñé algunas fotos de actores de cine cuya biografía había estado preparando para la respectiva campaña de publicidad previa. Aquello nos ayudó a pasar el tiempo y a conocemos. El hombre de negocios milanés desaparecía cada tanto para hacer llamadas internacionales y la virgen filipina permanecía sentada leyendo la Biblia.

—¿Crees que va a Roma para hacerse monja? —pregunté al joven, que se había sentado y apretaba contra sí

nuevamente el paquete de aspecto curioso.

Antes de que dijese nada, el guía de bigote militar nos anunció que no se esperaba que se desconvocase la huelga aquella noche y que se nos conduciría a un hotel. Nos agrupamos todos y le seguimos con docilidad por los pasillos que resonaban con los tentadores anuncios políglotas de salidas hacia destinos menos problemáticos.

—¿Le importa que vaya con usted? —me preguntó el joven del paquete—. Si nos llevan a la cámara de gas, me gustaría morir en brazos de una mujer hermosa.

La observación me sorprendió. Le miré con nuevos ojos y bajo un nuevo prisma. Era bajo pero fornido. La bolsa Gucci le colgaba de unos hombros anchos, y bajo las ropas ajustadas se le adivinaban un pecho poderoso, un trasero bien alimentado y unos muslos fuertes. No era guapo pero, cuando se le miraba detenidamente, se le encontraba cierto atractivo sexual. No un atractivo sexual a primera vista, sino al final de la temporada, me dije, parafraseando a Oscar Wilde. Peores cosas podían ocurrir en el intervalo de una noche, entre vuelo y vuelo.

—Antes de morirte en mis brazos, me gustaría saber qué hay en ese misterioso paquete que llevas. A mis amantes no les está permitido guardar secretos.

—Te lo enseñaré esta noche, pero ha de ser en privado. Está lleno de arco iris —y no me dijo más.

Estábamos a punto de tomar el mismo taxi cuando la pasajera cardíaca tuvo otro ataque de histeria.

—Pero ¿y el equipaje? ¿Dónde está mi equipaje? No puedo ir al hotel sin el equipaje —exclamaba en italiano.

Nuestro pastor alemán se volvió a nosotros sin saber qué hacer. Yo ya estaba dentro del coche, pero mi joven aún no había subido y acababa de darme el paquete.

—Ténmelo un momento. Mantenlo en esta misma posición —dijo, y se alejó dispuesto a hacer de intérprete. Los dos anticuarios subieron al coche y se situaron a mi lado, con el abultado saco de objetos en las rodillas y aplastando el precioso paquete.

—Eh, eh, con cuidado —dije de manera instintiva.

—¿Por qué? ¿Qué es? —preguntaron mientras el taxi partía, si bien nadie había dicho aún al conductor dónde íbamos.

—No tengo ni la menor idea. Es de ese joven.

—¿Qué joven? No hemos visto a ningún joven.

Se miraron para corroborar mutuamente lo extraño del caso. Era evidente que con sus ojos de homosexuales rapiñeros se habrían dado cuenta de la presencia de cualquier joven.

—Es que a primera vista resulta insignificante.

—Es un asunto peligroso. A lo mejor es una bomba. Siempre se elige a personas insignificantes para poner bombas.

—Dijo que estaba lleno de arco iris.

—Ni más ni menos que lo que veríamos si estallara una bomba.

—Bueno, no voy a tirarlo por la ventanilla. Quizá sea algo de valor.

Cruzábamos un bosque espeso. La situación se estaba volviendo irreal. Adquiría un talante de un cuento de los hermanos Grimm a la moderna: en cualquier momento podíamos ver el castillo del ogro.

Y, a decir verdad, no tardamos en verlo: un hotel de segunda, tipo Hilton. Acero y vidrio por fuera, cabaña a lo Hansel y Gretel por dentro, mucha madera labrada y jarros de peltre para cerveza. Una chica de trenzas rubias y vestido de campesina nos introdujo a nuestras habitaciones. Dejé el paquete misterioso en el tocador, me lavé y bajé para devorar la cena gratis.

—¡Por favor, siéntese aquí conmigo!

Se trataba de la chica que tenía dos novios. Era probable que se ligara a mi joven, si éste reaparecía, porque yo estaba cansada y en realidad no sentía especial interés. El contenido del paquete se me había vuelto más interesante que el propietario, y aquél ya estaba en mi poder.

El financiero milanés, ante mi sorpresa, apareció con la monja en ciernes. Ésta se había despojado del rosario y se había puesto un vestido azul claro. Se acomodaron en un

rincón, en una mesa para ellos solos, y al parecer estaban muy interesados el uno en el otro.

—Extraños compañeros de cama —comentó la muchacha.

—A lo mejor él ha montado con el Vaticano un mercado negro de monjas —dije.

Aparecieron los anticuarios y se sentaron con nosotras, pero no había rastro ni de mi joven ni de la señora histérica.

Nos sirvieron una cena por todo lo alto y tuvimos una noche agradable, aclimatada con aire acondicionado, para dar cuenta de ella. Acaricié la idea de abrir el paquete misterioso, pero no pasé de comprobar si hacía alguna clase de tic-tac. No lo abrí finalmente, aunque lo dejé en el cuarto de baño antes de meterme en la cama, a modo de precaución, y no eché el pestillo de la puerta, a modo de invitación. Así podría entrar el joven si acudía en mi busca o en la del paquete.

Me despertó a las siete en punto una llamada telefónica que solicitaba de todos los pasajeros que estuviesen preparados a las ocho por si se abría el aeropuerto de Roma y para tomar, en tal caso, un avión a las nueve.

Nos reunimos en el vestíbulo sin desayunar siquiera. Allí estaba mi joven con la bolsa de Gucci al hombro.

—¿Dónde está el paquete? —preguntó preocupado.

—Dios mío, ya no me acordaba. Lo puse en el cuarto de baño —dije—, voy por él.

—Quisiera ir contigo. ¿Te importa?

—Claro que no. Te estuve esperando anoche.

—No sabía tu nombre y no pude preguntar por tu habitación.

—Entiendo —dije, y me presenté—: Anne Cumming, habitación 427.

—Evaristo Nicolao.

Para recuperar el tiempo perdido, me besó en el ascensor.

—Espero que te guste el sexo antes de desayunar —dijo.

Al entrar en la habitación nos encontramos con una gorda *Fräulein* haciendo la cama para el futuro huésped. El paquete seguía en el cuarto de baño, pero la joven no nos quitó ojo

cuando entramos en el dormitorio. Se cruzó de brazos y se quedó donde estaba, aunque Evaristo echó mano del rótulo que indicaba «Por favor, no molesten».

—Habrá que olvidarse del asunto —dije.

Cuando bajamos al vestíbulo, ya no había nadie, pero no habíamos perdido el avión. Lo que ocurría es que estaban todos desayunando en el bar.

Todos los aviones con destino a Roma seguían en tierra y se nos dijo que seguirían allí hasta mediodía, de modo que tras un desayuno abundante nos reunimos otra vez en el vestíbulo. No se nos dejaba salir del hotel, pero ya no disponíamos de ninguna habitación donde retiramos. Vi en recepción un letrero que decía: «Piscina y sauna en la terraza».

—Vamos a tomar un baño —sugerí.

El joven me siguió con el paquete a cuestas, y lo mismo hicieron la chica doblemente prometida con sus dos anillos y los anticuarios con sus objetos de plata. Dejamos las pertenencias en las taquillas y alquilamos trajes de baño. Al joven le dieron un bañador minúsculo, que sirvió para revelar que una de sus regiones anatómicas no era en modo alguno insignificante. Los anticuarios lo advirtieron antes que yo y fue su comentario el que hizo que me fijara.

—Alguien se ha traído un avión en el bolsillo —canturrearon mientras se miraban.

Acto seguido se entabló una competición por ver si se lo llevaban ellos a la sauna de hombres o yo a la de mujeres. No ganó ningún bando, ya que volvió a llamársenos al vestíbulo para darnos las últimas noticias.

—Tienen ustedes tres opciones —nos dijo el guía de bigote militar tras dar un taconazo y mientras leía un télex—: Volver a Londres, quedarse aquí por su propia cuenta o dirigirse a París, donde un avión sirio partirá hacia Roma, tanto si la huelga sigue como si no. Como en este último caso se trata de un avión pequeño, tal vez tenga que pedir autorización para hacer algún aterrizaje forzoso, ya que no dispone de bastante combustible para llegar a Damasco.

Se armó un jaleo tremendo. Nadie tenía claro lo que

quería.

Mi joven y yo procuramos ayudar organizando a la gente en tres grupos: el de «Volver a Londres», encabezado por el financiero milanés y la monja en ciernes, que ya no parecía tener prisa por llegar a Roma; el de «Nos quedamos», encabezado por los anticuarios, que no querían cruzar más aduanas con sus objetos de plata; y el de «París», compuesto nada más que por Evaristo y yo. La chica doblemente prometida había resuelto aprovechar la oportunidad para echar otro vistazo al novio inglés y volvía a Londres. Los de «Nos quedamos» volverían a Roma en un avión de la Lufthansa cuando se reanudaran los vuelos. Evaristo y yo volaríamos a París con la Air France, esperando que fuera lo más conveniente.

—¿Dónde está el paquete? —me preguntó una vez más. Esta vez había sido él quien lo había olvidado en los vestuarios de la piscina. Volvimos juntos a recogerlo. Me besó de nuevo mientras subíamos en el ascensor.

—Espero que te guste el sexo antes de comer —dijo.

—Sobre todo en el vestuario de una piscina —contesté.

Pero una especie de miembro de la Gestapo en taparrabos impedía el paso hacia los vestuarios. Fue él a buscar el paquete en nuestro lugar.

—¿Qué hay dentro? —preguntó.

—Arco *in Himmel* —dije, improvisando una expresión macarrónica, al tiempo que hacía con la mano un ademán curvo. No recordaba cómo se decía arco iris en alemán.

Me miró con asombro y nos entregó el paquete tan aprisa que a Evaristo estuvo a punto de caérsele al suelo. Volvimos al ascensor.

—Ya lo intentaremos otra vez en París —dije—. ¿Tienes prisa por llegar a Roma?

—Ninguna en absoluto. Vuelvo a Italia para hacer el servicio militar.

—¡Pero entonces no puedes tener más de veinte años!

—Diecinueve, pero no he desaprovechado ni un momento.

Su seguridad era contagiosa. Yo no quería volver a liarme con jóvenes, pero aquél era demasiado estimulante para

perdérmelo. Parte de su fascinación radicaba en su aire inofensivo y vulgar.

Al llegar al vestíbulo, se nos dijo que Riéramos al aeropuerto y nos pusiéramos en contacto con las oficinas de Air France. El guía de bigote militar nos acompañó hasta un taxi libre y nos despidió con un gesto a medio camino entre el saludo típico con la mano y el *Heil Hitler*.

—Los soldados jóvenes nunca mueren —dijo Evaristo.

—No te rías de él. También tú vestirás uniforme el lunes.

—Ser soldado no es una virtud italiana. Producimos excelentes camareros, barberos y peluqueros de señoras, y amantes que no están mal. Yo seré tan mal soldado como los demás, pero estoy decidido a pasármelo lo mejor posible. Quiero alistarme con los paracaidistas y aterrizar en la cama con la mujer del coronel.

Me estuvo besando hasta llegar al aeropuerto. El avión se retrasó y se nos dio una comida gratis. Fuimos después en busca de un lugar apartado, pero en cuanto lo encontramos se anunció la inmediata salida de nuestro avión. No tardamos en estar sentados juntos en un pulcro Caravelle. Evaristo se puso el dichoso paquete en las rodillas. Lo toqué para ver qué ocurría.

—Si lo pongo bajo el asiento, ¿me tocarás a mí?

Le sonreí.

—Espera a que lleguemos a París. Cuando desenvuelvas tu paquete, yo desenvolveré el mío.

Aterrizamos en el nuevo aeropuerto circular Charles de Gaulle, todo vidrio y estructuras empalmadas. No hacía falta moverse: las cintas transportadoras te llevaban a cualquier sitio. Nos magreamos un poco durante unos instantes entre Llegadas y Salidas, lo suficiente para corroborar que era cosa fina lo que le colgaba, aunque no se pudiera decir que la tuviese colgando precisamente. Sentía su urgencia candente apretada en sentido longitudinal entre mi muslo y mi ombligo. Antes de que pudiéramos hacer nada al respecto, desembocamos en una sala de paso. Las Líneas Aéreas Sirias estaban resueltas a llevamos a Roma y Damasco. Ni una sola noche de amor en París.

—No te preocupes. Si Roma no nos deja aterrizar, disfrutaremos de mil y una noches en Damasco —le prometí.

Como para confirmar mis palabras, un caballero árabe que estaba en el vestíbulo de salidas sacó de la bolsa de viaje una pequeña esterilla para rezar, la desenrolló sin prisas, se arrodilló de cara a La Meca y recitó sus oraciones vespertinas.

—Bueno, por lo menos sabemos que acaba de ponerse el sol —dijo Evaristo.

—¿Cuándo tienes que presentarte en el cuartel?

—Mañana a las ocho de la mañana.

—Es decir que esta noche o nunca.

—Ya saldré de vez en cuando.

—Si la mujer del coronel te deja.

—Siempre consigo lo que quiero. A veces el doble. Me refiero a ti y a la mujer del coronel.

—¿Por qué no unas cuantas chicas jóvenes también?

—No tengo tiempo para las jóvenes. La vida es demasiado breve. Hay que ir directamente donde ya se sabe lo que interesa.

—Creo que de todos los jóvenes que han entrado en mi vida eres el que más probabilidades tiene de llevarse la palma.

—Aún no he entrado en tu vida.

—Ya entrarás.

En realidad, no me lo creía. Los jóvenes no le llueven a una del cielo. Sin duda no era todo más que una fantasía erótica de una mujer madura.

El avión, una carraca desechada por el ejército, despegó y ganó altura sin ningún tipo de complicaciones. Hicimos un aterrizaje de emergencia en Roma, donde tuvimos que metemos en la bodega del avión, salir con el equipaje a cuestas, y cargar con él a lo largo de varios kilómetros de pista. Evaristo llevaba el equipaje de los dos y yo iba con el paquete del arco iris. El aeropuerto estaba vacío: ni aduanas, ni policía, ni nada de nada. Los taxis, por suerte, no estaban en huelga.

—Te dejaré en casa y yo continuaré para saludar a la familia —dijo Evaristo—. Prepararé el petate con el que he

de presentarme en la caja de recluta y luego iré a tu casa para pasar la noche contigo.

Aún no podía creer que nada de aquello fuera a ocurrir. Cuando bajé del taxi ante la puerta de casa, me ayudó a descargar el equipaje, aunque advertí que se quedaba con el paquete.

—No hay portero automático —comentó antes de volver a subir al taxi—. ¿Qué hago para entrar?

—Cualquier llave puede abrir mi puerta.

Captó el doble sentido y sonrió.

—Estaré de vuelta en media hora. Tengo una llave que te va a dejar escocida.

—No lo creo. La cerradura está bien protegida —respondí.

Nos besamos y pensé que se trataba de una despedida en regla. Lo más probable era que lo demás hubiese sido puro coqueteo. El taxi desapareció en la noche.

Había estado fuera sólo dos semanas, pero el piso parecía deshabitado de tan limpio. Eché las cosas sobre el sofá y en el acto adquirió mejor aspecto. Abrí la correspondencia acumulada y encendí el calentador del agua. Era medianoche pasada cuando salí del baño y me fui a dormir. Seguía sin creer que Evaristo se presentase: todo era demasiado inverosímil. Lo más probable era que en aquel momento lo estuviese arropando en la cama una madre protectora; en el mejor de los casos, me dedicaría un pensamiento fugitivo cuando se masturbase alguna noche en el cuartel.

Ya me había quedado dormida cuando sonó el timbre. A través de la mirilla de la puerta, la complexión fornida de Evaristo quedaba reducida al tamaño de un enano, pero aun así había en él algo excitante. Abrí la puerta. Venía con el petate militar y con el paquete de las narices.

—Te había subestimado.

—Suele ocurrir.

Dejó el paquete con cuidado en la consola del vestíbulo, soltó el petate en el suelo y me siguió al dormitorio. Cuando se desnudó, me quedé boquiabierta ante lo que vi. Era algo indescriptible: el pene más grande que había visto en mi vida estaba tieso como un poste y preparado. Su actuación estuvo

a la altura de su aspecto.

Me levanté a las seis y le llevé el desayuno a la cama.

—No volverás a disfrutar de una cosa así en un año. Aprovéchate.

Dejó la bandeja en el suelo y me hizo caer sobre él.

—Lo primero es lo primero.

Allí estaba otra vez, con su tamaño indescriptible y su capacidad inagotable. Desayunamos con la bandeja en medio, pero unidos como siameses por debajo. Consultó entonces la hora.

—El deber me reclama.

Saltó de la cama: fuerte, enérgico, decidido. Se dio una ducha, se vistió y trajo el paquete del vestíbulo.

—Ábrelo.

Lo hice. Era un prisma de vidrio decorado con colores rebajados. Se subió en una silla y lo colgó en la lámpara, encima mismo de la cama, y acto seguido abrió las ventanas. El sol matutino se reflejó en sus múltiples caras y llenó la habitación de chorros oblicuos de arco iris temblorosos. Fue como si todas las fantasías del mundo se hubieran hecho realidad.

Se inclinó para besarme, recogió el petate y se marchó.

Postal del cuartel de Avezzano.

«Me han mandado a ciento sesenta kilómetros de distancia. Es posible que el servicio militar obligatorio se haya inventado para evitar que las otoñales ninfómanas corrompan a los menores.

»Evaristo»

¡El muy hijo de puta! ¿Quién había seducido a quién?

Postal de Roma al cuartel de Avezzano.

«Sal cuanto antes para que te pueda dar un tortazo.

»Anne»

Postal del cuartel de Avezzano.

«Podrás darme un tortazo el sábado 16 de mayo. Tengo otras intenciones, pero ya veremos quién recibe primero.

»E».

Comencé a preguntarme si censuraban el correo de los soldados en tiempos de paz.

Carta del cuartel de Avezzano. 19 de mayo.

«Adorada mía, siento haberme emborrachado tanto el domingo por la tarde. Tomar el sol en tu terraza con una botella de whisky y contigo desnuda, fue demasiado. Tendré que aprender a aguantar la bebida antes de que me nombren general.

»E».

Postal de Roma al cuartel de Avezzano. 25 de mayo.

«Por favor, que no te nombren general. Mancha un poco tu hoja de servicios y ven a casa inmediatamente. Di por ejemplo que eres marica.

»A».

Carta del cuartel de Avezzano.

«He seguido tu consejo. Cuando fui a la revisión médica semanal, dije al médico que era homosexual y que la vida de los cuarteles me tentaba más que toda una vida libre de impuestos. Me dirigió una larga mirada y cogió un ejemplar de *Playboy* que tenía sobre el escritorio. Lo abrió por la página central y me lo dio sin decir palabra. Se me puso

gorda inmediatamente, lo que en mi caso es difícil disimular. “Vete a tomar por culo”, me dijo el médico. “No me hagas perder el tiempo”.

»¿Más sugerencias?

»E».

Postal de Roma al cuartel de Avezzano.

«Sólo una sugerencia queda. Dile al coronel que tu abuela se está muriendo. Y es verdad. Se muere por estar contigo».

»A».

Carta del cuartel de Avezzano.

«La vida de la abuela y mi salud están a salvo. Me he hecho enfermero en vez de paracaidista. Es menos romántico, pero más apropiado para tener los pies en el suelo. Si alguna vez me echan en falta por la noche, creerán que estoy de servicio en el hospital militar. Hay un tren que sale para Roma a medianoche y otro que vuelve a las cinco de la mañana. Nos veremos como mínimo una vez a la semana. La estación está detrás del hospital.

»E».

Así, pues, el verano discurrió agradablemente. Yo acechaba por la mirilla de la puerta y una pequeña figura con chaqueta blanca se dejaba ver en el descansillo. No siempre sabía cuándo iba a presentarse y en cierta ocasión había otro en mi cama. Evaristo supo estar a la altura de las circunstancias. Entró en el dormitorio, hubo apretones de manos y luego se metió en la cama, donde ocupó el costado opuesto.

—No te importa, ¿verdad? —dijo a mi amigo—. En el amor y en la guerra vale todo.

El otro caballero se lo tomó más bien con talante divertido.

—De ningún modo. Adelante.

—No, tú primero.

—Por favor… yo la he conocido después.

Hubo que dejar el asunto en mis manos, mejor dicho, hubo que meter un asunto en mi boca y el otro en mi vagina. Luego, los asuntos cambiaron de posición. Evaristo se levantó al final, se volvió a poner la chaqueta blanca, estrechó otra vez la mano del otro caballero, nos agradeció la hospitalidad y desapareció en el alba.

—¿Ha ocurrido en realidad o lo he soñado? —preguntó el caballero que se quedó.

—Pues claro que lo has soñado, querido. ¿Crees que un pigmeo podría tener una polla tan grande?

—Tienes razón —dijo, y se durmió.

Carta del cuartel de Avezzano. Septiembre de 1969.

«¡Oh, calamidad! Me van a trasladar al norte de Italia para participar en unas maniobras. Estaré a ocho horas de distancia en vez de dos. Se acabaron los viajes clandestinos en trenes de medianoche para estar de vuelta al día siguiente a tiempo de pasar lista. ¿Qué me podrá enseñar la ausencia?

»E».

Postal de Roma.

«Moderación y abstinencia. Ambas cosas afianzan los sentimientos.

»A».

Mis sentimientos se afianzaron de modo indecible, y le eché de menos, pero, al igual que el arco iris, sabía que reaparecería alguna vez. Otros hombres habían entrado en mi vida y habían desaparecido, pero él y su arco de vivos colores volvieron a iluminar mi vida cuando más falta me hacía. Una ausencia prolongada, un fin de semana breve, una tarde de carnaval, una tórrida noche de verano, un día de invierno, un montón de cartas, todas ellas alegres, sin una sola queja, sin

un solo reproche, sin una sola promesa falsa. Nada estropeó nunca nuestra insólita relación.

Uno de los encantadores envíos de Evaristo consistió en un *collage*. La carta adjunta decía:

«Mi queridísima Anne, tengo aquí mucho tiempo libre y nada que leer salvo revistas imbéciles. Me he puesto a juntar recortes y he compuesto un librito que he titulado *Por qué la quiero*. Te lo mando con mi más profundo afecto y una añoranza infinita.

»Evaristo»

Dentro del sobre venía el librito hecho con recortes de revistas de chismes sociales. La primera página decía sin más: LA QUIERO PORQUE… Y seguía una serie de ingeniosos comentarios gráficos cuyo sentido sólo nosotros entendíamos. Cada página era un *collage* distinto y el conjunto era una carta de amor conmovedora.

Miré y remiré el librito durante un buen rato y luego lo puse con el resto de las cartas que archivaba en la caja de zapatos. La caja comenzaba a llenarse. Tendría que hacerme con más cajas y clasificar las cartas por encima. Encontré otras dos cajas de zapatos y me puse a elaborar un sistema clasificatorio. Pero ¿cómo se pueden clasificar los recuerdos del amor?

Al final etiqueté las cartas de la siguiente manera: CARTAS DE MARIDOS, CARTAS DE AMANTES y CARTAS DE EFEBOS. Esta última sólo contenía las cartas de los menores de veintiún años. Puse el librito de Evaristo junto al manifiesto de Joseph. Releí la primera postal de Jean-Louis y el poema de Gregory. Había algo enternecedor en aquel fervor juvenil. El librito de Evaristo era una verdadera obra de arte.

Notas del Diario. Roma. Principios de octubre de 1969.

El tiempo, el esfuerzo y la fantasía que ha invertido Evaristo para componer su declaración me han dejado sin habla. ¿Cómo responder a un humor tan desinteresado, humilde y desprendido que es al mismo tiempo un testimonio

conmovedor de mis virtudes elementales? Es una auténtica prueba de amor. Las palabras solas no bastarían; se han escrito ya demasiadas cartas. Tengo que *hacer* algo.

Hice algo. Viajé durante doce horas en tres trenes distintos hasta un pueblo de las Dolomitas, donde el Ejército practicaba maniobras de montaña. Una visita era la única respuesta posible a tan adorable homenaje.

Llamé por teléfono desde la cantina de la estación y pedí que me pusieran con el despacho del coronel. Fue su ayudante personal quien se puso al habla.

—¿Quién dice que es usted, Signora? —Parecía a la defensiva, y era probable que mi acento extranjero le hubiese cogido algo desprevenido. Estaba claro que mi voz no parecía la de una madre italiana que se preocupase por la salud de su hijo.

—Soy inglesa, periodista, y estoy elaborando unos artículos sobre el bienestar de las Fuerzas Armadas. He venido a hacer una visita al regimiento de ustedes.

—Será mejor que le ponga con el coronel —dijo el otro después de una pausa—. Un minuto, Signora.

La voz del coronel sonó tan pacífica como pacífico debería ser un coronel en tiempos de paz. Tenía un techo sobre la cabeza y comidas regulares pagadas por el Estado, y, a menos que fuese notoriamente ineficaz, tenía asegurado el ascenso. Relativamente satisfecho y algo aburrido, se sentía contento de que una visita inesperada rompiese la monotonía de la rutina y envió un coche en mi busca a la estación.

—Trabajo para el *Sunday Times* —mentí.

—Encantado, Signora. Supongo que la envían de Roma.

—En efecto. El ministro de Defensa ha sido muy amable. Estamos elaborando una serie de artículos que, desde el punto de vista femenino, reflejen lo que les sucede a los muchachos de distintos países cuando hacen el servicio militar. —Le sonreí—. Como es lógico, siempre son las madres las que se preocupan.

—También a mí me preocupan, no crea. Recibo cientos de cartas al mes preguntándome si los pequeñuelos se han cambiado de calzoncillos y apurado la cena.

—Bueno, yo no le quiero robar su precioso tiempo. Si es posible, me gustaría que un soldado de cada área de servicio me enseñase su respectiva sección. Uno de la cocina, otro de la lavandería, otro de la enfermería, etc., etc. ¿Comprende? —Descrucé las piernas y me incliné hacia adelante con ademán seductor—. Luego, si no le importa, podría volver para robarle otro momento…

Intercambiamos una sonrisa para buenos entendedores. ¿Y por qué no? Si Evaristo se entendía con la mujer del coronel, yo podía entenderme igualmente con el marido.

El ayudante del coronel me guió, por el campamento. Me confiaron a un joven teniente y de éste pasé a otro. Fui guiada, custodiada, silbada y piropeada durante toda la mañana. Al final tenía unas ganas locas de hacer la mili yo también. Reservé adrede la enfermería para la hora de la comida.

Habría sido esperar demasiado que eligiesen a Evaristo para guiarme por el hospital, pero fuera quien fuese el elegido era indudable que le conocería. El joven médico a quien se eligió lo conocía muy bien.

—¿De veras conoce usted a Evaristo Nicolao de Roma? Es todo un personaje. Nos mondamos de risa con él. Es como un bufón de corte. Tendrá usted ganas de saludarle, claro.

—Siempre que no vaya contra la disciplina militar. Ya debe de ser la hora de la comida… tal vez tenga un momento libre.

—Veré si lo tiene. ¿Le importaría esperar en mi despacho?

Mientras esperaba sola en el despacho, sonó el teléfono. Contesté. Era el coronel, que quería saber cómo me iba. ¿Quería comer con él media hora más tarde?

—Encantada. Pero quisiera visitar primero los dormitorios. ¿Es posible?

—Naturalmente. ¿Tiene a alguien que la acompañe? ¿La tratan como es debido?

—No tengo la menor queja. Incluso me he encontrado con el hijo de una vieja amiga de Roma. No tenía ni idea de que el chico estuviese aquí.

—Estupendo. Haré que los centinelas la dejen entrar en

las compañías. Luego venga a verme a mi oficina.

Evaristo se presentó sin la chaqueta blanca. Le habían trasladado a las oficinas del hospital y vestía un uniforme corriente. Incluso podía pasar por un soldado corriente, pero yo sabía muy bien la verdad.

—Pasaba por aquí y se me ocurrió entrar para darte las gracias —le dije fingiendo indiferencia—. ¿Quieres llevarme a tu dormitorio?

—No se nos deja entrar hasta que termine la jornada, y menos aún con una mujer. ¿Cómo coño se te ha ocurrido venir? —Estaba realmente sorprendido; y algo nervioso.

—Estoy en visita oficial para inspeccionar las tropas.

—Estás como un cencerro. ¡Me formarán un consejo de guerra! ¡Me aislarán en una celda para el resto de mi vida! ¡Me fusilarán al amanecer!

Y mientras lo decía, me besaba. Cuando me dejó recuperar el aliento, dije:

—No pasará nada. Soy periodista y estoy de visita. Si han de fusilar a alguien, será al pobre coronel, que no ha parado de comprobar mis credenciales. Incluso ha dicho a los centinelas que nos dejen entrar en las compañías.

Fue así como descubrí que un duro catre militar, una manta áspera y un uniforme sudado son para mí más eróticos que las sábanas de seda. Mientras sonaba el toque de fajina, las botas militares retumbaban en el patio de armas, se elevaban las voces masculinas y se oían órdenes a voz en cuello, yo estrechaba el robusto y pequeño cuerpo de Evaristo en la oscuridad de un dormitorio vacío.

—Esto es vivir en la realidad todas las fantasías masturbatorias —dijo sin aliento—. No sabes cuánto he fantaseado contigo en esta cama. Me gustaría desnudarte ahora como he hecho cientos de veces en la imaginación.

—Será mejor no correr el riesgo. Además, me pone a cien ver cómo te sale del uniforme el arma secreta.

La hinchada cabeza se le irguió con orgullo y se abrió paso entre mis piernas. Me dio la sensación de que la tenía más gorda que de costumbre.

—¡Permiso inmediato! —exclamó Evaristo con un suspiro.

—Mmmmmm… mmmmmm… ¡Justo en el blanco!

No podíamos desperdiciar el tiempo y no lo desperdiciamos. Ni siquiera llegué tarde a la comida con el coronel. Dejé a Evaristo haciendo la cama.

—Procuraré conseguirte un permiso largo y un kilométrico —le dije desde la puerta—. Te lo mereces. Tu librito es la carta más hermosa que he recibido en mi vida.

El coronel despidió a su chófer después de llevarme a un restaurante de las afueras, junto a un pinar. Estábamos en otoño y dimos un largo paseo por entre los árboles antes de comer. Dimos otro paseo por entre los árboles *después* de comer. Cuando el chófer volvió a recogemos, yo tenía las bragas llenas de púas de pino.

—Por cierto —dije mientras el coronel me escoltaba por el andén hasta el tren que me iba a devolver a casa—. Mi amiga está muy enferma, la que tiene un hijo destinado en la enfermería de aquí. Un pequeño permiso no perjudicaría a nadie.

—Veremos qué se puede hacer —prometió. Saludó y se quedó en posición de firme mientras el tren partía.

Yo apenas si podía mantenerme lo bastante despierta para cambiar dos veces de tren a lo largo del trayecto.

Unos días después de mi visita, el coronel mandó llamar a Evaristo.

—Nicolao, el otro día recibimos una visita muy interesante. La señora dijo que conocía a tu madre.

El corazón de Evaristo sufrió un vuelco. Su madre había muerto hacía años y esta información constaba probablemente en los archivos, pero dejó que el coronel dijera lo que tenía que decir antes de aventurar ningún tipo de afirmación.

—Sí, mi coronel.

—La señora dijo que escribía artículos sobre las Fuerzas Armadas.

—Sí, mi coronel.

—En el Estado Mayor de Roma parece que le han perdido la pista; más aún, parece que ni siquiera saben quién es.

—¿No, mi coronel?

—Es un desastre la organización que tienen en Roma. Lo pierden todo. No puede uno contar con ellos para nada. Lo que este país necesita es un nuevo Mussolini.

—Sí, mi coronel.

—Veo que eres un joven sensible.

Evaristo tragó saliva. A duras penas habría podido ser más izquierdista.

—Sí, mi coronel.

—Mira, me gustaría volver a ver a esa mujer. Quiero leer lo que ha escrito sobre nosotros. Además, es muy atractiva.

—Sí, mi coronel.

—¿Sabe su dirección?

—Tendré que preguntar a mi familia, mi coronel.

—Por cierto, me han dicho que tu madre está enferma.

La charla se estaba centrando en detalles demasiado concretos. Evaristo no sabía nada de lo ocurrido entre el coronel y yo. No había vuelto a saber de mí desde que le había dejado en los dormitorios y no tenía idea de mis aventuras inmediatamente posteriores ni de dónde había obtenido el coronel aquella falsa información.

—Sí, mi coronel, *estaba* enferma, muy enferma —dijo de manera tanteadora.

—Supongo que querrás un permiso por enfermedad familiar, ¿no? Así, mientras estés en Roma, me localizas a nuestra encantadora señora inglesa y vuelves con un ejemplar de su artículo.

—Sí, mi coronel. A la orden de usía, mi coronel.

Así, pues, se concedió a Evaristo un permiso de una semana a fines de mes. Cuando volvió, dijo al coronel que la señora inglesa había vuelto a Inglaterra y que su madre había muerto. El coronel manifestó su doble condolencia. No me cabe la menor duda de que aún espera el ejemplar de mi artículo.

Terminaron las maniobras y Evaristo fue trasladado otra vez, en esta ocasión a Trieste, en la frontera con Yugoslavia.

El siguiente permiso de que disfrutó fue de una semana a mediados de diciembre. Se presentó el día de mi cumpleaños. Lo mismo hizo Rudi.

No habría invitado a Rudi, que tenía que dirigir una ópera en Milán, de haber sabido que Evaristo iba a acudir. Pero yo cumplía cincuenta y tres años, estábamos a las puertas de Navidad y no había visto a Rudi desde hacía mucho tiempo.

—Atrévete a poner un dedo sobre Evaristo y no volveré a invitarte nunca más —le dije—. Vida separadas, habitaciones separadas, amantes distintos, ¿recuerdas?

—Anne, Anne, nunca he tocado a nadie que tú quisieras en serio —se quejó con dulzura de sacarina. Una *Sacher Torte* vienesa no habría podido deshacérsele en la boca—. Tomé prestado a Joseph sólo porque ibas a despedirlo.

El acento austríaco de Rudi sólo aparecía cuando quería ser zalamero.

—Yo no iba a despedirlo. Trataba de apartarlo de mi dinámica, que es algo muy distinto: una especie de proceso de enfriamiento.

—Mira, yo solito lo aparté de tu dinámica en una noche. Tendrías que estarme agradecido.

—Y aún lo estoy, en cierto modo. —Le di un beso—. ¡Pero ojo con tocar a Evaristo!

Rudi no tocó a Evaristo ni un pelo de la ropa, pero no le quitaba los ojos de encima. Se convirtió en una especie de mirón. Vigilaba todos nuestros movimientos. Me sentía como si estuviera bajo vigilancia sexual, como si una sección moralista de la CIA me estuviese controlando. Pero yo no estaba dispuesta a alterar mi estilo. Y no lo alteré.

Evaristo se presentó una tarde. Entró como un vendaval con su uniforme arrugado y empuñando un guante de piel de lo más curioso. Era mi regalo de cumpleaños. La palma del guante era de hilo de oro trenzado y el dorso de suave visón negro. Era un guante de masajes.

—Lo único que se puede dar a una mujer que lo tiene todo es una experiencia nueva —dijo—. Vamos al dormitorio y desnúdate. Vamos a probarlo inmediatamente.

—Te presento a Rudi… —dije, tratando de interrumpirle.

—¿Qué tal? Luego podrás probar el guante, si quieres. Ahora, discúlpanos un minuto, por favor.

Se coló en mi dormitorio dejando a Rudi boquiabierto. Me

divirtió, incluso me complació que hubiese hecho caso omiso de Rudi. De haberlo planeado, no me habría vengado de tan dulce manera. Había quedado totalmente fuera de mi vida por primera vez desde que me dejó. Se convirtió en un observador inocente obligado a mirar los toros desde la barrera, sin saltarla en ningún momento. Evaristo era educado y considerado con él, le trataba como al hombre maduro que era, pero le colocaba de continuo en tiempo pretérito. Era como si dijese: «La tuviste una vez y renunciaste a ella. Ahora me toca a mí. Tú ya has perdido todos los derechos». Yo nunca lo habría sabido expresar con tanta energía.

Rudi estaba celoso. Se paseaba continuamente de noche. Salía al frío de la terraza, bajo las estrellas invernales, y se ponía a pasear ante la ventana de nuestro dormitorio. No le prestábamos atención. Incluso jugábamos a interpretar ante un público. Íbamos por la casa medio desnudos. Los dos estábamos de vacaciones. Era nuestra primera luna de miel prolongada. La presencia de Rudi no nos iba a impedir que la disfrutásemos.

Evaristo desapareció tan rápidamente como se había presentado, dejando tras de sí el guante de piel y a Rudi. El Ejército no le iba a dar permiso para Navidad. Rudi, por su lado, quería quedarse para pasar con nosotros unas Navidades en familia. ¿Por qué no? La ópera que tenía que dirigir no se estrenaría hasta enero, su padre se iba a Viena con una hermana y yo me estaba acostumbrando a tenerle en la habitación de los huéspedes sin que hubiese ningún compromiso personal. Al menos Evaristo había conseguido eso. Ninguno de mis exmaridos pasó las Navidades con nosotros, pero Fiona y su familia tomaron el avión para estar unos días con su hermana. Le tocaba a Vanessa organizar las fiestas y lo hizo divinamente en su vieja casa de campo de piedra, con sus grandes hogares abiertos. Fue una mezcla de rito italiano e inglés. Después de Navidad fuimos todos a Roma a comprar juguetes en los quioscos de la Piazza Navona. Llevé a mis nietos de iglesia en iglesia para ver las distintas exposiciones navideñas, ya que las parroquias

rivalizaban entre sí por tener el belén más vistoso; algunos de ellos eran incluso mecánicos. Postales navideñas procedentes de todo el mundo se me acumularon en la repisa de la chimenea y el papel de envolver alfombraba el suelo.

Las púas del pino no tardaron en caer a los pies del árbol y, pasado Reyes, vacié la casa de objetos y personas. Rudi se fue a Milán, Fiona y su familia volvieron a Inglaterra, y Vanessa se retiró al campo. Quedaba así libre de compromisos familiares durante unos meses y volví a la rutina laboral. Me habían ofrecido trabajar para una película que iba a filmarse en Yugoslavia.

Postal para el soldado Nicolao, cuartel de Trieste. 16 de enero de 1970.

«Pronto estaré a tu lado, sin más separación que la frontera. A lo mejor declaramos la guerra y nos encontramos en tierra de nadie.

»Anne»

Ninguna tierra de nadie estuvo jamás tan lejos y, además, la mía estaba poblada exclusivamente por hombres. Había aceptado el trabajo para estar cerca de Evaristo, pero de pronto me encontré detrás del Telón de Acero trabajando en una película bélica en otra frontera. Estábamos al lado mismo de Rumanía. Me encontraba más lejos de Evaristo que cuando había estado en Roma.

La filmación nos había conducido hasta un pueblo perdido de Yugoslavia central, donde todavía se iba en burro y donde ya se habían comido hasta el burro en el restaurante del hotel de tercera en que nos alojamos. No había suficientes habitaciones individuales para acomodamos a todos y la mayoría del equipo tuvo que apelotonarse en las colectivas. Yo tuve suerte. Me dieron una habitación con tres camas, pero me la quedé para mi sola porque tenía que servirme también de oficina. Hacía un frío que pelaba y el viento soplaba a todas horas por las vastas planicies, procedente de Siberia.

—La Unión Soviética está más cerca de lo que imaginas —me dijo el cámara, frotándose los dedos congelados—. Doy gracias al cielo por mi Ariflex automática. Imagínate que fuera D. W. Griffith y tuviese que darle a la cámara con las manos desnudas.

—Te haré unos mitones de punto —le prometí.

—Gracias. Y de paso, me haces una chilaba para el pito, que no tardará en caérseme. Con el frío que hace no se puede ni follar.

Se pudo. Siempre se puede. Con dos meses lejos de casa y de la mujer, el lujurioso equipo italiano decidió que no iba a morirse de hambre, ni sexual ni de ninguna otra clase. Se convenció al restaurante del hotel de que sirviera spaghetti en todas las comidas y la dirección mandó a Belgrado por contingentes que reforzasen el personal femenino. Un par de prostitutas residentes formaba parte del personal hotelero y, como los hoteles yugoslavos son propiedad del Estado, las chicas eran funcionarías que disfrutaban de todos los beneficios de la Seguridad Social. También yo disfruté de unos desacostumbrados beneficios complementarios del Estado comunista. Como se trataba de una película de guerra, todo el Ejército yugoslavo estaba a nuestra disposición, y yo en persona dispuse de unos cuantos oficiales jóvenes. El Estado proponía, yo disponía, y una parte importante del trabajo de reconocimiento se hizo en mi cama.

Postal al cuartel de Trieste. 20 de enero de 1970.

«Aquí me tienes, haciendo también la mili. Contribuye a enriquecer mi servocroata.

»Anne»

Postal a Novi Sad.

«No malgastes tu servocroata. Recuerda que el verano que viene me licencio.

»Evaristo»

Postal al cuartel de Trieste.

«Lo que no se utiliza se enmohece. Y a ti no te gustaría, ¿verdad que no?

»Anne»

No me enmohecía, pero me helaba de frío. Fue un invierno largo y duro y una película larga y difícil. Casi todas las noches dejaba que oficiales de graduación diversa colgasen el uniforme a los pies de mi cama, en un intento de entrar en calor. El hotel estaba vedado a la tropa. El comunismo no era para los soldados rasos.

Me las apañé para ir a Belgrado algún que otro fin de semana. Una vez quedé encerrada en el ascensor del Hotel Metropol con un guapo eslavo que después me siguió hasta Novi Sad.

—Fanáticos y seguidores —comentó el cámara—. Hoy en día acuden ya de todas clases, sexos y tamaños.

—Es mi baza feminista —repliqué—. Ahora que las mujeres vamos también a la guerra, tenemos derecho a todas las ventajas de la vida militar.

Yo tenía miedo de que mi seguidor me persiguiera hasta Roma. Había muchos yugoslavos en espera de que alguna señora sensible en viaje de turismo los recuperase para la democracia. El mío, además, estaba dispuesto a pedirme un préstamo antes incluso de tener un orgasmo. Añoré a Evaristo, que se entregaba sólo por amor al arte.

Postal al cuartel de Trieste. 8 de marzo.

«Mi guerra ha terminado. Nos retiramos a Roma la semana que viene para rodar en los estudios. ¿Puedes hacer una escapada y reunirte allí conmigo? Estoy harta de la melancolía eslava y necesito tu sentido del humor.

»Anne»

Postal recibida en Roma.

«Mi sentido del humor también te necesita. Apenas puedo darle rienda suelta. Pero es difícil salir del cuartel ahora que estoy a punto de licenciarme.

»Evaristo»

Nos las arreglamos, no obstante, para pasar juntos una noche en Bolonia. Él recorrió la mitad del camino hacia el sur y yo recorrí la otra mitad hacia el norte; elegimos Bolonia para el feliz encuentro sólo porque era el nudo ferroviario italiano más concurrido por trenes de todas las procedencias. También era célebre por su cocina. Nos encontramos en la estación y fuimos andando hasta el hotel más próximo.

—No habrá tiempo para comer y follar —dijo Evaristo—, a menos que lo hagamos a la vez.

Nos metimos en la cama, empezamos a hacer el amor y pedimos una comida abundante. Cuando llegó, nos pusimos a comer *tortellini alla crema* en la cama, sin siquiera vestimos.

—No sé qué prefiero —dije con la boca llena de tortellini inundados de crema y queso parmesano—, si comerte a ti o comerme estos deliciosos y pequeños salvavidas.

A continuación probé la especialidad de Casa Evaristo. Había olvidado lo gorda que la tenía. Apenas me cabía en la boca.

—Mmmm…, ¡qué espesita está la nata! —exclamé cuando hubimos terminado—. Podría escribir una tesis doctoral sobre la calidad y el sabor del esperma. El tuyo es muy espeso y agrio.

—Pues a ti no parece quitarte el apetito.

—No hay nada que me quite el apetito. Está la comida del amor y la comida que alimenta, y yo necesito ambas. Una mujer realmente sensual no es ni remilgada ni exigente.

—Cuando estoy enamorado, se me quita el hambre —afirmó Evaristo, comiendo un poco más de ese bizcocho borracho que los italianos llaman *zuppa inglese* y los ingleses *trifle*.

—Entonces no estás enamorado de mí. Tienes un hambre de lobo.

—Después de un año en el Ejército, tengo hambre de todo: comida, sexo, amistad, amor, dinero. Tú eres una

mezcla de todas estas cosas; y de un modo excepcional. Quiero tenerte. ¿Es esto amor?

—¡Más bien parece codicia!

—Soy feliz contigo. ¿No es esto amor?

—Ay, si la felicidad fuera amor y el amor felicidad. El amor es también sufrimiento, sacrificio y desilusión.

—Yo prefiero no descubrirlo todavía. Sólo estoy interesado en los aspectos positivos de la vida.

La charla se detuvo en este punto porque Evaristo había terminado el bizcocho borracho y me estaba emborrachando a mí con masajes en el pezón izquierdo. A la mañana siguiente nos separamos en la estación, él para estar en el cuartel antes del toque de queda del domingo, yo para volver a casa y al trabajo. Tenía seis horas de tren para pensar nuevamente en la felicidad y el amor. La felicidad, me dije, podía ser aburrida. ¿Había llegado el momento de que me contentase con alegrías sencillas y sin exigencias?

Carta a Rudi.

«*Carissimo*, empiezo a sentirme de acuerdo con mi edad. Cuando me dejaste resolví que los hombres serían *divertissements*, no complicaciones y compromisos. Ahora hasta los *divertissements* comienzan a aburrirme. Evaristo ha sido el más divertido, pero necesita más de lo que yo puedo darle. Estoy emocionalmente agotada. Lo he dado todo. ¿Qué puedo hacer?

»Anne»

Telegrama de Rudi.

«Aprender a tomar. Rudi».

Me puse a planear el que iba a ser el primero de una serie de maravillosos fines de semana que pasaríamos juntos aquella primavera y aquel verano. Cuando Evaristo conseguía permiso para un fin de semana, nos encontrábamos en un

lugar diferente al anterior. Yo me organizaba el trabajo de modo que terminase el viernes por la noche y pudiera arrojarme en sus brazos el sábado por la mañana. Él salía de Trieste y viajaba toda la noche con su kilométrico militar y, acabáramos donde acabásemos, lo primero que hacíamos era desayunar en la cama. Luego dejábamos la bandeja en el suelo y nos mirábamos largamente a los ojos.

—Probemos una postura distinta cada vez que nos encontremos —dijo Evaristo—, por lo menos para el primer polvo. Luego podemos entregamos a lo que más nos guste.

Acababa de regalarle un diagrama zodiacal pornográfico que había encontrado, con doce parejas en doce posturas diferentes en lugar de los acostumbrados símbolos del zodíaco.

—No sé cómo tienes energía suficiente para *pensar* siquiera en un programa tan ambicioso —le dije—. ¡Si acabas de llegar después de hacer un viaje agotador!

Estábamos echados en una fabulosa y antigua *bergère* francesa, toda gules, tallas y calados complejos, bajo un retrato auténtico de Vigée-Lebrun de delicados colores al pastel. En el cuarto de baño, donde Evaristo acababa de ducharse, había un Picasso.

—Una obrita menor. Apta sólo para un cuarto de baño —nos había dicho el anfitrión.

Nos hospedábamos en el palacete del siglo dieciocho que un primo mío tiene en la Toscana. Este primo es el último espécimen de los grandes hombres de mundo. Se le ha llamado además «el hombre más elegante del mundo». La descripción se ajusta a la verdad de modo admirable. El dinero que tiene procede de una herencia, y lo ha invertido en aquello a que estaba destinado: una vida llena de exquisiteces. La casa tiene noventa y nueve habitaciones, si se cuentan las bodegas subterráneas tipo Piranesi y las despensas, un jardín con un chalet suizo parecido al *hameau* de María Antonieta, un anfiteatro romano para funciones privadas, algunas tumbas etruscas, un pabellón turco y una piscina con agua caliente.

Evaristo había viajado toda la noche hasta la estación más

cercana, había hecho autostop al amanecer y llegado a las grandes puertas de hierro forjado, donde un guarda nocturno le había dejado pasar. El guarda había abierto una puerta lateral de la enorme mansión y había entregado a Evaristo un plano que yo había confeccionado la noche anterior para que pudiera encontrar el camino de mi dormitorio.

—¿Qué va a ser esta vez? —dijo, dando la vuelta a nuestro diagrama erótico para descifrar una de las complicadas posturas.

—Algo francés, digo yo, para complacer a la dama que tenemos a la cabecera —le sugerí.

Acabamos haciendo un sesenta y nueve, que no es la postura que más me gusta, pero que venía al pelo para la ocasión. Evaristo estaba siempre preparado para lo que se terciare. Antes de meterme en la boca su descomunal cipote, dije:

—Los hombres pequeños son grandes amantes.

Él me replicó en francés:

—Una gallina vieja hace más sabroso el caldo.

Cuando salimos de la cama, el sol estaba muy alto en el cielo toscano. Fuimos a pasear por los jardines, camino de la piscina, cuando surgió un jardinero de una rosaleda inglesa que nos tomó la delantera, entró en el pabellón turco y sacó cojines para las tumbonas y abanicos de plumas de pavo real, que dejó en las mesillas de bambú que había junto a la piscina. Sombrillas tailandesas decoradas y barnizadas con laca se alzaron para damos sombra.

—Esto es demasiado —dijo Evaristo—. Es como un cuento de hadas. Necesito un buen trago para volver en mí.

—Entra entonces en el pabellón turco; ahí hay bebidas.

Le oí un grito entrecortado cuando entró. El pabellón es redondo y en el centro hay una mesa con un surtido de licores y toda clase de cremas bronceadoras y lociones. Rodeando el perímetro interior hay bancos almohadillados con sombreros exóticos y prendas típicas de las islas del Pacífico para que los huéspedes se diviertan y engalanen.

De la serie de trajes de baño, a disposición de los huéspedes que se presentaban sin el equipaje completo,

Evaristo eligió un diminuto bañador negro y sobre él se colocó un taparrabo malayo de color rojo vivo.

—Apenas si te ocultan el sentido del humor —comenté.

En aquel instante apareció mi primo y me oyó.

—Tienes suerte, querida, de estar con un joven que tiene tanto sentido del humor.

Nos saludamos con un beso y de la casa, más allá del lago plantado de lotos, salió una camarera con una bandeja de huevos de codorniz para picar mientras bebíamos.

—Querido, sólo una cosa echo de menos en este lugar —dije para fastidiar a mi adorable primo—. Un esclavo rubio que me abanique con el pericón de plumas de pavo real.

De pronto, como obedeciendo un apunte teatral, apareció en el sendero del jardín un hermoso joven indio vestido de blanco. La última importación oriental de mi primo se inclinó, me besó la mano y se puso a abanicarme con delicados movimientos de la frágil cintura. Advertí que llevaba un pequeño reloj Cartier cuadrado, con un zafiro en la corona de la cuerda. Evaristo flotaba en la piscina de aguas turquesas, y su cuerpo pequeño y robusto contrastaba con todo aquel lujo y refinamiento.

—¿Qué os apetecería comer? —preguntó mi primo.

No recuerdo lo que comimos, probablemente algo con salsa de trufas y crema. O quizá sólo un estupendo filete de vaca toscana con guisantes selectos y al natural. Mi primo posee además esa sencillez que nace del mejor gusto y, a pesar del lugar donde vive, es hombre modesto.

Si no me acuerdo de las comidas, sí recuerdo las posturas. Probamos las doce durante aquel breve fin de semana.

—¿No piensas dejar ninguna para la próxima ocasión? —supliqué a Evaristo en cierto momento. Estábamos en el bosquecillo que hay junto al anfiteatro romano en una larga y calurosa tarde dominical.

—Es posible que no salga vivo de esta guerra y no tengo intención de perderme la postura de noviembre —insistió, poniéndome de rodillas sobre las hojas de encina que alfombraban el suelo y bajándome las bragas blancas de puntilla—. Tienes el culito sonrosado a causa del sol —

añadió, dándome un beso en ambas mejillas.

Dimos un último paseo al claro de luna antes de que el chófer llevara a Evaristo a coger el tren nocturno. Yo iba a quedarme hasta el lunes por la mañana. Fuimos hasta el rincón más alejado de los jardines, donde en una alberca de adorno crecían tres especies distintas de nenúfares. Recuerdo en concreto el resplandor de los amarillos a la luz lunar mientras nos preparábamos para despedimos. Nos recostamos junto a la alberca, en un ancho reborde de mármol travertino. Nos pusimos a hacer el amor por última vez y recuerdo un nenúfar azul de Lago Bunyoro, Uganda, que me reventó en el rostro en el momento del orgasmo. Fue un final idóneo para la postura número doce.

«Mi muy querido primo (escribí más tarde),

»Me va a ser muy difícil igualar tu estilo de vida en otra parte. He prometido a Evaristo un fin de semana exótico cada vez que le den permiso. ¿Qué haré el próximo, si tú eres el no va más? Me habría gustado reservarte para el final. Gracias por habernos proporcionado un comienzo tan extraordinario. Con el mayor agradecimiento,

»Anne»

Era ciertamente un nivel difícil de mantener. Pero como la exuberancia juvenil de Evaristo sí se mantenía, allí donde estuviéramos lo pasamos divinamente. Había comenzado a preocuparme, sin embargo, por lo que sucedería cuando se licenciase y volviera a Roma. Yo no creía que nuestra relación estuviese alimentada por la constante llama del amor. Pensaba más bien que se trataba de una serie de Juegos artificiales nocturnos. ¿Qué sentiría él cuando volviera para quedarse? ¿Tendría el aguante de antaño? ¿Soportaría una relación diaria con él?

Lo primero que hizo Evaristo cuando se licenció y volvió a Roma fue llegar a casa y quitar la foto de Rudi de mi tocador. Había estado allí, entre cepillos plateados y frascos diversos, desde el día en que Rudi me comprara la preciosa *table de toilette* en Via dei Coronari. Su semisonrisa, encuadrada en el

marco de plata, me había saludado día tras día durante casi veinte años, y la eché de menos. Evaristo fue el primer amante que le puso objeciones. Hasta mis exmaridos, cuando me visitaban y se quedaban unos días, habían aceptado la foto como parte de la decoración interior de mi vida.

—No me acaba de gustar ese gesto simbólico —dije a Evaristo cuando metió la foto en un cajón—. ¿No es mucha presunción por tu parte el creer que vas a eliminar a los demás hombres de mi vida?

—Soy muy presuntuoso. Vivo de acuerdo con mi reputación. Los hombres pequeños son grandes amantes. Mientras yo esté aquí, no habrá sitio para nadie más.

No hubo sitio para nadie más en mucho tiempo. La situación acabó por inquietarme. Durante la sucesión de encuentros tránsfugas que habíamos vivido, había sido el hombre perfecto; para una relación duradera, resultaba agotador y posesivo, y hacía que me sintiese de acuerdo con mi edad.

—Voy a tener que renunciar a los amantes demasiado jóvenes —dije a mi amiga Franca, una de las pocas italianas realmente liberadas que conozco—. ¿Te gustaría quedarte con Evaristo?

—Lo echarías de menos. Nunca tendrás otro como él: es único.

—Ya lo sé, pero no tengo energía suficiente para mantenerme a su ritmo, ni la fuerza psicológica tampoco. No quiero otro Joseph.

—Vas a sentirte muy sola.

—Me arriesgaré.

—Y Evaristo no te dejará por iniciativa propia.

—No tiene que hacerlo. Lo único que ha de hacer es disminuir su intensidad.

—Tengo curiosidad por ver cómo te las arreglas.

No fue fácil. Cada vez que trataba de distanciarme, el encanto y presunción de Evaristo me vencían. Su cerebro era estimulante, su cuerpo satisfactorio. Para alejarle de mi vida iba a necesitar una fuerza externa.

—*Aou, Anne! Amore! Come stai?* ¿Dónde leches has

estado?

Era imposible confundir aquel brusco acento romano. Se trataba de mi camionero favorito. Entraba y salía de mi vida de pascuas a ramos y el destino le había enviado en un momento inoportuno. Hacía mucho tiempo que no le veía.

—He estado fuera, he estado enamorada y me he hecho vieja.

—*Ma come!* ¿Qué me importa a mí todo eso? De todas formas quiero verte. ¿Estás sola?

—Sí, estoy sola.

Evaristo estaba fuera con unos amigos de la universidad. Se había matriculado en la escuela de arquitectura, pero se lo tomaba tan a la ligera como la mili. Yo le había instado a que frecuentara a sus compañeros de clase con la esperanza de que se le contagiara algo de su fervor por estudiar. Ello, además, me permitió tener algunas noches libres. Aquélla era una de ellas.

—*Aou!* Voy a tu casa ahora mismo. Dejaré el camión en el mercado. A esta hora de la noche no molestará.

Probablemente molestaría. Los vehículos que se dejaban allí toda la noche se desplazaban a empujones por la mañana. Pietro había dejado el camión vacío en aquel mismo lugar y nadie había sabido cómo moverlo. Habíamos ido en su busca a la mañana siguiente y lo habíamos encontrado rodeado de tenderetes, un individuo incluso se había puesto a vender naranjas en la caja del mismo.

—De acuerdo. Ven a casa. Tengo ganas de verte —dije, ansiosa por romper un poco el hechizo de Evaristo.

Yací en los fuertes brazos de Pietro, olí su intenso aroma masculino y le dejé que me hiciera todo lo que hacía con las prostitutas de carretera. Era como la fuerza de la naturaleza y todo lo que hacía parecía normal, aunque en otro hombre habría resultado quizás enfermizo. Aquella vez se levantó con el alba, antes de que comenzasen a instalar el mercado. Le oí poner en marcha el camión de cinco toneladas y alejarse. No había habido problemas. Me sentía muy tranquila.

Evaristo llegó a la hora de comer. Era sábado y yo no tenía que ir a trabajar: la norma de «Se libra los sábados

salvo cuando se ruede en exteriores» había acabado por imponerse en el cine italiano, tras haberla soslayado durante tanto tiempo.

—Anoche tuve visita —dije a Evaristo.

Se envaró, pero no dijo nada, como si no me hubiera oído. Esperaba que me hiciera fácil el contárselo.

—¿No vas a preguntarme quién fue?

—Nunca nos hemos hecho preguntas. Siempre hemos conocido las respuestas y las hemos guardado para nosotros mismos.

—Es posible que esté empezando a hacerme preguntas a mí misma.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo… ¿no hay entre nosotros una diferencia de edad excesiva? ¿Tengo fuerza suficiente para seguir entregándome tanto a un hombre? Puesto que hay muchas otras personas que quieren algo de mí, familiares, amigos, ¿me queda lo suficiente para mantener una relación como la nuestra? En otras palabras, no quiero otro amante permanente.

Evaristo se había estado paseando por la estancia. En aquel momento se había detenido, pero estaba en tensión.

—¿Hay alguien que puede hacerte más feliz que yo?

—No, creo que no. Pero no es un problema de personalidad, sino de duración. ¿Conoces el viejo refrán que dice «Si quieres ser feliz un día, cásate; si quieres ser feliz una semana, enamórate; si quieres ser feliz durante toda la vida, cultiva un jardín»? Es posible que me haya llegado el momento de renunciar a los hombres y plantar rosas en su lugar.

Se relajó un poco. Me di cuenta de que su tensión la había motivado los celos reprimidos. Nunca habíamos estado juntos el tiempo suficiente para que aflorasen y durante nuestros rápidos encuentros yo siempre me había dedicado a él por entero. Nunca me había preguntado por lo que hacía en los intervalos.

—¿Y no puedo convertirme en una rosa de tu jardín?

Se me acercó y me rodeó con los brazos. Experimenté

todas las reacciones de costumbres, físicas y patológicas. Es posible que aún no estuviera del todo preparada para dedicarme a la jardinería. Hice un último esfuerzo por protegerme.

—Puede haber otras rosas…

—¿Cuál es tu preferida?

—Una rosa llamada «Paz», con ribetes de color rosa claro.

—Procuraré tener ribetes de color rosa claro.

Nos metimos en el dormitorio. Era una tarde soleada y el prisma de cristal llenaba la habitación de arco iris.

Vanessa y mi yerno vinieron del campo, dejaron a Matthew conmigo y se fueron con el coche a pasar un fin de semana de libertad en otra parte. A Matthew, que tenía ya cuatro años, le encantaban aquellas visitas porque podía tiranizar a su abuela. Manifestaba todos los síntomas de un «padrino» en potencia. La sangre siciliana le tiraba. Lo mismo los celos sicilianos.

—Abuela, ¿de quién es el cepillo de dientes amarillo? El mío es azul y el tuyo es verde; nunca había visto aquí uno amarillo.

—Tu abuela tiene un amigo que se llama Evaristo y que suele quedarse a dormir cuando tú no estás.

—¿Duerme en tu cama? —preguntó con una mezcla de celos y afán posesivo.

Estuve un instante callada. No me gusta contar mentiras.

—¿En qué otro sitio podría dormir? No me gusta que duerma en la tuya, aunque tú no estés.

Matthew no dijo nada. Volvió a sus juegos, y yo pensé que había salvado bien un difícil obstáculo. Pero cuando Vanessa volvió a llevárselo al campo y reapareció Evaristo para pasar la noche, éste no encontraba el cepillo de dientes amarillo.

—¿Dónde estará? —preguntaba.

—No tengo ni idea —dije—. Yo no lo he tocado.

Al día siguiente me llamó mi hija.

—Matthew tenía en su caja de pinturas un cepillo de dientes amarillo. Dijo que estaba gastado y que lo ibas a tirar, pero a mí no me parece muy gastado.

—No lo está, pero puede utilizarlo para pintar, o tirarlo, si

quiere.

Pasamos a otros asuntos, pero, de repente, el cepillo de dientes amarillo volvió a adquirir importancia a mis ojos. Tal vez hubiera llegado el momento en que mi nieto me pudiera objetar legítimamente el tener cepillos de dientes ajenos en el cuarto de baño.

El tiempo, de manera inesperada, se había vuelto tórrido y sofocante. Mi amiga Franca vino para cenar con nosotros en la terraza una noche, engalanada con un magnífico vestido de los años 30 que había encontrado en el armario de su madre. Tenía mucho estilo y no parecía mucho mayor que Evaristo, aunque tenía que haber rebasado los cuarenta. Atravesaba una mala época porque le había dejado su amante y además tenía que mudarse de piso; pero era de esas mujeres que saben tomárselo con calma. Me di cuenta de que Evaristo la admiraba.

—¿Te gustaría acostarte con ella? —pregunté a Evaristo cuando se hubo ido mi amiga.

—No me importaría. Lo que me gustaría es joderos a las dos vestidas con ropa interior años 30, bragas de crespón de China o como se llame eso tan suave.

—No me refería a las dos a la vez. Además, yo soy demasiado mayor para ponerme prendas de los años 30. Me daría la sensación de que no me las había quitado nunca.

—Pues con las dos o nada. No te vas a desembarazar de mí tan fácilmente.

El nuevo piso de Franca, al que se había trasladado la semana siguiente, estaba cerca de la casa de Evaristo. La llamé para desearle que le fuera bien.

—¿Estarás ahí esta noche? Me gustaría enviarte un regalo de inauguración de piso.

—Qué emocionante. ¿De qué se trata?

—Es una manta eléctrica de las antiguas.

Me refería a Evaristo. Éste no debía sospechar nada, aunque tenía que encontrarse en una situación en que la seducción de mi mejor amiga le resultase inevitable e ineludible. Preparé el camino.

—Querido, ayúdame a consolar a Franca —dije a Evaristo

aquella tarde—. Cuando te vayas a casa, me gustaría que le llevaras un regalo de inauguración de piso.

—No tenía pensado ir a casa —se quejó—. Quería pasar la noche aquí contigo.

—Bueno, pues vas y vuelves. Aunque deberías pasar por casa para saludar a tu familia; además, el regalo es muy frágil y lo debería entregar alguien cuidadoso.

Había comprado un vaso de vidrio opalino en forma de mano, lo llené de rosas amarillas y lo envolví con papel de celofán. En un sobre cerrado metí la siguiente nota:

«Pon las rosas en la salita y a Evaristo en el dormitorio. Su sentido del humor es el más gordo de la ciudad. Me gustaría que lo compartieras conmigo. Necesito descansar por lo menos una de cada dos noches.

»Anne»

Dije a Evaristo que estaba preocupada porque Franca era tan difícil de complacer que no olvidaría a su antiguo amante aunque se metiera en la cama con otro, y a Franca le dije que iba a tener que poner a prueba todos sus recursos. La situación en conjunto tenía que ser tan desafiante que cualquier joven que se respetara no podría por menos de aceptarla.

—¿Seguro que no te arrepentirás? —me había preguntado Franca—. No quiero que nada eche a perder nuestra amistad.

—No, tonta, me harás un favor. Que no se entere bajo ningún concepto de que yo lo sé; me quitará de encima mucha tensión emocional y podré descansar físicamente. Tiene energía de sobra para las dos, y espíritu de aventura suficiente para disfrutar del enredo, siempre que crea que es obra suya. No tiene que descubrir nunca que todo lo hemos apañado nosotras.

Evaristo se fue en el autobús y yo pasé la tarde muy a gusto, cuidando las flores. Procuré no imaginármelo en brazos de Franca, pero me sentí más celosa de lo que había previsto. Evaristo significaba mucho para mí, pero aquí justamente radicaba el motivo de mi nerviosismo: estaba socavando mi principio del *divertissement*. Tenía que

prepararme para una breve temporada en el infierno y ahorrarme así un sufrimiento más prolongado. No quería convertirme en la patética mujer mayor que se aferra al amante joven y lozano. Tenía que ser lo bastante fuerte para concerderle la libertad antes de que la buscase por su cuenta.

Me concentré en el trabajo con las plantas. Me dije que el viejo refrán era cierto: el amor era para una temporada, la jardinería era para siempre. Pero no me convencía ni a tiros. ¡A la mierda la jardinería!

Entré en la casa, me lavé las manos y me desnudé. Estaba convencida de que Evaristo saldría pitando de la cama de Franca y vendría corriendo a la mía. Sería incapaz de resistir la tentación de poseernos a las dos en una misma noche. Disfruté por anticipado del grueso y largo sentido del humor de Evaristo y de toda una noche llena de placeres. Loca tenía que haber estado para creer que ya era lo suficientemente mayor para pasarme sin él.

Me puse un salto de cama blanco y virginal y me contemplé en el espejo. No parecía exactamente una recién casada joven y pura, sino más bien una abuela del siglo XIX. Mi cara tenía solidez y frescura, pero en los ojos se me transparentaba el cansancio y el exceso de trasiego. Y la carne me colgaba un poco.

Permanecí despierta toda la noche, pero Evaristo no se presentó. No telefoneó tampoco, aunque Franca lo hizo a la mañana siguiente para darme las gracias por los regalos.

—El vaso es divino y la manta eléctrica funciona de maravilla —dijo.

—Dale un beso de mi parte.

—Lo haré si lo veo, pero supongo que lo verás tú antes que yo.

—¿Ya no está contigo?

—No; ¿es que no ha llegado aún a tu casa?

Ninguna de las dos lo vio en el curso de un par de días; entonces se presentó en casa de Franca otra vez. Ésta me telefoneó a la mañana siguiente.

—Leyó la nota antes de llegar a casa con el vaso y está enfadado contigo —me contó.

—Pero si cerré el sobre —también yo me sentía molesta.

—Bueno, pues lo abrió. En el amor y en la guerra todo está permitido, digo yo, y a fin de cuentas está enamorado de ti. No le ha gustado que se le dé la patada.

—Si está enamorado de mí, me dará una segunda oportunidad.

Pero Evaristo no me dio otra oportunidad. Su orgullo era tan grande como su sentido del humor, y no apareció por casa. Al final le envié una esquela:

«La cama se me enfría.

»Anne»

Aquella misma noche sonó el timbre a eso de las doce. Salté de la cama. Llevaba otra vez el salto de cama virginal y corrí a abrir la puerta creyendo que era Evaristo. Pero se trataba de otra persona, de uno de los jóvenes más guapos que había visto en mi vida. Llevaba en la mano un vaso opalino en forma de cornucopia; dentro había una rosa Paz[3].

El joven se adelantó hacia mí. No sonrió ni habló, pero me tendió una carta.

—Gracias —le dije, sin saber qué hacer durante unos momentos—. ¿No quieres pasar?

El joven se sentó en el sofá con el vaso en la mano mientras yo leía la carta. Como todos los hombres guapos de este mundo, prefería estar en silencio y que le admirasen.

«Mi muy querida Anne (decía la carta),

»Una rosa es una rosa es una rosa es una rosa, pero prefiero no estar en el ramillete. Tampoco me gusta que me den la patada. Sin embargo, te deseo toda la paz de este mundo.

»El joven emisario ha cobrado por anticipado lo correspondiente a una jornada nocturna, según el salario mínimo interprofesional, más una prima por polvo nocturno y el seguro de desnudez. Espero que lo disfrutes.

»Evaristo»

Dejé la carta y me quedé mirando al joven. Como si se hubiera tratado de una señal, sonrió de modo frío y profesional, pero agradable. Me tendió el vaso. Lo dejé en la mesa y, ante mi propio asombro, me eché a llorar.

El joven no sabía qué hacer. No era la escena en que había esperado actuar y mucho menos aquella de la que, por lo que parece, tenía yo que disfrutar.

—¿Quieres que vuelva en otro momento? —preguntó.

—No, no será necesario —dije entre sollozos.

Se dirigió a la puerta, dudando, y dijo:

—Bueno, pues adiós.

Estaba confuso por mi llanto y a mí me ocurría lo mismo. No podía hacer nada por mí, de modo que lo acompañé hasta la puerta.

Se lo tragó el ascensor y se perdió en la noche. En aquel momento no lamenté su rápida partida. A pesar de lo guapo que era, no habría podido sustituir a un arco iris.

La vida puede acabarse

Inglaterra, otoño 1971
Edad: 54

Me encontraba en Londres y una mañana de mediados de septiembre de 1971 me desperté con grandes dolores. Al final de la semana me dije que tenía que visitar a un médico.

Telefoneé a mi hermano Max. Se encontraba en Londres para concertar una exposición de sus pinturas y vivía en un piso cómodo que le había dejado un amigo que estaba de vacaciones. Yo vivía en un piso incómodo que había tenido que alquilar y que estaba lleno de pulgas. Había tenido que recurrir a la alcaldía del distrito para que lo fumigasen.

Estaba pasando las vacaciones en Londres para ver a Fiona y los niños y había planeado la estancia de modo que además pudiera ayudar a Max con la exposición. Pero al parecer era él quien tendría que ayudarme a *mí*. Prácticamente me retorcía de dolor y apenas podía andar. Me sentía casi avergonzada, convencida de que aquellos dolores eran psicosomáticos.

—Max —le dije medio gritando por teléfono—. Me ha dado una especie de parálisis histérica, tengo grandes dolores, ¡y no puedo ni moverme!

—No seas imbécil —me dijo mi hermano—. Eres la persona menos neurótica que conozco. No puede ser una afección psicosomática. Seguramente será fiebre reumática, o artritis, o parálisis infantil.

—¿Parálisis infantil a mi edad? Tengo cincuenta y cuatro años, Max. ¡No se coge una parálisis infantil a los cincuenta y cuatro años!

Pero me di cuenta, con gran estupor, de que podía estar en lo cierto. Las manos y los pies ya los tenía paralizados.

Al día siguiente me llevó a ver a nuestro antiguo médico

de cabecera. Para llegar a la sala de espera tuvo que ayudarme el taxista.

—¡Por el cielo, señora Cumming! ¿Por qué ha esperado tanto para venir a verme?

—Me ha ocurrido sin darme cuenta. No pensé que fuera nada serio. Creí que se trataba de algo imaginario para ocultar algún sufrimiento inconsciente.

—No me diga. La psiquiatría comenzó enseñando a los pacientes a imaginar que estaban enfermos. Ahora les enseña a imaginar que no lo están. Mi querida muchacha, está usted medio paralítica. No soy especialista, pero la enviaré a uno inmediatamente.

Antes de saber siquiera qué pasaba hubo llamadas telefónicas, otro taxi, luego una ambulancia, y me condujeron en camilla a la sección de urgencias del
Queen's
Hospital.

Me examinó un célebre especialista, Mister Llewellyn-Jones. Me clavó agujas en las manos y los pies: no sentí los pinchazos. Me golpeó los tobillos y las muñecas con un martillo pequeño: no hubo movimientos, reflejos. Me golpeó las rodillas y los codos: apenas si se movieron.

—¿Siente que los pies y las manos le pesan como si fueran de plomo? ¿Siente hormigueo continuo?

—Sí.

—Ya… son los síntomas clásicos.

—¿De qué?

—De una neuritis periférica.

—Nunca lo había oído. ¿Es peligroso?

—No, si se detiene en las extremidades, que parece ser el caso actual.

—¿Me pondré bien? Preferiría saber la verdad.

—No puedo decirle nada mientras no haya hecho algunas pruebas. Pero antes de comenzar el tratamiento habrá que determinar la causa. Le recomiendo una hospitalización inmediata.

Me trasladaron de la camilla a una silla de ruedas y mi hermano me empujó hasta la oficina de ingresos.

Me encontraba en el rincón de una sala, enfundada en un camisón hospitalicio de basto algodón. Mi hermano había ido a casa en busca de mis efectos personales. Alrededor de mi cama se había congregado un grupo de estudiantes de medicina, todos con aire muy serio. Estaban autorizados a palparme los miembros y a hacerme preguntas. El profesor invitó a uno de ellos a clavarme agujas otra vez y tantearme los reflejos. Seguía sin sentir nada.

—Nesbitt, he aquí un caso que le conviene. Me gustaría que lo estudiara con atención —le dijo Mister Llewellyn-Jones.

—Gracias, señor —contestó el joven.

Todos a una, se trasladaron hasta la cama contigua. Contemplé a aquellos jóvenes de aire educado y vestidos con bata blanca mientras se desplazaban por la larga sala llena de mujeres. El que más me gustaba era el que me había tocado en suerte. Tenía un no sé qué infantil en sus ojos grises. Por supuesto: es que era un muchacho. Al llegar al extremo de la sala se volvió para mirarme y nos sonreímos.

Comprendí entonces el significado de la palabra «paciente». Se refería a la persona enferma que tenía que esperar con paciencia. Yo no sabía qué esperaba, salvo el dolor que se abría poco a poco hasta que se apoderaba de mí por completo y no podía pensar en otra cosa.

No tenía más visitas que mi hermano, que a su vez estaba de visita en Londres. Mi hija Fiona vivía a kilómetros de distancia y no iba a estar yendo y viniendo, cargando con los niños continuamente. En realidad había sido yo quien la había convencido de que no lo hiciera. Aún no había dicho a ningún amigo dónde me encontraba, y, por supuesto, tampoco a ninguno de mis antiguos amantes. No quería molestarles. Prefería que se sintieran ofendidos a preocupados. Siempre he detestado molestar al prójimo con mis problemas.

El único contacto humano verdadero que tenía en el hospital era con el joven llamado Nesbitt, que se ocupaba de mi caso. Después de cada visita de rutina a la sala, se acercaba a comprobar mi estado, que seguía invariable.

Entre Nesbitt y yo, sin embargo, estaba ocurriendo algo que hacía que nuestra relación fuese distinta de la que había tenido anteriormente con médicos y enfermeros. No se trataba de un espejismo por mi parte; cierto día habíamos tenido una extraña charla que había sido, sin lugar a dudas, una especie de introducción a otra cosa. Como mi cama estaba en el extremo de la sala y la cama contigua estaba vacía por entonces, disfrutaba de cierta intimidad y hablamos con desenvoltura.

—Siento molestarla, pero necesito tomarle una muestra de sangre —dijo al volver de la ronda de visitas con el especialista que se ocupaba de mí, Mister Llewellyn-Jones.

—Toma toda la que quieras. Los demás ya saben servirse solos.

Manejó la jeringuilla con tanta delicadeza que apenas sentí el pinchazo. Lo encontré muy atractivo de cerca y advertí que alrededor de los fríos ojos grises tenía unas pestañas muy largas. La jeringuilla comenzó a llenarse de sangre.

—Tiene buen color —comentó.

—Es una buena cosecha. Las botellas viejas contienen buen vino.

Sonrió.

—No puedo creer que tenga usted cincuenta y cuatro años.

—¿Cómo sabes mi edad? No andarás curioseando entre la fichas de ingreso, ¿verdad?

—A veces. Sigo su caso porque es parte del aprendizaje. Tengo que comprobar todas las posibilidades, ya que no parece haber un motivo médico que explique su enfermedad. Tampoco es parálisis histérica. Los nervios motores le han dejado de funcionar por alguna razón; así que necesitaba saber quién era usted y de dónde venía.

Se había enderezado para trasvasar la sangre a un tubo de ensayo. Así permaneció, erguido, con la jeringa en los sensibles dedos, y mirándome con fijeza. Tenía el pelo un poco largo y le caía por la frente. Habría parecido más un músico joven que un cirujano en ciernes de no ser por aquel

aire frío y calculador. Introdujo la sangre en un tubo de ensayo.

—Nunca he conocido a nadie como usted. Es usted de otro mundo. Soy incapaz de imaginar quién es ni cómo vive —dijo, volviendo a poner los ojos en mí.

Yo estaba sorprendida y le sonreí. Su interés hizo que de pronto me sintiera menos un conejillo de Indias y más un ser humano.

—Algún día te diré quién soy —le dije.

Bajó los ojos hasta el platillo en forma de riñón que tenía en la mano, y que contenía el tubo de ensayo con la sangre, y dijo con timidez:

—Me gustaría conocerla mejor.

—¿Por qué?

—Es usted muy hermosa —dijo, y se alejó.

Notas del Diario. 21 de septiembre.

Son muchas las mujeres que tienen fantasías sexuales a propósito de su médico, y en mi caso quizá sería más natural que mis impulsos biológicos se inclinaran hacia el célebre especialista, que es un hombre de mi edad. ¿Por qué deseo a Nesbitt, el joven de ojos grises? ¿Y por qué a este joven en concreto? Desde que me dejó Evaristo, hace un año, he tenido una vida sexual más bien reposada, casi siempre con mis galanes crónicos, algunos de los cuales se acercan ya a los cuarenta, pero no ha habido ninguno de mi edad desde que Rudi me dejó. Tras una larga estancia en el extranjero, *en poste*, mi diplomático volvía a tener un cargo en Roma, en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Mi camionero entraba y salía de mi vida de manera intermitente, y siempre estaba allí el pequeño Bruno para llenar los vacíos. Incluso él está cerca de los treinta. Pero ahora que me encuentro recluida en una cama de hospital, suspiro de repente por mis amantes jóvenes. Siento rachas de nostalgia por Jean-Louis, anhelo a Joseph, a Evaristo. Echo de menos incluso a Gregory el Malo, y es posible que le haga saber que estoy aquí. Detrás de su paranoia hay un corazón tierno y cariñoso, es posible que a

causa de ella. Vendría a verme en seguida, y no se arredraría ni aunque estuviese muriendo.

Nunca he tenido fantasías eróticas porque he tenido demasiada realidad erótica; pero se me ocurre ahora que, a lo mejor, mis amantes muy jóvenes han podido constituir una forma concreta de fantaseo erótico. Ahora que estoy inmovilizada e imposibilitada para todo contacto sexual, me pongo a fantasear por primera vez en mi vida, a pesar del dolor y del sufrimiento. El joven estudiante, Nesbitt, que llena mis pensamientos, parece como si acabase de salir del instituto. Creo que he cultivado cierto gusto por los adolescentes y el aspecto físico de éste comienza a preocuparme. Se me ha vuelto una costumbre, la Costumbre de los Muchachos. Me encanta el tacto y el olor de una piel joven y tersa. Disfruto pasando los dedos por un cabello abundante y sano. Hacer el amor con un hombre muy joven es como disfrutar de la primavera: un placer sensual y físico. Espero que Nesbitt no tarde en volver a verme.

—Buenos días. Vengo a hacerle una punción lumbar. Será un poco desagradable, pero no le dolerá. ¿Le importaría ponerse sobre el costado izquierdo?

Un médico joven, al que no había visto en mi vida, se encontraba junto a mi cama. Me giré siguiendo sus instrucciones y cerré los ojos.

Me clavó en la espalda una larga aguja que introdujo directamente en la columna, a fin de extraer un poco de líquido espinal. De agradable no tenía nada en absoluto, y me esforcé por caer en una especie de trance de yoga para no sentirlo. Imaginé que estaba tendida en un lecho de clavos, que caminaba sobre fuego, cualquier cosa que alejase del pensamiento aquella larga aguja metida en el espinazo y que me chupaba las energías vitales. Traté de elevarme por encima de todo mediante la meditación trascendental, quedar inconsciente, pero la voz del joven médico rompió el hechizo.

—¿Señora Cumming? ¿Está usted bien?

Parecía intranquilo. A lo mejor me había desmayado.

Me di cuenta de que estaba tan nervioso como yo y que era probable que no tuviese mucha práctica en aquello. Es

posible incluso que creyera haberme matado.

—Aún estoy viva —dije—. No os libraréis de mí tan fácilmente.

Sonrió aliviado y, con aire triunfal, alzó un frasquito de líquido incoloro para que yo lo viese, el líquido vital de la columna. Parecía agua.

Fue aquélla la primera de toda una serie de pruebas horribles, algunas de las cuales fueron peores incluso que la enfermedad. En los días que siguieron me sacaron sangre cada tantas horas para ver si tenía diabetes. Luego me hicieron un mielograma: me pusieron boca abajo y me bombearon aire en la delicada membrana que envuelve el cerebro y la médula espinal para comprobar si había ruptura o compresión de las vértebras. La siguiente prueba fue una electromiografía: me clavaron en las piernas unas horribles agujas que me transmitían descargas eléctricas para provocar reacciones musculares y averiguar así la magnitud de la parálisis. Me radiografiaron los pulmones, revisaron la historia de mi vida. ¿Era alcohólica? ¿Había sufrido alguna vez desnutrición? Cada día me sentía más deprimida. Por la noche, cuando se apagaban las luces de la sala y la enfermera del tumo de noche encendía la lamparilla de su mesa, se distribuían pastillas para dormir. Me puse a coleccionar a escondidas las que me correspondían, por si resultaba que la parálisis era de por vida. Prefería tomármelas todas a la vez en algún rincón seguro a tener que depender de los demás el resto de mi existencia.

El especialista que supervisaba mi caso, Mister Llewellyn-Jones, me trajo noticias una mañana, pero no de la índole que esperaba yo. Me dijo que no tenía nada malo, que todas las pruebas habían dado resultado negativo.

—No tengo nada malo, salvo que estoy parcialmente paralítica y me han hecho más agujeros que a un colador —exclamé sin poder contenerme—. ¿Qué es lo que me pasa entonces?

—Tenga paciencia, señora Cumming —respondió—. Seguimos estudiando su caso. Lo tenemos todo bajo control.

Y se alejó, sonriendo para sí. Nesbitt, mi estudiante de ojos grises, recibió instrucciones de quedarse para comprobar mi estado cardíaco y la presión sanguínea. Nos quedamos solos en el extremo de la sala. Nos pusimos a charlar como viejos amigos. Intuí que estaba tan contento de verme como yo de verle a él. Sentíamos una curiosidad recíproca. Quería saber más cosas acerca de él. De su acento se deducía que era quizás un muchacho listo, procedente de la clase trabajadora, que había llegado donde estaba solicitando becas. Me interesaba su pasado.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunté—. No puedo llamarte doctor Nesbitt. Eres demasiado joven.

—Grant. Grant Peregrine Nesbitt.

Parecía inventado. Me habría convencido más si hubiera dicho que se llamaba George Albert. Era evidente que quería ser alguien y, con toda inocencia, creía que cambiando de nombre se acercaba más a su meta. Me conmovió su ambición romántica.

—Te llamaré Grant el de los Ojos Grises. Suena a caballero medieval —dije, jugando a estimular su fantasía.

Fingiendo que me examinaba los dedos, me tocó la mano de un modo más atrevido de lo que esperaba; por tanto añadí:

—Por si quieres saberlo, me interesas y me gustas.

Sorprendido, alzó los ojos para mirarme.

—Nadie me había dicho eso antes. Es usted una mujer muy franca. Ignoraba que la gente de su clase pudiera ser así. ¿Se debe tal vez a que ha vivido en el extranjero?

—No creo. Es sólo que, a mi edad, una sabe lo que quiere. —Me soltó la mano y me puso el estetoscopio en el pecho.

—Yo también sé lo que quiero —dijo—, pero no me atrevo a decírselo.

—Vamos, dímelo.

Estaba inclinado sobre mí, escuchando mis latidos cardíacos por el estetoscopio, y por un momento creí que iba a besarme. Estaba claro que también a él se le ocurrió, pero estábamos en una sala de mujeres curiosas, bien a la vista de todas, y se incorporó a regañadientes.

—Me gustaría saberlo todo de las mujeres como usted —dijo con audacia—. Creo que usted debe de saber mucho. Y yo quiero tener experiencia.

—No serás virgen, ¿verdad?

—No. He tenido varias historias. El año pasado tuve una novia formal, una maestra, mucho mayor que yo.

—¿Qué edad tenía?

—Veintiocho.

Rompí a reír.

—¿Qué edad tienes, entonces?

—Casi veintiuno. ¿Por qué se ríe de mí? ¿Es tan ridículo ser joven?

—No. Lo ridículo es ser viejo. Yo debo de ser más vieja que tu madre. ¿Qué edad tiene?

—No lo sé. Se fugó con un policía cuando yo tenía seis años y nunca hemos vuelto a saber de ella.

—¿*Hemos*?

—Me refiero a mi padre y a mí. Me educó él solo. Todavía vivo con él.

—¿A qué se dedica?

Hubo una ligera pausa.

—Restaura muebles antiguos.

La pausa había sido significativa. Había algún misterio acerca del padre. Probablemente no era más que un carpintero y el joven estaba avergonzado de sus orígenes. Se quedó junto a mi cama, como el pequeño deshollinador de *The water babies*[4], que sale de la oscura chimenea, desemboca en una gran habitación y se queda a los pies de la cama de una desdichada niña rica de dorados rizos que está enferma y yace bajo una inmaculada sábana blanca. Comencé a sentirme maternal —incestuosamente maternal, claro— y le tendí la mano. Me la cogió.

Una enfermera se nos acercó corriendo.

—Querida, tiene que prepararse para bajar al patio —dijo muy aprisa, mientras me alargaba la bata. Se acercaba ya un celador con una silla de ruedas. Me iban a someter a otra prueba.

—La veré más tarde —dijo Grant, incorporándose con

rapidez, aunque dudando y deseando decir algo más.

—Adiós —le dije, ayudándole a marcharse.

Cuando estuvo fuera del alcance de nuestras voces, la enfermera me dijo:

—Querida, parece que despierta usted cierto interés en ese joven.

—No diga tonterías, enfermera —repliqué—. Lo que ocurre es que se toma muy en serio su trabajo. —Pero yo sabía bien lo que ocurría.

El celador me ayudó a instalarme en la silla de ruedas. Me iban a llevar abajo, a la sección de rayos X, para hacerme una angiografía cerebral: me inyectarían en las venas un colorante y a su paso por el cerebro se comprobaría si había algún tipo de bloqueo. Puesto que no me respondían los nervios motores, cabía la posibilidad de que el cerebro no enviase los mensajes debidos. No era una prueba agradable. Podía descubrirse algún tumor cerebral.

Aquella tarde quedé sorprendida al ver que Grant entraba en la sala. Por lo general no aparecía por la tarde y advertí que había algo extraño en él. Parecía en la cima del mundo, como si estuviese borracho.

—Quiero verte las piernas —dijo sin rodeos, tras dirigirse directamente hacia mí.

Sus modales románticos y tímidos se habían esfumado. Parecía resuelto y seguro de sí. Su aura de niño perdido se había esfumado igualmente. Estaba claro que había tomado una decisión junto con un par de tragos. Se sentó en la cama.

—¿Te duelen mucho?

Me pasó la mano por la que tenía más cerca. Parecía más una caricia que una comprobación científica.

—Sí, mucho.

—¿Cómo es el dolor?

—Agudo; no es el dolor sordo y continuado del reumatismo, ni el punzante que resulta de una torcedura de tobillo o de rodilla. Nunca había sentido esta clase de dolor y es difícil describirlo.

—¿Te sirven de algo los calmantes que tomas?

—Durante un par de horas, pero luego se debilita el

efecto. Lo peor son las noches, porque el dolor me quita el sueño.

—¿No te dan somníferos?

—No los tomo. Estoy contra el exceso de pastillas. Soy una especie de miembro no violento de la Ciencia Cristiana.

Se echó a reír y se puso a juguetear con los dedos de mis pies. Yo no sentía nada porque los tenía entumecidos, pero veía lo que estaba haciendo.

—Avísame cuando sientas algo.

Me estrujó el tobillo y comenzó a subir hacia la rodilla. A mitad del muslo lancé un grito. Me tocaba por debajo de la ropa. Dejó de estrujarme la carne y comenzó a acariciarme la parte superior del muslo. Era una sensación muy agradable.

—¡Eso sí que lo siento! Creí que nunca más iba a poder.

Le sonreí para darle ánimos, contenta de que en la cama contigua no hubiese nadie para oímos.

Me lanzó una de aquellas nuevas miradas suyas, de fría determinación. Tenía las pupilas muy dilatadas, muy negras sobre el gris claro del iris. Se inclinó sobre mí y me dijo en voz baja:

—La paciente se recuperará sin duda. Es evidente que aún está capacitada para las relaciones sexuales y haré el amor con ella antes de que abandone este hospital.

Me quedé boquiabierta. Él, a su vez, parecía totalmente asustado por lo que acababa de decir y hacer, aunque no por ello menos decidido. Volví a intuir que, en cierto modo, sus modales eran artificiosos.

—¿Has bebido? —le pregunté cuando recuperé el habla.

—No —dijo, bajando la voz aún más—. Pero me hice un canuto a la hora de comer.

—¿Fumas mucho?

—Bastante.

—Desearía que no lo hicieras. Preferiría contribuir a ello que a incrementar tu experiencia erótica.

—Colaboraremos juntos en ambas cosas.

—Pero ¿dónde? ¿Cómo?

—Hay muchos lugares seguros en el hospital. Te quedarías de una pieza si te lo dijera.

—Ya me he quedado de una pieza. Casi alucino, en realidad.

En aquel momento vimos que se acercaba la enfermera jefe. Grant se levantó y fue a su encuentro, le dijo unas palabras y salió de la sala con ella. La enfermera volvió al cabo de unos minutos con una silla de ruedas y con mi fisioterapeuta, una joven sensible y robusta que evidentemente había sido la primera de la clase de gimnasia y que se situó junto a mi cama con su faldita corta, como si aún fuese una colegiala de último curso. Y me habló como si yo estuviera en primero.

—Mire, señora Cumming, va a venirse conmigo a rehabilitación. Allí le enseñaré algunos ejercicios útiles para evitar que los músculos se le atrofien.

—Entiendo. Lo mejor será pues que pruebe a ir andando hasta el gimnasio. ¿Tienen muletas por ahí?

—Ya se las daremos más tarde. Ahora, cójase de mi brazo y apóyese en mí.

Saqué las piernas de la cama y me incorporé con cuidado. Acto seguido me cogí de su brazo musculoso y eché a andar tambaleándome.

Cuando llegamos a rehabilitación me di cuenta de lo poco que había visto del hospital. Había toda un sección dedicada a la cirugía del cerebro. Había pacientes que reptaban por el suelo o sobre colchones y que semejaban hombres del espacio. Se les había afeitado la cabeza, algunos estaban aún envueltos en vendas y casi todos vestían pijama a rayas. Todos sufrían alguna afección que les mantenía incapacitados y sin sentido del equilibrio, y apenas se podían mover a pesar de los tremendos esfuerzos que hacían.

—¡Inválidos! ¡Todos somos unos inválidos! —exclamé, dándome cuenta de la situación por vez primera.

—Sólo temporalmente —replicó mi musculoso ángel de la guarda—. Vamos ahora a las paralelas.

Contemplé a los pacientes que estaban en el suelo. Lo macabro del hecho era que no se trataba de un hospital psiquiátrico. Todos eran conscientes de su situación, luchaban contra impedimentos abrumadores, casi sin

esperanzas pero con una voluntad de hierro. Tragué una profunda bocanada de aire y di un paso al frente con toda la firmeza que pude.

Mientras sorteaba los culebreantes cuerpos del suelo, me di cuenta de que ninguno podía tenerse en pie ni andar. Se les había bajado de la silla de ruedas y colocado en colchones, donde los únicos movimientos que podían hacer eran los propios de los gusanos. Y allí estaba yo, un ser superior que podía *andar*.

Me sentí tan poseída, en comparación, de aquella sensación de poder que me solté del brazo de la terapeuta, trastabillé, perdí el equilibrio y caí al suelo.

Me vi así echada en un colchón junto a un caballero desconocido: yo en camisón y él en pijama. Me sonrió. Tenía unos ojos negros con arrugas en el rabillo de ambos. Supe inmediatamente que nos habíamos gustado. La situación me pareció de chiste y no pude por menos de echarme a reír.

—Hacía mucho tiempo que no oía reír a nadie —dijo más bien con melancolía—. Gracias. Me ha hecho muchísimo bien.

Me incorporé apoyándome en el codo y le observé. Estaba tendido de espaldas y me di cuenta en seguida de que no podía mover nada salvo los brazos, y aun así no mucho.

—Discúlpeme por haberme reunido con usted de esta manera tan brusca —le dije—. Por lo general, antes de meterme en la cama con un hombre, espero a que me lo pidan.

Ahora le tocó reír a él. Tenía que sentarle de maravilla, me dije, y me vi como una especie de Florence Nightingale de efecto inmediato. Tenía que devolverle la risa a aquel hombre. El que fuese de aspecto fuerte, moreno, guapo y aparentase unos cuarenta años iba a facilitar las cosas. Me sentía contenta de estar junto a él. Pero en el horizonte revoloteaba un pájaro de mal agüero.

—Señora Cumming, ¿quiere levantarse y venir a las paralelas? —dijo la urraca. La miré y me volví a mi nuevo amigo.

—Volveré más tarde. No se vaya. ¿Prometido?

—No creo que pueda ir muy lejos, ¿verdad? —e hizo un ademán de desesperanza con las manos.

—Es que los hombres siempre acaban huyendo de mí. Gracias al cielo que he encontrado a uno que no puede. Va a ser usted el gran amor de mi vida.

Me miró con asombro porque no sabía qué significaba aquello. Me puse de rodillas con bastante dificultad, pero descubrí que aquello era todo cuanto podía hacer. La fisioterapeuta se me acercó y me ayudó a levantarme del todo.

—No suelo prendarme de un hombre para acabar levantándome en brazos de una mujer —le dije, sin dejar de mirarle, cosa que le hizo reír otra vez.

—Vuelva pronto ——dijo.

Al día siguiente reapareció Grant, que venía a verme solo. Corrió la cortina que rodeaba la cama y quedamos encerrados en un recinto verdoso y acogedor.

—Por norma, ha de acompañarme una enfermera mientras examino a una paciente. ¿La llamo?

—¿Es una pregunta o una proposición?

—Ambas cosas. Se nos aconseja que lo hagamos para evitar hipotéticas acusaciones de violación. No tienes ni idea de cuántas histéricas y sedientas de sexo esperan ser seducidas por el médico. Luego se quejan para mitigar sus sentimientos de culpa.

—¿Y tú esperas que yo me queje?

Sonrió y negó con la cabeza.

—Creo que eres una paciente de bajo riesgo, así que si no tienes inconveniente ahorraré trabajo a las atareadas enfermeras y me permitiré el placer de estar a solas contigo.

—No tengo inconveniente.

—¿Te importaría entonces quitarte el camisón?

Me tuvo cubierta con la sábana todo lo que pudo mientras llevaba a cabo un examen médico concienzudo y completo: estetoscopio, agujas, martillo, pulso, presión sanguínea. Anotaba los resultados en mi gráfico. Sólo hubo una diferencia en aquella ocasión: sus ojos grises y fríos estuvieron clavados en los míos todo el tiempo. El efecto fue

electrizante, como una versión placentera de la prueba de los electrodos. Los nervios se me pusieron a flor de piel, la vagina se me humedeció y los pezones se me endurecieron. Olvidé el dolor; olvidé al moreno desconocido e inmovilizado del que me había enamorado el día anterior en la sala de rehabilitación; olvidé a las veinte mujeres que había al otro lado de la cortina; olvidé el riesgo que corríamos. Lo único que quería era que aquel joven siguiera tocándome.

—Salvo en la parte inferior de brazos y piernas, yo diría que tus terminaciones nerviosas están excepcionalmente vivas y sensibles —dijo mientras los ojos le relampagueaban con malicia—. ¿Puedo examinarlas más detenidamente? —Su mano me toqueteaba ya el pecho.

No me hizo falta responder. En el curso del examen se había dado cuenta de que el pulso me iba a cien por hora y de que los pezones se me habían endurecido. Para comprobarlo, me los estaba acariciando con los dedos en aquellos instantes. Sabía de sobra la respuesta.

Se sentó en la cama y me cubrió con la sábana, pero sin retirar la mano izquierda, que me había puesto entre las piernas. Me estaba haciendo las caricias más delicadas y deseosas de saber que había conocido en mi vida. Mientras mantenía abajo la izquierda, con la derecha me exploraba la piel centímetro a centímetro. Comenzó con una caricia suave en el pelo, luego rodeó la cara, con un dedo siguió el puente de la nariz hasta llegar a los labios, en cuya ranura hizo una leve presión, y acto seguido, con la mano abierta, me recorrió el cuello, me sobó los pechos, me pellizcó con ternura los pezones, y siguió estómago abajo hasta detenerse un instante en el ombligo. Por último, trazó una línea hasta el vello púbico, donde la mano derecha se reunió con la izquierda. A todo esto, me había introducido el índice izquierdo en la vagina mientras el pulgar me frotaba el clítoris con dulzura, en sentido rotativo, buscando la presión y velocidad que me proporcionasen más placer. No dejó de observarme con atención todo el rato, procurando que los movimientos de la derecha potenciasen las delicias de la izquierda, y transportándome a tal estado de placer delirante que tuve

que hacer un esfuerzo tremendo para no gritar. Fue el toqueteo más concienzudo y experto que me habían hecho en la vida. Echó toda la carne en el asador, mientras me observaba con frialdad, aunque respirando con pesadez. Cuando ya me subía la primera ola del orgasmo, retiró la mano derecha del monte de Venus para ponérmela en la boca y recordarme dónde estaba. Fue un ademán muy prudente, porque yo había perdido la noción de todo. Había estado a punto de gritar su nombre. Para el caso, me limité a susurrarlo.

Me arrastré en la cama hacia abajo, como pude. Alargué la mano y le toqué los muslos y la ingle. Tenía una pronunciada erección bajo la simuladora bata blanca que quedó medio oculta cuando se incorporó.

—Quiero hacer algo por remediarlo —le dije, acariciándole el bulto mientras terminaba de enderezarse y se inclinaba sobre mí.

—Ahora no. Ya hemos corrido hoy demasiados riesgos. —Me besó. Fue nuestro primer beso—. Ya encontraremos una manera de continuar, no te preocupes. Ahora, ponte el camisón.

Me lo puse, obediente como una niña, fascinada por su maduro dominio de la situación. Nuestros papeles se habían invertido de pronto a causa de su recién adquirido influjo erótico sobre mí. Descorrió la cortina y elevó la voz.

—Gracias, señora Cumming —dijo—. Su caso es muy interesante, aunque todavía no comprendemos algunos de sus aspectos. Tendrá que someterse a nuevas exploraciones.

—Cuando quiera, doctor Nesbitt, cuando quiera —dije, esforzándome por no sonreír.

—Aún no soy doctor —me corrigió.

—Es igual, ¡se las arregla usted divinamente!

El resto del día discurrió como en sueños. Un episodio de diez minutos había transformado toda mi actitud hacia la vida. Lo sucedido era realmente asombroso, pero además me había enseñado algo extraordinario: que, aunque tenía poco o ningún tacto en las manos, había «sentido» la erección de Grant. Por limitada que tuviera que estar mi vida en lo

sucesivo, aún sería capaz de «sentirlo» todo. La verdadera zona erógena está en la cabeza.

Al día siguiente estuve a régimen total. Me pusieron a los pies de la cama un rótulo que decía: «Ayuno absoluto». Era el Día de la Diabetes. Cada hora me tomaban una muestra de sangre. Por la tarde estaba que me subía por las paredes, ya que no había desayunado ni almorzado, y había visto los carritos de la comida desaparecer para siempre en las entrañas del hospital; de modo y manera que cuando la fisioterapeuta fue en mi busca, le expliqué lo que sucedía.

—Mire, no he comido nada en todo el día a causa de las pruebas de la diabetes. Me desmayaré si hago los ejercicios con el estómago vacío. ¿Hay alguna cafetería en el hospital?

—Sí, podría tomar unos bocadillos y té en el ambulatorio. Haré que la lleve alguien en una silla de ruedas.

—Yo sola podría arreglarme si tuviera un par de bastones.

La señora de la cama de enfrente me ofreció sus muletas.

—¿De verdad no le importa?

—¡Si no tengo dónde ir! —exclamó con tristeza.

Me fui, pues, por mi propio pie, con la promesa de subir a rehabilitación al cabo de media hora.

Recorrí la sala a buen paso, sorprendida de lo aprisa que podía andar con muletas. Bajé en el ascensor y recorrí pasillos hasta llegar al ambulatorio.

Vestida con la bata, me sentí un tanto extraña en la planta baja, donde todo el mundo iba en ropa de calle. Al final de la sala de espera del ambulatorio, con su pecera de peces tropicales y sus sillas tapizadas con eskai, vi un pequeño mostrador donde una señora de los Servicios Voluntarios Femeninos, servía té, bocadillos y pastas.

—¿Puedo comer un poco de todo? ¡Me muero de hambre!

Me miró con extrañeza, no del todo segura de lo que hacía yo allí.

—¿Y cómo se las va a apañar con las muletas, querida? Ande, siéntese y le prepararé una bandeja.

Salió amablemente de detrás del mostrador y me condujo a un sillón situado junto a una mesa de servicio, donde me senté y me puse a devorar con los ojos los peces tropicales.

De no ser por las muletas que descansaban junto a mí, habría podido encontrarme en cualquier cafetería inglesa. La mujer se me acercó entonces con la bandeja.

—Ahora tengo que ir a limpiar. Cerramos a las cinco. En realidad es por la mañana cuando tenemos trabajo.

—¿Quiere decir que esta parte del hospital está vacía por la noche?

—Pues claro, querida. Aquí sólo trabaja el personal diurno.

Medité aquello mientras me dirigía a los ascensores, en la parte delantera del hospital. ¿Qué podía impedir que fuese allí con Grant al caer la noche? Durante las horas de visita, los pacientes que no guardaban cama solían dar breves paseos por los pasillos con quienes habían ido a visitarles. Yo podía deslizarme en el ascensor y desaparecer en las oscuras regiones del ambulatorio todas las tardes entre las seis y media y las ocho, y encontrarme allí con Grant.

Cuando llegué a rehabilitación, busqué en seguida a mi amigo el paralítico. Le había sido físicamente infiel y me sentía culpable. Allí estaba, en el colchón, tratando de aprender a darse la vuelta solo. Me dejé caer a su lado y le di un beso. Fue como volver a casa, con el marido al que realmente se quiere, después de una infidelidad accidental con un desconocido joven y de gran atractivo sexual.

—¿Te puedo dar un empujoncito o no está permitido? —le pregunté/

—Lo que me gusta de ti —dijo sonriéndome— es que no tienes miedo de la verdad. Los demás fingen y hacen como si no sucediera nada.

—¿Y qué te ha sucedido?

—Tuve mucha fiebre durante dos días con dolores por todo el cuerpo, pensé que era la gripe y una mañana me desperté sin poder moverme. Yo también soy médico, pero no sabía qué me ocurría.

—¿Y qué hiciste?

—No podía hacer nada. He vivido solo desde que me divorcié. Aunque hubiera gritado, no había nadie que pudiera oírme.

Dijo todo esto en un tono de voz práctico e informativo, pero me imaginé el horror de la situación. Era un hombre valiente y maravilloso y sentí mucho afecto por él.

—Bueno, ¿qué pasó entonces?

—Por suerte pertenezco a una asociación de vecinos y nos turnamos con los coches. Un amigo pasaba a recogerme todas las mañanas e íbamos juntos al trabajo. Por lo general me reunía con él en la esquina, para que no tuviese que estacionar el vehículo. Al ver que no acudía, me llamó desde una cabina. Oí sonar el teléfono, pero no me pude levantar de la cama para contestar. Fue el peor momento.

—Dios mío, ¿qué ocurrió después?

—Estuvo a punto de seguir su camino, pensando que había dormido en casa de alguna mujer y que me había olvidado de avisarle. Dio la afortunada casualidad de que vio un sitio donde aparcar y decidió subir a casa por si yo estaba en la ducha y no había oído el teléfono. Cuando sonó el timbre, me puse a gritar. Tuvo que ir a la policía para echar la puerta abajo.

La fisioterapeuta acababa de verme. Se acercó a toda velocidad.

—Eh, ustedes, ¿qué hacen ahí?

—Estoy administrando una terapia particular a mi amigo —dije, dando otro beso al mencionado.

—Es la persona que más progresos consigue conmigo —dijo sonriéndome, mientras yo me servía de las muletas para incorporarme.

—Te veré después —le dije, mientras renqueaba hacia las paralelas.

Antes de que mi amigo el médico moreno fuera conducido a su sala, hizo que el celador le llevase donde estaba yo para preguntarme si quería ir a visitarle al día siguiente.

—Estoy en el ala Nuffield. ¿Te atreves a ir hasta tan lejos? ¿Te dejan salir de tu sala?

—Si lo hago en horas de visita, no creo que nadie me diga nada. No estamos en la cárcel, ¿verdad?

—En cierto modo sí: en la cárcel de nuestro propio cuerpo. Pero tú, querida, recuperarás la libertad muy pronto.

Adiviné por el tono que sabía que su propio caso no tenía esperanza, aunque lo dijo con la serenidad de la resignación total, y su valor me sobrecogió. Me incliné, apoyándome en los brazos de su silla, y le di otro beso a título de homenaje. Yo tenía los ojos llenos de lágrimas. Me resultaba difícil ser tan valiente con él como él lo era consigo mismo.

A la noche siguiente ya me había hecho con dos bastones y devuelto las muletas. Partí con resolución hacia las salas de los hombres.

En el hospital se respiraba una atmósfera totalmente distinta los fines de semana. Había pocos médicos y ningún estudiante. No había visto a Grant desde nuestra sesión erótica. Quizás estuviera asustado de lo que había hecho. Quizás había acabado por despertar y darse cuenta de la diferencia de edad que nos separaba. No tenía ni idea de lo que hacía los fines de semana ni de dónde vivía con su abnegado padre.

Las salas de los hombres eran más aburridas incluso que las de las mujeres. Allí reinaba el descuido. Las mujeres, hacendosas por naturaleza, ordenábamos cuidadosamente los artículos de aseo y las pertenencias personales. Teníamos más flores, nos hacíamos la cama nosotras mismas y poníamos fotos en la mesilla de noche.

Mi amigo estaba en la primera cama de la derecha según se entraba, y me vino muy al pelo, ya que no sabía por quién preguntar. No nos habíamos presentado; no había hecho falta. Habíamos trabado amistad soslayando los preliminares sociales y es probable que nos hubiéramos enamorado profundamente de haber contado la relación con algún futuro previsible. Yo ya estaba un tanto enamorada, pero había caído en la cuenta de que él era médico, es decir, un hombre que nunca había vivido de fantasías y que nunca viviría de ellas. Sólo esperaría y aceptaría de mí lo que pudiera devolver.

—Hola —dije con animación mientras le tendía la mano —. ¿Volvemos a empezar ahora que nos hemos encontrado en un sitio distinto? Soy Anne Cumming. ¿Qué tal estás?

Adoptó un aire protocolario.

—Yo soy Ian Bromley. Y estoy encantado de conocerte.

Le habían puesto debajo unos almohadones y podía girar la cabeza para mirarme, pero le resultaba difícil estirar la mano para coger la mía.

—Practiquemos el apretón de manos —dije inmediatamente, al darme cuenta del patinazo inicial—. Yo puedo tender la mano, pero no apretar ningún objeto.

Le cogí la mano varias veces, exagerando mis dificultades, y lo convertimos en una diversión infantil, con una mano sobre la otra, como si estuviéramos haciendo un juego de manos. Nos reíamos de nuestra propia torpeza, contentos de compartir también aquello. Luego tomé asiento a su lado.

—Ya que hemos terminado por ser amigos formales, ¿podemos volver a besamos? —me preguntó—. No sabes el bien que me hace que hayas caído del cielo para besarme como si no te importara mi situación.

Me incliné y le besé en los labios, controlando la magnitud del beso para que manifestase afecto en vez de pasión. No sabía hasta qué punto darle placer sin llegar al extremo de subrayar su impotencia.

—Es una sensación nueva el que ahora me bese una mujer hermosa. Lo siento de manera emocional, aunque ya no haya la acostumbrada reacción física.

—¿Te preocupa?

—No me importa tanto saber que nunca más volveré a experimentar placer físico cuanto la idea de que no puedo dárselo a otra persona.

—Entonces es que has tenido que ser un amante estupendo. Casi todos los hombres se preocupan más por ellos mismos que por la mujer.

—Por lo que a mí respecta, la llamarada definitiva ha sido siempre ver el deseo en los ojos de una mujer. Ahora, aunque lo viera, no podría ni tocarte la mano.

Supe entonces que comprendía qué clase de mujer era yo —demasiado tornadiza y sensual para sentirme interesada durante mucho tiempo por las situaciones estáticas— y que era muy consciente de que su situación era la más estática de todas. Agradecería de vez en cuando mi tránsfuga compañía

y mis besos malgastados, pero sabría contener sus emociones para que se ajustasen a sus contenciones restantes. No quería ver deseo en mis ojos. Deseé ser como él y se lo dije.

—Admito tu resignación y tu freno, Ian. Yo quiero aún muchas cosas para la edad que tengo, por no hablar ya de mi situación. A menudo creo que resulta indigno.

—No. Estoy seguro de que haces bien. Sigue deseando cosas y las conseguirás hasta el fin. Puedo verte a los noventa años en los brazos de algún joven.

—¡Dios mío, espero que no! Es posible que yo no sepa cuándo detenerme, pero estoy segura de que los jóvenes sí.

—Lo dudo. Creo que estarás en tu lecho de muerte y seguirás seduciendo jovencitos núbiles.

Nos reímos sólo de pensarlo. Quise hablarle de Grant, pero habría sido en realidad un golpe bajo. Tendría que tener a ambos hombres en compartimentos separados, dando y recibiendo cuanto pudiese mientras estuviéramos en el hospital. Luego, de vuelta en Roma, esperaba olvidarme de todo, aunque tuviera que irme con muletas. Me esforzaría tanto que el dolor no significaría nada para mí.

Le hablé a Ian acerca de las esperanzas que tenía y le pregunté por las suyas. Él quería hablar al respecto y, una vez más, sus palabras me dolieron más a mí que a él. Me habló del centro de rehabilitación donde le enseñarían a hacer lo que pudiese, y de aquí se trasladaría a una residencia para enfermos incurables, donde la vida y el trabajo estuvieran al nivel de las posibilidades de las personas como él. Esperaba investigar acerca de su especialidad médica concreta —las alergias y el asma— y escribir manuales en este sentido.

Sufrí un escalofrío al oír la expresión «residencia para enfermos incurables», pero él habló de ello como si se refiriese a un hotel. Me di cuenta de que la tentación del suicidio que me había asaltado había sido más cobardía que un pensamiento valeroso. Ian sí que era una figura heroica. A pesar de su conmovedora gratitud, me ayudaba él a mí más que yo a él.

Las horas de visita pasaron pronto. Habíamos hablado de nuestro pasado respectivo, y habíamos analizado nuestros

matrimonios y otros éxitos y fracasos. Entonces sonó el timbre y los visitantes tuvieron que marcharse.

—Ya no tendré más peleas emocionales en la vida —estaba diciendo él—. Es un consuelo, no creas. A partir de ahora, todos mis problemas serán exclusivamente físicos.

Yo no había esperado que se notara mi ausencia, pero la enfermera jefe estaba enfadada, y con bastante razón, por haberme ido sin decirle adonde. Le expliqué la situación y olvidó el enfado.

—Es que tenía usted una visita y no sabíamos dónde encontrarla.

—¿Qué visita? No esperaba a nadie.

—Bueno, se trata de ese joven, el estudiante de medicina que se ocupa de usted. Le ha dejado estas flores. Dijo que había venido a dar un paseo con usted. Órdenes del médico, añadió. ¡Naranjas! ¡Lo que ocurre es que ha hecho usted una conquista!

Aprobaba el romance. ¿Cómo decirle que lo único que yo quería de Grant era sexo? Un romance creaba demasiadas complicaciones emocionales.

Las horas de visita del domingo comenzaban al caer la tarde, pero me quedé en la sala. Me sentí mal por no ir a ver a Ian Bromley, pero temía que volviese Grant y no me encontrase. Ian sabía que yo tenía un hermano y supondría que me había venido a visitar y que por eso no había podido ir a verle.

Esperé y esperé, pero Grant no se presentó. Me sentí desilusionada. Al cabo de un rato renuncié a toda esperanza y me preparé para ir a ver a Ian.

Esperaba el ascensor para bajar a las salas de los hombres cuando salió Grant de él. Un minuto más y no le habría visto. Llevaba un paquete en la mano y vestía una clásica chaqueta de mezclilla Harris.

—Mi padre te envía este pastel. Lo ha hecho él mismo.

Nos quedamos en el descansillo, mirándonos el uno al otro. Cogí ambos bastones con una sola mano para poder hacerme con el pastel.

—¿Cocina tu padre, entonces?

—Sí, y muy bien. Los domingos nos damos siempre unas comilonas de órdago, luego le ayudo a lavar los platos y después vamos a pasear con el perro por los Hockney Marshes, que nos quedan cerca. No vivimos en un piso muy elegante, pero lo hemos hecho muy acogedor. Está lleno de antigüedades valiosas.

Sonreí, sin creerme en realidad aquella fantasía. Al igual que su nombre, sin duda se lo había inventado.

Yo tenía aún el pastel en la mano. Me lo quitó.

—¿Te lo pongo junto a la cama?

—No. Llevémoslo abajo con nosotros. Podemos ir al ambulatorio. Allí no hay nadie por la tarde, pero hay sillas, mesas y una máquina de Coca-cola. ¡Podremos merendar y todo!

Y así fue cómo empezó. Nos sentamos ante la pecera de peces tropicales, a ambos lados de una mesa en la que pusimos el pastel y sendos vasos de cartón con Coca-cola. Tuvimos que partir el pastel con los dedos porque no teníamos cuchillo. Grant me introducía los pedazos en la boca, le mordisqueaba los dedos con suavidad y le miraba fijamente a los ojos grises. Se levantó, se quitó la chaqueta, me incorporó y me estrechó entre sus brazos. No había nadie cerca, pero el eco de los pasos distantes nos ponía un poco nerviosos y a veces nos deteníamos a escuchar. Me levantó la bata y el camisón y yo le bajé la cremallera de la bragueta. Por fin se la veía: larga, delgada y dura como una piedra, tal como me la había imaginado.

—Ponme en aquella mesa de allí. No puedo mantener el equilibrio.

Había contra la pared una mesa llena de revistas. Fuimos hasta ella, con su brazo alrededor de mí, el pene sobresaliéndole de los pantalones a modo de guía que nos indicase el camino. Me incliné sobre la mesa, apoyé el pecho sobre *The Lady* y la mejilla sobre *The Ilustrated London News*. Me levanté la ropa por detrás y puse el culo en pompa.

—¡Métemela! ¡Por el amor de Dios, métemela!

Me la metió con dulzura, con tacto, separándome los jamones y apretándomelos contra él mientras empujaba la pelvis. Al principio se movió despacio y, a pesar de su ardiente deseo de eyacular en seguida, noté que se contenía. Luego, el largo pene, delgado como un lápiz, se hinchó y descargó el chorro de pronto. Yo casi me había quedado atrás, pero al sentir el calor del semen que me inundaba la vagina me corrí mientras él aún no había terminado de hacerlo. Fue un orgasmo que pareció durar horas. Su pene seguía bombeando y mis espasmos se sucedían sin interrupción. Cuando alcé la cabeza de *The Ilustrated London News* había transcurrido mucho tiempo.

Me volví cuando se retiró. Me sostuvo en sus brazos, sabiendo que me caería si no lo hacía, y apoyé la cabeza en su hombro, la cara en su cuello. Así estuvimos un rato sin hablar y noté que el esperma me chorreaba por los muslos. Antes de tomar asiento, cogió unas servilletas de papel de la barra de la cafetería y me limpió y se limpió con arte y eficacia, como si estuviera haciendo una intervención quirúrgica.

Nos sentamos juntos, empotrados en el mismo sillón, y hablamos sin parar, como si el acto sexual hubiera liberado las palabras de algún receptáculo oculto, lo que ciertamente era el caso. Fue el ábrete sésamo de sus secretas esperanzas y temores. Me lo contó todo acerca de su vida, que, como yo había sospechado, era la de un chico de la clase obrera que se esfuerza por imitar a los que considera superiores a él. Leía mucho, cuando estaba solo con su padre por las tardes, y resultaba una curiosa mezcla de aquel fantástico mundo de ficción y el auténtico mundo obrero que le rodeaba. Su ropa era la que pensaba que debía llevar un caballero, aunque los muchachos de su edad que proceden de los caros colegios privados llevan tejanos viejos y sucios y cazadora. Todo aquello le daba un aire anticuado, el trovador romántico de «The Lady of Shalott»[5]. Comprendí entonces lo que había visto en mí: una amante aristocrática y a la vez la madre perdida. Había otras cosas que no entendía.

—Grant, me desconciertas. Unas veces pareces un

muchacho sensible y otras da la sensación de que un joven duro y enérgico ocupa su lugar. Es esquizofrénico de todas todas. Es como si en ti hubiera dos personas distintas.

Parecía perplejo, fue a decir algo, pero se detuvo. Lo dijo instantes después.

—Si te hubieras criado en mi barrio, si hubieses ido a la escuela a la que fui yo…

—No, escucha, no es eso. Es un no sé qué extraño, algo que no resulta del todo normal.

Volvió a adoptar una expresión de perplejidad, bajó los ojos fríos y grises y, sin mirarme, dijo muy aprisa:

—Suelo tomar anfetaminas. Empecé a tomarlas para los exámenes porque me eran de mucha ayuda. Me dan valor suficiente para hacer todo lo que por lo general me resulta difícil. Sin ellas no me habría atrevido a insinuarme a ti.

—Comprendo.

—¿Te molesta?

—Sí. Las drogas me asustan.

—Quizá no debería habértelo dicho.

—Al contrario, me alegro de que lo hayas hecho. Quiero entenderte. Creo que es eso lo que buscas en mí: comprensión y aprecio.

—¿Y qué es lo que quieres tú de mí?

Le sonreí y le hice un gesto más bien ordinario.

Se echó a reír.

Nos besamos y nos pusimos a hacer el amor otra vez. No me moví de la silla en ningún momento; me limité a abrir las piernas. Se puso de rodillas en el suelo. Toda mi zona púbica estaba bien a la vista. Se inclinó para observármela.

—Nunca había visto ninguno —dijo—, salvo en los libros de medicina. Hasta ahora me había limitado a acariciarlos en la oscuridad.

—¿Te resulta desagradable?

—No. Es como una flor. Una pasionaria.

Volvió a dejar el duro pene al descubierto. Le bajé el prepucio.

—La tienes como un capullo de rosa. Incluso hay una gota de miel en la punta.

Nadie nos había visto bajar juntos en el ascensor, así que a mí me resultó fácil volver a hurtadillas a mi sala y a Grant dirigirse directamente a la puerta principal, como si no hubiéramos coincidido. Así lo hicimos la vez siguiente, y la otra, y la otra, y la otra. Todas las noches, en realidad, bajaba a ver a Ian y luego me encontraba con Grant en la sección de pacientes externos. Lo único que deseaba por las tardes era que mi hermano acudiera de visita, porque le llevaba conmigo a ver a Ian, le explicaba que sería discreto que nos dejara solos unos minutos y así nunca se quedaba mucho rato. Ian se cansaba con rapidez y por tanto no se sorprendía ni se ofendía cuando le dejaba poco después de irse mi hermano. Nos cogíamos las manos, cruzábamos palabras de amor, nos entendíamos a la perfección… y con esto bastaba. Ian no era ya capaz de consumar físicamente el acto amoroso, ni lo necesitaba tampoco; en cuanto a mí, lo llevaba a cabo en otra parte. Estaba en brazos de Grant prácticamente todas las tardes.

Una tarde estuvimos a punto de que nos cogieran con las manos en la masa. Una enfermera negra que acababa de terminar su turno entró con alimento para peces.

—Me había olvidado de darles de comer esta mañana —nos explicó mientras se dirigía a la pecera.

—¡Qué hospital! Una enfermera tropical para los peces tropicales —dije al tiempo que me arreglaba la bata a toda prisa.

Los tres nos echamos a reír y la enfermera nos dejó solos, algo desconcertada, pero sin hacer ningún comentario.

—¿Qué crees que habrá pensado? —me preguntó Grant.

—Nada. Supondrá que soy una paciente madura que pasa el rato con uno de sus sobrinos preferidos.

—Pero ¿por qué habíamos de estar aquí?

—Los asuntos de familia son demasiado íntimos para discutirlos en una sala pública. ¿Por qué? ¿Te preocupa?

—Un poco. Podrían expulsarme de la Facultad de medicina por seducir a una paciente.

—Creo que, en el presente caso, tendrían que expulsarme a *mí* por corromper a un menor.

—Quizás estés en lo cierto. No tendría que preocuparme tanto. —Apoyó la cabeza en mi hombro—. Así empecé a tomar anfetaminas, por la ansiedad. Seguir en la Facultad de Medicina se ha puesto muy difícil; sigue vigente el sistema reaccionario de la selectividad. Siempre se pregunta por lo que hace el padre de uno o si juegas o no al rugby. Es la forma de averiguar si fuiste a un colegio privado.

—Dios nos ampare. ¿Aún se siguen preocupando por esas cosas en la actualidad? ¿Qué tiene que ver con el hecho de ser un buen médico?

—No me lo preguntes a mí, pregúntaselo a ellos.

—¿A quién?

—A los capitostes de tumo. No lo comprenderías. Tú naciste con una cucharilla de plata en la boca.

—Déjate de tonterías. Con una cucharilla de plata en la boca acaba una atragantándose.

Nos echamos a reír. Reímos mucho en el curso de nuestras tardes clandestinas. Hacíamos el amor y reíamos. Ya andaba mucho mejor. Los ejercicios con Grant me sentaban mucho mejor que la fisioterapia en rehabilitación.

Había escrito a Rudi para contarle mi enfermedad. Recibí dos cartas de Nueva York, la una de Rudi, la otra de Tom.

«Tesoro (me decía Rudi; no escribía en inglés tan bien como hablaba),

»También yo paso momentos difíciles, aunque mi dolor y sufrimientos no son físicos. Tom me ha dejado y se va a casar dentro de poco. También te escribirá él porque le he dicho dónde estás. Me serví del pretexto de tu enfermedad para llamarle por teléfono. Procuro mantenerme en contacto con él, como haces tú con todos tus amantes, pero no creo poseer ni tu fuerza ni tu generosidad, yo no me lo paso nada bien. Me siento solo. Me gustaría ir contigo en seguida, pero tengo que marcharme a San Francisco para dirigir *La Cenicienta*. Recuerdo que una vez me dijiste: “El Príncipe Azul sólo existe en la imaginación, pero o se inventa un Príncipe Azul cuando se necesita o se queda una en la cocina para siempre”. Procuraré inventarme otro Príncipe Azul, y sé que también

volverás a estar tú en el baile. Anne, eres una fuerza de la naturaleza, y tu amor a la vida hará que te recuperes, aunque los médicos no sepan cómo.

»Te necesito. Estaré contigo muy pronto. Tuyo,

»Rudi»

Era típico de Rudi el preocuparse más por sus problemas que por los míos, pero me necesitaba, y a mí me gustaba que me necesitasen. Ésta había sido siempre la base de nuestra relación y encontraba un extraño consuelo en el hecho de que nada pudiese modificar las cosas. Estaba convencido de mi fuerza incluso en mis momentos de debilidad. No podía defraudarle.

Abrí la carta de Tom con curiosidad. Era muy breve:

«¿Qué tal estás? Por favor, no te mueras. Tienes que venir para conocer a Sharleen. Es una chica estupenda, me recuerda a ti. Tiene dos hijos pequeños y yo estoy metido en historias de niños por el momento; todo lo que pinto está en relación con el comienzo de la vida. Dos hombres no hacen un todo, siguen siendo dos mitades separadas, así que la componenda tenía que salir mal. Tenía que recuperar la perspectiva de las cosas o perder mi equilibrio artístico. Te envío un dibujo reciente para que te ayude a recuperarte y para explicarte lo que quiero decir. Besos.

»Tom»

Se trataba de un pequeño dibujo en blanco y negro enmarcado en raras formas abstractas que se movían hacia arriba y hacia fuera. Estaba claro que eran organismos en desarrollo: como el mismo Tom. No había nada estático ni en él ni en su obra. Tenía que estar siempre en movimiento.

—Buenos días, señora Cumming. —Era Mister Llewellyn-Jones que hacía su ronda diaria—. Hoy hay buenas noticias para usted. El mielograma y los pneumoencefalogramas han dado negativo. No hay indicios de lesión cerebral ni de ningún otro tipo de obstrucción. No hay el menor indicio de que haya tumor alguno.

—Gracias. Me alegra saberlo. ¿Qué es lo que me pasa entonces?

—Sabemos qué le ocurre, pero quizá nunca sepamos la causa.

Como de costumbre, Grant se encontraba detrás de él. Evitaba mirarle a los ojos desde que nos habíamos hecho amantes, pero en aquella ocasión le miré en busca de ayuda. Habló él por mí.

—¿No es verdad, profesor, que en estos casos el paciente se suele recuperar sin ningún tratamiento? —preguntó, sabiendo qué era lo que yo quería oír.

—La naturaleza es la gran curandera y lo único que podemos hacer los médicos es favorecer su acción. En el presente caso, por lo que parece, no hay nada extraño que extirpar ni organismos patógenos que destruir, así que lo único que podemos hacer es esperar y ver qué ocurre. Por suerte, la paciente, lejos de empeorar, parece que se pone mejor.

—¡Pero es todo tan lento! —me quejé—. ¿Cuánto durará?

—Un año más o menos, creo. Pero experimentará una notable mejoría al cabo de seis meses —añadió para consolarme.

—¡Dios mío, un año! —exclamé. Se me antojó toda una vida.

Fui a rehabilitación y me reuní con Ian, que estaba en el colchón.

—Voy a estar así todo un año.

—Y yo voy a estar así toda la vida.

—Ni siquiera estaré cerca de ti para venir a visitarte. Estaré en Italia. Pero te escribiré todas las semanas.

—Y yo esperaré tus cartas con ansiedad, pero no me escribas si te resulta una molestia. Es posible que quieras olvidarte de todo este período. Yo lo haría. Lo único que quiero es paz y tranquilidad.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que no quieres vivir?

—No. Ya he pensado en ello, como es lógico, pero me esforzaré por vivir. Sin embargo, viviré con personas y en situaciones que no tendrán ninguna relación con el hombre

que fui. Seré un vegetal, aunque un vegetal creativo, espero, que vive con sus libros. Si viviese con una mujer, estaría siempre deseando ser un hombre.

—Pero yo te amo tal como eres. ¿No puedo seguir amándote?

—Creo que no. El tuyo es un tipo de amor diferente. Eres mi más sentido adiós a todo aquello. En cierto modo has hecho que la transición me resulte más fácil. Triste, pero dulce. Habría podido ser sólo triste.

A la tarde siguiente bajé muy pronto al ambulatorio. No quise ver antes a Ian porque quería pensar en lo que me había dicho. Contemplé los peces tropicales mientras esperaba a Grant. ¿Eran felices en aquella pecera aclimatada con termostato? ¿Recordaban la libertad de los mares tropicales?

Oí los pasos de Grant que se acercaban por el pasillo y sentí la súbita exaltación que sólo el sexo, el amor y las drogas saben suscitar. Iba con una gabardina empapada y se detuvo un momento en la puerta. Quise correr a sus brazos, pero tenía los pies pegados al suelo a causa de la enfermedad y los bastones apoyados en la mesa.

Grant se movió aprisa, sin embargo. Me vi estrechada contra la gabardina húmeda, arrastrada a una de las salas de consulta, tumbada en una dura camilla de observación.

—Quisiera ser joven y estar sana para ti —le dije.

—Deja ya de preocuparte por tu enfermedad. Voy a cerrar la puerta y a tenerte aquí hasta que olvides quién eres y dónde estás.

—Ése es el problema, que no puedo olvidar. Soy un pez exótico acostumbrado a nadar libremente en mares cálidos. No se me puede encerrar. Hasta Ian lo comprende. Él me entiende mucho mejor que tú.

—Es posible. Es mucho mayor. Y viene de tu mismo mundo.

—¡Estás celoso!

—Sí, lo estoy. Aunque el muy desgraciado a duras penas podría apartarte de mí. Pero de lo que estoy celoso es de las cosas que los dos habéis hecho y que yo sólo conozco por los

libros.

Fue rápidamente a la puerta y quedamos encerrados en nuestro pequeño mundo particular. Estaba en uno de sus momentos de frialdad y determinación.

—Has vuelto a tomar pastillas. Estás demasiado seguro de ti.

No respondió y comenzó a desnudarme antes de quitarse siquiera la gabardina. Se puso a besarme en el acto por todas partes. Me chupó los pezones, me acarició el ombligo con la lengua y bajó hasta lo que él llamaba mi «pasionaria». Abrí la pasionaria ante sus narices, automáticamente. Me recorrió las vulvas con la lengua y a continuación se concentró en el clítoris. No tardé en sentir el agudo cosquilleo de un orgasmo inminente.

—¡No, no! Espera, cariño, espera. Quiero correrme contigo. No, no. Por favor, espera… por favor… por favor…

Pero no esperó, y yo no podía esperar, y me convulsioné, y jadeé, y me aferré a sus manos, que me mantenían los muslos abiertos.

Cuando todo acabó, se puso en pie y se inclinó para besarme en la boca. Me estremecí entre sus brazos y la gabardina húmeda se me pegó a la carne desnuda. Saboreé mi propio sabor y no me gustó.

—Desnúdate. Ahora te toca a ti —dije.

—No. Quiero esperar a que estés lista para correrte otra vez.

—Aún tardaré un poco.

—No importa. Me gusta trabajarte despacio. A veces voy por ahí, durante horas, con una erección, pensando sólo en el sexo. Ahora me la noto dura como un ladrillo y quiero contenerme hasta que tú también estés a punto.

—Como quieras. Pero me gustaría vértela. Deja que te desnude despacio —dije, incorporándome—. No irás a pasarte toda la noche con la gabardina puesta.

Primero, instintivamente, le toqué la ingle, le palpé el paquete y le abrí la bragueta. Un badajo sin campana salió a la luz como impulsado por un muelle.

Me eché atrás, maravillada. Se echó a reír, se abrió los

faldones de la gabardina y el badajo se balanceó como si dieran las doce en la torre de una iglesia.

—Vas a convertirme en fetichista. ¡Gabardinas y exhibicionismo, por el amor de Dios!

Se quitó la gabardina y el resto de la ropa y estuvo un buen rato desnudo junto a mí, acariciándome con aquel talante frío y analítico que le caracterizaba. El pene se le puso como el acero, como el diamante, hasta que la reveladora gota de lubricación le rezumó por la punta, y yo comencé a sentir mi propia reacción húmeda. Se dio cuenta en el acto y se encaramó hacia mí. La camilla era muy dura y estrecha, y tuve que dejar las piernas colgando por los costados para que tuviera sitio para penetrarme. Era una buena posición, ya que me frotaba el clítoris con la pelvis. No sé quién se corrió primero o terminó el último; fue una de esas ocasiones insólitas en que el orgasmo simultáneo alcanza la fusión de los cuerpos. Permanecimos estrechamente abrazados durante siglos, sintiendo los latidos del otro hasta que el mecanismo acabó por detenerse y quedar inmóvil. Estuvimos en silencio un buen rato.

—Tengo que sacarte de aquí. —Alzó la cabeza para mirarme—. Tenemos que encontrar un lugar donde estar siempre juntos de este modo.

—Grant, cariño, cuando salga de aquí, volveré a Roma.

—Entonces me iré contigo. Te seguiré. No puedes escapar de mí.

—Yo también lo veo difícil, habida cuenta de mi estado. Pero volveré a rastras a la vida, regresaré a Roma cojeando y trataré de olvidarte.

Hundió la cabeza en mi hombro. No dijo nada. Lloraba.

Me había dejado llevar de un impulso y me había puesto en contacto con Gregory el Malo. Estaba enzarzado en un plan de investigación en Bath, pero se dejó caer por Londres expresamente para verme. Su tremendo corpachón llenó el marco de la puerta cierto día, en horas de visita, y sobresaltó a las enfermeras porque traía consigo todo un árbol.

—Como las flores me parecen una ridiculez —dijo—, te he traído un árbol de la vida.

Lo colocó junto a la cama y allí estuvo durante el resto de mi estancia. No había precedentes de que se hubiera regalado a nadie un árbol y hubo que pedir permiso a la enfermera jefe para que me dejara tenerlo en la sala.

—No pueden quitarle el árbol de la vida a una mujer que se muere —dijo Gregory con decisión.

—No creo que la señora Cumming se esté muriendo —dijo la enfermera jefe con displicencia—. Imagínese que a todo el mundo le diera por traer árboles; no tardaríamos en tener aquí todo un bosque.

—Más vale un bosque que un cementerio —retrucó Gregory entornando unos ojos que parecían más juntos que nunca.

La enfermera se batió en rápida retirada. Era probable que reconociese una paranoia incipiente cuando la veía. El árbol se quedó.

Cuando la enfermera se hubo ido, Gregory hizo que me vistiera, me cogió en brazos con el mayor atrevimiento y me llevó a los jardines de la entrada del hospital.

—No quiero verte con muletas ni en una silla de ruedas —dijo. Las enfermeras estaban demasiado sorprendidas para entrometerse.

Estuvimos fuera, charlando, mientras caía la noche. Gregory parecía curado del todo y adaptado ya a la vida y al amor. Tenía una novia que trabajaba con él. Me dio noticias de Caspian y Kate, de Gregory el Bueno, de Peter y Paul, a los que aún frecuentaba. Le expliqué que no quería que ninguno me visitase en mi situación.

—Pero tú eres distinto, Gregory, y siempre lo serás. Me gustas porque tu conducta está a tono contigo: ambos son más grandes que la vida. Eres un bárbaro, nunca aburres. En cierto modo somos tal para cual. Los dos somos grotescos.

Me sonrió y me dio un abrazo cariñoso: el abrazo propio del oso ruso que era. Pero era un gigante, no un ogro.

Cuando hiera comenzó a refrescar, me volvió a subir en brazos, me desnudó y me metió en la cama como si fuera una niña pequeña. Luego me dio un beso y se marchó. No le dije que volviera; el viaje era demasiado largo. Sabía que nos

volveríamos a ver, y así fue: nos volvimos a ver muchas veces.

—Una visita llamativa —dijo la señora de la cama contigua, que solía percatarse de las cosas—. ¿Es algún pariente?

—En cierto modo estamos emparentados.

No creí conveniente darle más detalles.

El fin de semana fue como si comenzase una nueva etapa. Resolví darme un baño, me vestí y fui renqueando con ayuda de un bastón hasta la puerta principal, con objeto de sentarme en los jardines con mi hija, que había venido a visitarme. Pudimos llevamos a Ian con nosotras en la silla de ruedas. Fue un gesto para demostrarle mi deseo de ampliar nuestra amistad hasta el mundo exterior y una forma de decirle que me negaba a aceptar que nuestra relación pudiera terminarse. Ian y yo continuaríamos viéndonos cuando abandonáramos el hospital. Grant y yo no. Hay que saber distinguir entre la lujuria y el amor.

No pude poner en práctica mi decisión, pero no por culpa mía. ¡Ian me había dejado! El único hombre que no podía salir corriendo para huir de mí había acabado por hacer justamente esto.

Bajé nada más comer y me encontré con su cama vacía. No me sorprendió porque había muchos sitios donde podía ir con la silla de ruedas. Me senté a esperar. El ocupante de la cama contigua me observaba con extrañeza, pero no dijo nada. Advertí entonces que en la mesilla de noche no había libros, ningún reloj, ninguna jarra de agua.

—¿Dónde está el doctor Bromley? ¿Le han cambiado de sala? —pregunté a su vecino.

—No. Ha abandonado el hospital. ¿No sabía que se marchaba? Esta misma mañana vino su hermana por él.

—¿Quiere decir que sabía en todo momento que se iba a marchar hoy?

—Pues sí, creo que sí. Ha ido a casa de su hermana a pasar el fin de semana allí; el lunes se trasladará a un centro de parapléjicos.

Fui renqueando hasta el despacho de la enfermera y pedí el número de teléfono de la hermana.

La ficha se la habían llevado ya a las oficinas de administración y éstas no abrirían hasta el lunes por la mañana.

Era sábado por la tarde y mi hija había llegado de Monmouth con los niños. Fue un gran sacrificio para ella porque los niños habían sido muy alborotadores y fastidiosos en el largo viaje en tren y representaba una auténtica molestia que se quedaran mucho tiempo en el hospital. Les fascinaron los aspectos macabros de la vida hospitalaria, desde los bacines de cama hasta las transfusiones de sangre, y corrieron por la sala curioseándolo todo. Fiona hizo lo que pudo para que se estuvieran quietos, pero al cabo de media hora convinimos en que lo mejor era devolverlos a su casa. Como yo estaba vestida, bajé con ellos hasta la puerta principal, los dejé en el taxi, volví renqueando por el camino y me senté sola en el jardín abierto al público. Fue mi primera salida. Había querido hacerla con Ian, y me sentí desamparada, infeliz y sola. Grant no iba a acudir a causa de la visita de la familia. Ian habría podido encajar en un día como aquél, pero Grant no. Volví tambaleándome a mi cama del hospital.

Al día siguiente, domingo, tuve una agradable sorpresa. Estaba tranquilamente sentada con mi hermano Max en la sala de visitas cuando entró un hombrecillo con una bolsa de papel arrugada. Miró en derredor y cuando me vio se le iluminó la cara y vino directamente a mi encuentro.

—¡Hola! Usted debe de ser Lady Anne Cumming —dijo.

—Sí y no —repliqué—. Soy Anne Cumming a secas.

—Pues mi hijo m’ha liao. Es que nunca dice las cosas como son. Es que siempre tié que ponerle a todo música de película.

—¡Cielo santo! Usted es el padre de Grant.

—Bingo a la primera. Mire, le traigo un pastel. Hecho con mis propias manos —me puso en el regazo la bolsa arrugada.

Miré el interior a hurtadillas. Era un dulce de ciruelas de los antiguos.

—¡Es encantador! —dije, sonriéndole—. Gracias, papá.

Una amplia sonrisa se le dibujó en la cara.

—Me gusta que me llame usté papá. Es lo natural. Grant ha aprendido a hablar fino y ahora me llama «padre». Ya no es lo que era antes.

—Yo siempre he pensado que era usted «papá» y por eso se lo solté. Me alegra que no le importe.

Le presenté a mi hermano y le pedí que se sentara con nosotros. Mi hermano estaba perplejo y Papá se sintió la mar de complacido cuando se estrecharon la mano.

—Encantao. Pues me han hablao mucho de Anne, pero no sabía que tuviese un hermano en Londres. Grant dice que Anne vive en todas las partes del mundo.

—Y es verdad —dijo Max—. Las enfermedades como la que padece ahora las utiliza para descansar el tiempo suficiente para darme a mí la oportunidad de estar con ella. —Me miró con aire interrogativo—. Por cierto, yo no conozco a Grant, ¿verdad que no?

—No, es una amistad exclusivamente mía. Es un estudiante de medicina al que se le ha asignado mi caso.

Papá resplandecía de orgullo.

—Es muy listo. Todo lo ha sacado adelante con becas. Nunca para de trabajar. Quiere llegar a lo más lejos que se pueda, y apuesto a que lo consigue. Mire, le envía esto.

Sacó un sobre del bolsillo. En el haz estaba mi nombre escrito con mucho ringorrango. La escritura, como el mismo Grant, no parecía del todo natural.

—La leeré luego. Esto quiere decir que no va a venir esta tarde, ¿verdad?

—Pues no, se ha ido a pasar fuera el fin de semana. A meterse en una de sus cuevas. Es por la espelilo… bueno, él lo llama más o menos así.

—Por la espeleología —intervino mi hermano—. Pues da la sensación de que su hijo es un joven notable. ¿Y se mete muy a menudo en cuevas, señor… señor…?

—Llámeme George. El nombre completo es George Percy.

Lo mismo que mi padre y lo mismo que mi hijo, sólo a que él le gusta que le llamen Grant Peregrine. No sé por qué, porque yo casi ni sé pronunciarlo, pero como a él le pone contento, a mí me da igual.

Me tocó sonreír a mí. ¡Pues claro, George Percy! Sentí un arrebato de ternura, aunque le iba a pinchar de lo lindo por negar su origen barriobajero, su nombre y a aquel hombrecillo encantador que quería que le llamasen «Papá».

—Bueno, voy a tener que irme. Tengo que planchar. Es que soy Papá, pero al mismo tiempo soy Mamá. La parienta se me fue con un policía cuando el chico casi ni andaba, pero me las arreglé. A él nunca le ha faltao nada.

Nos dimos la mano con cordialidad.

—Bueno, pues hasta más ver —dijo radiante y desapareció antes de que pudiera volver a darle las gracias por el pastel.

—¡Diantre! —exclamó Max—. Salta a la vista que no has perdido habilidad para relacionarte con gente rara. ¿Qué pinta tiene el hijo?

—La que necesita una otoñal que no puede levantarse de la cama. Viene a verme todos los días y atiende a todas mis necesidades.

Mi hermano me miró con curiosidad y cabeceó.

—No sé cómo lo haces, pero siempre caes de pie, ¡incluso cuando te quedas paralítica!

Cuando volví a la cama, me puse a leer la carta de Grant.

«Amada mía,

»Intuí que no querrías verme este fin de semana y me di cuenta de que iba a desentonar junto a tu familia. Comprenderás lo que quiero decir cuando conozcas a mi padre, que insiste en entregarte personalmente esta nota. Es un hombrecillo vulgar, pero sé que le tratarás con educación. Tenía muchas ganas de conocer a la encantadora señora de quien tanto le he hablado.

»Tu ferviente admirador y amante apasionado,

»Grant Peregrine Nesbitt»

El lunes, el grupo de médicos y estudiantes se detuvo junto a mi cama. Grant estaba allí, con expresión distraída en la mirada. Quise saltar de la cama y estrecharle entre mis brazos, pero me limité a dirigir a todos un educado «Buenos días». Ante mi sorpresa, Mister Llewellyn-Jones me informó que se me iba a exhibir en la sala de conferencias. Uno de los médicos de la Reina, Lord Brighton, ya retirado, había acudido expresamente para dar una charla sobre peculiaridades neurológicas a un distinguido grupo de estudiantes posgraduados. Se me pidió que bajase en seguida y aguardase fuera de la sala de conferencias. Ni siquiera tuve tiempo de hablar con Grant.

A otros enfermos en exhibición tuvieron que llevarles en camilla. Un cuarto había sufrido una intervención en el cerebro, llevaba el cráneo afeitado y los puntos ennegrecidos le corrían por la sien y hacia la parte posterior del cuero cabelludo bajo un fino gorro de punto blanco. Sólo otro individuo, en silla de ruedas, tenía una afección en la pierna, al igual que yo. Yo fui la única que entró por su propio pie, y muy aturdida, por cierto, ya que todos estuvimos esperando fuera durante casi una hora. Me lancé sobre el pobre Lord Brighton antes de que pudiese abrir la boca.

—Los pacientes son enfermos y debería tratárseles como a tales. He estado esperando durante tres cuartos de hora en un pasillo lleno de corrientes de aire, sin una silla para sentarme, y no me extrañaría nada que sufriese un desmayo.

Lord Brighton se me acercó inmediatamente, arrastrando su propia silla al hacerlo. Era un hombre muy anciano y no andaba mejor que yo.

—Tenga, querida señora, siéntese aquí. Y gracias por venir a vernos. —Me ofreció la silla.

Irradiaba tal dulzura que en el acto me excusé por mi actitud.

—Discúlpeme. Lo que le he dicho es lo único que funciona mal en este hospital y creo que es debido a que nadie tiene fuerza suficiente para protestar. Ha sido una manifestación de protesta unipersonal. ¡Mejores condiciones para los conejillos de indias!

Lord Brighton sonrió y me palmeó la cabeza. Hizo una seña con una mano temblorosa pero llena de autoridad.

—¡Enfermera! Que venga en el acto la enfermera jefe.

—Sí, Milord.

Una guapa enfermera salió de la sala mientras «Milord» leía mi historial.

—Bien, ¿tiene alguien alguna sugerencia que hacer acerca de este caso?

Miré en derredor en busca de Grant, pero me di cuenta de que estaba ante un público mucho mayor y que él no se encontraba allí.

Ante mi sorpresa, una voz norteamericana preguntó:

—¿Se le ha ocurrido a alguien la posibilidad de que la paciente pudo ser envenenada?

El público, al parecer, estaba compuesto por médicos jóvenes de todo el mundo. El que acababa de hablar llevaba en la solapa una tarjeta con su nombre y la referencia «Clínica Mayo».

Lord Brighton se volvió a mí con aquella tierna sonrisa suya.

—Bueno, estimada señora, no podemos descartar ninguna posibilidad. ¿Tiene usted algún motivo para pensar que ha podido ser envenenada, por error o intencionadamente?

El médico de la Clínica Mayo intervino sin dilación:

—Quisiera preguntar si la paciente tiene alguna ocupación susceptible de ponerla en contacto con plomo, arsénico u otras materias nocivas.

—Bueno —replicó Lord Brighton—, a mí la paciente no me parece una obrera fabril, pero sí lo bastante hermosa para haber sido envenenada por un amante celoso. ¿Qué dice usted, querida?

—Me siento muy halagada, Milord, pero mis maridos y amantes se han contentado siempre con librarse de mí con buenos modos —contesté. De pronto se me ocurrió algo—. Lo más cerca que he estado de un veneno en mi vida fue cuando, no hace mucho, me fumigaron la casa para eliminar las pulgas.

—¿Qué clase de insecticida utilizaron? —preguntó

inmediatamente el médico de la Clínica Mayo, muy serio.

—DDT, supongo… no se me ocurrió preguntarlo.

—¿Se sigue utilizando DDT en Inglaterra? —El joven médico norteamericano parecía sorprendido.

En aquel punto entró velozmente en la sala una enfermera jefe muy peripuesta.

—¿Ha mandado llamarme, Lord Brighton?

—Sí, enfermera. Quiero saber dos cosas. ¿Se utiliza el DDT en Inglaterra? Y ¿por qué a los pacientes se les hace esperar durante horas cuando se prestan amablemente a que analicemos en público su desdichada situación?

—No lo sé, Milord. Investigaré ambas cuestiones.

Se marchó tan raudamente como había llegado, aunque con los perifollos algo gachos.

—Bien —dijo Lord Brighton—. A propósito del veneno. Es verdad que hay venenos que afectan al sistema nervioso. Puesto que el DDT aniquila insectos paralizándolos, supongo que en grandes cantidades puede provocar la muerte de una persona.

—En los Estados Unidos —dijo el joven médico— conocemos muchos casos de obreros agrícolas envenenados por DDT. Está actualmente prohibido por esta razón. ¿Sufre usted alguna alergia, señora?

—Sí, a menudo. Fiebre del heno, erupciones, urticaria, un montón.

—Entonces es usted particularmente sensible a los efectos del DDT. ¿Durmió en casa después de la fumigación?

—Sí. Nadie me dijo que no lo hiciera.

Lord Brighton volvió a tomar la palabra.

—Tendremos que consultar con la alcaldía del distrito, los servicios municipales de desinsectación y la fábrica responsable del producto tóxico. Esperaba darles una conferencia exclusivamente médica sobre este caso, pero por lo que se ve, está en relación con los problemas del medio ambiente. Enviaremos una muestra de la sangre de la paciente al Ministerio de Agricultura para que analicen su posible contenido en DDT. Si realmente ha sido ésta la causa accidental de su dolencia, el organismo reaccionará

lentamente y se adaptará a cualquier incapacidad que a la larga permanezca.

—¿Quiere usted decir que nunca volveré a estar del todo bien? —pregunté con ansiedad.

—Ninguno de nosotros está del todo sano ni funciona del mismo modo —respondió para consolarme—. Además, la edad y las enfermedades nos afectan a todos de manera distinta. Una parte de sus nervios motores, señora Cumming, ha quedado dañada de modo irreversible, pero pronto podrá andar otra vez. —Se me acercó, me ayudó a levantarme de la silla en que estaba sentada y me tendió los bastones—. Vuelva a la sala, querida. En estos momentos, nuevos nervios se le desarrollan paulatinamente y, por otro lado, está usted aprendiendo a desenvolverse sin algunos. El cuerpo humano es la única máquina con capacidad para autoadaptarse y autorregenerarse. Lo único que podemos hacer los médicos es coadyuvar a este proceso de la naturaleza. Lo que se dice curarse, se curará usted sola, señora Cumming. Yo ya no necesito seguir examinándola.

Casi se me saltaron las lágrimas cuando, conmovida, le di las más sinceras gracias. La charla me había sido más útil a mí que a los oyentes. A decir verdad, salí de la sala ayudándome de un solo bastón en vez de dos.

Los tres pacientes que tenían que estar en camilla seguían esperando en el pasillo y sin que nadie les atendiese. Mientras me alejaba cojeando con los dos bastones en una mano, me siguieron con los ojos llenos de tácitas preguntas. Comprendía muy bien su inquietud y sus aprensiones y me volví para tranquilizarles.

—El conferenciante de hoy es asombroso: es un anciano muy sabio que lo sabe todo sobre enfermedades. Os sentiréis mucho mejor cuando le hayáis visto. Miradme a mí; entré apoyada en dos bastones y ahora puedo andar con uno solo.

Reanudé el camino, saludándoles con la mano libre. Los tres me devolvieron el saludo sonriendo.

Me dirigí a las oficinas de administración para obtener la nueva dirección de Ian. No acababa de creerme aquel deseo suyo de estar totalmente solo y quería escribirle en seguida.

Me dieron la dirección de un centro de rehabilitación, lo que, por lo menos, sonaba mejor que una residencia para enfermos incurables. Subí a la sala para escribir la carta antes del té, pero se presentó Grant antes de que pudiera hacerlo.

—Tengo muchas cosas que contarte —dijo.

—¡También yo tengo mucho que contarte!

Nos sentamos junto a la estufa de gas del comedor y me cogió la mano. Nos pusimos a hablar en el acto, como si no nos hubiéramos visto desde hacía semanas. Me habló de sus aventuras en las cavernas y de cuánto me había echado de menos, y de «Papá», al que aludía llamándole «padre».

—Lleva una vida muy solitaria. No sé qué hará cuando me vaya a vivir contigo —dijo.

—Grant, ¡estás loco! —contesté—. Ya te he dicho que cuando deje el hospital no volveremos a estar juntos.

Iba a protestar con vehemencia cuando una criada portuguesa entró para poner las mesas. Lo saqué de la sala a empujones.

—Nos veremos luego —le dije con segundas intenciones.

No había tenido ocasión de contarle lo del DDT.

Fue extraño el encuentro de aquella tarde. Fue la primera vez que no hicimos el amor. Aún teníamos mucho que decimos. Le hablé de la subrepticia escapada de Ian y también de lo del DDT. La reacción de Grant fue una mezcla de sentimientos encontrados. Como es lógico, se alegró de saber que la causa de mi estado —la sustancia tóxica— había desaparecido de mi organismo hacía semanas, y que me iba a recuperar poco a poco. Pero esta perspectiva reavivaba la amenaza de mi marcha. Una vez más, su «madre» iba a dejarle, y este miedo se le hizo evidente de un modo patético. De súbito, me estrujó contra sí, me soltó con brusquedad y se dirigió a la máquina de Coca-cola. Quedó de espaldas a mí mientras el aparato vertía el brebaje en un vaso de cartón, pero advertí que se introducía algo en la boca y que se lo tragaba.

—¿Qué haces?

Me miró con aire de culpa.

—He tomado un estimulante. Me sentía demasiado cansado para hacer el amor. Hemos tenido muy poco tiempo.

Vino hacia mí. Me incorporé con furia y así el bastón. Mi rabia era una mezcla de vanidad femenina herida, ya que necesitaba un estimulante para ponerse cachondo, y cólera materna, porque había hecho algo que yo le había prohibido. Mis papeles estaban tan mezclados como los suyos. Casi por vez primera en mis muchas relaciones con jóvenes, sentí el peso de los años y esto me hizo más fácil rechazarle.

—Grant… dejémoslo para mañana. No lo estropees ahora que todo termina.

—Pero si no tiene que terminar nada. Tiene que comenzar. Tenemos que estar juntos, realmente juntos.

Me abrazaba, me besaba, se me enganchaba, hombre y muchacho en un solo cuerpo.

—Te quiero… te necesito —repetía mientras trataba de alzarme en brazos y conducirme a la mesa de las revistas—. Quiero que estés como la primera vez que te poseí, con la cabeza hacia atrás, el camisón levantado, y el cuerpo enteramente a mi disposición.

—Grant, por favor… por favor… no quiero hacer el amor contigo cuando estás con pastillas. A ti te estimulan, pero a mí me desaniman. No te quiero… no te quiero así. ¡No quiero hacer el amor con un drogadicto! —exclamé prácticamente a voz en grito.

Me soltó en aquel punto, me miró con desesperación, giró sobre sus talones y salió del edificio. Me arrastré hasta los ascensores sintiéndome vieja, cansada y enferma. Había sido nuestra primera pelea, quizá la última. Me pregunté si volvería.

Al día siguiente advertí en seguida que Grant no se encontraba entre los estudiantes. Mister Llewellyn-Jones siempre se dirigía a él automáticamente para pedirle mi ficha durante la ronda de visitas. Grant no estaba, así que fue otro estudiante el que se adelantó con ella.

—Nesbitt no ha venido hoy, señor. Yo me encargo de la ficha de la señora Cumming. El informe del Ministerio de Agricultura acaba de llegar.

—Nesbitt se ausenta muy a menudo. ¿Qué le ocurre a este muchacho?

—Quizás esté enfermo, señor.

—Un médico no se puede permitir el lujo de caer enfermo. Bien… ¿en qué estábamos?

Estudió el informe del Ministerio de Agricultura sobre las muestras de mi sangre y se puso a leerlo en voz alta:

—La cantidad de DDT localizada en las muestras es elevada, aunque no mucho más elevada que la que se podría encontrar en la sangre de las personas que viven en lugares donde se utilizan atomizadores, fertilizantes, polvos, gases y hasta papeles matamoscas que emanan sustancias de poder insecticida…

De pronto apareció Grant, a tiempo de oír la última frase. También él llevaba un papel en la mano.

—Discúlpeme, señor —dijo a Llewellyn-Jones—. Vengo de la alcaldía de distrito de Chelsea y se me ha informado que su servicio de desinsectación, que utiliza este producto diariamente, es inofensivo, y que la presente es la primera queja que se formula. Además me he puesto en contacto con los fabricantes, y alegan que jamás le ha ocurrido nada a ninguno de los cientos de trabajadores que intervienen en la fabricación de DDT.

—Gracias, Nesbitt. Ya me preguntaba dónde estaría usted. —Para alivio mío, el tono era de perdón, y continuó—: La gente sufre a menudo intoxicaciones sin saberlo, pero creo que, en lo que respecta a este caso, podemos determinar que la señora Cumming ha sufrido una intoxicación por DDT. Pese a todo, nunca estaremos seguros de que no haya sido a causa de un virus desconocido.

—En otras palabras —intervine—, no hay pruebas suficientes para empapelar a nadie.

Mister Llewellyn-Jones me sonrió.

—La señora Cumming no tiene pelos en la lengua. —Me dio unas palmaditas en las piernas desnudas—. Lamentaré perderla de vista, estimada señora. Ha sido una paciente interesante, pero creo que ya no podemos hacer nada más por usted.

Me despedían sin más ni más. Era un conejillo de indias innecesario.

Se volvió entonces a Grant.

—Nesbitt, que la enfermera jefe arregle para mañana el alta de la señora Cumming. —Y volviéndose a mí, dijo—: Se recuperará poco a poco. Trate de ser paciente.

Me sonrió y me estrechó la mano.

El pequeño grupo se alejó. Grant y yo nos quedamos solos, estupefactos ante la rápida conclusión de los acontecimientos. Planes, palabras, proyectos, sugerencias, resoluciones, conclusiones, todo tendría que posponerse.

—Hasta la noche —fue lo único que pude decir a Grant.

El resto del día se me pasó en lo que sin duda fue el plan más frenético y complicado para salir de una pequeña cama situada en el rincón de una sala de hospital. Más de un mes de hiperprotección y movilidad limitada habían cambiado todo mi sentido de la orientación. Yo, que siempre me había movido por el mundo con rapidez y facilidad, me sentía torpe a la hora de pensar en desplazarme de un lado a otro de Londres.

Telefoneé a mi hermano y a mi hija, pensando estar primero con uno y después con la otra. Como es lógico, no podía quedarme en la casa infestada de DDT ni volver directamente a Roma hasta que hubiese transcurrido un período razonable de convalecencia. El asistente social del hospital me visitó y me sugirió permanecer un mes en una clínica de reposo del Estado, y a mí me pasó por la cabeza la idea de que me podía reunir con Ian en su centro de rehabilitación. Me puse a escribirle en seguida.

Yo no estaba del todo convencida de que Ian hubiese querido de veras que nuestra relación terminase tan bruscamente ni de lo que lo hubiera hecho por mi bien. En la carta le dije que aún quería mantenerlo dentro de mi vida, pero que si él no me quería a mí en la suya, que lo comprendería. Le pedí que me escribiese a casa de mi hermano. Bajé a echar la carta en el vestíbulo principal. Luego salí a la puerta a respirar el aire libre.

La tarde discurrió lentamente hasta la hora de visita. Estaba impaciente porque llegase el momento de realizar mi última incursión secreta en el ambulatorio.

Grant se encontraba junto a los peces tropicales cuando llegué. Tenía las pupilas dilatadas, su conducta era extraña. Parecía drogado. Se me encendió la rabia, pero no quería teñir de ira nuestro último encuentro.

—¡No me vas a dejar! —barboteó antes de que pudiera decir nada.

—Dejo el hospital, no a ti.

—¿Y adónde vas a ir?

—A casa de mi hermano. ¿Dónde, si no? No puedo volver al piso lleno de DDT.

—Vente con papá y conmigo.

Era la primera vez que llamaba «Papá» a su padre en mi presencia; me sorprendió más que la oferta, que me conmovió profundamente.

—¿Cómo se te ocurre? ¿Qué pensaría papá?

—Se sentiría honrado, y contento. Siempre tiene miedo de que le deje para irme a vivir con una chica. Le encantaría que la chica se viniera a vivir con nosotros.

—Pero yo no soy una chica.

—Eres mi chica. Vente con papá y conmigo —dijo, mirándome a los ojos interrogativamente.

—Todavía no. Quizá te visite más tarde, pero antes quiero estar en casa de mi hermano. Está fuera todo el día y se va los fines de semana, o sea que puedes venir a verme de vez en cuando.

—No me basta. No quiero perderte por culpa de tu familia o de todo ese otro mundo. Nuestro piso es lo bastante bueno para ti, está lleno de bellas antigüedades.

No le creí, pero no dije nada. Estaba preocupada por el apego que me manifestaba el muchacho, no por sus fantasías relativas al medio social. Por su bien, no tenía que verle una vez que abandonase el hospital.

Estaba resuelta a ser firme y enérgica, pero fue Grant, por el contrario, quien se condujo con energía. Me empujó hasta la mesa, que aún tenía el antiguo ejemplar de *The Ilustrated*

London News y me inclinó con suavidad sobre aquélla al tiempo que me levantaba el camisón. Se pegó a mi espalda, temblando, suspirando y murmurándome en el oído, mientras me penetraba por detrás hasta el límite. Más tarde se derrumbaba sobre mí y se ponía a llorar desconsoladamente. Yo también lloré. Estábamos aún sobre la mesa, deshechos en llanto, cuando sonó el timbre. La última hora de visita había terminado.

Notas del Diario. Otra vez en el mundanal ruido. Sábado 2 de noviembre, a medianoche.

He sido débil y he dejado que Grant venga a pasar el fin de semana. Mi hermano está fuera y ocupamos su enorme cama de matrimonio. Es la primera vez que dormimos juntos. ¡Cuánto se aprende de una persona cuando se duerme con ella! Hay hombres que duermen como troncos inertes, silenciosos, separados y solos. Otros te abrazan durante toda la noche, quieren poseerte hasta en sueños. Los de aquí quieren ser acunados, los de allá quieren escapar, los de más allá no saben lo que quieren. Grant es un espíritu conflictivo, un chico muy atribulado. Da vueltas, habla en voz alta, no se está nunca quieto. Entre su inquietud y mis reiterados dolores, he dormido muy poco. Llena de desesperación, me he levantado y he resuelto dormir sola en la cama individual que hay en la habitación de los huéspedes, donde escribo estas líneas. No habría tenido que permitir que Grant se quedase.

Me despertó Grant, que entró como una tromba en la habitación de los huéspedes, con el pelo revuelto y los ojos llenos de lágrimas. Se arrojó sobre mí sollozando.

—¡Me has abandonado! ¡Huyes de mí! ¡Ya no me amas!

Estaba asustada por la violencia de la reacción.

—¿Por qué me has dejado? ¿Por qué? —El llanto se convertía en rabia.

—Grant, sigo estando enferma. Me duelen mucho las piernas por la noche y tengo que levantarme a pasear. No quería molestarte.

—Lo siento. Lo había olvidado. Cuando hacemos el amor,

no te quejas nunca, nunca dices que te hago daño. Al parecer sólo sientes dolores cuando no lo hacemos.

—En cierto modo es verdad. Considéralo desde el punto de vista médico. «Cuando está sexualmente excitado, el paciente no siente el dolor».

—Entonces estaré jodiéndote todo el tiempo. No voy a permitir que te alejes de mí.

Me di cuenta de que había estado en erección durante todo el rato que llevábamos hablando. ¿Cómo se puede llorar y tener una erección? No tuve tiempo de preguntárselo. Ya me la había metido, y todo discurrió demasiado aprisa para que yo disfrutara.

—¿No te has corrido? —Siempre se daba cuenta; era absurdo mentir.

—No es lo mismo sin *The Ilustrated London News* —dije en son de broma, y volvimos a dormimos, apretujados en la cama individual.

—¡Eh, ya estás levantada! —Sonaba a acusación. Seguía sintiéndose rechazado.

Qué indefenso parecía en la puerta de la cocina, desnudo, con el pelo revuelto.

—Querido, vas a coger un resfriado bestial. Te traeré la bata de mi hermano.

—Dame un beso antes. No puedo irme a trabajar sin un beso.

Se fue al hospital después del desayuno. Le pedí que no me visitara durante unos días. Había resuelto partir para Roma, en silla de ruedas si hacía falta, antes del fin de semana siguiente. Sería mejor si no volvíamos a vernos. Yo no estaba en situación de hacerme cargo de las complejidades emocionales de Grant y no tenía sentido prolongar una relación peligrosa. Me sometería a un examen médico general, dejaría a Grant una nota en el hospital y tomaría el avión antes de que pudiera impedírmelo. Una ruptura rápida y tajante sería lo mejor para los dos.

Salí por la tarde, pertrechada con el bastón de paseo con punta de goma que me habían dado en el hospital. Me daba

apoyo espiritual y físico, pero me noté lenta y torpe mientras esperaba en la parada del autobús. Al final resolví tomar un taxi hasta Regent Street, donde compré un pasaje para Roma.

Cuando llegué a casa, mi hermano me abrió la puerta con el correo de la tarde en la mano.

—¿Hay algo para mí? —le pregunté.

—No. ¿Esperabas alguna carta?

—Sólo de Ian Bromley, el médico paralítico con quien hice amistad.

—Ah, sí. ¿Cómo está?

—Me gustaría saberlo.

—Le cogiste bastante afecto, ¿no?

—En cierto modo, pero yo me enamoro y me desenamoro demasiado fácilmente.

—¡Afortunada tú!

A la mañana siguiente resolví ir al hospital en autobús. El cobrador, muy amablemente, me ayudó a bajar. Fui cojeando, despacio, a lo largo del camino, crucé la plazuela de rosas marchitas y me adentré en el pasillo que conducía a la parte trasera del hospital.

—¿Tendría la bondad de enseñarme la cartilla?

Revolví en el bolso y saqué la tarjeta expedida recientemente. En aquel momento era habitante oficial de la que hacía poco había sido mi secreta zona de los misterios.

—Tome asiento, por favor. Mister Llewellyn-Jones la atenderá en seguida.

Me senté en el gran sillón de plástico en que Grant y yo habíamos hecho el amor muchas veces. No volvería a suceder nunca más. Al marcharme, entregaría al conserje la nota de despedida, sabiendo que Grant no la recibiría hasta el día siguiente. Sería demasiado tarde para que pudiera hacer otra cosa que romper a llorar, lo que me temía sucedería sin remedio. Pero se repondría y un día se daría cuenta de que había sido la mejor forma de hacerlo: limpia y rápidamente.

—Por favor, señora Cumming, acompáñeme.

La enfermera tropical me condujo al consultorio donde estaba el médico. No parecía recordar nuestro encuentro anterior —cuando había ido a dar de comer a los peces— ni

sabía que yo habría podido encontrar aquel consultorio concreto con los ojos vendados.

—Pase, señora Cumming. ¡Anda usted muy bien!

—Tal como dijo usted, estoy aprendiendo a desenvolverme sin lo que no tengo; le estoy muy agradecida por esta recuperación.

—Tendré que hacer una última comprobación a propósito de sus reflejos. Quítese las medias, será suficiente.

Sonreí al recordar la otra prenda que tan a menudo me había quitado y dejado en el suelo de aquella habitación.

—Avíseme cuando note algo.

Me pinchó con una aguja a lo largo del pie y luego me fue dando golpecitos con el martillo en los tobillos y las rodillas. No ocurrió nada; no había reacción. *Status quo*. No estaba ni mejor ni peor.

—Venga a verme dentro de seis meses. Para entonces ya andará del todo bien. Y no dude en llamamos si se encuentra mal o si le ocurre algo imprevisto.

Me puse las medias, nos dimos la mano y le di las gracias cordialmente.

Al irme, dirigí una última mirada a la pequeña habitación: brillantemente iluminada, inocua, tan distinta del cálido y oscuro cubículo que olía a sudor, sexo y mezclilla Harris, y en el que nunca nos habíamos atrevido a encender la luz. Anduve muy despacio hasta la entrada del hospital.

—Por favor, ¿querría entregar esto al señor Nesbitt mañana por la mañana? En un estudiante de medicina. —Entregué la nota al conserje.

—¿Quiere que la haga llegar ahora mismo a la facultad?

—No, no, déjela en el tablón de anuncios para que la encuentre mañana cuando venga.

—Como usted quiera, señora. ¿Le pido un taxi?

—No, gracias. Prefiero andar un rato.

Crucé la plazuela de las rosas por última vez. Ninguna de ellas estaba ya viva.

«Queridísimo Grant,

»cuando leas estas líneas por entre tus largas pestañas, con tus ojos grises y fríos, yo estaré ya volando camino de

Roma. Todo lo que quedará en Londres será una ficha con una nota que diga: “Para uso exclusivo del personal médico”.

»Me siento algo culpable, te he utilizado para satisfacer mi yo y mi cuerpo. Los amantes jóvenes son el último gesto para satisfacer la propia vanidad, como el tener hijos. Probablemente te echaré de menos mucho más que tú a mí. Tú te limitarás a enfurecerte conmigo por desaparecer. Emborráchate, fúmate un canuto, tómate una anfetamina y olvídame. Pero, por favor, deja las drogas despué́s.

»Escríbeme si tienes ganas, pero si no lo haces, lo comprenderé. Te seguiré amando, te echaré de menos y pensaré en ti. Olvídame, perdóname y sé feliz.

»Anne»

Llegué a Roma y me encontré con un montón de correspondencia, una capa de polvo y el teléfono que sonaba. Mi vida había vuelto a empezar. Tenía los pies parcialmente paralizados, las manos débiles y temblorosas. Andaba con dificultad.

Rudi me había mandado desde Nueva York un precioso bastón con empuñadura de plata y unos cuantos buenos consejos:

«Sal y diviértete, Anne. Siempre has sido un ejemplo de energía vital y estoico entusiasmo. No nos defraudes ahora.

»R».

Llovió en Roma en noviembre y otra vez en febrero. Los chaparrones cruzaron toda Italia como monzones, inundaron las carreteras, destruyeron puentes y presas, provocaron ruina y dolor; luego cayeron en el olvido. El sol volvió a brillar.

Contemplé las lluvias de noviembre desde la ventana durante los primeros días, lánguida y apática. Los amigos iban y venían. La doncella acudía todas las mañanas. Charles y su mujer, como era de esperar, se sintieron preocupados, y mi hija Vanessa me visitaba siempre que podía. Estaba otra vez embarazada y yo me esforzaba por estar contenta por ella.

Grant me escribía todos los días largas y conmovedoras cartas de amor. Uno de los detalles más tristes de esta correspondencia era que no iba dirigida a mí, ni siquiera a una figura materna, sino a una heroína romántica y mitificada. Me resultaba difícil contestar, pero lo hice, aunque por entonces llevar a cabo cualquier actividad me era penoso.

Mi hermano me enviaba las cartas que recibía en la dirección londinense y entre ellas hubo una en cuyo sobre se leía: «Destinatario desconocido en esta dirección. A devolver al remitente». Era la carta que había escrito a Ian. ¿Dónde estaría? Quizás había ido a otra clínica de reposo, aunque también cabía la posibilidad de que hubiera muerto. No tenía ni idea de adonde escribirle. Nunca sabría que había querido reunirme con él, que seguía amándole.

Era probable que Grant volviera a engancharse con las drogas. Así lo creía yo, por lo menos. Me resultaba más fácil pensar de este modo. Me hacía sentirme menos culpable recordar que el problema ya estaba allí, que la responsabilidad no era del todo mía. Al igual que las lluvias de noviembre, la culpa estaba en todas partes.

Contemplaba la terraza inundada por la lluvia, preguntándome si salir o no para desatascar los desagües, embozados con hojas de geranio, cuando llegó el cartero con una carta certificada. La letra me resultaba desconocida, se debía a una persona algo inculta. Vi el nombre del remitente en el reverso: George Percy Nesbitt, el padre de Grant.

Había tres cosas en el interior. Una medalla escolar por haber ganado una competición de larga distancia, una carta de Papá y un recorte de prensa. Lo primero que leí fue el recorte:

«Grant Nesbitt, estudiante de medicina, fue encontrado muerto el lunes por la tarde en el ambulatorio de un hospital londinense. La causa del fallecimiento fue una sobredosis de heroína. No se sabía que consumiera habitualmente drogas duras y se ignora si se trata de un suicidio o de un accidente. El cadáver se encontró en un sillón próximo a una pecera. No dejó ninguna nota. El dictamen del forense fue “muerte

accidental”».

Pasó un rato antes de decidirme a leer la carta de Papá.

«Estimada Lady Anne:

»Así solía hablar mi hijo de usté. Sé que usté le amaba y que habría querido saber lo ocurrido, así que le mando la noticia con un recuerdo suyo. Él me dijo una vez: “Papá, si algo me pasa, envíale esto a Anne. Dile que siga recorriendo la vida aunque no tenga bien las piernas”. No supe con esastitud lo que quiso decir entonces. La ganó en la Grammer School. Era un muchacho listo, pero nunca fue muy feliz. Yo siempre le estaré agradecido a usté por haberse interesado en mi chico. Usté significó mucho para él. Ahora me siento un poco solo, pero la vida debe continuar, ¿no le parece?

»Su amigo que lo es,

»George Percy Nesbitt»

Sí, Papá, la vida debe continuar. He colgado la medalla de una cadenita de plata. Algún día tendré valor suficiente para ponérmela.

El *blues* de Barcelona

España, verano 1972
Edad: 55

Me costó mucho más reponerme de la muerte de Grant que de mi enfermedad. Pero al final lo superé; siempre se hace. No esperaba, con todo, volver a tener un amante demasiado joven. Pero también esto sucedió. Según parece, era incapaz de quitarme el hábito.

El invierno de 1971-72 lo pasé en Roma, cojeando por la vida como una nonagenaria. Cumplí cincuenta y cinco. Vanessa vino con Matthew para verme el día de mi cumpleaños y Charles y su esposa me trajeron un pastel. Fue una ocasión tranquila y más bien triste, muy distinta de las fiestas que solía organizar. De pronto me había hecho vieja. Todo representaba un esfuerzo. Los amigos me visitaban, pero para manifestarme su simpatía, no para proporcionarme alegría y risas. También acudían mis amantes, pero, de manera inesperada, eran sólo buenos amigos. Yo no habría querido que fuese de otro modo. Era incapaz de concebir ninguna sexualidad con hombres que me conocieran de antes. Grant me había tomado tal y como me había encontrado: inválida. Y me había amado tal como estaba porque no conocía otra Anne.

En el horizonte titilaron dos estrellas: Vanessa esperaba otro niño y Evaristo volvió a entrar en mi vida.

—Quiero enviarte un regalo de Navidad —me dijo por teléfono—. Dime qué te hace falta. —Se había enterado de lo de mi enfermedad por mediación de France.

—Este año no pienso celebrar la Navidad, salvo yéndome al campo para estar tranquila en casa de Vanessa. No puedo

ir de compras, ni al teatro, ni a fiestas. De pronto me he convertido en una anciana, Evaristo. Lo único que me hace falta es una pensión para la vejez.

—Entonces será eso lo que te regale. Una vez te di un arco iris; ahora voy a llevarte el puchero de oro.

Evaristo se presentó con una ánfora romana, una de esas vasijas grandes de terracota. Estaba llena hasta el borde de monedas de chocolate envueltas en papel dorado. Yo estaba tumbada en el sofá y me derramó todo el contenido encima. Habría por lo menos cien monedas. Quedé cubierta por ellas, hasta el suelo quedó alfombrado por ellas. Algunas rodaron bajo los muebles y no las encontramos hasta meses después. Me estuve riendo hasta que me entraron ganas de llorar. Luego me puse a reír otra vez.

—Voy a abrirte una cuenta corriente para cuando seas vieja. Todos tus amantes ingresarán diez dólares al mes. Pueden permitírselo. Dentro de poco serás millonada. Porque ¿cuántos amantes has tenido? ¿Mil? ¿Dos mil?

Nos pusimos a contar los amantes que había tenido desde que, cincuenta años atrás, hiciera manitas con un amigo del colegio que solía besarme con pasión tras las cortinas de terciopelo de la majestuosa mansión de su madre. Evaristo hizo comentarios divertidos acerca de todos. Les ponía apodos si yo no lo había hecho. Nos llevó horas el repaso. Cuando se marchó, me sentía una mujer distinta.

Venía a verme con frecuencia. Se negaba a tratarme como a una inválida. Me llevaba de paseo con su pequeño Fiat 500. Era un conductor pésimo, y yo estaba aterrada, pero aquello era mejor que aburrirse. Era el aburrimiento lo que me había hecho sentirme tan vieja.

Pasada la Navidad fue a recogerme a casa de Vanessa y me llevó a Sperlonga. Todo estaba tal como lo había dejado al partir para Londres. Había arena por todo el suelo y las toallas de baño aún estaban tendidas. Como había esperado volver hacia septiembre, no había guardado ninguno de los avíos veraniegos.

—¿Qué hacemos con la cometa? —preguntó cuando se puso a ordenar la casa.

—Será mejor tirarla. Ya no podré volver a la playa con ella nunca más. Quizá ni siquiera pueda volver a la playa: hay que bajar demasiados escalones.

—Anne, no quiero volver a oírte esas cosas. Por muy mal que te encuentres, psicológicamente o como sea, yo siempre estaré contigo para ayudarte.

Y así ha sido. Evaristo no es sólo un arco iris, es también un puchero de oro.

Vanessa dio a luz a fines de enero: otro chico. Le puso Mark [Marcos] porque esperaba tener otros dos y bautizarlos Luke [Lucas] y John [Juan]. Se puso muy mal, sin embargo, después del nacimiento de Mark, y tuvieron que ingresarla. Me encontré pronto cuidando de Matthew [Mateo] durante dos meses, cuando apenas si podía cuidar de mí misma.

El esfuerzo de cuidar de un niño de cinco años de viveza extraordinaria y picardía fuera de lo común habría acabado con la paciencia de un santo y extenuado a un campeón olímpico. Conocía la anécdota del atleta al que en cierta ocasión se le había pedido que siguiera e imitara todos y cada uno de los movimientos de un niño pequeño a lo largo de un día; el atleta se desplomó en el suelo, hecho papilla, a primera hora de la tarde. Había veces en que a mí me ocurría lo mismo, pero tenía que continuar. Es probable que la fuerza de voluntad me salvase la vida y la salud. Aunque a menudo estaba tan cansada que el corazón se me salía por la boca y quedaba tendida junto a él en la habitación de los huéspedes sin fuerzas ni para arrastrarme hasta mi propio lecho, Matthew y yo sobrevivimos a la prueba. Mi hija se recuperó y, con la resistencia y la exuberancia de la juventud, volvió al campo, a su casa, con un hijo en cada brazo. Se acercaba la primavera. El invierno de mis desgracias había pasado.

Acudí a mi médico de Roma para someterme a una revisión general. Las manos y los pies progresaban despacio. Me habían dicho que tendría que pasar un año para que los nervios motores volvieran a desarrollárseme; ya habían pasado seis meses y la mejoría era visible. A mi edad no era probable que se regenerasen todos los nervios. Sin embargo podía escribir a máquina otra vez, aunque tenía poca fuerza

en las manos, y podía caminar un buen trecho con mis pies entumecidos, si bien perdía el equilibrio con facilidad. Aún no podía salir sin el bastón.

—Creo que debería hacer usted un esfuerzo por volver a trabajar —me dijo el médico romano.

—¡Pero si no puedo, pero si no puedo! —exclamé medio llorando—. No tiene usted idea de lo agotador que es mi trabajo. A todas partes he de ir corriendo.

—Dedíquese entonces a otra cosa —dijo él.

Aunque mejoraba físicamente, sufría aún la conmoción traumática de padecer una enfermedad seria. Hay algo bíblico en ello. Es la mano del destino la que ha golpeado, el azote de la peste, la ira de Dios. Hace falta mucho valor y esfuerzo continuo para volver a la vida.

Pedí a un amigo que me diese algún libro para traducir y se me levantó el ánimo al verme sentada ante la máquina. Sentía hormigueos en los pies entumecidos, pero me obligaba a ir andando a todas partes, aunque me hiciera perder tiempo; y me negué a mí misma el lujo de tomar un taxi. Estaba resuelta a parecer una mujer normal, aunque no me sintiera de este modo.

Hacia el verano me sentía ya bastante ágil y estaba deseosa de salir por ahí. Aunque me resultaba difícil subir los empinados escalones de los autobuses, iba a muchos sitios sin problemas y el ritmo de mi vida había vuelto a la normalidad. Mi mundo había estado limitado a las cuatro paredes de casa, pero ahora volvía a ser consciente del mundo exterior.

Por aquella época, una productora italo-franco-alemana me propuso ir a Barcelona para trabajar en una película sobre un guapo asesino que sólo podía meterse en la cama vírgenes en traje de novia. Las raptaba, las violaba y las mataba sistemáticamente antes de que los respectivos maridos consumaran el matrimonio. Era una película de terror, una mezcolanza de raso blanco y velos de novia salpicados de sangre, un desafío para cualquier publicista, publicista que tendría que trabajar de firme para que pareciese una película de calidad en todos los idiomas. Me dio la sensación de que

era lo que necesitaba para sentirme con los pies realmente en el suelo.

Salí para Barcelona en un vuelo de Iberia un día soleado y cálido de fines de junio de 1972. Ya me había acostumbrado a solicitar una silla de ruedas cuando viajaba en avión. Era una forma fabulosa de transporte para VIP secundarias. Se tenía preferencia en la aduana y el control de pasaportes, se recorría volando los infinitos pasillos del aeropuerto con el pesado equipaje de mano sobre las rodillas. Era una forma ideal de viajar y había resuelto no abandonarla nunca. Aquella vez, sin embargo, tuve que demostrarme a mí misma lo que valía ante todo un equipo de rodaje. Si era capaz de trabajar de nuevo, tenía que ser capaz de estar allí aguantando el tipo. Ir andando hasta el avión fue una cuestión de amor propio.

Aún me ayudaba del bastón de empuñadura plateada que me había regalado Rudi, aún sentía los entumecidos pies llenos de pinchazos y hormigueos y aún me resultaba difícil afrontar las escaleras. Iba con una máquina de escribir, un neceser, la silla plegable, una cámara fotográfica y un impermeable.

—¿Te importa si te cojo del brazo? —preguntó el guapo protagonista italiano de la película, un joven a cuyo lanzamiento había contribuido yo hacía un par de años.

—Claro que no, *caro*. Ahora eres tú quien ha de apoyarse en mí.

Muchacho sencillote y amable, aún no había olvidado sus orígenes modestos ni adquirido la pose de las estrellas, ese aire de determinación despiadada y ambición arrolladora que sacaba a los actores de las películas de bajo presupuesto y los instalaba en palacios de oro. Quizá fuese demasiado buena persona para llegar alguna vez a ellos, pero la presente era su gran oportunidad. Había sido amante de una actriz célebre que se había puesto a hacer cosas mejores y lo había abandonado con su cara bonita, la mala reputación y poco talento. Me gustaba y lamentaba no tener ya la energía suficiente para emprender un romance en exteriores. Me sentía una estrella vieja y que se apaga en lo tocante a la

sexualidad.

Llegamos a Barcelona una calurosa tarde de verano y nos instalaron en un hotel de segunda que daba a las Ramblas. Improvisé una oficina, llamé a la prensa local y me esforcé por idear un reclamo publicitario que celebrase nuestra llegada. No había estado en Barcelona desde que acabó la guerra, cuando hice una escapada en jeep con Charles, el hombre que sería mi segundo marido. Tanto Barcelona como yo habíamos cambiado mucho desde entonces.

—Anímate, querida, vamos a ramblear un rato.

Era Bruno quien lo decía. Lo mejor de aquella película era que me las había apañado para que contratasen como operador a mi ocupadísimo y barbudo examante. Sabía cómo entrar y salir rápidamente de mi dormitorio entre otras veloces ocupaciones y permitirme al mismo tiempo un ritmo laboral estable. De todos los hombres que conocía, Bruno era el que podía hacer más cosas durante el día y satisfacer a más mujeres por la noche.

—Está bien, Bruno, como quieras. Pero espera a que coja el bastón.

—Tienes que aprender a andar sin él. Vamos, muévete. Cógete de mi brazo.

Fue así como salí por vez primera sin el bastón de empuñadura de plata que se había convertido en mi sostén moral.

Comenzar un nuevo trabajo es siempre una prueba para los nervios; una se siente insegura e ineficaz y tiende a comprobar una y otra vez lo que hace. En Barcelona me esforcé demasiado y no fui a ninguna parte. Estábamos a mediados del verano, todo el mundo quería irse a la playa, hacer la siesta por la tarde y comer fuera hasta altas horas de la madrugada. Nadie se molestaba en decir «*mañana*», sino que se decía «La semana próxima» o «el mes que viene». Me vi obligada a relajarme y a tomármelo con calma yo también.

Trabajábamos en un feo palacio estival que Franco no utilizaba nunca y que, juiciosamente, se alquilaba para cuestiones públicas. La primera secuencia que filmamos fue un aparatoso banquete de bodas y el palacio constituía el

escenario ideal. Los invitados paseaban por las salas de mármol y por los jardines de alrededor, entre los setos de camelias. El único problema era que los extras españoles parecían demasiado españoles para una película internacional y hubo que recurrir a algunos extranjeros. A mí, por ejemplo, se me pidió que interpretase el papel de madre de la novia.

—Está bien, pero quiero aparecer con una pamela grande como un paraguas y con guantes hasta el codo —dije cuando acepté el papel.

El figurinista peinó la ciudad en busca de una buena pamela de paja, pero lo único que encontró fue un sombrero negro bastante lúgubre y más propio de un entierro español. Cogí algunas camelias blancas del jardín y me las puse en el ala. Bruno me las cambiaba a medida que se marchitaban a causa del calor.

—¡La sangre! ¡Ha desaparecido la sangre! —gritó alguien durante el tercer día de rodaje.

Cuando la novia subía a cambiarse, el protagonista tenía que reducirla, transportarla a un ático, violarla en un viejo somier y dejarla cosida a puñaladas en medio de un charco de sangre para reunirse acto seguido con los invitados, como si nada hubiera ocurrido, en la planta inferior. Un sano entretenimiento familiar: película autorizada para todos los públicos.

El maquillador de Roma había olvidado la sangre artificial y se sugirió que alguien fuera donde el carnicero más próximo y consiguiese sangre auténtica. La actriz española que interpretaba el papel de novia del día había sufrido un inmediato ataque de histeria y se negaba a que se la embadurnara con sangre de verdad. Se tuvo que posponer el rodaje de la secuencia.

—Después de tantas corridas de toros, guerras civiles y con García Lorca encima, ya podía ser menos melindrosa —me susurró Bruno—. ¡Putilla de mierda! Lo que le hace falta es un buen polvo.

—Bruno, cuidado con lo que haces. Es la novia de uno de los productores españoles. No quiero que te despidan y te envíen de vuelta a Roma.

Nos levantamos temprano y nos fuimos a comer gambas con amontillado a las Ramblas, en la terraza de un café próximo a los puestos de flores donde se vendían pájaros y dominantes mamíferos en jaulas pequeñas.

—¿Quieres un canario de Canarias? —me preguntó Bruno —. ¿O un loro del Perú?

—No, gracias, preferiría un pollo asado —le repliqué.

Paseamos por el barrio que hay cerca del puerto hasta encontrar el restaurante donde se asan pollos en la calle mientras las vistosas putas catalanas se pasean delante y los marineros se meten en las casas de gomas higiénicas para comprar condones. Era ya muy tarde cuando volvimos al hotel, pero Bruno insistió en meterse en mi habitación. Era siempre un trabajador rápido que me dejaba en la zona de salida, pero no importaba. Se trataba de satisfacer a un viejo amigo, no de buscar orgasmos y, por lo menos, había salido de mi retiro sexual.

Al día siguiente volvimos a comenzar la escena nupcial desde el principio, con sangre artificial transportada especialmente desde Madrid. En Barcelona, según parecía, sólo había sangre auténtica, y los actores no podían ni verla. La nueva sangre parecía sangre vieja, pero hizo que la actriz española se alegrase, se tumbara de espaldas con su raso blanco y sus velos, se dejara matar y rociar generosamente con ella mientras los demás bebíamos cava de mentirijillas en el jardín. En cuanto el héroe malvado mataba a la novia, se reunía con los invitados para preparar la coartada. Luego venía *mi* pequeña escena: entraba en la casa en busca de mi hija, la encontraba en un charco de sangre y caía desmayada.

—Señora Anne, cuando caiga de rodillas, fíjese en la marca de tiza que tiene delante —me recordó el cámara español—. Es su gran momento y no querrá usted quedar fuera del encuadre, supongo.

Me fue muy difícil fingir que caía cuando durante meses me había adiestrado para mantenerme en pie. Aún tenía afectado el equilibrio a causa de los pies paralizados y por lo general lo perdía con facilidad. El caso es que no supe hacerlo de manera convincente y hube de intentarlo doce

veces hasta que me salió bien. Entonces, con un suspiro de alivio, me quité el sombrero y los guantes y volví a mi trabajo habitual. Mi papel había terminado allí y la película continuó con la novia siguiente.

Para la secuencia que siguió vino una actriz italiana de poca monta. Nada más llegar cogió la gripe.

—Gripe española, imagino —me comentó Bruno aquella tarde cuando tomamos el funicular para subir al Tibidabo. Fuimos para refugiamos del calor de la ciudad, pasear por el parque de atracciones y comer en la terraza de algún restaurante. Volvía a servirme del bastón cuando salía, pero me sentía mucho mejor y podía andar bastante. La productora me cedió un coche para desplazarme durante el día y fui a Cadaqués con el director de producción con objeto de preparar los próximos escenarios.

Para la secuencia que seguía a la de la actriz italiana nos llegó otra alemana que tenía que interpretar el papel de una turista en vacaciones que se casa con un pescador de sardinas del lugar. La escena se había pensado para asegurar el mercado alemán, y era una típica táctica de coproducción. Para el final del film teníamos que volar a París para trabajar en la secuencia francesa. Era una película complaciente para todo el Mercado Común. Yo me encargaba de que todos los actores y actrices tuvieran sus entrevistas y reportajes elogiosos tanto en su país como en los restantes.

—Tendremos que pasar a la secuencia siguiente si la griposa no se repone en seguida —me dijo el director de producción—. No podemos perder tiempo.

—Eso significa que congregaremos a tres suripantas —me quejé—. Espero que no traten de eclipsarse entre sí ni se tiren del moño en el hotel.

—Encárgate de tenerlas ocupadas con ruedas de prensa y sesiones de fotografía.

—Claro… y el protagonista o cualquiera de los novios podrían entretenerles por la noche.

Al finalizar fue Bruno quien, sin más ayuda, se hizo cargo de todas y le agradecí la cooperación. Por entonces éramos sobre todo amigos que tenían relaciones sexuales de vez en

cuando. Hacía tiempo que habíamos superado la etapa de los celos y me divertía verle mosconear por los dormitorios.

Cadaqués es un pueblo de pescadores, bonito y blanco, pero nos fue difícil encontrar lugares no echados a perder todavía por el turismo o el toque colonia-de-artistas. Lo único auténtico y natural que encontré allí fue un muchacho que comenzaba la carrera militar tocado con el reluciente tricornio de charol de la Guardia Civil.

Me había trasladado al hotel del pueblo dos días antes que el resto del equipo para tenerlo todo preparado. Era un fin de semana y tuve tiempo de broncearme al sol y nadar, que era el mejor remedio para las piernas que tenía a mano. Mejoraba además mi castellano sentándome en el malecón por las tardes para leer a García Lorca en voz alta, rodeada de sombras.

—Disculpe que la interrumpa, *señora*[6] —dijo una voz la segunda noche que pasé allí, justo en el momento en que yo exclamaba «¡*tengo un caballo y una flor*!» y agitaba la mano en el cálido aire nocturno—, ¿se encuentra bien?

Abrí los ojos y vi un rostro de Murillo, joven y aceitunado, bajo un tricornio. Habría podido salir de cualquier pintura del Museo del Prado.

—Discúlpeme, *señora* —repitió—, pero creo que no debería estar aquí a estas horas y dando gritos. ¿A quién llamaba? No veo a nadie. —Parecía desconcertado.

—Leía en voz alta. Y me había entusiasmado. —Creyendo que le impresionaría, añadí—: Es García Lorca.

—¿García Lorca? —La cara de Murillo se trocó en otra más sombría de Zurbarán—. ¿Y qué hace una señora tan guapa como usted leyendo a un político rojo?

—García Lorca fue un poeta, no un político —protesté—. La poesía está por encima de la política. No serás fascista, ¿verdad? Con la edad que tienes…

—El Caudillo ha hecho mucho por la patria.

Le miré estupefacta. Estábamos en 1972 y Franco aún no había muerto, pero el chico tenía un aspecto lozano y vital de librepensador.

—Siéntate y quítate esa ridiculez que tienes en la cabeza.

Te voy a leer un poema.

Se le nubló la cara y pareció enfadarse.

—Es un uniforme elegante. Y no se me permite desprenderme de ninguna prenda mientras estoy de servicio.

Me di cuenta de que había tropezado con el orgullo español y la intolerancia política reunidos en aquel hermoso mancebo. Su buen aspecto, la calidez de la noche y el que no hubiera estado con ningún joven desde mi enfermedad mitigaron el ímpetu de mis opiniones políticas personales. En lo tocante a los amantes jóvenes, el pequeño Bruno y mi reiterado camionero no contaban. Eran viejos amigos que me habían mantenido en contacto con la vida, que no es lo mismo que tener una aventura como Dios manda.

—Bueno, siéntate de todos modos. Tu obligación es proteger el país de los extranjeros subversivos. Yo soy anarquista no violenta, pero me puedo poner violenta en cualquier momento.

Pareció más desconcertado aún bajo al charol y advertí que el humor no era una de sus cualidades. Se sentó pese a todo.

—No es usted como los españoles —dijo—. Una española tendría miedo de estar sola con un hombre.

—¿De veras? Pues, mira por dónde, a mí me da miedo estar sola sin un hombre —exclamé con fingida inocencia.

No hubo el menor asomo de sonrisa, aunque se me acercó un poco y cogió el libro que yacía entre nosotros, en el malecón.

—¿Está usted casada? —preguntó.

—Estoy sin marido y sin amante —contesté con tristeza.

Dejó el libro junto a su otro costado y se me acercó un poco más. Las cosas comenzaban a tomar buen rumbo, me dije.

—A decir verdad, es un uniforme muy bonito —dije, palpándole el grueso paño del muslo. Noté que por debajo se le tensaban los músculos—. Lo que pasa es que no me gustan los hombres con la cabeza cubierta. —Seguí muslo arriba con el dedo, pero me detuve antes de llegar a la ingle.

Miró a su alrededor con rapidez, pero no había nadie a la

vista y estábamos fuera del alcance del alumbrado público. Se quitó el tricornio y lo dejó encima del libro. Parecía muy joven e indefenso sin él.

—Hace mucho calor para llevar tricornio —dijo, secándose la frente con la manga.

Me acordé de que tenía un pañuelo en el bolsillo, lo saqué y me adelanté para secarle la fina película de sudor que le perfilaba el perímetro de la espesa y oscura mata de pelo. Al apoyarse en él, me puso las manos en la cintura.

—La pistola se interpone en nuestro camino —le dije después de que me hubo besado—. ¿No podrías quitártela también?

La pesada pistola quedó junto el tricornio y el libro. Yo llevaba un fino suéter y ya me había metido las manos por debajo. Tragué una profunda bocanada de aire y los pezones se me endurecieron cuando sus rudas manos se cerraron a su alrededor. Su lengua estaba ya entre mis dientes.

—¿Damos un paseo? —dijo con voz apagada cuando se apartó para recuperar el aliento.

Había un sendero que bordeaba el acantilado y que conducía a la ensenada contigua; yo lo había seguido aquella misma mañana para darme un chapuzón. No era de tránsito fácil y yo aún cojeaba bastante. Además, no había llevado conmigo el bastón.

—He sufrido un accidente y no puedo andar mucho —le dije, temerosa de que la palabra «enfermedad» le ahuyentara —. ¿Por qué no vamos directamente a mi hotel?

Adoptó un aire preocupado.

—No deben verme entrando en el hotel con usted.

—No te preocupes, hay puerta trasera. Esta misma mañana la he utilizado. Por la escalera se puede ir directamente a mi habitación.

—¿Y si hay alguna criada o alguien por el estilo? —dijo con vacilación. Sería joven y titubeante, pero no me quitaba las manos de encima. Me di cuenta de que no había estado con una mujer hacía tiempo. Sus manos habían soltado mis pechos y me había metido una bajo la cinturilla de la falda. Encogí el estómago para que facilitara el paso, pero tuvo

problemas con el elástico de las bragas.

—Un momento —murmuré y, a toda prisa, me quité las bragas por debajo de la falda y me las guardé en el bolsillo.

La mano encontró las suaves vulvas en el acto y me introdujo el dedo medio en la vagina. Yo estaba a punto de desabrocharle la bragueta cuando oímos pasos. Estaba oscuro, pero no demasiado.

Me deshice rápidamente de su mano y me alisé la falda. Pasó una pareja de ancianos. Me di cuenta de que no eran mucho mayores que yo, pero en aquellos momentos no estaba para pensar en mi edad precisamente.

—Te diré lo que vamos a hacer. Volveré al hotel, cogeré la llave en recepción y subiré a mi cuarto. Si no hay moros en la costa, colgaré la toalla de baño en la ventana. Sube entonces por las escaleras de atrás.

—¿Qué hotel es?

—El Playa. Sígueme hasta el pueblo y yo entraré por la puerta trasera para que sepas dónde está. Las escaleras están a la derecha, según se entra. Mi habitación es la 35, piso tercero.

Anduvimos despacio hacia el hotel, al principio juntos, luego, cuando avistamos las primeras casas, separados por unos metros, aunque sin dejar de hablar. Me dijo que tenía veinte años, que su padre había sido también guardia civil y que ya se había jubilado. Sus padres vivían en Salamanca.

—¿Por qué te has alejado tanto de casa?

—Siempre nos envían a una parte del país donde no tenemos conocidos ni familiares. Cuando no se conoce a nadie, es más fácil mantener la ley y el orden. ¿Cómo iba a vigilar y castigar a los míos?

El sistema parecía anómalo y desagradable, pero los principios y creencias políticas de cualquiera acaban derritiéndose como la mantequilla en una cama cálida. Y no es que me unte con mantequilla para meterme en la cama: prefiero la loción infantil.

Aquella noche no hubo necesidad de ningún lubricante. Me tuve que levantar para coger la toalla del alféizar y ponérmela debajo, para no manchar las sábanas. Después de

la tercera vez, me levanté y fui a lavarme, pensando que había llegado al descanso; pero me equivocaba. Me hizo el amor otras veces antes de que dieran las diez, y entonces se puso el uniforme.

—A las diez tengo que informar en la comandancia —dijo —. Contaré que me he entretenido en una investigación especial.

—Lo que es verdad, en cierto modo —dije suspirando y preguntándome si tendría fuerzas para levantarme y bajar para tomarme una paella.

—¿Volverás a colgar la toalla mañana? —preguntó.

—Sí. ¿A la misma hora?

—Te lo agradecería. Tengo servicio nocturno esta semana. Duermo hasta la tarde.

—¡Estupendo! Yo tengo que trabajar por el día. Me dejarías rota si te viera demasiado.

Hizo chocar los talones, saludó y se permitió esbozar una ligera sonrisa. Oí el ruido de sus botas mientras bajaba por las escaleras desprovistas de alfombra. Resolví no cenar; estaba demasiado cansada para moverme.

Bruno se presentó en Cadaqués con el resto del equipo y la actriz alemana. La italiana acudiría cuando la gripe le remitiese.

—¿Puedes satisfacer a las dos y seguir tan campante? —le pregunté.

—No son tan viciosas como tú —contestó—. No piensan de antemano que me las he de joder seis veces por noche.

—Seis veces en tres horas, Bruno, y no fingía.

Bruno admitió que era un récord en cierto modo y, aunque Manuel no lo mantuvo durante toda la semana, su media Kinsey estuvo muy por encima de la par. En cuanto ponía la toalla en la ventana, ya lo tenía en las escaleras traseras y en la cama. No puedo afirmar que su forma de joder fuera inspirada o imaginativa, pero lo que le faltaba en calidad, lo compensaba con la cantidad. Era lo que necesitaba para agilizarme otra vez la circulación, tanto física como mental. Desde la muerte de Grant había estado sexualmente en una especie de limbo, cosa que no me había beneficiado y

Grant, por otra parte, tampoco hubiera querido. Su último mensaje había sido que siguiera recorriendo la vida a pesar de mis piernas. Hasta el presente, sin embargo, casi no había hecho otra cosa que cojear.

Recibí carta de Rudi, que estaba pasando unas vacaciones solitarias en Austria con su padre. Había estado también en excedencia sexual y estaba un poco apático desde el matrimonio de Tom. En la postal con que le respondí se veía a una chica tras la reja de una típica ventana española y a un joven que le alargaba una rosa por entre los barrotes.

Le escribí: «Ignoro si el que las mujeres hayan sido inaccesibles durante siglos tiene algo que ver, pero la energía sexual que los españoles tienen reprimida es casi alarmante».

Por el día estaba casi siempre en el escenario de rodaje, sentada en la silla plegable, al lado de Bruno. En las largas esperas entre toma y toma, mientras los electricistas y empleados lo preparaban todo, chismorreábamos e intercambiábamos recetas sexuales al igual que dos cocineros que preparasen comilonas nocturnas, aunque, en realidad, se trataba sólo de bocadillos eróticos para mantenemos en forma. Los asuntos secundarios no eran tan importantes como la amistad que nos unía.

—¿Qué tal se lo hace la alemana? —pregunté a Bruno—. ¿Te ha dado hoy alguna clase de idiomas? No olvides que la copulación es comunicación.

—Lo único que se ha comunicado hasta ahora es su ambición galopante; pero funciona bien en la cama.

—¿Qué significa para ti funcionar bien en la cama?

—No tener tabúes. A ella le da igual ocho que ochenta, y disfruta de todo. ¿Y qué significa para ti?

—Para mí es estar con alguien que me desee de verdad. Es la intensidad del deseo lo que importa. En detalles se puede entrar después.

Un accidente interrumpió la charla. Estábamos en la playa mirando a los pescadores que recogían las redes. El novio de aquella escena —el pescador de sardinas— lo interpretaba un actor español, joven y gallardo, que en su vida había visto más sardinas que las de lata. Estaba con los «extras», todos

ellos pescadores locales de verdad, y les ayudaba a tirar de las redes. Le estaban tomando en aquel momento un primer plano cuando dejó escapar un grito, alzó una pierna desnuda con el pantalón subido hasta la rodilla y se miró el pie.

A su alrededor se congregó un gentío y alguien le ayudó a ir cojeando hasta la arena seca. Había estado metido en el agua hasta las rodillas y había pisado una raya, uno de esos peligrosos pececillos que se encuentran medio enterrados en las costas del Mediterráneo. El pie lo tenía ya hinchado.

—Bruno, hazle una foto ahora —dije sin la menor compasión—. Éstas son las noticias que dan más publicidad.

Me ofrecí a continuación a llevar al actor donde un médico, pedí un coche de la compañía y me conduje con una solicitud que me salió sinceramente del alma. Se trata de algo muy doloroso y puede obligar a cualquiera a guardar cama durante un par de días si no se tiene a mano una inyección de Fargan. Es como la mordedura de una serpiente, por lo que me arrodillé y le chupé la herida del pie antes de hacerle salir de la playa. Hice que Bruno me fotografiase en aquella posición: la instantánea apareció en los periódicos locales a su debido tiempo. Me las arreglé para que figurase en primera plana.

Tal fue la segunda interrupción del plan de rodaje previsto, aunque sólo duró veinticuatro horas. Al día siguiente volvía a la playa el joven actor para seguir tirando de las redes, cojeando y con el pie vendado; pero la película tenía que continuar. Mientras tanto, sin perder un instante, el director de producción había mandado buscar a la actriz alemana y las veinticuatro horas perdidas se habían empleado en filmar la escena en que ella aparecía en el malecón, donde aguardaba a que su novio volviese del mar.

Hicimos un alto para el fin de semana y el pueblo se preparó para la secuencia de la boda. Todos los lugareños iban a hacer de extras, las calles tenían que cubrirse de flores y a mi Manuel se le avisó que tendría que estar de servicio día y noche para mantener alejados a los mirones.

—Bruno, vas a tener un fin de semana atareado —le dije aquella noche antes de cenar—. La actriz italiana ha salido de

Barcelona y viene muy descansada después de haber pasado la gripe. Otra vez tendrás que entretener a las dos chicas.

—No te preocupes. Siempre puedo decir a aquella con la que no quedo que voy a estar revelando en los laboratorios. Eso siempre las pone contentas. No subestimes nunca la vanidad de las mujeres, ¡Pero vamos, vamos, sube y cuelga la toalla en la ventana!

Manuel llegó tan puntual como de costumbre. Colgó el tricornio en la cabecera de la cama, arrojó el uniforme en el suelo sin orden ninguno, si bien dejó la pistola en la mesilla de noche con gran cuidado. Era un arma de repetición.

—Manuel —le sugerí—, si libras el domingo, podríamos ir a bañamos juntos.

—No me conviene que me vean contigo. No estamos para liamos con las turistas.

—¡Tonterías! ¿Para qué otra cosa sirven los policías y los militares?

Al final convinimos en pasar el domingo en la costa, donde está la casa de Salvador Dalí. Yo fui en autobús y Manuel se reunió conmigo con su bicicleta. Iba sin uniforme por vez primera, con una elegante guayabera blanca de ligeros frunces en la pechera. Estaba muy guapo, me sentí muy afortunada y los dos lo pasamos muy bien. Le invité a comer en el gran hotel del lugar, que sabía la impresionaría mucho más que el merendero de la playa. Dejamos la bicicleta en el aparcamiento, nos bañamos en la piscina e hicimos el amor en los vestuarios. Luego volvimos a salir y nos quedamos dormidos al sol mediterráneo junto a la piscina de baldosas azules. Cuando ya se ponía el sol, fuimos andando por la costa y encontramos un lugar apartado bajo un pino. Le desabroché la bragueta y admiré el espectáculo no menos que el panorama marino. Estaba incircunciso, como la mayoría de los latinos, y cuando se corría le vibraba que daba gloria. Me puse sobre él ante el ocaso naranja y empleó mucho rato en acariciarme el vello púbico, negándose ir más allá mientras no estuviese listo para otro polvo. Bajó luego el dedo, me excitó hasta que me puse a dar gritos y me montó en el último instante. Repetimos varias veces y antes de dar

la sesión por terminada, la guayabera blanca se le quedó algo manchada con la hierba.

Me quedé dormida en el autobús de Cadaqués y subí a la habitación hecha cisco. Manuel me siguió, insistiendo en hacer el amor otra vez, y comencé a preguntarme si yo no habría mordido más de lo que podía masticar.

—Gracias a Dios que la semana que viene estás de servicio día y noche —murmuré con la boca pegada a su cuello.

Bruno y yo cotejamos aventurillas el lunes con un espíritu de rivalidad amistosa. También había tenido un fin de semana atareado. En realidad, todo el pueblo había tenido un fin de semana muy movido. Se habían cubierto las calles de flores, como para la fiesta local, y todos se habían planchado el mejor vestido para aparecer en la última secuencia nupcial. El guapo novio español de la jornada, con la actriz alemana vestida de blanco del brazo, tenía que salir de la iglesia, abrirse paso entre el gentío sobre una alfombra de flores y ver que secuestraban a la novia cuando iba a reunirse con ella en el coche que aguardaba. El protagonista-asesino italiano se había disfrazado de chófer y tenía que arrancar con la novia dentro y alejarse de la acera antes de que el novio se colase en el vehículo. Acto seguido, había una persecución motorizada demencial, aunque el asesino escapaba con la novia, se la llevaba a una masía abandonada, la violaba en el pajar y la ahorcaba de una viga.

El director se tomaba su trabajo muy en serio, pero yo temía que la película acabase volviéndose cómica. Así lo manifesté a los coproductores españoles, que habían viajado desde Madrid con un humor muy alegre y nos habían organizado una fiesta por todo lo alto el miércoles por la noche, antes de volver a la capital. El hotel se quejó de que no habían pagado la factura al marcharse.

—Bruno, me da la sensación de que estamos en una de esas películas en que el personal se queda estancado en un país extranjero, sin el salario de la última semana y sin billetes para volver a casa.

Estábamos en el pajar, esperando a que ahorcaran a la actriz alemana. Después de filmada la escena, tenía que

volverse a Alemania y nosotros continuaríamos con la actriz italiana, que tenía que casarse en la misma iglesia, pero con un novio distinto, y luego ser violada y asesinada en un coche-cama al comenzar la luna de miel. El protagonista italiano, disfrazado esta vez de mozo de coche-cama, tenía que encerrar a la novia en su pequeño compartimento tras recorrer el pasillo del vagón en busca de la víctima. La secuencia del tren tenía que rodarse en Barcelona, de modo que aquél sería nuestro último fin de semana en Cadaqués.

Yo había planeado un fin de semana tranquilo con Manuel, al que entonces veía sobre todo en el lugar de rodaje, ya que, junto con otro guardia civil, mantenía alejados a los turistas de verdad que no aparecían en la película. A Manuel le hacía mucha ilusión aparecer en el film con su aguerrido uniforme, así que sugerí al director que lo incluyera en un plano generad, dirigiendo el tráfico, cuando los invitados a la boda llegaban a la iglesia. Se puso la mar de contento e hice que Bruno se fotografiase además con la actriz italiana. Aquella noche subió por las escaleras como un huracán, para darme las gracias. Esto ocurrió el jueves por la noche. El viernes recibí un telegrama de Rudi: «Llego viernes noche para estar contigo».

Pedí en recepción una habitación individual para Rudi. Me dijeron que en aquel fin de semana estival no había una sola cama en todo Cadaqués. Confié en que Rudi se hubiera referido al viernes siguiente, pero cuando volví del trabajo, me lo encontré… tumbado en mi propia cama.

Corrí a la ventana y retiré la toalla de baño, que hacía tiempo ya no me molestaba en quitar, a fin de tener tiempo de hablar con Rudi.

—Rudi, querido, ¿por qué esta repentina decisión de verme?

—Me sentía aburrido y solo. Pensé que no te importaría. ¿No te alegra que esté aquí?

—Pues claro que sí, Rudi. Pero es un momento inoportuno.

—¡Tesoro mío! —exclamó—. Así que me he convertido en un «momento inoportuno» para ti. ¿Es posible que nuestra

relación haya llegado a esto?

—Rudi… fuiste tú quien me dejó; en consecuencia, me reservo el derecho de elegir el momento de tu vuelta.

Parecía alicaído. Lo lamentaba, pero Rudi tiene la costumbre de atropellar a los demás. Le encanta que sea el prójimo quien alquile el piso, organice las vacaciones, planee los viajes… y una vez que dicho prójimo se ha ocupado de todo, entonces llega el señor y se instala. Le seguía queriendo, sin embargo; se encontraba solo sin Tom y le perdoné, como siempre.

—Está bien, Rudi, quédate porque en todo Cadaqués no hay habitaciones, pero resulta que esta cama la comparto con un supuesto guardia civil. Tendrás que darte largos paseos de vez en cuando para dejamos utilizarla.

—¿Quieres decir que no voy a compartir a tu amante?

—No, Rudi. Esta vez, definitivamente no.

Bajé y salí a la calle para ver si encontraba a Manuel y explicarle la situación. No lo vi por ninguna parte y me dirigí al merendero en que solía comer. Cabía la posibilidad de que estuviese tomando una cena temprana antes de verme. A veces también yo comía allí, en otra mesa, para que nadie supiera que nos conocíamos. Pero Manuel tampoco se encontraba en el lugar. Salí y di un breve paseo por el pueblo. La toalla de baño no estaba en el alféizar, por lo que no era probable que Manuel subiese y se encontrase con Rudi en mi cama.

Me equivoqué. Manuel estaba tan seguro de sí y el tiempo que pasábamos juntos era tan breve que había subido para ver si estaba en la habitación.

—Adelante —había respondido Rudi en inglés al oír la llamada. El diálogo había terminado allí mismo, porque Rudi no hablaba castellano. Manuel había abierto la puerta, visto a Rudi en la cama y preguntado dónde estaba yo. Aquello sí lo comprendió Rudi, porque se había mencionado mi nombre. Hizo lo que pudo, dadas las circunstancias. Explicó a Manuel con gestos complicados que yo había salido, pero que tardaría en volver a dormir. Acabó dando golpecitos en la cama, acto seguido en su propio pecho y por último señaló a

Manuel. Lo que quiso decir era que Manuel iba a ocupar su puesto en la cama y que él, Rudi, se iba. Manuel malinterpretó la mímica y pensó que se le echaba a la calle porque Rudi había ocupado su lugar. Sacó la pistola y disparó al aire por la ventana abierta.

Cuando volví, encontré a Rudi bajo la cama.

—Gracias a Dios que has venido. ¡Tu amante está loco! ¡Ha querido pegarme un tiro!

Me contó toda la historia. No pude por menos de reírme.

—Me gustaría saber qué te da tanta risa —dijo Rudi, muy ofendido—. ¡Han podido matarme!

—Es que Manuel no tiene sentido del humor, sólo orgullo español. Y tendrás que admitir que es muy gracioso que a los cincuenta y cinco años me convierta en la heroína de un crimen pasional.

—Te preocupas demasiado por hacerte publicidad —farfulló Rudi, limpiándose los pantalones. Habían cogido mucho polvo bajo la cama—. Me voy inmediatamente.

—Bueno, tal vez sea buena idea. Te llamaré a Barcelona. Vete y espérame en el hotel…, pero con habitaciones separadas, Rudi. ¡Habitaciones separadas!

Ayudé a Rudi con el equipaje y lo metí en un taxi que lo llevase a la estación, que estaba a unos kilómetros. Luego fui en busca de Manuel.

No le encontré en ninguna parte. Incluso fui a la comandancia, esperando encontrarle de servicio. Habría podido inventar un cuento acerca de un pasaporte perdido o algo por el estilo, para hablar con él en privado. Pero no había ni rastro de él. Por último, me puse a pasear otra vez por el pueblo. Solía encontrármelo por casualidad, dándole a los pedales de la bicicleta.

—¡Manuel! —exclamé cuando le vi por fin. Estaba sentado en el malecón, donde nos habíamos conocido, y tenía la bicicleta al lado.

Volvió la cabeza para mirarme, pero no dijo nada. Parecía tan guapo con el tricornio como cuando le había visto por vez primera. Pero ¿por qué no me respondía?

—Manuel —dije, yendo donde él con no poco

atrevimiento: a fin de cuentas, también a mí me podía freír a tiros—. ¿Qué te ocurre? Te lo puedo explicar todo.

Parecía el guión de una mala película. Siguió sin decir nada.

—Manuel, Rudi es sólo un antiguo amigo. Hace muchos años que no es mi amante. Además, ya no se mete en la cama con mujeres.

—¿Quieres decir que es *maricón*?

—Sí, aunque no suelo poner etiquetas a la gente.

—¿Y crees que me lo voy a creer? Ese tío no es un homosexual, lo que ocurre es que tú eres una golfa.

Me di cuenta de que libraba una batalla perdida. Era de cabeza cuadrada y así sería siempre. Quería decir lo que decía. A sus ojos, yo era una puta.

Era absurdo seguir discutiendo. No me sentía culpable. Nos habíamos utilizado mutuamente y el romance había terminado.

Pasé el fin de semana haciendo el equipaje; íbamos a salir para Barcelona el domingo por la noche. Volví a poner la toalla de baño en el alféizar de la ventana, pero no oí ningún ruido de botas en las escaleras. El tricornio no volvería a colgar de la cabecera de la cama. Dejé una breve nota en el merendero en que Manuel comía:

«Mi querido Manuel:

»No creas que todas las extranjeras son putas. Cuando te hagas mayor, serás más comprensivo y tolerante. Gracias por devolverme a la vida. Lamento que pienses que en mí había sólo lujuria y no amor. No es del todo cierto. La lujuria no hace llorar. Se me saltarán las lágrimas cuando me vaya de Cadaqués. Con mi gratitud y afecto eternos,

»Anne»

Todo era confusión en Barcelona. Había facturas sin pagar y no vimos ni un duro del sueldo. Telegramas a Italia, llamadas a Madrid, huelga entre los miembros del equipo español… pero el caso es que los extranjeros estábamos en una ratonera. El rodaje continuó de todos modos; tenía que continuar. Pedimos prestado un tren en desuso y dimos

gracias al cielo porque los ferrocarriles españoles estuvieran nacionalizados. El Gobierno hacía gratis cualquier cosa por fomentar el rodaje de películas en España y a los ferroviarios les divirtió participar. El jefe de estación regaló flores a la actriz italiana y en la cantina se nos dio de comer gratis, pero daba la sensación de que la coproducción estaba en quiebra.

—Creo que he llegado justo a tiempo para llevarte de vacaciones —dijo Rudi—. Vayamos a Sitges.

Sitges era una colonia veraniega de homosexuales, pero yo ya estaba un poquito harta de todo aquello y de España también. Si me iba de vacaciones y tenía que pagármelas, prefería ir a otra parte. Para empeorar las cosas, Bruno cogió una gonorrea.

—Bruno, ¿la cogiste antes o después de meterte en la cama conmigo? —le pregunté.

—No te preocupes, Anne. Parece que es reciente. Tuve un desliz cuando la Fräulein se marchó y la Signorina tuvo la regla. Se me ocurrió que podía probar carne española antes de salir por piernas de este país a causa de las deudas.

—Bruno, eres incorregible. ¿Por qué lo haces?

—Vaya, ves la paja en el ojo ajeno, pero…

—Entiendo ¿Crees que hay mucha gonorrea por ahí?

—No lo sé, pero te convendría venir conmigo al hospital.

Me tomaron una muestra de sangre y otra de flujo y esperé los resultados con impaciencia. El médico me preguntó que cuándo había tenido la regla por última vez. Me di cuenta entonces de que ya no menstruaba. No lo había notado ni echado en falta desde la enfermedad. Mi deseo sexual seguía invariable, incluso era posible que jodiera mejor que nunca, ahora que habían desaparecido para siempre los últimos restos de temor al embarazo. Por lo demás, no tenía gonorrea. ¡Me tranquilizó mucho saberlo! Comencé a pensar en un nuevo lío y un nuevo trabajo.

La película se fue al diablo sin pena ni gloria. Se filmaron las últimas escenas para redondear la historia, pagamos las facturas del hotel con nuestro propio dinero, y se nos dieron pagarés que prometían devolvernos lo desembolsado y abonarnos los jornales atrasados en Roma. Iban a suprimir la

secuencia de París y a reescribirla para filmarla en los estudios de Cinecittá. Ya no iban a necesitarme y no me importaba. Me sentía estupendamente. Ya no utilizaría nunca más el bastón. El interludio hispano había sido tan entretenido como unas vacaciones y podía volver a Roma para seguir viviendo.

—¿Entonces no te vienes a Sitges conmigo? —me preguntó Rudi—. ¿No quieres pasar unas vacaciones conmigo? —Se sentía algo herido y un poco ofendido por haberse enterado, gracias al asunto de las purgaciones, que aún me metía en la cama con Bruno mientras que a él le rechazaba.

—Te lo agradezco, Rudi, pero no quiero ir a Sitges. Acabo de pasar una enfermedad grave y he vencido el amor que siento por ti. Lo único que quiero ahora es dedicarme a mí misma durante un tiempo.

—¿Por qué no tenemos primero una pequeña luna de miel? ¿Igual que con Bruno? Unas veces en la cama tú y yo, otras con otras personas.

—Rudi, mis grandes amores habéis sido tú y mis maridos. Bruno figuró en otra categoría desde el comienzo: amistad y polvos. Es una historia totalmente distinta. Si alguna vez me vuelvo a acostar contigo, será porque estamos casados. Pero hoy por hoy no tengo ganas de volver a casarme, y es probable que no vuelva a tenerlas nunca.

Rudi se lo tomó bien. Estaba claro que quería probar la heterosexualidad otra vez a causa del rechazo de Tom, pero en aquella ocasión yo no podía ayudarle; tenía que protegerme a mí misma. Así que volví cojeando a Roma con Bruno, los dos para descansar de la sexualidad por motivo distinto… ¡y el suyo más contagioso que el mío!

Hay un relato de Colette en que se dice que los meses que discurren entre dos historias amorosas sirven para reafirmar la propia personalidad y para consolidar las amistades. Estoy de acuerdo con ella. Cuando estás enamorada, la historia te absorbe totalmente. Si la relación es afortunada, una se mueve por la vida con un halo resplandeciente que la protege del mundo exterior. Una aventura infeliz tiene el mismo

efecto: vuelves a estar aislado, pero por desesperación. Yo pensaba ya por anticipado en los momentos de paz en que otra vez sería consciente de las demás cosas y personas que componían mi mundo particular.

—Creo que es hora de que vuelva a visitar a mi hermano —dije a Bruno cuando estuvimos en Roma. Había venido a decirme cómo iba la película en Cinecittá,

—Buena idea. Hace demasiado calor para que te quedes en Roma. Además, no tiene sentido, a menos que te paguen por ello.

—A propósito, ¿hay alguna esperanza de cobrar lo que nos deben? No me importa quedarme sin trabajo, pero me gustaría tener lo que es mío. Parece que han sacado dinero de algún sitio, porque el rodaje continúa.

—Las finanzas de la industria cinematográfica son muy complicadas, ¿no te parece? —comentó Bruno y añadió—: ¿Por qué no vas a los estudios el viernes y ves al *ragionieré*?

Así pues, fui a Cinecittá en día de pago para ver al contable. Es curioso que la palabra italiana *ragioniere* [«racionero»] signifique «el que razona». El dinero es, ay, la razón de muchas cosas.

Todos se alegraron de verme volver al plato, salvo el *ragioniere*. Tenía dificultades para cuadrar los libros a causa de los pagos diarios, o sea que me fui sin ver un real. No sería la primera vez. Siendo como era el mundillo cinematográfico italiano, habría tenido que esperar meses para acabar a la postre en el juzgado. Pero hacían películas y ya era algo. Había recuperado la salud, tenía algunos ahorrillos y otro trabajo en perspectiva, y me fui a París para pasar unas vacaciones con mi hermano Max.

Bruno fue a despedirme.

—Me muero por irme a la cama con quien sea —dijo—. Con toda la penicilina que llevo dentro, tengo que ser el tío más sano de toda la industria. ¿Qué dices?

Yo no las tenía todas conmigo.

—Estoy a régimen. He renunciado a la sexualidad durante seis semanas.

—Hostia, tú, ¿y por qué seis semanas?

—Es lo que van a durar mis vacaciones. Hay que tener disciplina en todo. Un régimen de seis semanas me vendrá bien.

—Pero es ayunar demasiado. Te morirás. Anda, vamos. No te pido un menú completo, pero por lo menos dame un bocadillo.

—Bruno, de veras no tengo ganas. Una norma básica para tener una buena vida sexual es saber decir no con la misma facilidad con que se dice sí, y viceversa. Lo importante de joder es desearlo de verdad.

—¡Haces que me sienta como un leproso!

—La gonorrea es la lepra moderna.

Le besé en la boca para que se sintiera mejor, pero de todos modos lo mantuve a distancia. En realidad necesitaba aquellas seis semanas de abstinencia.

Notas del Diario. Fines de agosto de 1972.

Siguiendo las palabras de Colette, voy a consolidar la amistad con mi hermano. A pesar de los habituales problemas fraternales, ha sido una de las pocas personas con quienes he mantenido una relación constante, aunque creo que a lo largo de mi vida le he visto a él menos que a nadie. Estuvo presente cuando le necesité durante la enfermedad y pese a los muchos amantes y maridos que vienen y van, mi hermano estará siempre conmigo.

Hace casi un año que me llevó al hospital medio paralítica. Meses después me entero de que el setenta por cien de los nervios motores se me han regenerado y que puedo andar bastante bien, aunque los médicos dicen que ya no podré volver a correr; pero no es correr precisamente lo que quiero. La vida puede acabarse, pero también se puede volver a la vida y esto es suficiente para mí. Grant no puede volver: pero él eligió marcharse. De un modo curioso, su muerte me ha dado cierta serenidad. Desearía escribirle una carta para decirle esto:

«Mi queridísimo Grant, gracias. Seguiré recorriendo la vida pero de vez en cuando me detendré a meditar. Pensaré

en ti también, pero no con pesar. Tú no lo habrías querido. Con amor, Anne».

Creo que le escribiré una carta y que la archivaré en la caja de zapatos como si esperase respuesta.

De príncipe judío a poeta irlandés

Italia,
1972-1973
. Inglaterra, invierno 1973
Edad: 55-57

Me encanta una gran ciudad en pleno verano, cuando todos se han ido. A Max no, y por ello fui a París para verle aquel agosto de 1972. Atravesaba una crisis financiera y no podía permitirse el lujo de marcharse. Se alegró de verme, me agradeció que le hiciese de cocinera, ya que casi todos los restaurantes estaban cerrados, y se sintió contento de que me encontrara casi recuperada del todo. Ya podía andar con normalidad absoluta y hasta muy lejos. Mi equilibrio no era muy bueno y tenía los pies aún algo entumecidos, pero había aprendido a que no se me notara. Durante el resto de mi vida tendría pinchazos y hormigueo en los pies, pero solía olvidarme y no los sentía más que cuando pensaba en ello. Por una vez se recompensaba mi repugnancia a pensar.

—Me pregunto si Françoise estará en París —comenté a Max hacia el final de mi estancia.

Françoise y yo nos habíamos escrito de vez en cuando y en las últimas fechas Joseph se había puesto a añadir postdatas a sus misivas. Me había hablado de una muchacha de izquierdas que estaba locamente enamorada de él. Él no parecía locamente enamorado de ella, sin embargo… lo que ocurre es que en ese entonces Joseph sólo estaba enamorado de sí mismo.

—A lo mejor veo a Joseph otra vez. Como ocurrió todo hace tanto tiempo… Siempre procuro mantener el contacto con mis examantes. No me gusta estropear los recuerdos.

Max se encogió de hombros.

—A ti te gusta jugar con fuego. Y no sé por qué.

Max tenía razón. Resolví llamar a Françoise para saludarla, fingiendo que estaba de paso. En realidad sólo iba a quedarme una noche más. Tuvimos una charla agradable y creo que le mencioné el nombre del hotel barato, y próximo a la casa de Max, en que yo me hospedaba. Le pedí dijera a Joseph que me gustaría verle durante mi próxima visita, época en la que sin duda ya estaría casado. Françoise me había dicho que el compromiso ya era oficial.

La única cena que tuve con Max fue muy agradable. Fuimos a un caro restaurante para turistas porque sólo estos locales permanecían abiertos. Volvimos andando por los quais y nos despedimos en el Pont Marie. Me sentí triste al verle partir. En una situación crítica y con una vida sexual acabada, es posible que Max vuelva a ser mi único amor verdadero. A decir verdad, nuestra relación ha durado más que ninguna de cuantas he tenido.

Cuando volví al hotel, encontré a Joseph sentado en el vestíbulo. El corazón me dio un vuelco. Inmediatamente se me quedó tan entumecido como los pies, como si se cerrase para defenderse.

—¿No vas a soltar el bolso para besarme? —me preguntó —. No he podido olvidar aquel día.

El pasado volvió de pronto. El muy hijo de puta; sabía cómo abrir viejas heridas. Habría tenido que echarle del hotel. Pero le hice subir.

La noche que pasé con Joseph me dejó acobardada. No fue exactamente como en los viejos tiempos, y sin embargo lo fue. Nuestros ritmos seguían marchando al unísono. Fue como un nostálgico vals rápido en un *bal musette*. Cuando me fui el día siguiente, aún oía música de fondo en el corazón como un estribillo angustiado de Edith Piaf. Había sido un error volver a verle tan pronto. Y sin embargo, todo había terminado dos años antes. ¿Cuánto tarda en superarse en serio la enfermedad llamada amor?

—¿Me vas a llevar contigo a Roma? —me preguntó después de hacer el amor y mientras permanecíamos el uno en brazos del otro—. No quiero casarme de ninguna de las maneras.

—Nunca te llevaré a ninguna parte para huir de otra mujer. Si volvemos a vemos, será únicamente porque me busques a mí. Pero no lo hagas antes de los veinticinco. Creces tan aprisa que ya serás un hombre maduro para entonces y me habrás dado alcance. Yo cada día soy más joven.

Lo eché a la mañana siguiente. Se dejó en la mesilla de noche el reloj que la novia le había regalado en Navidad. Se lo envié a Françoise por correo desde el aeropuerto.

Por suerte, Vanessa y los niños habían vuelto de la playa cuando regresé a Roma. Estábamos a mediados de septiembre. Todos vinieron para verme. Matthew, que ya tenía seis años, se instaló como si no se hubiera movido de la casa desde el invierno de nuestro enfado. Recordaba dónde estaba todo, se impuso en la casa como si le perteneciera y me tiranizó más de lo que ningún adulto se hubiera atrevido a hacer. Su hermano de un año se esforzaba por seguirle gateando, irritado por su incapacidad para desplazarse todavía. Los ojillos de Mark relucían de admiración por su hermano mayor y el corazón me rebosaba de amor por ambos. Dejaba que se tomasen libertades que ninguno de mis amantes se habría permitido. Me manipulaban más que ningún hombre.

—Los mimas demasiado —se quejaba Vanessa—. Y luego se me suben a la parra.

Volvió a llevárselos al campo justo a tiempo. Sentí el vacío que dejaron. Necesitaba otro trabajo, me hacía falta otro hombre.

En la industria cinematográfica, como suele suceder, hay períodos sin oferta de trabajo en que, al igual que los actores, se está «descansando». Ahora que volvía a caminar por mi propio pie, lo último que deseaba era descansar, pero no encontraba ningún empleo. Probé con una película de Pasolini, pero éste prefería trabajar con hombres. Luego me dieron un trabajo, pero otra publicista que había trabajado anteriormente con la misma productora amenazó con suicidarse si no volvían a contratarla. Renuncié por las buenas. Sin duda necesitaba yo el trabajo más que ella, pero

no iba a pelear por él con otra mujer, y menos con una suicida. La situación económica de Italia era conflictiva y ello había provocado una crisis en la industria cinematográfica. Tal vez tuviese que pensar en otra profesión.

En mi larga vida laboral había hecho muchas cosas. Había estudiado arte dramático pero, como no siempre había trabajo en el teatro, había hecho de modelo y luego entrado en una oficina. Al estallar la guerra, había colaborado con el Servicio de Información británico. Acabado el conflicto bélico, había trabajado para la administración británica en campos más vinculados con las artes. Cuando se hizo trizas mi segundo matrimonio, necesité un cambio de escenario. Dejé Londres y acepté un trabajo de profesora en Italia, donde conocí a Rudi. Gracias a él había vuelto a entrar en contacto con el mundo del espectáculo y me di cuenta de que le había echado de menos. Dada mi experiencia teatral, fue fácil entrar en el mundillo del cine por una puerta accesoria. Casi todos los que trabajaban en el cine italiano eran aficionados de talento, sobre todo los actores. Me puse a enseñarles inglés e interpretación. De vez en cuando me daban pequeños papeles, pero no había muchos papeles para una cuarentona. En aquel momento, al parecer, tampoco había trabajo para una cincuentona.

—Podrías dedicarte al doblaje —me dijo una amiga cierto día—. Tienes una entonación inglesa muy bonita.

—Ese argumento se podría volver en mi contra. El principal mercado de las películas dobladas está en los Estados Unidos.

Por extraño que parezca, aunque la industria cinematográfica naufragaba, el doblaje estaba en alza. Las grandes coproducciones estaban pasando de moda y las películas italianas caseras recibían cada vez más aceptación. Después del auge de los spaghetti-westerns, hubo una fiebre repentina por las comidas italianas, los dramas domésticos italianos, y los miniespectáculos italianos, como la película de Pasolini donde me habían rechazado. Resolví someterme a una prueba de doblaje.

Resultó difícil. Mi problema no era tanto el acento como

la sincronización. Me ponía los nervios de punta; como el *ping-pong*, era demasiado rápido. Había que oír los diálogos originales por auriculares, una rayita roja cruzaba la pantalla cuando había que hablar, se procuraba seguir el movimiento de los labios de los actores y, lo que era peor, se tenía que actuar sólo con la voz. No valía el hacer ademanes ni el confiar en las expresiones de la cara; estas cosas ya estaban en la pantalla. Había que ser una voz sin cuerpo, un orador invisible, pero había que hacer que pareciese auténtico. Yo, sencillamente, no servía; y detestaba estar encerrada en un estudio en sombras todo el día. Me ponía nerviosa y me deprimía.

—Hola, ¿quién es usted? —me saludó cierto día de otoño una educada voz norteamericana—. ¿Qué hace aquí sola en la oscuridad?

Me encontraba en uno de los estudios para someterme a una prueba consistente en doblar a una madre otoñal cuya hija se ha descarriado. Había llegado temprano, estaba sola en el estudio vacío y no me había molestado en encender las luces. Alguien había abierto la puerta y pude ver a un hombre alto perfilado por la luz exterior.

—Soy Anne Cumming. He llegado demasiado pronto porque temía llegar tarde.

—Un detalle muy inglés, por si su acento no me lo hubiese indicado ya.

—¿Importa eso, acaso? Me resulta difícil imitar la cachaza yanqui.

Se echó a reír.

—Lo dice de un modo que parece un nuevo baile.

Entró en la estancia y encendió la lamparita de la mesa del doblador, y pude comprobar entonces que el hombre parecía salido del repertorio de clichés de las adivinas: un desconocido alto, moreno, guapo y misterioso. El cabello le blanqueaba en las sienes y parecía tener cuarenta y tantos, aunque resultó estar muy cerca de la cincuentena.

—Yo soy Martin Greenbaum. Soy su actual director de doblaje. —Se adelantó y me estrechó la mano—. ¿Cómo es

que no la he visto antes?

—Soy nueva en este empleo. Trabajo en relaciones públicas, estoy en paro y, como mi especialidad son las películas que se ruedan en exteriores, casi siempre estoy Riera de la ciudad.

Nos sonreímos. Entre ambos comenzó a gestarse una especie de reconocimiento interior, aunque no nos habíamos visto nunca. Creo que ambos pensamos que se trataba del comienzo de alguna cosa, si bien fuimos muy reservados. A nuestra edad, lo normal era suponer que el otro estaba ya comprometido con alguien.

—Bueno, puesto que ya estamos aquí, ¿por qué no empezamos?

Me dio el guión, cogió el teléfono y dijo a los de proyección que pasaran la película. Yo estaba muy nerviosa y todo me resultó muy difícil. Una matrona italiana hablaba en dialecto veinte de cada diez veces. ¿Qué acento tenía que emplear yo y cómo reproducir en inglés aquel chorro de histeria latina?

—Dios mío —exclamé—, esto no es cachaza yanqui, es una danza salvaje con deje mediterráneo. ¿Qué puedo hacer?

—Dele acento de Brooklyn. ¿Sabe imitar el acento de Brooklyn?

—Claro que no. El *cockney* sí. El de Liverpool, quizá. Aunque creo que debería renunciar ahora mismo, antes de que se presenten los demás actores.

—Lo siento. Los de ELDA no habrían tenido que enviarla para este papel. Habría sido mejor esperar a tener una embajadora británica o una azafata de Boston.

Nos miramos con tristeza, lamentando que todo hubiera terminado antes incluso de comenzar. Apagó la lamparilla y quedamos en la semioscuridad. Los rótulos que indicaban la «Salida» emitían una luz mortecina y de la sala de proyección entraba un resplandor apagado; entonces se encendieron las luces generales. En aquel momento de oscuridad, sin embargo, algo había sucedido y mientras las luces habían estado apagadas nos habíamos buscado instintivamente para tocamos. Le puse la mano en el hombro y le dije:

—Yo también lo siento. Me habría gustado trabajar con usted.

Me cogió la otra mano entre las suyas y replicó:

—La llamaré cuando tengamos algo más adecuado para usted. Se la puede localizar a través de ELDA, ¿no?

ELDA era el sindicato de dobladores y al mismo tiempo una agencia. La habían fundado hacía poco los actores angloparlantes que estaban especializados en este tipo de trabajo. Yo me había afiliado a la organización muy recientemente.

—Sí, claro, aunque en ELDA apenas se me conoce. Pero si se acuerda de mi nombre, me encontrará en la guía telefónica.

—Me acuerdo de su nombre. Anne Cumming. Mi exmujer también se llamaba Anne, aunque de esto hace ya mucho.

Fue como si me dijera algo y al mismo tiempo me formulase una pregunta.

—Yo he estado casada dos veces, y de esto también hace mucho tiempo —dije. Me di cuenta de que aquello no nos daba toda la información que queríamos, de modo que me lancé y añadí—: ¿Vive con alguien en la actualidad?

—De modo inconcreto —dijo—. ¿Y usted?

En aquel punto se abrió la puerta y entraron dos actrices norteamericanas: mujeres de aire duro, borrachas como una cuba y cualquiera de las dos perfecta para el papel que yo acababa de perder. La respuesta que iba a dar a Martin quedó diluida un tanto con su llegada. En realidad, cuando me encontré en la calle, me di cuenta de que no había dicho nada. Me había limitado a poner mis manos en las suyas con confianza, a apretárselas con fuerza, a sonreírle con melancolía y a marcharme.

—Querida, creo que acabo de conocer al Hombre Ideal, pero dudo que volvamos a vemos —dije a Vanessa por teléfono.

—¿Y por qué no vais a volver a veros? ¿Acaso has hecho algo malo, mamá? —Vanessa me llama «mamá» siempre que se le despierta la ternura hacia mí.

—No. Lo que pasa es que creo que no dije ni hice lo que

tenía que hacer y decir. Y ni siquiera me acuerdo de su nombre.

—¿No puedes preguntarle a quien os presentó?

—No nos presentó nadie. Coincidimos en unos estudios de doblaje.

—Pues vuelve allí. ¿Por qué no piensas en un pretexto para merodear por el lugar hasta que lo encuentres otra vez?

—Se me ocurre infinidad de pretextos, pero ninguno servirá. A mis años no se puede ir de safari por ahí como una solterona hambrienta de sexo.

—Pues es lo que siempre has hecho, madre. ¿Y qué es eso de «a tu edad»? Es la primera vez que te lo oigo decir.

—Estoy convencida de que es más joven que yo.

Mi hija se echó a reír.

—¿Y desde cuándo te ha preocupado eso?

—Desde ahora mismo, porque tiene *casi* mi misma edad.

—¡Qué cambio, qué cambio! Por lo que dices, es el hombre que te conviene. Maquina ahora mismo un pretexto para volver donde lo viste antes de que otra te lo quite.

—Ya me lo han quitado. Tiene una relación inconcreta, signifique esto lo que signifique. Es el término que él utilizó.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Nada. No sabe quién soy, ni dónde vivo, ni si vivo sola, ni nada de nada.

—Para la falta que hace… No tardará en saber todo eso y mucho más. En Roma te conoce todo el mundo… y se sabe todo acerca de ti. Cálmate, mamá, que pronto volverás a verle.

No fue así. Pasaron varias semanas antes de volver a encontrármelo. Mi amiga Esmeralda vino a mi casa con él.

A Esmeralda se la conocía por la Princesa Roja. Era una señora de la izquierda liberal y pertenecía a una de las más encopetadas familias de Italia. La había conocido antes de casarme con Charles y, cuando me fugué con él, estuvimos viviendo en su casa. Cuando Charles y yo rompimos años más tarde, me consoló cediéndome a su propio marido para que fuese mi amante. Sola y desconsolada me había ido a vivir a Roma, donde Esmeralda tenía un lío en ese momento con un

duque florentino. El marido era complaciente, pero no tenía nada que hacer. Fue reconfortante, pero cuando el duque volvió a Florencia, el marido de Esmeralda tuvo que volver con ella y perdimos todo contacto. Nos encontrábamos de tarde en tarde y yo sabía que ella seguía teniendo amantes, pero no que uno de ellos fuese Martin Greenbaum.

Quería celebrar una gran fiesta el día de mi cumpleaños; cumplía cincuenta y seis. Pensaba ir a Inglaterra para pasar la Navidad con Fiona y supuse que aquélla sería una buena ocasión para congregar a todos mis antiguos amigos. No diría que se trataba de mi cumpleaños. Nunca he mentido en lo tocante a la edad, pero a veces corro un tupido velo ante ella.

Había llamado a Esmeralda.

—Esmeralda, hace años que no te veo. ¿Quieres venir a una fiesta que voy a dar el 14 de diciembre? Tráete a tu marido, claro. También a él hace años que no lo veo.

—Mi marido está fuera, pero, si no te importa, iré con otro. Estoy segura de que te caerá bien. En lo que respecta a hombres, siempre hemos tenido los mismos gustos.

Esmeralda se presentó con un precioso vestido a la turca adornado con joyas de aire exótico. Con ella iba Martin Greenbaum, muy sobrio él con un traje de Brooks Brothers.

—Hola —le dije cuando nos dimos la mano—. ¿Qué tal la cachaza yanqui? —Yo estaba, como es lógico, encantada de verle. Me permití creer que a él le pasaba lo mismo; a fin de cuentas, había acudido a la fiesta sabiendo que yo era la anfitriona.

—He renunciado a la cachaza. Ahora me dedico al vals lento. Estoy escribiendo un libro.

Se perdió con Esmeralda entre el gentío. Había demasiada gente. Yo siempre quiero dar fiestas íntimas y con invitados selectos, pero por lo general terminan convirtiéndose en verbenas donde hay de todo, donde cada cual lleva a quien quiere y donde no conozco a todos los invitados. Vanessa y los niños estaban allí y el pequeño Mark dormía plácidamente en su cuna portátil. Matthew correteaba entre los invitados, abriéndose camino por entre las piernas de todos, incluso metiéndose bajo los muebles. Al final también

se quedó dormido bajo una mesilla de servicio. Trataba de sacarlo de allí cuando se acercó Martin Greenbaum para ayudarme.

—Será mejor llevarlo a la cama para que nadie lo pise —dije—. ¿No es increíble que los niños puedan quedarse dormidos en cualquier parte?

—No sé mucho de niños. Me casé muy joven y no duró. No tuvimos hijos.

—¿Y no te volviste a casar?

—No. No me pareció necesario.

Nos miramos interrogativamente, como tratando de sondear los abismos del pasado del otro, incluso los abismos del presente del otro. Me pregunté cuál sería la intensidad de su relación con Esmeralda y si, una vez más, mi amiga estaría dispuesta a cederme un hombre.

Vanessa se acercó en aquel momento, me ayudó a recoger a Matthew y a meterlo en la cama. Lo hicimos sin despertarlo, pero cuando volví al salón no pude ver a Martin Greenbaum. Otros invitados reclamaron buena parte de mi atención y mi tiempo, aunque yo no dejaba de buscarle con la mirada. Al final creí entreverlo y me dio la sensación de que me miraba. Esmeralda consideró oportuno marcharse en aquel instante y fui al dormitorio para coger su abrigo. Martin estaba a mi lado un segundo después.

—¿Podemos volver a vemos? —me preguntó.

—En Navidad me voy a Inglaterra para estar con mi otra hija. Volveré a comienzos de año.

—Te llamaré. Será una manera preciosa de empezar el Año Nuevo.

Las Navidades, más que encantadoras, fueron ensordecedoras. Vanessa y sus hijos se vinieron conmigo a casa de Fiona, y cuatro niños pequeños bajo un solo techo fue demasiado. Los primitos se peleaban a mamporros y la rivalidad fraterna degeneraba siempre en trifulca. A mi yerno siciliano se le había ocurrido que algún día sería un gran compositor y no dejó de dar la matraca con el piano. Charles y su mujer, con gran prudencia, habían resuelto no reunirse con nosotros y se habían ido a esquiar a Klosters. Fue un

alivio huir de Inglaterra y volver a Roma en Año Nuevo, aunque, una vez aquí, me sentí vacía. Bruno se había enamorado pasajeramente de una farmacéutica, Evaristo se encontraba en los Estados Unidos, mi diplomático había sido trasladado a Bonn, mi camionero estaba en alguna carretera de Bélgica y Charles y su mujer seguían esquiando. Me puse a buscar un nuevo trabajo cinematográfico.

Me ofrecieron dos: uno lo rechacé porque no soportaba la idea de trabajar con actores borrachos y el protagonista era alcohólico; el otro se fue al diablo por falta de fondos. Enero, en cualquier caso, es un mes flojo para la industria del cine. Mi vida en general parecía aflojarse, pero es posible que en ello consista la madurez. Tenía ya cincuenta y seis años y debía afrontar el hecho de que tanto los empleos como los hombres se iban a poner cada vez más difíciles. Procuré concentrarme en la redacción de mi libro, pero me resultaba desesperante estar sin más compañía que una máquina de escribir y los propios pensamientos, después de una vida tan movida y ajetreada en el cine. No podía decir que me sintiese sola; tenía una vida social intensa y muchos amigos. Incluso disfrutaba de las horas en que estaba sola: era una nueva experiencia. Pero en cierto modo quería compartir con alguien incluso dicha sensación de soledad. Entonces oí una voz como venida del cielo e hízose la luz nuevamente en mi vida.

—¿Qué tal? Busco a alguien que sepa imitar la cachaza yanqui. Quiero ir a bailar esta noche. —Era Martin Greenbaum.

—Hace mucho que no bailo —fue lo único que supe decirle.

—Pero te gusta bailar, ¿no?

—Claro que sí. Y tú también me gustas. Creo que es una buena combinación.

A decir verdad, fue la combinación perfecta. Martin era un bailarín estupendo, un guía excelente y un hombre dulce y afectuoso. Celebramos su quincuagésimo cumpleaños aquella noche.

—Me gustaría hacerme a mí mismo un regalo. ¿Querrías

serio tú? Los hay que dan mucha alegría y duran lo indecible.

Sonreí ante aquella idea al recordar mi propio quincuagésimo cumpleaños y al mancebo que me había regalado mi amigo el gordo. No había durado mucho, como tampoco Jean-Louis, aunque aún seguíamos en contacto. Claro que los papeles se habían trocado. Esta vez el regalo era yo.

Me entregué a Martin aquella noche sabiendo muy bien lo que hacía. Aquel hombre no era un capricho más de mi hábito erótico. Era por fin un pretendiente idóneo, un hombre definitivo. Y él parecía sentir lo mismo respecto a mí.

—Eres la mujer en quien siempre he pensado —dijo—. Te agradezco que por fin te hayas hecho realidad.

Comenzó a ser mi Hombre Definitivo y yo su Mujer Hecha Realidad, y así nos llamábamos. Entablamos una relación casi doméstica. Aunque ninguno de los dos quería casarse otra vez, la relación se volvió más matrimonial de lo que habíamos previsto. Acababa de cambiarse de casa y le ayudé a amueblarla. Cuando llegó la primavera, me compró rosas para la terraza y me ayudó a ponerlas en macetas. Repartíamos el tiempo a partes iguales entre los dos pisos, aunque no pasáramos juntos todas las noches. No queríamos que fuese así; estábamos acostumbrados a la independencia.

Era interesante volver a tener una relación tan completa con un hombre de mi misma generación y de idéntico pasado cultural. Martin procedía de una buena familia judeonorteamericana. Después de estudiar en Berkeley, California, había pensado trabajar en la universidad. Se había casado con una compañera de estudios, pero el matrimonio había sido breve. Obtuvo un empleo administrativo cuando se licenció, pero no se llevó a la esposa consigo a Washington. Se divorciaron y a él lo trasladaron a Europa. Había trabajado en varios países europeos. Hablábamos los mismos idiomas; habíamos estado en los mismos lugares, tanto literal como figuradamente. Nos complementábamos, en la cama y fuera de ella. Era un amante tierno y comprensivo. Sus manos eran muy sensibles. Mi furia sexual era mayor que la suya, pero me la contenía por él. Raramente

hacíamos el amor salvo por la noche en la cama. No le gustaba la sexualidad oral, pero sus manos acariciaban tan bien como cualquier lengua. Sin embargo, a veces echaba de menos el frenesí y entusiasmo de mis amantes más jóvenes.

—Compórtate según la edad que tienes, Anne —me decía con una sonrisa cuando en ocasiones esperaba que él se condujese como uno de los muchachos impetuosos a que me había acostumbrado, y hacíamos el amor a deshoras y en los sitios más insólitos.

—Envejecer es absurdo —me quejaba yo—. La dinámica sexual de una mujer no siempre está influida por la edad.

—Bueno, la del hombre suele estarlo. Tenemos que aprender a complementamos en la cama, de lo contrario seremos desdichados fuera de ella.

Así aprendí a disfrutar de un ritmo erótico más pausado. Era la primera vez que afrontaba conscientemente el aspecto físico del amor. Anteriormente me había dejado llevar y aceptaba por igual los puntos altos y los bajos.

Nuestros amigos vieron con buenos ojos nuestra relación. Éramos una pareja perfecta, y por lo que parecía, nos llevábamos tan bien con los demás como entre nosotros. Sólo unas cuantas cosas no podíamos compartir. Martin estaba muy interesado en Krishnamurti, que por entonces vivía en Roma. Me llevó a verle en algunas ocasiones, pero no encontré respuesta a ninguna de las preguntas que yo tenía planteadas, y Martin siguió yendo solo. Nos encantaba la idea de tener intereses distintos del mismo modo que disfrutábamos de los placeres que compartíamos.

Otro de los intereses exclusivos de Martin era el esquí.

—¿Te gusta esquiar? —me había preguntado al comienzo de la relación.

—Sí —respondí con nostalgia—, pero la enfermedad que tuve me lo ha vetado para siempre.

—Es verdad. Siempre me olvido. Sobrellevas tan bien tu pequeña incapacidad que es imposible darse cuenta.

—Menos mal que a mi edad no se espera que salte, brinque y haga piruetas; gracias a eso, puedo ocultar los inconvenientes físicos con una conversación dinámica.

En realidad, la fuerza de las manos seguía siendo relativa, y aún sentía en los pies una ligera parálisis. Mi sentido del equilibrio era defectuoso, pero había aprendido a no exigirme demasiado. El esquí estaba descartado, sin apelación posible.

—Pero ve a esquiar cuando te apetezca —le había alentado yo—. A mí me gusta ir a Sperlonga incluso en invierno. Y me encanta que Vanessa y los niños pasen el fin de semana en Roma.

Así, unas veces se iba solo a las montañas y otras pasábamos los fines de semana en Roma o Sperlonga. Martin no tenía hijos, pero disfrutaba con mis nietos cuando se dejaban caer por casa. Se trataba de uno de los placeres compartidos. Poco a poco, fui notando que en mi interior se afianzaba un sentimiento de camaradería y seguridad. Por desgracia, no duró mucho.

—¿Te importa si me voy a esquiar unos quince días por Semana Santa? —me preguntó Martin—. Hay una estación en Francia que me gustaría visitar.

Nos conocíamos en sentido bíblico desde hacía tres meses, aunque parecía mucho más tiempo, quizá porque habían transcurrido casi seis desde que nos viéramos en los estudios de doblaje.

Me di cuenta de que en ningún momento me sugería que le acompañase. Yo había soñado en pasar con él un largo puente de Semana Santa en Sperlonga y hacer además un viaje más al sur con el coche. Ninguno de los dos conocía Calabria y habíamos hablado acerca de recorrerla juntos. Me lo tomé sin embargo con calma.

—De acuerdo, querido, ve. En cualquier caso, yo no podría estar fuera dos semanas.

Era mentira. Podía hacerlo y Martin lo sabía. Es posible que la continua compañía le abrumase a él más que a mí. ¿Me había estado engañando a mí misma a propósito de que aquel era el romance perfecto? ¿Había caído otra vez en el cuento de hadas del Príncipe Azul y el Vivir Felices y Comer Perdices con que me habían educado? Qué equivocados estamos al educar a los niños con estas fantasías. A los niños habría que prepararles para las dificultades futuras y para el

hecho incontestable de que sólo una de cada cien historias sale bien. Los Príncipes Azules no están en ningún sitio, sino que se les convierte en tales. ¿Estaba convirtiendo yo a mi Hombre Definitivo en algo que no era? Y, cosa que aún me importaba más, ¿en qué me había convertido él?

—Martin, si hubieses de puntuar a la amante perfecta, ¿qué calificación me dadas?

—De diez puntos, te daría nueve —respondió en el acto.

—¿Qué me falta? ¿Qué hago mal?

—No te falta nada. Por el contrario, tienes demasiado.

—¿Qué quieres decir?

Estábamos en la cama. Había elegido la ocasión con cuidado. Acabábamos de hacer el amor y estábamos muy relajados y alegres. Me miró con afecto pero con aire burlón.

—Eres un plato muy fuerte, Mujer Hecha Realidad. Eres vibrante, dinámica, magnética, y a veces es difícil estar a tu altura.

—¿Y eso es malo? ¿Realmente malo?

Sonrió, aunque al mismo tiempo parecía confuso. Detestaba las discusiones de índole personal, cosa que yo sabía. Tal vez estuviera siendo demasiado franco.

—Por supuesto que no. Y ahora, apaga la luz y duérmete. Estoy muy a gusto contigo. ¿No te basta?

No respondí. Me limité a abrazarle con fuerza y al final caí dormida con la nariz hundida en su cuello. También él me abrazaba, pero no con tanta fuerza: claro que siempre hay diferencias de intensidad en la conducta de dos personas.

Cuando volvió Martin después de Semana Santa, estaba tan afectuoso como de costumbre —acaso más—, pero nuestra relación había cambiado. Pensé entonces que se debía a que era yo quien se lo tomaba sin mucho entusiasmo; y es que me esforzaba deliberadamente por reducir mis energías vitales para que estuviesen a tono con las suyas.

—¿Estoy ya en una longitud de onda mejor? —le pregunté un día—. ¿Soy menos exigente?

Se echó a reír.

—Pero ¿qué es lo que haces? ¿Programarte como si fueras un ordenador? Relájate, mujer, compórtate como un ser

humano. Lo que más me gustó de ti es que eras muy humana.

Pasé por alto el tiempo verbal empleado. Las mujeres nos alimentamos de espejismos, y como yo quería ser feliz, era feliz. Martin iba y venía con la misma frecuencia que antes, y si había cambiado la calidad de nuestras relaciones, yo lo atribuía a su edad y a su carácter. La luna de miel había pasado y no había que esperar pirotecnias continuas.

Pese a todo, no podía dominar la sensación de que algo no iba del todo bien.

—Martin, ¿te has cansado de mí sexualmente? —le pregunté una tarde.

—¡Pero si acabamos de hacer el amor! ¡Vaya una pregunta tonta! —Parecía realmente asombrado.

—Sí, pero ahora casi nunca te quedas a pasar la noche conmigo.

—Estoy ocupado. Estoy preocupado. La película en que estoy trabajando es un coñazo. Ten paciencia, cariño. No te tomes siempre las cosas de un modo tan personal. Necesito tener un margen de libertad.

Me dije que la madurez era así, que en ella había más sentido de la camaradería que de la pasión.

—Es el período de adaptación, mamá —me dijo Vanessa cuando le hablé de ello—. Mis hijas son mucho más maduras que yo; saben razonar.

Pasaron un par de meses bastante satisfactorios. Yo trabajaba en otra película en los estudios Palatino, situados detrás del Coliseo. Quedaban de camino de dos de los principales estudios de doblaje, por lo que Martin me iba a recoger después del trabajo. Aún hacía calor y comíamos en la terraza de las muchas *trattorie* que instalaban sus mesas sobre los adoquines y las acotaban con bojes y grandes sombrillas. Se presentía el verano. Nos pusimos a hablar sobre pasar unas vacaciones en Grecia. Unos amigos se habían ofrecido a dejamos una casa en Hidra en agosto. La relación parecía asentarse.

De pronto, en cierto momento de junio, Martin hizo un viaje rápido y misterioso a París.

—Quiero ver a unos dobladores franceses porque a lo

mejor, en otoño, tengo una película para ellos —me explicó Martin.

—Nunca me has dicho que conocieras a nadie en París. Max podría ayudarte. Conoce a todo el mundo. Le llamaré.

—Es igual, no te molestes. Parece que todo está ya arreglado.

—Quiero que conozcas a Max, que seáis buenos amigos. Los dos hombres que más quiero en el mundo tienen que llevarse bien.

—No estés tan segura. A lo mejor me entran celos.

Nos echamos a reír y Martin me dio un beso. Pese a todo, no fue a ver a Max. Parecía distraído cuando volvió de París, pero pensé que a lo mejor el viaje de trabajo no había dado el fruto apetecido. No quiso hablar del asunto bajo ningún concepto y lo dejé estar. Max me escribió diciéndome que Martin le había telefoneado, con más educación que cordialidad, y, en consecuencia, no había insistido para que se encontraran. «Tu nuevo novio parece un poco evasivo», comentaba Max. No le enseñé la carta a Martin.

Volvimos a discutir los planes veraniegos a principios de julio. Yo tenía interés en que nuestros amigos supieran si íbamos a ocupar la casa.

—¿Por qué no vas tú sola? —dijo Martin—. A mí me apetecería irme solo de cámping en agosto, para descubrir La Camargue, por ejemplo, y luego asistir al seminario que dará Krishnamurti en Suiza.

Sufrí una sacudida. Había pensado pasar con él el mes de agosto. Iba a tener un período de asueto entre dos trabajos y los de Martin nunca duraban más de dos o tres semanas seguidas. Lo habíamos planeado todo concienzudamente.

—¿Acaso atraviesas una crisis mística? —le pregunté.

Me sonrió y me dio un beso.

—No trates de saberlo todo acerca de tu Hombre Definitivo. Limítate a tener fe.

Yo tenía fe. Se conducía conmigo de un modo particularmente tierno por entonces y no me costaba mucho creer que todo iba a salir bien.

Una noche de fines de julio me dijo que sus amigos los

dobladores de París habían llegado para una breve estancia en Roma. Estaría muy ocupado con ellos durante unos días.

—¿Por qué no te los traes una tarde para tomar una copa en la terraza?

—No. Son unos pelmazos y no quisiera que cargaras con ellos.

Por aquellas fechas se presentaron Vanessa y los niños, que se dirigían a Sicilia para pasar las vacaciones de verano junto al mar. Era lógico que no me inmiscuyera en los asuntos laborales de Martin si yo también iba a estar ocupada con mi familia. Vanessa se iba a marchar el viernes y yo pensaba pasar la noche del sábado con Martin.

Cuando llegó el sábado, Martin me explicó que también sus amigos iban a irse y que aquélla era la última noche que pasaban en Roma. Tenían entradas para la ópera y les sobraba una para él.

—A ti no te gusta la ópera, ¿verdad? —me preguntó Martin para consolarme.

Era cierto que no me gustaba la ópera, pero daba la casualidad de que el responsable de los decorados de aquélla era un antiguo amigo mío y tenía interés por verlos. Resolví ir en el último minuto con mi amiga Franca. Fuimos a las Termas de Caracalla en autobús. No tuve tiempo de decir a Martin que iba a ir.

Las óperas que se representan en Roma el aire libre se hacen en las antiguas termas romanas. Se trata de un amplio recinto dividido en varias zonas. No esperaba ver a Martin, ya que el lugar era tan grande que había muy pocas posibilidades de coincidir con él.

Franca y yo nos habíamos sentido muy contentas de volver a vernos. No tengo muchas amigas, pero a las que tengo las quiero mucho. Franca estaba tan interesada como yo en ver los decorados de mi amigo, enviados desde Verona, en cuya Arena se habían exhibido ya.

—Mira, si es Martin —dijo en el descanso. Habíamos salido a estirar las piernas—. ¡La chica que le acompaña es preciosa!

Martin estaba en el bar con una muchacha rubia. Le

tendía un vaso en aquellos instantes; parecían estar solos. Cuando chocaron los vasos para brindar, la chica se echó a reír. Martin se inclinó y le dio un beso. Sentí todas las reacciones tópicas. El corazón me dio un vuelco, se me encogió el estómago. Pero estaba decidida a que no se me notara.

Martin no supo nunca que le había visto en la ópera. Al día siguiente me dijo que sus amigos se habían marchado de Roma, por lo que deduje que la muchacha se había ido. Resolví no decir nada. Continuó nuestra vida en común, aunque la sexualidad de redujo al mínimo.

Ordenaba su estudio varias tardes después cuando encontré unas fotos de la estación de esquí que Martin había sacado en Semana Santa, mientras estuvo de vacaciones en Francia. Allí estaba la chica rubia, agitando la mano desde un telesilla. Lo que sentí no fue sólo un arrebato de celos, sino también tristeza por la hipocresía de todo aquello. No me cabía la menor duda de que la chica vivía en París y de que la misteriosa visita de Martin en junio había sido para verla. ¡Si al menos me lo hubiera dicho! Yo había sido del todo sincera con él en lo relativo a mi vida sexual.

Tuve el deseo repentino de ver a Esmeralda, así que, sin pensármelo dos veces, la llamé. No me sentía culpable por haberle quitado a Martin, ya que él mismo me había dicho a menudo que, cuando nos conocimos, su relación con ella era ya agua pasada.

—Martin me engaña —le dije mientras tomábamos un café en el Café Greco—. ¿Te la pegaba a ti también?

—Claro; contigo.

—¿Quieres decir que vuestra historia no había terminado cuando te presentaste con él en mi casa? Siempre me ha dicho que prácticamente le habías dado ya la patada.

—¿Y tú sigues creyendo a los hombres cuando te dicen esas cosas?

—Bueno, esta vez sí. Sobre todo porque tú y yo nos conocíamos tanto que pensé que si de verdad no te querías deshacer de él, me llamarías para quejarte. Recuerda que me prestaste a tu marido hace años, cuando yo acababa de dejar

a Charles. —Nos echamos a reír al recordar aquello. Daos tiempo y acabaréis riéndoos de todo.

En aquella ocasión, sin embargo, no estaba yo para demasiadas risas. Me sentía herida y traicionada. Quería a Martin de verdad. Lo que me destrozaba no era sólo la herida del presente, sino también el dolor pasado. Todas las emociones olvidadas y que se remontaban a la época en que Charles me había dejado y Rudi había huido de mí salieron otra vez a la superficie. Me puse a llorar. Allí, en el Café Greco, las lágrimas me arrasaron las mejillas.

—Ya pasará —dijo—. ¿Recuerdas que todo pasa?

—Cuesta por lo menos dos años superar un amor de verdad —dije gimiendo.

—Pues no me había dado cuenta de que te costase tanto —comentó Esmeralda con ironía.

—Bueno, la verdad es que empiezo por coger el sueño más pronto —admití entre sollozos—, pero el dolor por la traición sigue ahí, y a veces para siempre.

—Consuélate pensando que hemos sido muy afortunadas por tener tantos hombres que nos traicionaran —dijo Esmeralda con leve sonrisa—. Hay mujeres que tienen que contentarse con un solo hijo de puta para toda la vida, y eso sí que es un aburrimiento.

Me quedé mirando a Esmeralda y también yo sonreí, aunque aún tenía las mejillas húmedas de lágrimas.

—Gracias, Esmeralda —dije, abrazándola con afecto—. Las mujeres son mucho mejores que los hombres; tanto que me habría gustado ser lesbiana.

—¿Por qué no pruebas?

—Mi conducta tiene ya unas pautas demasiado fijas. Tengo cincuenta y seis años.

—Alégrate entonces de tener aún un hombre capaz de serte infiel —me dijo con resolución—. Somos ya abuelitas, Anne.

—Bueno —objeté con coquetería—, nunca pienso en esas cosas. La única forma de mantenerse joven es no pensar nunca en la propia edad.

—¡No lo digas de manera tan pedante!

Rompimos a reír y volví a abrazarla.

—¿Crees que las amantes son mejores que los amantes, Esmeralda?

—No —contestó Esmeralda—. Pero duran más.

Pasé una mala época, aunque no volví a llorar. Oculté el dolor, incluso ante Martin. Era absurdo decirle nada. Era evidente que a Martin le disgustaban las peleas y hacía lo posible por evitarlas. Aunque personalmente prefiero una ruptura clara y una toma de postura tajante, no hay por qué imponer a los demás las propias reglas. Martin se sentía culpable, de ello no me cabía la menor duda, y yo no podía esperar que de buenas a primeras se convirtiera en anglicano. No habría ruptura tajante, sino que nos iríamos distanciando poco a poco y educadamente.

Y eso fue lo que ocurrió. Todo había sido demasiado lógico y siguió siendo así. Quizá radicaba aquí el problema. Todo había sido ideal, fácil y acomodable. Los grandes amores necesitan obstáculos.

Mi Hombre Definitivo hizo el equipaje y se fue de camping a La Camargue. No me cabía la menor duda de que la guapa rubita se metería allí con él en su saco de dormir: todo muy rejuvenecedor para un hombre mayor.

Mi amigo Kurt me dijo una vez: «No hay finales para ninguna historia». Aquella vez me pareció que no lo había hecho del todo mal. No la dimos por terminada; pero sabíamos que se había acabado. Nos despedimos como si hubiéramos de volver a vemos en septiembre, sabiendo no obstante que, de ser así, probablemente sería ya sobre una base distinta.

En realidad no volvimos a coincidir en Roma hasta la primavera siguiente. Resultó fácil volver a verle después de un período de seis meses y sentir sólo una amistad cordial; todo fue lógico hasta el final. Martin y la rubia francesa se habían prometido mientras tanto, iban a casarse y la chica se había trasladado a Roma. Nos llevamos muy bien, aunque ella me pareció una persona más bien intransigente y experimenté cierto temor por Martin. Mis sentimientos hacia él ya se habían vuelto maternales, cosa que ni siquiera solía

sentir en relación con mis amantes jóvenes. Las circunstancias y el carácter pueden más sin duda que la diferencia de edad.

Pasó otro año, llegó otro agosto y una vez más estaba sola. Ya era tiempo de cambiar de país, me dije. Tenía que pasar la revisión anual en el hospital londinense y además me habían ofrecido quedarme en Londres para supervisar una película italiana sobre una chica que se va de casa y cuya madre viaja a Londres en su busca. Estaba segura de que me surgiría otro amante, y así fue. Un clavo saca otro clavo, como muy bien dicen los italianos. Se trataba más bien de un clavo oxidado, pero sirvió igualmente. Era joven, muy joven. Creo que no hubiera vuelto a reincidir con adolescentes si no me hubiera acabado de rechazar un hombre mayor; pero la historia se repite y cometemos los mismos errores una y otra vez. Mi hábito de amar se estaba volviendo una adicción.

Fue encantador estar de vuelta en la hermosa y querida Inglaterra. Nada había cambiado esta vez. Llovía, estábamos en septiembre de 1973, había más asesinatos sensacionalistas y los irlandeses seguían creando problemas. En el metro había carteles que decían: «Si ve un paquete o una bolsa abandonada en el vagón, no lo toque. Tire de las alarma cuando el tren se haya detenido en la siguiente estación. Invite a los restantes usuarios a abandonar el vagón». Londres había dejado de moverse y comenzaba a estancarse.

Caspian y Kate se habían casado, Gregory el Malo vivía muy feliz con otra novia, Gregory el Bueno seguía sin compromiso y yo seguía sin saber distinguir a Peter y Paul. Apenas si pude reconocer a mis nietos ingleses, tanto habían crecido. Caroline estaba ya en la etapa del uniforme de gimnasia y Malcolm llevaba pantalón largo y gorra escolar. Tenían ocho y diez años respectivamente, y yo iba a cumplir cincuenta y siete. Era la primera vez que volvía a Londres después de la muerte de Grant. Resolví llamar a su padre.

—Hola, Papá. Soy Anne Cumming.

—¡Anda, Lady Anne! ¿Cómo le van las cosas?

—Muy bien, Papá, muy bien. Estoy en Londres porque

tengo un trabajo que durará tres semanas. ¿Le apetecería venir a verme de vez en cuando? He alquilado un piso cerca de Oxford Circus.

—Véngase aquí, muchacha. Le haré uno de mis pasteles y verá la casa de Grant. Conservo su cuarto tal como él lo dejó, aunque a lo mejor se la alquilo a alguien dentro de nada. A veces me siento un poco solo, pero la vida debe continuar, ¿no cree?

Papá parecía alegre y contento de oírme: no hubo en ningún momento el menor rastro de reproche o lamentación. Me invitó a tomar el té el domingo en Hackney y yo tomé el autobús número 22, que me llevó por ciertas zonas de Londres que no había visto en mi vida. Tenía curiosidad por ver el piso de protección oficial donde en cierta ocasión se me había invitado a vivir, y que Grant, en la imaginación, había llenado de hermosas antigüedades.

Papá me recibió en la puerta con un abrazo y una sonrisa. El piso estaba en un bloque moderno e inhóspito de viviendas municipales, aunque algunos vecinos tenían jardinera de ventana y Papá cultivaba en la suya una planta medicinal llamada consuelda.

—Pase. Le he preparado uno de mis pasteles favoritos.

Nada más entrar en el pequeño recibidor, fue como penetrar en una mansión imponente. Grant no había fantaseado; la casa estaba llena de hermosas antigüedades. Papá me enseñó la habitación de Grant. Había en ella una cama de columnas.

—Pero ¿de dónde ha sacado usted esa joya? —no pude por menos de exclamar.

—Soy ebanista de primera, muchacha. A veces me regalan muebles que los dueños creen que no vale la pena reparar. Yo los arreglo entonces y los pongo en cualquier parte.

—¡Papá, es usted un restaurador fabuloso!

—Se dice que soy uno de los mejores de Londres —contestó con orgullo—. ¿Ve esas sillas? Estaban hechas astillas. Me costó una barbaridad juntar todos los pedazos, pero valió la pena.

Comprendí así de qué modo había juntado Grant todos los

pedazos de su vida de fantasía, con el mismo esfuerzo que su padre en la realidad. Había dormido en aquella cama de columnas y cambiado de nombre para que su imagen estuviera a tono con lo que le rodeaba; pero el resto de su vida no había podido acomodarse. Yo hacía siempre lo contrario. Viajaba y hacía que cuanto me rodeaba se ajustase a mi imagen: era un método más cómodo y práctico. Siempre que me iba fuera me llevaba mi reloj de estilo georgiano, fotos en marco de plata y dos cajitas antiguas de Battersea. Se encontraban ahora en una mesa del piso anónimo, moderno y amueblado que había alquilado, junto a algunos libros de poesía.

Comimos un pastel más bien pesado, hecho con harina de trigo integral y dátiles: muy nutritivo. Papá era un gran hombre en todos los aspectos. Le convencí de que alquilase la habitación de Grant a otro estudiante para tener así a alguien a quien mimar y a quien quizás enseñar su oficio. Ya era bastante tarde cuando me fui y Papá me acompañó hasta la parada del autobús. Me había encantado la visita; Papá era maravilloso. No había dejado que me sintiera culpable ni nostálgica respecto a Grant, aunque a veces me preguntaba si el volver a ver a Papá no me llevaría a ligarme al primer adolescente que viera y que me recordase a Grant.

Volvía andando a casa cierta noche, a hora ya avanzada, tras haber estado en el teatro, cuando vi un espantapájaros apoyado en una farola. Aquella imagen rural en el desierto de la noche urbana se me antojó tan insólita que crucé Oxford Street para verla más de cerca. Era una de esas noches que sólo los ingleses saben inventar, en que el viento frío y la lluvia se confabulan para que se le estremezca a una hasta la médula de los huesos y hasta los más jóvenes cojan reumatismo. Yo volvía a casa andando porque cuando llueve nunca se ve un taxi.

El espantapájaros era en realidad un joven de carne y hueso, en pie y con los brazos abiertos, vestido con una gabardina negra y empapada y tocado con un chorreante sombrero de fieltro. Hasta sus largas pestañas negras estaban perladas de gotas de lluvia, y a la luz incierta que nos

rodeaba advertí que tenía los ojos más azules que había visto en mi vida. Miraba al cielo con la cara brillante de humedad.

—Pero ¿qué haces? —le pregunté sin poder contenerme.

Bajó la mirada hacia mí, aunque mantuvo los brazos abiertos.

—Quería saber qué se siente cuando le crucifican a uno —respondió con ligero acento irlandés.

—No creo que sea ésta una noche apropiada para un experimento así —dije, sorprendida aunque intrigada—. Además, a la gente no se la solía crucificar con sombrero y gabardina. Por lo general se la desnudaba.

—Es que hace mucho frío —dijo con lógica aplastante—. Además el sombrero y la gabardina son las únicas cosas que me dejó mi padre. Murió la semana pasada.

Hizo una pausa, sin duda esperando una reacción que yo por mi parte no experimenté. Entonces añadió:

—No tengo casa. Esperaba el último autobús de la Línea Verde, rumbo a ninguna parte, pero creo que ya ha pasado.

La farola era también, en realidad, una parada de autobuses. Miramos juntos el horario. Hacía más de media hora que había pasado el último autobús. El instinto maternal litigó con el sentido común. El joven daba pena, parecía inofensivo y tenía un aire de lo más poético.

—Anda, vente a mi casa; dormirás en el sofá de la salita.

Bajó los brazos, se sacudió como un perro mojado y de debajo de la manga, en la muñeca izquierda, le salieron dos pinzas de ciclista, a modo de pulseras. Me dio las gracias y se cobijó bajo mi paraguas.

—¿Tienes bicicleta? —le pregunté, mirándole las pinzas.

—La vendí —replicó— para comprar las flores del entierro de mi padre. No hay entierro sin flores, ¿verdad que no?

—Creo que no —contesté, sin saber qué decir a continuación.

No había tenido necesidad de preocuparme. Parecía muy tranquilo.

—Me gusta el amarillo de su paraguas —dijo, cogiéndome del brazo—. Es como un rayo de esperanza en Oxford Street.

Una mujer capaz de encontrar un paraguas amarillo en un mundo gris es digna de conocerse. Me llamo Desmond O'Reilly
. ¿Y usted?

Notas del Diario. 20 de septiembre de 1973.

No se ha acostado en el sofá de la salita.

Echado, parece aún más alto, y está tendido en la cama en sentido diagonal, con los brazos otra vez abiertos, en posición de crucificado, que por lo visto es su favorita. Esta vez está desnudo… salvo de las pinzas de ciclista, que aún le ciñen la muñeca y que se niega a quitarse. Se ha dormido muy aprisa, luego volveré para acurrucarme a su lado. Huele a jabón y sexo porque antes de metemos en la cama le hice tomar un buen copazo y un baño caliente, y lo sequé como a un niño delante de la estufa. Aquello despertó recuerdos en ambos. También le despertó el largo y delgado cipote que, enhiesto, se curva ligeramente… Yo estaba sentada en una silla en el cuarto de baño, secándole las piernas con una toalla cuando se le levantó exactamente a la altura de mi boca. Al cabo de unos minutos, dijo: «No me gusta correrme así: quiero que tu calor me envuelva totalmente». Terminamos en la cama y se quedó dormido mientras aún la tenía dentro. Salí de la cama con cuidado y me vine aquí para apagar la estufa. Ahora tengo el pecho tan helado como la espalda y tengo que volver a la cama para entrar otra vez en calor.

—¿Dónde estás? ¡Eres mía y me has abandonado! —exclamó el espantapájaros en la otra habitación.

Volví al dormitorio. Seguía echado con los brazos abiertos, con las mantas a un lado y en erección otra vez. Estaba claro que necesitaba calor y amor. Lo pedía con cada palabra y cada ademán. Era demasiado delgado, demasiado alto, un niño superdesarrollado; podían vérsele las costillas. Sólo tenía adulta la polla, que se le movía con orgullosa madurez autonómica. Me puse sobre él y me la metí. Se alzó y me atenazó los pechos. No jugueteó con ellos; se limitó a tenérmelos apretados. Cuando todo hubo terminado, me

desplomé hacia delante y me dormí.

Aún no había amanecido cuando desperté y le oí moverse en la salita. Rascó una cerilla y encendió un cigarrillo. Como se había desnudado en el cuarto de baño, que daba al pasillo, saltaba a la vista que había vuelto allí para coger el tabaco del bolsillo de su chaqueta, echar una meada y fumarse un cigarrillo. Le oí pasear por la salita, sin duda porque no quería despertarme ni fumar en el dormitorio. Me arrebujé otra vez, gozando cálida y anticipadamente de su vuelta a la cama, aunque me quedé dormida en el acto.

Cuando volví a despertar, había ya mucha luz, pero el joven no había vuelto a la cama. Le llamé repitiendo sus palabras:

—¿Dónde estás? ¡Eres mío y me has abandonado!

No hubo respuesta. El espantapájaros había desaparecido.

Notas del Diario. Londres, 21 de septiembre de 1973.

Hoy es el cumpleaños de mi nieta. Me he dado cuenta de que me han robado algunas joyas, un reloj, dos cajitas de Battersea y un libro de poesía. Tenía razón respecto de que el joven era poético; pero era también un chorizo. No sé si llamar a la policía.

Mismo día, horas después.

He meditado mucho lo de llamar a la policía. Podría contar la verdad e imaginaba la respuesta. ¿Qué iban a pensar sino que una ninfómana otoñal, muerta de ganas, había recogido a un delincuente juvenil y recibido lo que se merecía? «Habrían podido matarla, señora», añadirían probablemente. La versión policial estaría sin duda más cerca de la verdad que la mía; al fin y al cabo, cada cual ve lo que quiere ver. Yo había visto unos brillantes ojos azules irlandeses por entre la cortina de una lluvia mansa; la policía vería a un sospechoso merodeando por la zona con fines criminales. Es absurdo llamar. Yo soy la única a quien habría que castigar y ya he recibido lo que me merecía.

Salvo aquel desdichado comienzo, fue un día familiar feliz. Fui al campo para asistir a la fiesta de cumpleaños de Caroline. Era ya una muñequita de nueve años; hablaba por los codos, saltaba como una mona y nos agotaba a todos. Se parecía más a su tía Vanessa, mi hija menor, que a su propia madre, Fiona, que es una chica tranquila y tímida. Aún pensaba en Fiona como si fuera una chica, aunque era ya una joven de treinta años, serena y responsable y mucho mejor madre de lo que había sido yo. Mi exmarido Robert estaba también allí. Había cumplido ya los sesenta y era un hombre ingenioso, elegante y muy hábil contando chistes. Bailamos el charlestón para los nietos al ritmo de *The boy friend* de Sandy Wilson, un disco viejo y de los preferidos de la familia. El baile de los abuelitos fue el número fuerte de la fiesta y para los niños fue más divertido que jugar al escondite. Se desternillaban de risa y mi nieto dijo que le había visto las bragas a la abuelita al alzar las pantorras. Mi exmarido dijo que yo no había cambiado en absoluto y que siempre había estado dispuesto a alzarme las pantorras en cuestión, sólo que él me recordaba con pantaloneros de encaje, no con bragas. Aquello no era del todo verdad, porque nos habíamos casado ya casi con cuarenta años y yo no llevaba pantalones de encaje desde el pensionado. La ropa interior del vestido de novia había consistido en unas bragas rosa de rayón tupido con encajes de color crudo y un sostén rosa de Kestos.

Empachados de pasteles y miel, ensordecidos con los petardos que habían estallado, con los globos reventados y los gritos de los niños, Robert y yo nos dirigimos finalmente a la estación, en cuyo andén nos dimos a modo de despedida un beso del todo formal, como los viejos amigos que éramos, y tomamos trenes distintos para continuar cada cual con su propia vida.

—¿La señora Anne Cumming, por favor?

—Sí, yo soy. ¿Quién es? —Era simpática la voz del desconocido que había al aparato.

—Brigada de Investigación Criminal, comisaría de Savila Row.

—¡Vete a la mierda! ¿Quién eres? No me gustan estas

bromas.

Breve pausa.

—No es una broma, señora. Es la Brigada de Investigación Criminal. ¿Ha perdido usted hace poco un libro de poemas de W. H. Auden?

—Pues sí. Pero ¿cómo lo sabe usted?

—Se encontró en Irlanda, en una bolsa de viaje de la BEA, con unas papeletas de empeño y otros artículos pertenecientes a un joven llamado Patrick
O'Grady
. ¿Lo conoce?

—No… bueno, quizá sí, sólo que dijo llamarse Desmond
O'Reilly
. Pero no sé cómo han dado ustedes conmigo. ¿Les dijo que me había cogido el libro?

—No. Dejó la bolsa olvidada en un café de Belfas. A causa del pánico terrorista, el propietario del local llamó a la policía, que a su vez envió a un grupo de artificieros. Dentro del libro había un sobre con el nombre y la dirección de usted. Las papeletas de empeño nos hicieron sospechar y cuando volvió el joven se le detuvo para ser sometido a interrogatorio. ¿Le desapareció alguna otra cosa?

—Sí, joyas, un reloj de estilo georgiano y dos cajitas antiguas de Battersea.

—¿Quiere presentar una denuncia en regla?

—No. Me pareció un joven honrado. No quiero meterle en ningún lío.

—¿Hacía mucho que le conocía?

—No, sólo desde la noche anterior. —Otra pausa.

—Señora, creo que será mejor que venga para que le tomemos declaración.

—Sí, yo también lo creo. En seguida estoy ahí.

Todo parecía irreal. El joven había sido devuelto a Londres y tenía que comparecer en Bow Street, porque era éste el distrito en que se había cometido el robo. Volvieron a citarme para identificarle. Tenía un aire muy pulcro con la ropa seca. Yo sólo le había visto calado hasta los huesos y desnudo. Nos miramos con ojos distintos. Los suyos seguían

siendo de un azul brillante y muy hechizantes. En cierto modo, me gustaba más así. Tenía sentido del humor y estaba muy tranquilo. Cuando entré, puso los brazos en cruz, como un espantapájaros, y sonrió.

—¿Me reconoce? —dijo.

Parecía muy joven. Diecinueve años, dijeron, y con otros dos robos de menor cuantía en su haber que le habían conducido a Borstal a los dieciséis. Además, era huérfano de verdad. Estaba con su hermana cuando lo pescaron, le había regalado a ella las cajitas de Battersea.

—No sabía que fuesen tan valiosas —dijo con tranquilidad —. Si no, las hubiera empeñado con lo demás.

Se me devolvieron las joyas después de hacer una descripción de las mismas. La policía las había retirado de la tienda de empeños. Luego se me devolvió el reloj y el libro. Dije a la hermana que se podía quedar con las cajitas de Battersea.

—Un gesto muy amable, Anne —dijo Desmond-Patrick, sorprendido. Me resultó extraño oírle pronunciar mi nombre de pila. La formalidad de lo que nos rodeaba había hecho que olvidase que, técnicamente, éramos amantes. Por primera vez me sentía aturdida e incluso los policías presentes me miraron con reproche. Hasta el momento habían creído en mi versión del asunto: un joven sin recursos al que, con la mayor inocencia, me había llevado para que durmiera en el sofá.

—¿Está segura de que quiere presentar una demanda, señora? —preguntó un policía.

—Yo no quiero presentar ninguna demanda, pero creo que es mi obligación como buena ciudadana —contesté.

—Tranquilícese, Anne, no me caerá mucho. Venga a verme a la cárcel.

—Arreando, macho. Esto se ha acabado —le dijeron, y se lo llevaron a empujones.

Le cayeron tres meses de prisión preventiva.

Carta a la Cárcel de Wormwood Scrubs. 30 de septiembre de 1973.

«Mi querido Desmond-Patrick

»No tuve ocasión de decirte que no quería ser la causa de que volvieras a la cárcel. No fui yo quien acudió a la policía; fue la policía la que acudió a mí. Me vi cogida, por así decir, en una trampa judicial. Querían empapelarte y lo hicieron. Yo quería ayudarte y aún quiero. Quiero que me veas como a una amiga, no como a una víctima. Iré a verte a la cárcel. Creo que se te deja tener una visita por semana. No quiero desplazar a nadie, hazme saber por tanto si vas a tener otras visitas. Te recuerdo con afecto, no con resentimiento.

»Tuya,

»Anne»

Carta de Wormwood Scrubs. 8 de octubre de 1973.

«Mi querida Anne,

»He recibido hoy tu carta; con una semana de retraso. Es que primero las leen en la dirección. Creo que debería decir que lo siento y cosas parecidas. No lo voy a hacer porque no lo siento. Necesitaba dinero para ver a mi hermana. Me pareciste una tía con pasta y además tenías un piso precioso; quizás habría tenido que pedirte el dinero, pero el caso es que no lo hice, sobre todo después de pasar la noche juntos. Era más fácil coger lo que necesitaba e irme mientras dormías.

»Me gustaría que estuvieras aquí. Eres una mujer encantadora. Cuando vengas a verme ¿querrás traerme los poemas de Auden? No tuve ocasión de leerlos. Siempre he querido escribir poesía y ahora tendré mucho tiempo para ver qué tal me sale. ¿Quieres ayudarme? Me recuerdas a mi profesora de inglés. Lo primero que robé fue un libro para regalárselo.

»Te quiere,

»El Espantapájaros»

Fui a verle a Wormwood Scrubs, un inmenso complejo de edificios lisos del siglo diecinueve construidos con horrendos ladrillos grises. La alta muralla y la gran puerta negra de

madera ponían una nota sombría en medio de las atestadas calles residenciales de Hammersmith. Era un distrito de Londres que no conocía bien y me perdí dos veces.

—¿Podría decirme cómo se va a Wormwood Scrubs?

La gente me miraba con extrañeza cuando preguntaba, pero me indicaba el camino con educación. No tardé en ver cómo se erguía ante mí. Ante la puerta, esperando entrar, había una hilera de ciudadanos respetables, parientes y amigos de los que habían caído en desgracia. Estaban más bien silenciosos: no parloteaban entre sí como suele suceder con la gente que hace cola.

—¿Dejan entrar con paquetes? —pregunté a una chica que había detrás de mí.

—Sí —contestó con marcado acento *cockney*—, pero lo que hace la gente es entregarlos antes o mandarlos por correo. Porque ahora tendrá que pasar el registro. Lo que no le van a dejar es entregarlo en persona.

—No, ya lo suponía. —Sonreí a la chica, pero no se mostraba muy cordial. Se daba cuenta de que yo era nueva en aquello de las visitas, mientras que saltaba a la vista que para ella era casi un oficio.

Nos hicieron pasar por una puerta más pequeña empotrada en la grande, que sólo se abría para dar paso a los coches y furgones celulares. Mientras caminábamos por el patio hacia uno de los edificios, pasaron unos presos con un funcionario de prisiones. Nos miraron con curiosidad pero furtivamente. Pensé que si hubieran sido soldados en un cuartel, se habrían conducido con mayor soltura y nos habrían silbado. La chica con quien iba era muy guapa.

Después de registramos y de que se me llevaran el paquete, nos metieron en una sala. Había llevado la poesía de Auden, algunos otros libros, cigarrillos y comida. Nos sentamos en mesas individuales con una sola silla en el lado opuesto. Dos guardias se apostaron en un extremo de la sala para vigilar lo que ocurría.

Los presos entraron uno por uno, vestidos con un amorfo traje gris. Desmond-Patrick parecía más alto y delgado aún de lo que yo recordaba. Le habían quitado las pinzas de ciclista

y sus muñecas parecían desnudas y descamadas. También le habían cortado el pelo y recordaba menos a un espantapájaros que a un pájaro espantado con aquel uniforme de presidiario. Se lo dije.

—Te pareces a un pájaro grisáceo y delgaducho que vi una vez en el zoológico; pero que se llamaba Secretario.

—Me gustaría ser un pájaro. Me escaparía y volaría hacia la libertad.

—No hagas que me sienta culpable. El motivo de que estés aquí dentro está dentro de ti.

—Creo que tienes razón. Te prometo andar derecho cuando salga. ¿Seguirás aquí?

—Sí, el lunes comienzo a trabajar en una nueva película. Está previsto que el rodaje dure sólo tres meses, pero llevará más tiempo. El papel principal lo interpreta una nueva actriz francesa y va con retraso. Aún está haciendo otra película.

—¿Quién es?

—Una que empieza ahora. Su primera película está a punto de distribuirse y se cree que va a ser el no va más. La conocí en París cuando venía a Inglaterra.

—¿Cómo es?

—Guapa, aunque creo que se droga. Va a ser difícil de tratar y, si no se domina, no durará mucho.

Tuve razón. La tuvieron que sustituir después de dos semanas de rodaje. Una vez se presentó demasiado colocada para actuar; tenía el camerino lleno de humo de hierba. Producción tuvo miedo de que la detuvieran y pensó que lo mejor era sustituirla antes de que se malgastara demasiada cinta. La nueva chica que contrataron parecía demasiado mayor para el papel, pero era una actriz inglesa modesta, tranquila y disciplinada. Son éstas las que permanecen.

Se me permitía ver al Espantapájaros, que ahora era el Secretario, una vez a la semana. Nos escribíamos hasta donde estábamos autorizados. No hay que subestimar nunca el poder de las cartas. Pueden convertir una velada nocturna en una amistad íntima. Desmond-Patrick tenía mucho tiempo para escribir y escribía bien. Me devolvió el libro de poesía de Auden junto con unos poemas que había escrito él. Eran

bastante buenos y los archivé junto con sus cartas para llevármelos a Roma. En conjunto iban a ocupar un buen espacio en la caja de zapatos.

—A lo mejor tengo que abrir otro archivador —le dije—. Otra caja con una etiqueta que ponga: «Cartas de mis Pajaritos Prisioneros».

La película avanzaba con los acostumbrados altibajos. Habían instalado a toda la compañía cinematográfica en los Cloisters de Chelsea y me resultó extraño volver al lugar para visitarles, ya que me evocaba recuerdos de la época que hacía pasado allí con Gregory el Malo y Rudi. Gregory el Malo, su última novia y yo cenamos juntos algunas veces y Rudi me escribió desde Nueva York:

«Mi queridísimo Tesoro:

»Ha pasado un año sin verte y el vacío que ello forma en mi vida es mayor incluso que el que me ocasionó la partida de Tom. Te echo de menos a ti más que a él. Por favor, piensa pronto en hacer otra visita a Nueva York. Puedes quedarte conmigo esta vez. Mi casa es lo bastante grande para llevar "vidas distintas en camas diferentes", como siempre remachas. No entra en mis planes viajar a Europa por ahora, porque tengo por delante todo un año de contratos para dirigir óperas en el Lincoln Center, San Francisco y Washington. Incluso creo que voy a intentar poner en escena una ópera. Dirigir la orquesta no me es suficiente; quiero probar la vanidad definitiva. ¡Quiero jugar a ser Dios con todo el reparto! Ven pronto y ayúdame.

»Con amor y un besito

»Rudi»

Le escribí prometiéndole ir a verle. Yo también le echaba de menos. Pero cuando tuve tiempo para ir ya había pasado un año y Rudi, de manera inesperada, había vuelto a Europa para dirigir la orquestación de una película en Roma y una nueva ópera para la televisión alemana. Fue la separación más larga que habíamos tenido.

Navidad vino y se fue.

Fueron unas Navidades tranquilas. Vanessa y compañía iban a pasar las fiestas en su casa y Charles y su mujer iban a ir a casa de los padres de la última. Pero el bueno de Robert vino de Gales, como de costumbre, y su bronquitis pareció adquirir mejor aspecto que el invierno. Fiona se comportó con todos como una anfitriona magnífica. Caroline estrenó un vestido de fiesta de terciopelo azul oscuro y estaba tan bonita como una pintura del siglo XIX. Malcolm comenzaba a ser menos angelical y más agresivo, cosa que también se podía decir de la época en que vivíamos.

La película marchaba bien, y sólo la climatología creaba problemas. La productora italiana no había previsto la impredecible lluvia inglesa. Los días que rodábamos fuera y la necesitábamos, no llovía. Comenzábamos sin esperarla, nos caía de pronto un chaparrón repentino y había que desechar lo rodado. Salíamos a la débil luz del sol y nos caía encima una lluvia torrencial segundos después, idónea para filmar, porque temamos que rodar aquella secuencia al día siguiente. Al final tuvimos que organizar un equipo provocador de lluvia y que avisar para que el servicio contra incendios estuviese al pie del cañón con sus extintores todo el día. En los positivos, sin embargo, la lluvia falsa parecía más auténtica que la lluvia de verdad y tuvimos que filmarlo todo desde el principio. En cierta ocasión inundamos el piso de no sé quién, que lo tenía en el sótano, mientras fingíamos que había lluvia en una ventana de arriba. Además de ser la relaciones públicas, tuve que oficiar de pacificadora.

Mientras tanto, las cartas de Desmond-Patrick llegaban con regularidad a mi buzón. Le dejaban tener una máquina en la celda y escribía mucho. Me puse a pasar a máquina mi diario y saqué una copia que luego le envié. Era extraño mantener una relación tan intensa sin que mediase ningún contacto físico real, pero aquel intercambio intelectual resultaba muy satisfactorio. Su inteligencia y sabiduría juveniles no dejaban de sorprenderme. Le escribí para decírselo:

»Mi querido Secretario:

»Ya supondrás que a estas alturas me he acostumbrado al

hecho de que los adolescentes asimilan el conocimiento más aprisa que las personas mayores y que en consecuencia son excepcionalmente brillantes. Lo único que les falta es experiencia y yo la tengo por dos. Lo que siento se parece mucho a lo que sentí por un joven que conocía en París y que se llamaba Joseph. Su agudeza mental y sus claros ideales eran muy tentadores y acaricié la idea de tener una relación prolongada con él. Obviamente, no me atrevería a sugerir nada parecido a una persona tan joven, pero me gustaría conocerte mejor. Creo que si en tu vida hay una figura maternal, puede ayudarte a "ir derecho". Además, físicamente me recuerdas a un joven, que ahora está muerto, y con el que tuve una relación sexual intensa. Esta cuestión puede funcionar bien entre nosotros, aunque no hemos tenido mucho tiempo para probarlo. Todo lo cual me lleva a sugerirte que podrías tomarte unas vacaciones cuando salgas de la cárcel. Justo después de que salgas, tengo que ir a Nueva York. ¿Te gustaría estar allí conmigo durante un mes? El que escribas bien a máquina podría tener su utilidad, ya que podrías pasar a ser mi Secretario en serio. A veces me hace falta. Si resulta, podrías hacerlo como un trabajo de media jornada mientras continúas los estudios. Hablaremos de ello el domingo.

»Te quiero,

»Anne»

Fue un día de visita muy feliz. Lo iban a poner en libertad el sábado siguiente. Le prometí estar esperándole ante la puerta con la doble función de madre acogedora y amante en potencia.

Mi vida se parece a veces a una película vulgar. Aquella vez me veía a mí misma como a una Jeanne Moreau, pletórica de dramatismo sentimental y sexo, cosa que a la actriz le sale muy bien. Le esperé en la puerta, bajo la lluvia, con el paraguas amarillo. Me gustó que lloviera porque me dio la oportunidad de llevar el paraguas y por tanto de recrear la atmósfera del primer encuentro. Salió por el postigo con la misma ropa que vistiera la primera vez que le vi, pero sin el sombrero. Llevaba una bolsa de viaje que

supuse era la misma que se había dejado en el café de Belfast. La policía me había devuelto el reloj y el libro, pero, como es lógico, lo demás había tenido que devolvérselo a él.

—Hola —dije con naturalidad—. Parece que te hubieran crucificado.

—Me han crucificado —dijo, acercándoseme y poniéndose bajo el paraguas.

Sonrió y levantó la muñeca izquierda. Las pinzas de ciclista le colgaban de un modo raro. Se las habían devuelto al abandonar la prisión.

—Me gusta el amarillo del paraguas —dijo el inclinarse para besarme—. Es como un rayo de esperanza fuera de Wormwood Scrubs. Una mujer capaz de llevar un paraguas amarillo en un mundo gris vale la pena de conocer. Me llamo Patrick O'Grady. ¿Y tú?

Me eché a reír. Tenía una memoria mejor que la mía. A mí me era imposible recordar palabra por palabra nuestra primera conversación. Le miré.

—Vuelves a tener gotas de lluvia en las pestañas. De eso sí me acuerdo. Además, esta vez me has dicho tu nombre auténtico. ¡Es un comienzo mejor!

Nos cogimos del brazo y echamos a andar hacia el metro.

Notas del Diario. 8 de enero de 1974.

¡Es lo que me faltaba! Acaban de robarme el reloj estilo georgiano, dos portarretratos de plata, las joyas que me quedaban y otro libro de poesía, esta vez de T. S. Eliot, para variar.

¿Qué hago? ¿Acudo a la policía? Esta vez, por lo menos, sabemos de quién se trata y se le puede echar el guante en el acto. Pero me pregunto por qué. La cárcel no sirve. El amor y el sexo no sirven. Anoche disfrutamos ambos de lo lindo. Después de tres meses masturbándose en Wormswood Scrubs, le faltaba práctica. Me abrazaba continuamente, ansioso de tocar un cuerpo humano. Le di todo lo que pude, y no sólo

sexualmente. Y todo en vano. También necesitaba coger objetos materiales. ¿Por qué? Yo le ofrecía mucho más: un viaje a Nueva York, comprensión y amor. Es posible que no quisiera poseer nada, pero si quería libertad, ¿por qué sobrecargarse de culpa? Se lo preguntaré a Kurt cuando vaya a Nueva York.

No, es absurdo llamar a la policía. Me servirá de experiencia. Todos tropezamos dos veces con la misma piedra.

La felicidad no necesita tener causa, ¿verdad?

Estados Unidos, 1974
Edad: 57

Notas del Diario. Casa de Rudi, Nueva York, 20 de febrero de 1974.

Después de estar unos días en un lugar distinto, me da la sensación de que siempre he vivido en él. Olvido el pasado, me encuentro bien allí. Me acomodo al ritmo del lugar. Compro *The Village Voice* en vez de *The London Times*, o *Le Monde*, o *Paese Sera*. Compro en A and P, o en Jefferson Market, o en Smilers, que está abierto día y noche. Preparo platos norteamericanos y tomo vino de California. Para decir «ascensor» digo *elevator* y no *lift*, aunque mantengo mi pronunciación británica por el placer de oír «Me encanta tu acento inglés» una docena de veces al día.

Me encuentro aquí para preparar la publicidad del estreno en Nueva York de una película rodada en Italia. La actriz principal es italiana; el protagonista es estadounidense. La coproducción de costumbre. Rudi se encuentra en Roma; hemos intercambiado la casa. Ha compuesto la música de una gran película italiana y luego irá a hacer no sé qué para la televisión alemana. Se irá a Berlín antes de mi regreso. Habitaciones distintas, vidas separadas. Es la primera vez que estoy en una casa neoyorquina. Ahora que Tom le ha dejado y se ha casado, la casa parece vacía. Me pregunto si Rudi tendrá otras intenciones al dejarme la casa. ¿Planea acaso nuestro feliz reencuentro? Espero que no. ¡La libertad lo es todo!

Al salir aquel frío día de febrero de 1974, me pareció que Nueva York se había convertido en una estación de esquí.

Todo el mundo iba patinando sobre la nieve reciente. El aire vibraba, el sol resplandecía y todo parecía crujir de tan inmóvil. Sonreí con alegría y bienestar mientras echaba a andar calle abajo. Un muchacho venía hacia mí. También él sonreía, sólo que su sonrisa era más amplia, más reluciente y más blanca que la mía porque se trataba de un negro. Su lanudo pelo estilo afro destacaba sobre la nieve como una aureola oscura. En conjunción con su radiante sonrisa, le hacía parecer un ángel negro. Su sonrisa era de reconocimiento. ¿Le conocía acaso? En estos días de tejanos y cazadoras de cuero, nadie sabe quién es quién. Lo mismo me podía haber despachado en el supermercado que me habría podido conocer en una fiesta elegante del barrio rico de la ciudad.

Nos cruzamos sonriendo, sin atrevemos a decir nada. Me volví para mirarle y él hizo lo mismo. Nos detuvimos a unos cinco metros de distancia el uno del otro.

—¿Te conozco?

—Creo que no.

—Disculpa entonces. Es que me has sonreído como si me conocieras.

—Le he sonreído porque parecía usted una mujer feliz.

—Soy una mujer feliz.

—No se ven muchas caras felices en esta ciudad.

No nos acercamos más. La voz del otro nos llegaba sin dificultades a través de la nieve en medio de la calle vacía. No había tráfico. Nadie pasaba en aquel momento.

—¿De dónde eres?

—De Santo Domingo.

—¿Es un lugar de felicidad?

—No para mí.

—Pero ahora pareces feliz.

—Pues claro. La felicidad no necesita tener causa ¿verdad?

—Por supuesto que no.

Nos sonreímos otra vez, nos volvimos y seguimos nuestro camino. No nos pareció necesario decimos adiós. Al doblar la esquina le vi en el otro extremo de la calle, sonriéndome en

el momento de volverse. Incluso a tanta distancia su cara resplandecía de contento entre las murallas de nieve recogida. Parecía una pequeña perla negra en un estuche de raso blanco. Me metí en el metro y el momento se esfumó en el aire.

Salí del metro en la Calle 59. Llevaba unas botas para la nieve que me habían prestado y que eran dos números mayores que las que yo calzo, y una larga bufanda que me envolvía la cabeza y el cuello. Parecía Madre Coraje en una compañía ambulante de tercera. No me extrañaba que el chico negro me hubiera sonreído. Tendría que desempaquetarme antes de entrar en el Hotel Plaza y utilizar todo mi aprendizaje en el método Stanislavski para hacer una entrada elegante. Iba a comprobar la habitación reservada para la Superestrella. Tenía que llenarla con las flores de los productores y champagne del director, y tendría que haber muchas sillas doradas en el salón para la conferencia de prensa. Ya había dispuesto que los periodistas estuvieran en el aeropuerto al día siguiente, aunque les íbamos a dar esquinazo alegando que la actriz estaba demasiado cansada para hablar. Se la dejaría en paz durante una noche y al día siguiente volvería a encararse con los periodistas, reforzados esta vez por algunas peligrosas señoras de las revistas de chismes, dispuestas a censurar la primera pestaña postiza y el primer descosido que advirtiesen. Por suerte, los productores italianos habían mandado con ella a su peluquera y su maquillador. Todos iríamos a despertarla al día siguiente, horas antes de la conferencia de prensa, y, mientras ella se preparaba físicamente, yo la prepararía mentalmente explicándole lo que tenía que decir. Por suerte era una chica lista; de lo contrario no habría llegado tan lejos. Las estrellas no nacen; no se las suele encontrar en las tiendas. Por lo general pasan mucho tiempo abriéndose camino poco a poco. Y no se pueden relajar cuando llegan a la cumbre. No hay paz para los famosos.

Charla en el vestíbulo de los VIP del aeropuerto Kennedy.

El avión llegó con retraso. Mi trabajo consistía en entretener a los periodistas haciendo que se fuesen a tomar una copa y acabaran borrachos. Los fotógrafos estaban molestos porque nevaba otra vez y no podrían tomar la clásica instantánea de la estrella que desciende del avión en un día soleado, con la mano en alto en el primer peldaño de la pasarela.

—Pero nada de saltar a la pista; eso ya no se hace —les advertí—. Ahora hay que meterse en un túnel que parece una oruga de plástico y que se extiende hasta la parte misma del avión. Y cuidado con hacerle fotos entonces. Tendréis que esperar a que pase el control de pasaportes o lleve el equipaje Gucci a la aduana.

—Joder, tú, esperemos que lleve falda —dijo uno de los fotógrafos—. Ahora van todas con vaqueros y no se puede sacar ninguna foto atractiva.

—Estoy convencida de que Valentino ha pensado en ello. Le ha diseñado todos los vestidos.

—¿Es cierto que ha sido prostituta?

—No, pero ha trabajado de extra en el cine. Si hubiera sido prostituta, no habría pasado de extra. Una estrella en ciernes ha de saber muy bien en qué camas se mete.

En aquel punto se anunció la llegada del vuelo de Roma y los periodistas y yo corrimos hacia los puestos de combate. Quería ser la primera en recibirla para que no metiese la pata.

—*Carissima!* —me saludó cordialmente, y nos besamos en ambas mejillas.

—*Bellezza!* —dije yo—. ¿Qué tal el viaje?

—Aburrido. Me han puesto una de mis viejas películas. Ha sido muy molesto estar allí viéndome y con todo el mundo mirándome.

Saltaba a la vista que le había encantado, pero fingí estar de acuerdo. Me aparté entonces para que los fotógrafos pudieran apretar el disparador. Estaba divina y felicité al maquillador, que en aquel momento salía de segunda clase con la peluquera.

—Pues sí, querida, ha sido *muy, muy* incómodo —dijo el

maquillador—. Esa productora de mierda nos metió en clase turística para que no estuviéramos con ella. ¿Te lo *imaginas*? Siempre vamos con ella en primera, ¿verdad, Isabella?

—Sí, reina —murmuró la menuda peluquera, que siempre hablaba como si tuviese la boca llena de alfileres.

—No os preocupéis, encantos. Tenéis unas habitaciones preciosas en el Hotel Plaza, y en el mismo piso. Os querían poner en un hotel más barato que hay al doblar la esquina, pero les dije que, por la paz espiritual de todos, teníais que estar cerca de ella.

En aquel momento apareció Suzanne bajo una montaña de bolsos de mano y dos abrigos de piel de reserva. Suzanne era la secretaria francesa de la Superestrella. Hablaba varios idiomas, vestía con mucha elegancia, se comportaba a la perfección, nunca se quejaba y se hacía cargo de todo. Yo adoraba a Suzanne.

—¡Querida! Dame las pieles. Siempre me han encantado las onzas. ¿Dónde está la zorra azul?

—Nos pareció que estaba algo vieja y la dejamos en Roma.

—Creo que ha sido un error. Ahora que vuelven los años 30, la zorra azul habría venido muy bien.

—Pensamos que te podía quedar demasiado vulgar.

—No creo que sea un defecto. Valentino es demasiado elegante. Un poco de vulgaridad sienta bien entre la multitud.

Me adelanté corriendo para situarme junto a la actriz. Los periodistas le preguntaban qué pensaba de su nueva película.

—Yo no pienso. Hago exactamente lo que el director dice y espero que al público le guste —dijo, y exhibió su sonrisa más cautivadora.

—Signorina, ¿quiere usted decir que no lee los guiones?

—Pues claro que los leo. Los leo y después los interpreto. Yo soy… ¿cómo le diría?, una pobre chica trabajadora. Leo y después interpreto lo mejor que sé.

Era una buena frase, pero no debíamos dejar que cargase la mano.

—Creo que la Signorina está cansada del viaje —dije

rápidamente—. Todos estáis invitados en el Plaza mañana a las doce. El señor Pollitzer, director de la película, también estará presente.

Pasamos con rapidez por el control de pasaportes y la aduana. Me negué a que la fotografiasen sentada encima de su equipaje.

—Es una estrella, no una principiante —me quejé.

Por el contrario, sugerí que la fotografiasen sonriendo a un mozo negro de gorra. Interesaba por la cuestión racial. El mozo le tendió la bolsa Gucci más pequeña mientras ella subía al Rolls alquilado. Entonces esbozó su sonrisa más radiante. Las cámaras relampaguearon. Suzanne, la secretaria, le dio una propina. Subí al vehículo y me puse al lado del chófer italonorteamericano, que había sudado lo suyo metiendo el equipaje y acomodando a la estrella bajo las mantas de piel de verdad. Cuando se puso ante el volante, me di cuenta de lo grandote que era, el prototipo del guardaespaldas con un cuerpo realmente duro. La productora, probablemente, había hecho una oferta a la Mafia. Era una buena inversión; en Italia, cuando trabajábamos en exteriores, solíamos hacerlo. La Mafia local proporciona mejor protección que la policía, que sabe cómo contener a las multitudes, pero que no sirve demasiado para evitar robos, accidentes, violaciones y secuestros. Durante la filmación de muchísimas películas suelen ocurrir estas cosas.

Partió el coche. Me tranquilizó el que aquel simpático gorila protector tuviese que cuidamos mientras durase nuestra visita. Le eché una segunda ojeada mientras nos desplazábamos por las calles. No estaba mal. Habría podido ser el suplente de Sonny en *El Padrino*. Probablemente era un amante estupendo. Conocía el tipo. Me recordaba a mi camionero. Sería un duro mientras estuviese con los muchachos, pero tierno en la cama con las chicas, y podría solucionar el problema de mi vida sexual en Nueva York.

Me gusta llevar una dinámica sexual bien organizada mientras estoy fuera trabajando. Nada de cuelgues emocionales, sólo afecto y una buena relación laboral. El chófer tenía la suficiente pinta de gángster para

proporcionarme el sentido de la aventura que me gustaba. Tengo una debilidad secreta por los gangsteres y, a diferencia de la mayoría de mujeres, no me estimulan la fantasía sexual, sino que voy derecha al grano.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Anne. Podríamos conocernos un poco. Vamos a vemos mucho mientras dure este trabajo.

—Me llamo Antonio, pero puede usted llamarme Tony. —Me sonrió, contento de saber que yo era un ser humano—. ¿Qué ocupación tiene en todo este tinglado?

—Soy la agente de prensa. Doy noticias a los periódicos, voy por ahí con las estrellas, les cojo de la mano, las calmo cuando se ponen histéricas, dejo que lloren encima de mi hombro y luego hago que les aireen el nombre en los periódicos.

—Parece un buen trabajo.

—En realidad no lo es. Escribo mucha mierda y me paso el resto del tiempo lamiéndole el culo a la gente.

Volvió a sonreírme, esta vez con mayor complicidad.

—Es usted toda una mujer, señorita Anne.

—Olvida lo de «señorita», Tony.

—O. K., muñeca.

Es muy acogedor estar en la parte delantera de un Rolls Royce. Miré por el vidrio de separación. Las dos viajeras se habían quedado profundamente dormidas. Habían aprendido a echar cabezaditas entre número y número.

—¿Tienes que volver a casa corriendo con la mujer y los seis hijos o me puedes devolver a Greenwich Village después de dejar a éstas en el Plaza? —pregunté a Tony.

Tenía razón respecto a Tony. Tierno como un cordero. Tras dejar a la Superestrella en la jaula de oro que daba a Central Park, me llevó a casa. Le dije que subiera a tomar un trago. Al principio estuvo un poco cortado, como un toro en una tienda de objetos de porcelana. Es un piso más bien insólito, amueblado casi en su totalidad con delicadas piezas modernistas que Rudi había encontrado en un almacén del Ejército de Salvación y que había pintado con llamativos colores. No había en él una silla lo bastantes grande para que Tony se sentara cómodamente, pero tenía que instalarlo

donde fuese hasta que me lo metiera en la cama de matrimonio de la habitación contigua.

—Quítate la chaqueta —le dije para tranquilizarle—. Siéntate; te prepararé una copa.

Se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata. Había elegido para sentarse una silla neogótica, más bien angosta, con brazos de madera, y se hundió en ella. Se me quedó mirando como un enorme perro de caza que espera instrucciones. Se iba percatando de la situación. Parecía más grande aún sin la chaqueta; bajo las mangas de la camisa se le adivinaban unos músculos de acero.

—Tony, pareces un atleta —le dije, dirigiéndome hacia él.

—He sido boxeador, peso pesado. Aún me dejo caer por el gimnasio de tarde en tarde. Toca, toca.

Me puse ante él mientras doblaba el brazo y sacaba el bíceps. Me introduje entre sus piernas para inclinarme y palparle los músculos. Mis pechos le rozaron los labios. No hizo falta más. Gracias al cielo, en este mundo todavía hay hombres sin complicaciones. No necesitamos más palabras. Se habían acabado las dudas. Sabía por qué estaba allí. Fue directo al asunto. Sus brazos de gorila se inclinaron para subirme la falda y bajarme las bragas. Me las quité y me quedé con las piernas abiertas mientras él se lanzaba de cabeza y se ponía a darme lengüetazos en el clítoris. Hizo que me corriera casi en el acto; entonces se echó atrás con el paquete ya muy hinchado y se desabrochó la bragueta. Me atrajo hacia sí y me puso entre sus piernas.

—Chúpamela, cielo, chúpamela hasta el final.

Me amorré y me la metí en la boca. Se retrepó en la delicada silla y se retorció de placer hasta el extremo de que pensé que iba a destrozar el mueble. No dejaba de gemir. Me encanta esto. Seguí chupándosela con energía hasta que se corrió con una furiosa sacudida de la pelvis. El esperma me saltó en la boca mientras la silla se venía abajo. Quedamos en el suelo, tendidos sobre los restos del mueble. ¡A Rudi no le iba a gustar aquello!

Notas del Diario. Nueva York, 28 de febrero de 1974.

El problema de la sexualidad es que o se tiene poco o se tiene demasiado. Tengo con Tony una relación laboral de primera. Vive bien al sur del Village, en Little Italy, con su mujer y sus cuatro críos, y mi casa le queda de camino. A los dos nos viene bien que, camino de su casa, suba a la mía y tengamos media hora diaria de felicidad extramarital. El clásico de 5 a 7 europeo, estilo Nueva York. Cuando se trabaja duro, no hay nada como tener un lío con un compañero de trabajo. Se sale al mismo tiempo, se está cansado o no por los mismos motivos y se sabe dónde está el otro en un momento dado. En el presente caso, por si fuera poco, me llevan a casa en Rolls.

Habría tenido que ser suficiente, pero hubo más y no tardé en llevar una doble vida.

En Nueva York, todos tienen un loquero particular, pero a mí no me hacía ninguna falta. No había tenido tiempo de ver a mi viejo amigo Kurt y tener nuestra acostumbrada conversación nostálgica, pero el final me las arreglé para verle. Quedé en que iría a su casa del West End y que cenaríamos lo que yo preparase.

—Anne, pasa, pasa, querida —me saludó—. Perdóname si te hago esperar unos minutos. Tengo en el estudio un paciente inesperado.

—No te preocupes —le dije, abrazándole con afecto—. Iré a la cocina y me pondré a hacer la cena.

—¿Te importa si el paciente se queda a cenar con nosotros? —preguntó Kurt—. A lo mejor te cae bien.

—Kurt, por el cielo —protesté—, me paso todo el santo día entre neuróticos sin esperanza. ¿No podemos estar solos?

—A lo mejor cambias de opinión cuando le conozcas.

—No te entiendo.

Me miró con aire burlón y sonrió.

—Es un precioso muchacho de diecinueve años. Quizá puedas ayudarle. Incluso te lo puedes llevar a casa contigo.

—Entiendo. Terapia sexual instantánea. Masters, Johnson y yo. Tú te quedas con el dinero del paciente; yo le curo.

—No hay dinero por medio. Forma parte de mi trabajo voluntario como consejero de homosexuales.

—Escucha, Kurt, ¿por qué tendría que hacerme cargo de otro homosexual?

—Porque una vez me dijiste que casi todos tus mejores amantes eran homosexuales.

Hasta cierto punto era verdad. Los homosexuales están siempre deseosos de complacer y quieren saber lo que a una mujer le gusta, al contrario que ciertos machistas que piensan que ya lo saben todo y que nueve de cada diez veces lo hacen mal.

—El chico en cuestión ha estado ya con mujeres —añadió Kurt—. Lo que pasa es que en la actualidad lo mantiene un hombre y se siente culpable.

—¡Qué anticuado! Seguro que se prostituye menos que la gente con la que trabajo.

—Excelente. Dile unas cuantas cosas así y se sentirá mejor en el acto. Vamos, Anne. Verás como te gusta.

—Estoy harta de los adolescentes.

—Uno más no te hará ningún daño.

—Pero si es que ahora tengo un amante perfecto.

—Nunca se tiene demasiado de lo bueno.

—No, Kurt, a veces se tiene demasiado.

Kurt me dejó en la salita y se dirigió al estudio antes que pudiera impedírselo. Al abrir la puerta, dijo como quien no quiere la cosa:

—Ah, por cierto, nuestro adolescente es negro.

Nunca olvidaré la cara de Kurt cuando volvió a la salita con el joven paciente y vio que nos abrazábamos. Fue como si estuviéramos en uno de aquellos programas lacrimógenos de la radio y la televisión: *Ustedes son formidables* o *Esta es su vida*.

El joven era la Perla Negra, el chico de la radiante sonrisa en la calle cubierta de nieve. Su sonrisa volvió a conmoverme y la sala se llenó de pronto de afecto y risas. No cabíamos dentro de nosotros de sorpresa, placer y alegría exultante.

—Bueno, pero ¿qué pasa? —preguntó Kurt.

Supongo que fue un espectáculo de lo más curioso: dos

personas que según parecía no se habían visto nunca, se besaban en público; un muchacho negro tímido y torpe que extendía las manos, no con formalidad, sino con cordialidad amistosa, a una extraña mujer mayor de otro mundo que cogía las manos que le ofrecían y que se alzaba de puntillas para besarle en los labios.

—Me llamo Juan Expósito.

—Yo, Anne Cumming —dije sin parar de reírme, y los dos pasamos espontáneamente a abrazamos. Apoyé la cabeza en su hombro mientras se nos apagaba la risa, y cuando ésta se desvaneció del todo, me estrechó con fuerza. Estuvimos un rato inmóviles, en silencio, disfrutando de aquel instante de contacto corporal. Algo me rozó el vientre. El pene se le había endurecido, aunque sus tejanos eran demasiado ajustados para que se le pusiera rígido. Se sintió confuso y, sin soltarme, se apartó unos centímetros, los suficientes para dejar de tocarme. Bajé las manos de sus hombros y se las puse en los glúteos bien dibujados, firmes y deseables, al tiempo que le atraía hacia mí por las caderas y volvía a ponerme de puntillas para que su duro paquete se acomodara en mi hueco pélvico. El mensaje estaba claro; era terapia sexual instantánea de todas todas.

Fue entonces cuando vi la cara de Kurt: llena de confusión, aturdimiento, alivio, incomprensión, comprensión, toda una gama de reacciones sorpresa. Entendía lo que pasaba, pero no por qué. Algún mecanismo del tiempo y el destino era responsable de un *fait accompli* a partir de algo aún no cumplido. Sólo una cosa estaba clara: los dos interesados tenían que quedarse solos para ajustar el tiempo y enderezar las cosas en el espacio.

—Bajo un momento a la tienda —dijo Kurt con tiento—. No hay con qué aliñar la ensalada.

Cuando se cerró la puerta y oímos que Kurt bajaba las escaleras, Juan se aflojó los tejanos para que el miembro erecto saltase libremente como el cuco de un reloj que da la hora. Llevaba un cinturón muy apretado de hebilla gruesa y tuve que desabrochárselo para meter la mano dentro. No tuve que meterla mucho; el gordo capullo rosáceo estaba casi a la

altura de la pretina. Su ranura me contemplaba como diciéndome: «Te deseo».

—Me desea —repetí.

Aún me sorprende con placer que mi cuerpo maduro pueda despertar deseo al instante, por lo que aprovecho todas las oportunidades. Cogí aquella oportunidad gorda, negra y palpitante con la mano derecha mientras bajaba la cremallera de la bragueta de Juan con la izquierda. No creo que fuese más gorda que la de Tony, al que se la había visto, sentido y meneado hacía apenas dos horas, al llevarme a casa después del trabajo, como de costumbre. Habíamos hecho el amor y luego nos habíamos duchado juntos. Se le había vuelto a poner gorda en la ducha, pero yo le había dicho que se la llevase a casa y se la ofrendara a su mujer. ¡Qué bien había hecho!

Ahora tenía en la mano otra erección, distinta sólo en cuanto al color, y por ello mismo más exótica. Como dice Simone de Beauvoir, «es la diferencia lo que atrae».

Llevé a Juan al dormitorio de Kurt. Titubeó un poco, pero le aseguré que a Kurt no le importaría; formaba parte de la terapia.

—¿Quieres decir que sabes todo lo que me ocurre?

—Sí, lo sé todo. —Ya me había quitado las bragas—. Pero no me importa en absoluto. Lo único que importa es el aquí y el ahora. Pero ya hablaremos después.

Me alcé la falda. Se quitó los tejanos. Me eché de bruces sobre el borde de la cama, con las piernas aún en el suelo. Sabía que mi blanco culo le pondría caliente, sobre todo por tener el resto cubierto por la ropa. Puse el culo en pompa y, cuando se puso sobre mí, le guié para metérmela. Yo temía que se corriera demasiado pronto, y me puse a frotarme el clítoris, aunque aguantó un buen rato. Nos corrimos casi a la vez cuando Kurt abrió la puerta de la casa. Nos encontró en el suelo del dormitorio, otra vez con la risa enganchada. Habíamos caído de la cama a causa de la excitación. Kurt nos miró parpadeando detrás de los cristales de las gafas.

Durante la cena explicamos a Kurt todo aquel extraño encadenamiento de circunstancias. Yo gorjeaba de alegría por

aquel encuentro juvenil, que no tenía nada que ver con el sólido peso de mi afecto por Tony.

—No dejes que Freud te insinúe que mi predilección por los adolescentes pone al descubierto a la madre que hay en mí —dije a Kurt—. Los jóvenes me hacen sentir joven. Eso es todo.

Me quedé para excusarme ante Kurt por mi desconsiderada conducta cuando Juan se fue a casa corriendo después de cenar. La Reina Blanca, como ya había apodado yo maliciosamente al rico protector de Juan, tenía una cena de negocios, pero no iba a tardar en volver para vigilar los movimientos de su efebo. Era su celoso sentido de la posesión y la dependencia económica lo que poco a poco extinguía el afecto de Juan por él.

—Me quedé sorprendido al ver la velocidad con que el chico te respondía —me dijo Kurt—. A lo mejor en el fondo no es homosexual.

—Tal vez sea un poco bisexual. Lo que le excitó fue más la situación y la extraña coincidencia. No tuvo tiempo de pensar.

—¡Sí, ya me di cuenta!

—Perdona si te ofendí por dejar que ocurriera. Al fin y al cabo, tú me pediste que lo hiciese.

—Claro, claro. Ha sido muy interesante, querida. Clínicamente interesante. No siempre se ve una relación heterosexual que se salta a la torera incluso el breve coqueteo inicial. Siempre suele haber como mínimo un breve intercambio de palabras, aunque mis pacientes homosexuales me dicen que a veces van al asunto sin que medie palabra alguna.

—Nosotros nos presentamos. Recuerdo haberle dicho mi nombre.

—Sí, es verdad. Me divirtió ese preámbulo tan formal para una cópula tan inmediata.

—¿Me perdonas?

—Querida Anne, hasta Masters y Johnson te perdonarían.

Al día siguiente me puse a esperar en la puerta bajo el sol a que Tony me recogiese como de costumbre. Por lo general

le esperaba en la calle, para evitarle problemas de aparcamiento. No me sentía en absoluto culpable o infiel cuando me senté junto a Tony y le besé tiernamente en la mejilla.

—¿Disfrutó anoche tu mujer?

Me miró y su cara fea y cordial enrojeció un poco. Él sí se sentía culpable e infiel. Rompí a reír, pero no le dije por qué, porque no habría vuelto a ponerme la mano encima por haber estado con un negro o simplemente por haberle sido infiel. No hay mucha tolerancia en los círculos en que se mueve Tony.

Fuimos a recoger a la Superestrella y la llevamos al Metropolitan Museum para que la fotografiasen en la reciente sección de vestidos hollywoodenses. Me pareció que los vestidos, por sí solos, parecían sin vida y ridículos sobre los maniquíes, como si fuesen mortajas. Hasta su delicada factura y su costoso tejido parecían de oropel cuando se les separaba de la carne humana.

Por el contrario, la estrella parecía palpitante y viva mientras se paseaba por entre el muestrario de vestidos. Fue como si de aquel modo hiciera sombra a las demás estrellas. Su traje con capa de Valentino, sencillo y delicado, hacía que las lentejuelas de los otros parecieran bisutería charra y que sus encajes quedaran reducidos a pura cursilería. A medida que se paseaba, le quitamos primero la capa, luego la chaqueta y por último le desabotonamos la blanca blusa de seda lisa hasta quedar un poquito descotada. Sus célebres pechos se pudieron contemplar «por casualidad» cuando se inclinó para apreciar cierto vestido de terciopelo que antaño había llevado Greta Garbo.

El fotógrafo era rápido y astuto, iba siempre por delante de ella, apenas si le pedía que se detuviese, por lo que daría la sensación de que se trataba de un paseo casual por el museo. Habría podido pasar por una chica inteligente que tiene la tarde libre y que no sabe ocultar su atractivo sexual. Yo estaba muy satisfecha con mi puesta en escena y elegí con cuidado los fondos y posturas como si dirigiese una secuencia de una película. Evité el vestido de noche de Marilyn Monroe

y el de Elizabeth Taylor en *Cleopatra*. Eran demasiada competencia, ya que aún se podía recordar la carne suculenta que los había llenado. Las tres, me dije, poseen en abundancia la cualidad sensual que configura a una estrella. No tiene nada que ver con la belleza clásica y lo tiene que ver todo con el magnetismo animal.

Tony supo arreglárselas para contener al gentío. Aunque la exhibición se cerró al público durante media hora, la gente, como es lógico, quería entrar. Yo estuve junto a Tony unos minutos para darle apoyo moral y también para explicar a la multitud lo que sucedía, con objeto de obtener su cooperación. Suzanne cogió el libro de autógrafos de una niña y se lo entregó a la Superestrella, que se lo devolvió personalmente a la pequeña con unas palabras muy bien escogidas que ésta no olvidaría nunca.

Por fin terminó todo. Nos despedimos de los funcionarios del museo, dándoles las gracias cordialmente, aunque debieron ser ellos quienes habrían tenido que damos las gracias a nosotros, ya que les habíamos dado tanta publicidad como la que nosotros habíamos obtenido. Conduje a todo el mundo al coche; Niño e Isabella, el maquillador y la peluquera, como de costumbre, en los pequeños asientos abatioles, la Superestrella y Suzanne envueltas en la manta de piel en la parte de atrás, y yo delante con Tony.

—Llevémosla al Plaza para comer. Nosotros tomaremos una pizza rápida al volver la esquina y luego daremos una cabezada en la parte trasera del coche —murmuré a Tony.

—De acuerdo, muñeca —contestó Tony, soltando la mano derecha del volante para pellizcarme en el muslo izquierdo. Una cabezada en el coche con él quizá no fuese una idea tan buena, pero no se podía hacer demasiado aparcados en la Calle 59 en plena luz del día, vamos, digo yo.

Me equivocaba; se podía. Nos sentamos a ambos lados del vehículo fingiendo dormir, pero, bajo la manta de piel, las manos fueron en busca de los cuerpos. Sus gordos dedos subieron hasta mis bragas, mi mano bajó hasta su bragueta. Fingíamos que dormíamos mientras nuestras manos se movían frenéticas bajo el cobertor de piel. Después nos

servimos de los pañuelos de papel que Suzanne guardaba con buen tino en el bolsillo de la portezuela de atrás.

Fuimos a la habitación del Plaza a eso de las cuatro. Me lavé las manos en el cómodo lavabo de señoras del Patio de las Palmeras antes de subir. Me pregunté qué narices hacía a mi edad con dos amantes a la vez, aunque ninguno podía pasar mucho tiempo conmigo. Tony tenía una mujer esperándole y Juan tenía a la Reina Blanca. Era una complicación innecesaria. Pero, en fin, me gustan las aventuras. Es un estado de ánimo, como el de la persona propensa a sufrir accidentes. Piensas de cierta manera y por ello ocurren determinadas cosas. Aprovechas oportunidades que otros no se atreven a aprovechar o de las que no se enteran.

Cuando llegué arriba, encontré a la Superestrella aterrorizada porque la doncella había chamuscado el dobladillo del delicado vestido de seda que iba a ponerse para el estreno. En realidad, la marca de la quemadura coincidía con el dibujo del dobladillo y apenas se veía, pero todo el mundo se había puesto histérico. Sugerí bordarle unas lentejuelas, pero el problema radicaba en encontrar inmediatamente una bordadora. Se llamó a Valentino a Roma y dijo que en Bendel, en el cruce con la Quinta Avenida, tenían algunos vestidos suyos, pero que no sabía si le sentarían bien. Suzanne iba a salir pitando para Bendel, en busca de todos los vestidos, para someterlos a revisión, cuando recordé que en dicha casa tenían costureras preparadas para hacer ajustes en el acto. Bajé para reunirme con Tony, al que había dejado durmiendo, ya que era inconcebible que la Superestrella recorriese andando dos manzanas con el frío que hacía. Pero Tony y el Rolls habían desaparecido, y sin que aquél hubiese dejado ningún mensaje en recepción, como era su obligación si tenía que ir a poner gasolina al coche. Como en ningún sitio hace más viento y más frío que en la Quinta Avenida, tomamos un taxi.

En la sala de modelos de Bendel, una madura vendedora francesa nos dijo:

—Creo que Mademoiselle estará maravillosa con un

vestido blanco.

—Pero no he traído joyas para vestirme de blanco —se quejó la Superestrella—. Con el blanco hay que ponerse diamantes.

—Harry Winston nos los prestará, estoy segura —sugirió Suzanne.

—Antes muerta que llevar diamantes prestados. Elizabeth Taylor tiene los suyos propios.

—Habríamos podido suplirlos con la zorra azul, pero no la trajiste —añadí por mi cuenta.

Caímos en un estado de depresión, ya que ninguna otra cosa parecía apropiada. En aquel punto apareció Tony, al que el portero del Plaza había dicho dónde estábamos, listo para llevamos de vuelta con las manos vacías.

—No te preocupes, muñeca —dijo con optimismo cuando le expliqué la situación—. Mi mujer sabrá cómo salir del apuro. Mañana por la mañana vendré con ella.

Me entró curiosidad por conocer a la mujer de Tony.

Aquella tarde llegó de Los Ángeles el protagonista masculino, y la pareja maravillosa fue debidamente fotografiada en el restaurante de rigor para abonar la leyenda de que estaban liados. Era un duro norteamericano con un corazón tierno, un hombre corpulento y guapo incapaz de matar a una mosca, aunque con una elaboradísima imagen de supermacho de cara a un público femenino que no sospechaba nada. Yo sí sabía que en realidad era homosexual pasivo y masoquista, y al que desde siempre le había gustado recibir palizas a manos de camioneros, soldados y boxeadores de tres al cuarto, más corpulentos que él si cabe. La productora pasaba mil apuros para que estas escapadas no llegasen a las columnas de chismes y le inventaba historias amorosas. En consecuencia, el público creía que era el Casanova del Séptimo Arte que se jodía a todas las actrices que aparecían en el reparto. Cada vez que hacía una película se le atribuía una nueva *fiancée*.

Camino de casa quise dejar una nota para Juan, al que no había podido localizar por teléfono. No quería que pensase que le había dado la patada después de una sola velada

nocturna. Me había pedido que nos viéramos otra vez al irse de casa de Kurt, donde mientras cenábamos me había contado muchas cosas suyas. Me di cuenta de que además de una nueva pareja erótica tenía una nueva responsabilidad social. Resultaba todo un poco pesado.

Juan vivía en Gramercy Park con la Reina Blanca, que le llamaba «mi muchacho *au pair*»[7] cada vez que acudían a cenar amigos y conocidos de su círculo financiero. El calificativo de «mi criado» no autorizaba a Juan a sentarse con ellos a la mesa. Juan lo aceptaba. Sabía lo que hacía y por qué. Podía estudiar gracias a una figura paterna blanca. «Le doy por el culo de vez en cuando y él me paga los estudios. ¿De qué otro modo podría ir a la universidad un tipo como yo?», había dicho con tristeza.

Sin saber nada, Tony entregó la nota que había escrito para Juan.

—¿Dijiste al portero que tenía que entregársela a Juan Esposito *en persona*? ¿Y que no se le entregase si iba acompañado?

—Sí, se lo dije. Pero ¿quién es ese tío? No me estarás poniendo los cuernos, ¿verdad, muñeca?

—Tony, cariño, ¿de dónde iba a sacar yo el tiempo, las fuerzas o las ganas? —dije arrimándome cariñosamente a él.

—Ese nombre, Juan Esposito, me suena a sudaca —dijo Tony con suspicacia.

—Es un modelo negro y necesito algunas fotos suyas para atraer al público negro. Quiero que acompañe a la Superestrella a La Mama a ver el número del Cotton Club.

Fue una excusa inventada sobre la marcha que incluso podía convertirse en realidad. Me sorprendí ante mi capacidad para urdir mentiras y artimañas.

—Sí, sí, pero ¿por qué hay que entregar la nota a este Juan cuando aparezca solo?

—Porque vive con una loca carrozona que no le daría ni un céntimo si supiese que el chico se puede ganar la vida.

—¡Pobre chico! —exclamó Tony con sinceridad. No le caían bien las locas carrozonas. Yo podía contar probablemente con la simpatía de Tony si por una de

aquellas coincidía con Juan. Tony era una bestia llena de nobles sentimientos y me sentía contenta de haberle introducido en mi vida.

Me senté en la parte trasera del coche con la mujer de Tony. Al recogerme, ella iba sentada al lado de su marido. Había salido del coche para que nos presentaran y fue lógico y natural sugerir que se sentase conmigo en la parte trasera.

—¿Cómo conociste a Tony? —le pregunté.

—En la escuela —dijo.

Era una mujer menuda que tendría la mitad del volumen del marido. Yo había esperado encontrarme con una italiana grandota y pechugona, ordinaria pero encantadora. María era una costurera pulcra y delicada, casi una modistilla. No me la podía imaginar en la cama con Tony.

—¿Por qué os casasteis? —le pregunté más bien con poco tacto—. No parece que sea tu tipo. —También ella me podía haber dicho a mí lo mismo, ¡y con mucha más razón!

—Tony me ha necesitado siempre, incluso en la escuela primaria. A mí me daba pena porque siempre hacía mal los deberes. Era un muchacho grandote, dos años mayor que yo, pero no sabía leer ni escribir bien. Me necesitaba. Vivíamos en la misma manzana y cuando dejó de ir a la escuela venía a buscarme para que le escribiese cosas. Solicitudes, permisos de conducir, lo que fuera. Era un buen chico y a mi madre y a mí nos solía hacer chapuzas en la casa. Es que yo no conocí a mi padre.

—¿Dónde está ahora tu madre?

—Vive con nosotros. Fue Tony quien lo quiso. Yo sólo tenía dieciséis años cuando me casé con él y los dos la necesitábamos para que nos cuidara. Ahora somos nosotros quienes la cuidamos.

—Entonces ¿estabas ya con él cuando fue boxeador?

—Sí. Y estaba muy orgullosa. Pero me alegro de que lo dejase. Estaba fuera demasiado tiempo.

Comencé a comprender a aquel matrimonio inverosímil. Tony era su hombre, una figura protectora enorme y fuerte. Y ella era la mujer de Tony, una personita frágil y delicada, como una maestrilla, a la que amaba y respetaba, y

consideraba su *Madonna* y madre de sus hijos. Yo no era más que un ligue fácil, quizá con más clase de lo habitual, pero alguien que no importaba. En cierto modo, me gustaba la idea. Sentada allí, junto a su mujercita, contemplé la nuca de adoquín de Tony y le deseé. Me gustaba que me tratasen como a una puta, como a una mujer con la que se podía hacer cualquier cosa, a la que se podía decir todas las obscenidades que no se creía que la propia esposa conociese siquiera. Apenas si podía esperar a volver a meterle mano.

Fue un día curioso; todos unidos como un equipo para preparar a la estrella para su gran noche; la pequeña Maria, el enorme Tony, Isabella la peluquera y Niño el maquillador.

Yo permanecí cerca de Maria porque me sentía próxima a ella. Daba gracias porque no supiera que compartía a su marido con ella. Ambas le amábamos a nuestro estilo. El papel de las dos estaba totalmente claro. Yo no usurpaba los derechos de Maria en modo alguno. Ella no quería ser la ramera del marido, del mismo modo que yo no habría querido ser su devota mujercita. Tony era un tiarrón y en él había sitio para ambas.

A Tony le encantaba la situación. Se quedó con nosotros cuando nos pusimos a trabajar, descollando por sobre nuestras cabezas con orgullo y sentido protector mientras extendíamos en el suelo el vestido de la Superestrella para arreglar el desperfecto.

—Vete, Tony; nos tapas la luz —le dije con cariño.

—Sí, *caro*, la Signora tiene razón. Este es trabajo de mujeres —añadió María. Comprendía nuestra solidaridad. Éramos dos mujeres que teníamos que trabajar aprisa.

—Está bien, está bien. Estaré fuera, en el coche, por si alguien me necesita. —Y salió como un perrazo ofendido.

María había cogido unos alfileres y buscaba la manera de hacer un zurcido en el dobladillo para reparar lo peor de la quemadura.

—¡Si tuviéramos por lo menos un retal del mismo paño! Le haría un remiendo con el mismo dibujo y no se notaría.

—¿Y si le bordáramos un dibujo con lentejuelas?

—Si el tejido cayese recto, quedaría bien, pero con tantos

volantes se notaría que hay algo colgando.

Alzó el vestido. Era tan pequeñita que aquél arrastraba por el suelo.

—Déjamelo a mí —le dije, cogiéndoselo, y me lo puse encima para que viera el efecto.

—Estaría usted preciosa con él, Signora.

—¿Quién no lo estaría con un Valentino? Y, por el amor de Dios, María, llámame Anne.

Nos sonreímos en un arrebato de cordialidad y volvimos a concentramos en el vestido.

Me moví para que el vestido ondease mientras apretaba contra mí sus blandos pliegues. Colgaba un poco por el pespunte del dobladillo. María se arrodilló y quitó los alfileres, cloqueando como una gallina.

—Yo probaría a frotarlo con oro o plata.

Pusimos el vestido en la tabla de planchar que nos proporcionó la doncella culpable y buscamos algo de plata.

—Lo mejor es una moneda de plata, pero bastará con un anillo de oro.

Yo jamás había oído hablar de aquella anticuada solución.

—Lástima que no estemos en Inglaterra, donde aún hay monedas de plata pura.

—No se preocupe, Signora Anne; nos apañaremos con mi anillo de bodas. —María se quitó el ancho anillo de oro.

Unimos las cabezas sobre la tabla. María olía a cierta agua de colonia pasada de moda. Al imaginarme aquel cuerpecillo frágil aplastado bajo el corpachón de Tony me entró un arrebato próximo a los celos.

Se puso a frotar con energía, pero la mancha oscura no se fue. Sacudió la cabeza.

—El tejido es demasiado delgado. Sólo resulta con la lana porque se le va el flojel.

Nos miramos con tristeza, sin saber qué hacer acto seguido. En aquel momento entró Suzanne para ver cómo nos iba.

—Sería conveniente que la Signorina se lo pusiera —dijo María—. Así probaría a quitarle un trozo que no se note. Pero tengo que vérselo puesto a alguien.

Suzanne salió para comunicar la sugerencia a la Superestrella, que estaba sentada bajo un secador portátil en el dormitorio. Se levantó generosamente y entró con la redecilla y los rulos. Jamás monta número con quienes trabajan con ella. Es una gran chica.

—Buenos días. Le agradezco que haya querido ayudarnos —dijo, tendiéndole la mano a María.

—Buenos días, Signorina —dijo María, vacilando de temor—. Buenos días. Es un placer.

Apenas se atrevía a estrechar la mano de la otra. Era como si la Madonna hubiese bajado del pedestal.

—Es María, la mujer de Tony —expliqué—. También ella es italiana.

No tardaron en ponerse a parlotear en italiano, más contentas que unas pascuas, mientras María enfundaba el magnífico cuerpo de la otra en el vestido y se arrodillaba a los pies de su ídolo con la boca llena de alfileres. Entre las dos llegaron a una especie de acuerdo a propósito de la quemadura e hicieron una breve ristra de frunces acampanados a partir de la costura principal. Fue una labor muy ingeniosa.

—Haré que trabajes con Valentino —dijo la estrella con gratitud.

—No podría dejar a Tony y los niños —dijo María suspirando con tristeza—. Pero me gustaría ver Italia algún día.

—¿Quieres decir que no has estado nunca en Italia?

—No, nací aquí. Soy norteamericana auténtica.

Saltaba a la vista que estaba tan orgullosa de aquello como de Tony.

—Bueno, Signorina, tengo que coserlo. Llevará un poco de tiempo hacerlo a mano.

—Está bien; pero vente y hablaremos mientras trabajas. Tengo que arreglarme el pelo y la cara porque el fotógrafo de *Vogue* está al caer.

Desaparecieron en la otra estancia: dos italianas que probablemente tenían el mismo pasado, pero en aquel instante eran polos opuestos. María no olvidaría sin duda

aquella mañana. La imagino actualmente contándosela todavía a sus hijos.

Por lo que parecía, yo ya no tenía nada que hacer allí. Todos necesitábamos irnos a la cama temprano para estar descansados al día siguiente. Compraría alguna cosa camino de casa y haría algunas llamadas a última hora para que la prensa cubriera convenientemente todos los detalles del estreno del día siguiente, y luego dedicaría la tarde a prepararme yo misma para la gran noche: me lavaría la cabeza, me haría las uñas, me plancharía el vestido y me iría a la cama temprano y *sola*.

Pero no pudo ser. En cuanto llegué a casa, se puso a sonar el teléfono.

—¿Hola? ¿Anne? Soy Juan. Te llamo desde una cabina. Tengo que verte.

Titubeé. Lo último que quería en aquel instante era sexo.

—Juan, querido, ya te dije en la nota que estaba muy ocupada.

—Es que es importante. De verdad.

—¿No puede esperar a pasado mañana, cuando haya pasado el estreno y me pueda concentrar en otras cosas?

—No, es muy urgente.

—De acuerdo, ven a casa —accedí a regañadientes.

—Estaré ahí en un minuto.

Al colgar, pensé en las célebres palabras de Napoleón: «Cuando llega un mensaje urgente, quiere decir que es urgente para el que lo envía». Bien, yo me lo había buscado. Había adquirido una responsabilidad sexual: un problema social con aspectos raciales. Juan iba a convertirse en una obligación innecesaria. Debía aprender a resistirme al hábito de amar.

Telefoneé a Kurt mientras esperaba.

—¿Qué le pasa a Juan? —le pregunté—. Está a punto de llegar para hablarme de no sé qué problema.

—No tengo ni idea. No lo he visto desde que interviniste tú.

—¡Mierda! Para que luego me vengan diciendo que joder a todas horas es la mar de divertido. A veces me entran ganas

de ponerme un cinturón de castidad perpetuo.

Suspiré, colgué y me dirigí al cuarto de baño. ¿Tendría tiempo de lavarme la cabeza antes de que Juan llegase? Me quité las horquillas y el pelo me cayó sobre los hombros. Me contemplé en el espejo. ¿Me quedaba aún juventud que malgastar? Deseé cambiar la imagen y ser otra persona. Me desnudé y me puse un albornoz.

Nada más poner la cabeza bajo el grifo sonó el interfono de la puerta.

—Sube; dejo la puerta entornada; me estoy lavando la cabeza —dije y volví para meter otra vez la cabeza en la pila del lavabo.

Juan entró en el cuarto de baño y me abrazó por la cintura mientras yo hundía la cabeza en el agua. Apoyó la lanuda cabeza en mi espalda. Seguí enjabonándome. Juan me estrujó contra sí y me apretó el paquete contra el trasero.

—Te quiero, te quiero, te quiero —dijo.

Me giré para mirarle con los ojos llenos de jabón.

—Estás loco. Apenas me conoces.

—No me tomas en serio.

—Estoy en una posición incómoda.

—Me gusta esta posición.

Apartó las manos de mi cintura y me alzó el albornoz, aún apretando el pene contra mí mientras yo me enjuagaba el pelo. Comencé a apoyarme en él. Quizá su problema consistiese en que tenía ganas de sexo. Quizá la Reina Blanca fuese viejo e impotente. Empecé a disfrutar de la situación.

—Espera a que termine de enjuagarme el pelo —le rogué.

Pero no esperó. Tuvo que doblar la rodilla y yo tuve que ponerme de puntillas, inclinada sobre la pila. Era un muchacho alto, y le resultaba difícil joderme de pie.

Cuando hubimos terminado y retiró la polla larga y rosácea, dije:

—Deja que te lave.

Nos inclinamos juntos ante la pila. Le cogí el negro pene en la mano y se lo lavé con champú infantil.

—Se podría hacer un buen anuncio con él: «No irrita ni la piel más delicada». ¿Qué te parece si endosamos la idea a

alguna agencia?

Se echó a reír.

—Casi no veo la televisión.

Cogí una toalla de baño y pasamos a la sala de estar. Se subió la cremallera de la bragueta, me envolví el pelo con la toalla y nos sentamos frente a frente.

—Bueno, Juan, dime qué te ocurre.

—Ya no me puedo acostar con mi amante.

—¿Por qué?

—Me da asco. Se me revuelve el estómago. Necesito una mujer. Te necesito a ti.

—Juan, esto es serio. Ese hombre es tu vida. Tu fortuna. Gracias a él estás en la universidad. Él te viste y te alimenta. Yo no podría hacer lo mismo por ti. Es más, no quiero.

—No me importa. Pero no quiero ser un mantenido nunca más.

—No hay nada malo en ser un mantenido si sabes por qué lo haces y lo haces sinceramente. A las mujeres se las mantiene. ¿Por qué no a los hombres? Hay personas a quienes les gusta cuidar de los demás. La Reina Blanca quiere cuidar de ti. Y tú no le obligas a ello.

—No, claro que no. Es él quien me ruega que esté con él. No le importa lo que haga o deje de hacer mientras esté con él. Pero yo no puedo tomarlo todo y no dar nada a cambio, ¿verdad que no?

—No sé por qué no. Hay muchos homosexuales maduros que mantienen efebos mucho después de acabada la relación. En Italia, los efebos se casan y la figura paterna, muy a menudo, sigue ayudándoles a ellos y a sus esposas, y se encargan además de los hijos. La mujer sabe por lo general de qué va el asunto. Y está contenta porque la familia tiene un protector rico.

—Yo no puedo hacer eso. Quiero vivir con una mujer. Quiero vivir contigo. ¿Por qué no me mudo aquí?

—Juan, yo no vivo aquí. Este piso no es mío. En cualquier caso, tendré que irme pronto.

—Entiendo. No lo sabía.

—Ya te dije que no sabías nada de mí. Aunque viviera en

esta casa, no podría aceptar esa clase de responsabilidad.

Juan parecía turbado y alicaído. Era un muchacho sencillo y extrovertido que vivía instintivamente y que nunca había meditado mucho lo que hacía.

—Entonces, ¿no me desprecias por vivir a costa de un hombre?

—A tu edad, no. Cuando hayas acabado los estudios y sepas ganarte la vida, podrás pensar en vivir con una mujer.

—Pero nunca tendré ninguna como tú. Siempre seré un negro de mierda que viene del arroyo.

Me acerqué a él y le rodeé con los brazos.

—Eres un chico guapo, Juan, un chico simpático y encantador. Algún día, la mujer que te conviene perderá la cabeza por ti. Lo que pasa es que yo no tengo ganas de enamorarme nunca más.

—¿Por qué?

—Porque el amor me ha causado más sufrimientos que alegrías. He tenido dos maridos y he vivido con varios amantes. Fue bonito mientras duró, pero en lo sucesivo sólo quiero placer y ninguna responsabilidad.

Me quité la toalla de la cabeza, me froté el pelo y sacudí las mechas húmedas. Juan me acarició el cabello.

—Estás graciosa con el pelo mojado —dijo, aunque aquello no me apartó del tema principal.

—Creo que no estoy hecha para ser una buena esposa, ni, para el caso, ser una buena madre tampoco —proseguí.

Juan siguió jugueteando con las mechas húmedas de mi largo pelo, enroscándolas en sus dedos oscuros. Tenía la palma de las manos de color rosa y las puntas de sus dedos eran muy pálidos por la cara interior.

—¿Puedo pasar la noche contigo?

—¿Crees que sería oportuno? ¿Qué me dices de la Reina Blanca?

—Está en la ópera. Le dije que me iba a casa, al sur del Bronx, a ver a mi madre.

Me tentaba, pero tomé una determinación.

—Cariño, quiero estar sola esta noche. Además es absurdo acostumbrarse a algo que no puedes tener. Luego se hace

difícil. ¿Crees que soy cruel?

—No. Me has enseñado mucho esta noche. Nunca había visto las cosas desde el punto de vista de una mujer. Me gustaría qué no te fueras. Me ayudaría a madurar.

Me sonrió con aquella cálida, maravillosa y espontánea sonrisa suya. Le rodeé con los brazos. De pronto tuve ganas de pasar la noche con él, pero sabía que no debía ceder.

Le vi dirigirse a la puerta. Se fue sin la menor objeción, gracias al cielo, y le dije:

—Sé feliz, Juan, es lo único que importa. Vuelve con ese pobre hombre y hazle feliz a él. Si lo es, entonces no hay nada malo en lo que haces. Relájate y goza tú también de ello. La felicidad no necesita tener causa, ¿verdad?

Cruzó la puerta y apretó el botón del ascensor. Esperé hasta que llegó. Me dirigió una última mirada.

—Con el pelo mojado eres otra persona —dijo.

Sonreímos y se marchó.

Volvió a nevar el Gran Día. Llegué al Plaza y encontré a los productores paseándose por la habitación.

—No saldrá nadie con esta nieve —se decían una y otra vez. En aquel momento me lo dijeron todos a una.

—Un público invitado acude siempre —les dije para traquilizarles, poniendo en marcha el optimismo propio de las relaciones públicas.

—Es verdad. Es la pura verdad —dijo Bob—. Anne sabe siempre cómo animarme.

—Para eso me pagáis: para animaros, para difundir las noticias buenas y silenciar las malas. En esto consiste la publicidad.

—Vales tu peso en oro, Anne.

—Estoy de acuerdo. ¡Pesadme! Lo aceptaré. ¡Y de veintidós quilates, por favor!

Todos nos echamos a reír y miré el estanque por la ventana; unos cuantos patinadores daban vueltas bajo los árboles pelados de Central Park, a pesar de la nieve. Me volví a los productores.

—Bueno, chicos, a plancharse el esmoquin. Tengo la cabeza llena de cosas. Voy a subir a ver si Randy ha sacado

brillo a sus doradas cadenas sadomaso para esta noche.

—Anne, ¿tú crees que…?

—No, lo creo. Llevará un traje de terciopelo color burdeos con una pulsera de identificación únicamente. Y, si puedo, haré que se la quite en el último momento.

Me reuní con Suzanne en la habitación de la estrella. Estaba contestando a las cartas de sus admiradores. Me sentía contenta al ver que mi publicidad previa funcionaba. Docenas de jóvenes le habían escrito pidiéndole fotos. Suzanne y yo nos entreteníamos a veces adivinando cómo serían los hombres que le escribían.

—Pídeles que a cambio nos envíen su foto —le sugerí en aquella ocasión—. A lo mejor descubrimos otra promesa.

—¿Es que no puedes dejar en paz a los adolescentes ni un momento? —me pinchó Suzanne—. La mayoría de los admiradores no llegan a los dieciséis.

—Lástima. Por lo general no admito a menores de diecisiete.

—Con Tony te sobrará un rato entonces, ¿no?

—Pertenece a otra categoría. Peso pesado. Pero hasta María admite que tiene un espíritu infantil.

—¿Nunca te gustan los de tu edad?

—No. Supongo que porque entre las sábanas me gusta ser el elemento dominante. Pero casi todos mis amigos tienen mi edad.

—No puede decirse lo mismo de tus amantes. ¿Cuántos tienes ahora?

—Sólo dos en Nueva York, y creo que a uno lo he mandado a casa con papá.

—¡Y con lo señora y tranquila que pareces!

—Es lo que decían mis maridos, pero cuando descubrieron que no era ni tranquila ni señora, me abandonaron.

—Pero aún te adoran. Y todos piensan que eres una gran señora, hagas lo que hagas.

—Ese es el problema. Me he pasado la vida tratando de destruir esa imagen aristocrática. Es un aburrimiento.

La Superestrella apareció en bata. No se había maquillado y llevaba los rulos puestos.

—¿De qué habláis? —nos preguntó—. Siempre estáis chismorreando.

—Es un secretito —dije.

—Afortunados vosotros que podéis tener secretos —dijo con envidia—. Yo no puedo tener ninguno.

Dedicamos la tarde a descansar y Tony me llevó a casa. Habíamos comido de camino en un restaurante italiano propiedad de unos amigos suyos, que estaba cerca de Broadway. Se negaron a que pagásemos.

—Tengo ganas de dormir la siesta —me murmuró Tony al salir. Nunca le podía negar nada a Tony.

Aparcamos el Rolls en la Sexta Avenida, delante de la tienda de licores, y fuimos andando del brazo hasta mi casa.

—El pelo se te está volviendo blanco —me dijo Tony en el ascensor, sacudiéndome la nieve que lo cubría. Me besó sin interrupción desde el primero hasta el octavo piso. Estaba sin aliento cuando llegamos.

Nos quitamos el abrigo en el vestíbulo. A Tony se le había empalmado en el ascensor, me cogió la mano e hizo que le palpase el bulto.

—Vamos pa dentro, muñeca. ¡A meneamos un poco! Quisiera dormir algo después. Quién sabe a qué hora volveremos a la piltra esta noche. Si la película les gusta, lo celebrarán hasta el amanecer.

—Ojalá sea así. —Entré en el dormitorio y aparté las frazadas—. Lo que me gusta de ti, Tony, es que no pierdes el tiempo con rodeos. Y que, una vez la metes, tienes un tiempo perfecto.

Se estaba ya desnudando y no me escuchaba. Me senté en la cama y le observé. Tony, desnudo, me ponía a cien. Otros, más hábiles en el aspecto intelectual, me habrían puesto caliente dándole al pico. No les habría bastado con desnudarse. A Tony no se le habría ocurrido una cosa así en cien años. Ni falta que le hacía.

—¿Qué pasa, muñeca? Quítate la ropa.

Aún llevaba los calcetines puestos. Raras veces se los quitaba cuando hacíamos el amor.

—Me gusta mirarte.

—Pues te vas a enterar ahora de lo que vale un peine.

Me echó de espaldas y me rompió las bragas después de subirme la falda hasta la cabeza. Llevaba puestos los pantis franceses, con abertura en la ingle, y no le hizo falta quitármelos. Me dejó con la ropa puesta, se me amorró al sexo unos segundos y acto seguido, a toda prisa, me la metió. A partir de este instante se lo tomó con mucha calma. Sabía cómo funcionaban mis motores. Si el pistón iba despacio, entraba el embrague. Tengo unos buenos músculos pélvicos.

—¡Sabes cómo joder con un hombre nena! ¡Es que te entra toda! —Se puso a jadear, pero se contuvo.

Comenzó a pivotear muy despacio. Cuando advertía que yo llegaba al clímax, cambiaba el movimiento para darse gusto él y entraba y salía tan aprisa que parecía un martillo neumático. Incluso se le escapaba un ruido parecido a «Grr… grrr…» y a continuación un rugido. Se corrió un minuto antes que yo, pero siguió moviéndose hasta que me llegó el orgasmo.

—¡Ay, Tony, te quiero, te quiero! ¡Tony, Tony!

Después, paz y felicidad absolutas. No había problemas con Tony, ninguna responsabilidad, ninguna complicación, ni siquiera culpa. No creo que a María le hubiese importado de haberlo sabido. Un tiarrón como el que ella tenía por marido estaba obligado a tener unas cuantas amantes. Estaba en consonancia con la naturaleza pasional por la que ella le amaba.

—Será mejor que me marche, muñeca. Me voy a casa a dormir un rato, nos veremos después. —Apartó sus cien kilos de mí y salió de la cama. Aún llevaba los calcetines puestos.

Había puesto la alarma del despertador a las seis en punto para tener tiempo de sobra para vestirme. A las siete y media, los productores, Bob y Bill, nos iban a regalar con champagne y caviar en las habitaciones que ocupaban en el piso superior. La consabida distancia jerárquica y autopromotora se advertía en el hecho de que la Superestrella y Randy ocupaban habitaciones situadas unos pisos más abajo. Siempre tenía que quedar muy claro quién invertía el dinero y quién iba a ganarlo.

Mientras subía pasé por las habitaciones de la Super y Suzanne. Isabella y Niño daban los últimos retoques a la cara y pelo de la primera, tras pasar dos horas esforzándose porque tuviera un aspecto del todo natural. Los encontré detrás de ella, contemplándola en el espejo.

—De ahora en adelante serás *Divine*, la «Divina» —dije mientras me ponía a contemplarla yo también en el espejo—. Hay ya demasiadas Superestrellas por ahí.

—No se puede —intervino Suzanne—. Aquí ya hay un hombre que se llama así, un transformista que hace cine *underground*.

—Vaya por Dios. En cuanto queremos eliminar el *star system* en el cine comercial, se lo apropia el *underground*.

Dicho esto, nos dispusimos a subir a las habitaciones que los productores tenían en el ático. Niño ayudó a la Super a ponerse la onza, que era tan larga que le cubría los bajos del vestido e impedía que se advirtiese el delicado zurcido que con tanto cuidado había hecho María. Ni ella ni Tony estaban presentes.

—¿Dónde están Tony y María? —pregunté. Había insistido en que se les diese entradas para el estreno y tenían que haber aparecido ya por el Plaza, porque María se había ofrecido a ayudar a la Super a vestirse.

—Estuvieron aquí, pero volvieron al coche —contestó Suzanne—. Estaban demasiado cohibidos para quedarse.

—Voy por ellos —dije—. Subid vosotros mientras tanto.

Los saqué a rastras del Rolls. María llevaba una bonita falda larga negra y un chaquetón de visón.

—El chaquetón es prestado —me dijo en un aparte—. ¿Me queda bien?

—Te queda perfecto —le aseguré—. Da la sensación de que lo has llevado siempre.

Los metí a empujones en las habitaciones del ático y los presenté a Bob y Bill, que estaban rodeados por sus asalariados de la filial de Nueva York, y que conocían a Tony de vista, pero que en su vida habían visto a María. Ésta se conducía con tanta elegancia como Tony con torpeza sosteniendo la copa de champagne con su pequeña mano

delicada con el mismo primor que si fuese una caja de alfileres.

Todos brindaron por todos. Randy estaba inmaculado con su traje de terciopelo y sin que hubiese ninguna cadena a la vista, ni siquiera la pulsera de identificación. Besó a su coprotagonista, que a su vez besó a los productores, tras lo que todos alzaron su copa y besaron a quien más cerca tenían. Tony besó a María y se me quedó mirando.

—¿Puedo besar a tu marido? —le pregunté a ella.

—No se lo permitas —intervino Niño para fastidiar.

María se irguió con dignidad.

—Será un honor que le bese una auténtica señora inglesa —dijo.

Me pregunté hasta dónde sabría. Fue como si nos estuviera protegiendo.

El estreno discurrió con la misma animación. Había dejado de nevar y todo el mundo estaba allí. Los críticos habían visto la película en sesión privada matutina, pero los periodistas y fotógrafos estaban presentes para el acontecimiento social. Las estrellas brillaron en el salón y nuevamente en la pantalla. La Super obtuvo una salva de aplausos cuando llegó la escena más destacada, como si estuviera representando una obra de teatro. El público se enamoró de ella. Había conseguido cruzar el Atlántico, el océano más difícil del mundo del espectáculo.

Cuando fuimos a celebrarlo al Club 21, todo el mundo estaba eufórico. Randy se emborrachó, la Super estaba tan emocionada como un niño el día de su cumpleaños y yo quedé hecha polvo. Me habría gustado escabullirme con María en el taxi después de la proyección. Ella había tenido que volver con los niños mientras Tony aguardaba a las estrellas.

Al cabo de media hora, salía del restaurante y fui a ver si Tony me podía llevar a casa y volver más tarde en busca de los demás.

Tony estaba dormido ante el volante del Rolls. En vez de despertarle, opté por andar por la nieve con mis inútiles zapatos. Había sido una imbecilidad no pedir al portero que

me buscase un taxi, ya que por la Quinta Avenida soplaba un viento helado que bajaba directamente de Alaska. El oropel del triunfo me pareció excesivo y muy artificial. Estuve tiritando hasta que encontré un taxi. Lo único que deseaba era llegar a casa y quitarme los zapatos mojados.

A la mañana siguiente me despertó Kurt por teléfono. Me dijo que Juan había ido a visitarle y que parecía muy tranquilo y contento.

—Dijo que se iba a quedar con la Reina Blanca para siempre y que no hay nada malo en ser un mantenido.

—Es lo que me dijiste que había que hacer, ¿no? Convencerle de que en su vida no sucedía nada anómalo.

—Sí, pero no creía que tu forma privada de terapia sexual funcionase con tanta rapidez. De ahora en adelante empezaré por acostarme con los pacientes. ¡Eres una gran chica, Anne!

—Es lo que todo el mundo me dice. Pero no desmiente la sensación de inutilidad que me posee. Tenía pensado recurrir a ti como una paciente más. ¿Tienes algún remedio para el aburrimiento?

—El día que me preguntes eso en serio, dejaré la profesión. Tu vida es la menos aburrida que conozco. A propósito, ¿cuándo vienes a cenar conmigo para animarme?

—Dentro de un par de días. Hoy toca despejarse de la borrachera del éxito. Mañana la Superestrella volverá a Italia, y cuando le haya despedido en el aeropuerto, estaré libre para dedicarme a los amigos.

—Estupendo. Te estaré esperando. Y gracias por ayudarme con Juan. Si te quedases por aquí, acabaría por perder a todos mis pacientes.

—No te preocupes. No me interesan los ricos —le prometí, y volví a quedarme dormida.

Desperté otra vez cuando sonó el interfono de la puerta. Era Juan. Oí su voz en el auricular como si viniese de debajo del agua.

—¿Puedo subir?

¿Qué podía responder yo? Yo sólo había deseado una sonrisa y me habían cargado con toda una responsabilidad. Ya no podía retroceder.

Le abrí la puerta.

—¿Has comido? —le pregunté.

—No, acabo de salir de la New School. —Tras vacilar un instante, añadió—: La Reina Blanca quiere conocerte.

—¡En el nombre del cielo! ¿Le has hablado de mí?

—Claro. Siempre quiere que se lo cuente todo.

—Tiene que ser masoquista el pobre. Yo no quiero hacerle daño.

—Es lo que quieren los masoquistas, ¿no?

—Es posible, pero yo no soy sádica. ¿Qué tengo que hacer, invitarle a cenar? ¿O quiere vernos juntos en la cama?

—No lo sé. No había pensado en eso.

—Bueno, olvidémoslo. Anda, baja y cómprame todos los periódicos mientras yo como algo. Tengo que leer las críticas. Toma dinero.

Estábamos en la cocina comiendo huevos con tocino y leyendo los periódicos cuando volvió a sonar el interfono. Era Tony. Había olvidado que tenía que pasar a recogerme. ¿Qué haría ahora? Aquello se estaba convirtiendo en un sainete.

—Tony, será mejor que subas. Aún estoy desayunando.

Volví a la cocina.

—Escucha, Juan, es el chófer de la productora. Le he contado que necesito un modelo negro para hacer ciertas fotos. El modelo eres tú. No me jorobes ahora.

Tony llamó al timbre antes de que pudiera dar más explicaciones. Le conduje a la cocina.

—Tony, éste es Juan. Me está ayudando a hacer unas fotos. Siéntate y toma café con nosotros.

Tony no pareció sospechar nada. Aceptaba el hecho de que yo tuviese una vida de la que él no sabía nada. No quería meterse en mi mundo particular; se sentía totalmente satisfecho donde estaba.

Fui a terminar de vestirme y les dejé solos. Me pregunté de qué hablarían; esperaba que no de mí.

Cuando volví, me los encontré hablando de boxeo. Tomé asiento con sensación de alivio y me serví otra taza de café. Juan dijo que tenía que irse y me trató con la formalidad que procedía.

—Tienes que venir a tomar una copa conmigo y mi compañero antes de que te vayas —dijo—. Pasado mañana damos una pequeña fiesta. ¿Vendrás? Puedes llevar a quien quieras.

Echó a andar hacia la puerta. Fui con él hasta el vestíbulo, donde Tony no nos podía ver. Le di un cálido beso de despedida.

—Sí, iré —le dije en voz baja.

Hacer las maletas era la palabra clave en el Plaza y Suzanne tenía una lista de enseres en la mano. Se la cogí.

—Yo iré leyendo mientras tú compruebas lo que hay.

Los adminículos de la Superestrella, los trajes de alta costura, los zapatos hechos a mano, los bolsos Gucci y la combinación florentina bordada a mano estaban alineados en la cama junto a los pantis norteamericanos, las joyas de fantasía y los artículos y regalos que había comprado para llevarse a casa. Las joyas auténticas estaban en la caja de seguridad del hotel.

Los exultantes productores se presentaron con dos prostitutas telefónicas increíbles. Vi que reinaba por doquier un clima de distensión.

Nos presentaron a las chicas: Bon y Bill. Tenían que haberlas llamado después de salir del Club 21 y era evidente que no se irían hasta que conocieran a las estrellas.

—¿Digo a Randy que venga? —pregunté—. Los fotógrafos no tardarán en llegar.

Sonó el teléfono y se me avisó que una conocida gacetillera estaba abajo.

—Que suba —dije—. Llamé entonces a Randy. No estaba. Randy ha desaparecido —anuncié.

—¿No le dijiste anoche que hoy venía la prensa? —me espetó Bob. Su putuela tenía que haberle dejado hecho cisco porque su encanto californiano casi había desaparecido.

—Claro que se lo dije —le contesté, procurando que mi tono fuera amable y comprensivo. Él me pagaba y por tanto tenía derecho a darme la bronca.

En aquel momento llamaron a la puerta y entró Randy con un brazo en cabestrillo.

—¿Te has caído de la caja de un camión? —le pregunté con malicia.

Randy alzó el brazo sano y fue a darme un golpe.

—Me gusta que mis guayabos me peguen, pero aún soy capaz de dar una bofetada a una mujer —barbotó.

Volvió a sonar el teléfono y se nos anunció que habían llegado más periodistas; en la puerta sonó un golpe procedente de uno que ya había subido.

—Diremos que a Randy lo arrollaron los admiradores que se apelotonaban a su alrededor para pedirle un autógrafo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Randy guiñándome el ojo.

Abrí y entró una reportera, que militaba en el ejército feminista, con cara de buscar jaleo. Se dirigió dando zancadas a la Superestrella, que con toda generosidad se había quedado en pie para recibirla, pero que en aquel instante parecía en peligro de recibir un puñetazo.

—¿Qué piensa una italiana del movimiento feminista? ¿Cree usted que ser un *sex symbol* es degradante?

La Superestrella me miró en busca de ayuda.

—Me parece que nuestra actriz no acaba de comprender la palabra «degradante» —intervine con rapidez y le hice una apresurada sugerencia en italiano fingiendo que le traducía las preguntas.

La Super sonrió con humildad.

—Ningún trabajo es «degradante», por emplear su misma palabra; si se hace bien aquello por lo que se cobra, creo que el resultado es siempre satisfactorio. A mí me pagan por ser un *sex symbol*; para mí es un trabajo y me esfuerzo por hacerlo bien. ¿Se ve esto con malos ojos en los Estados Unidos?

Bob y Bill la miraron con gratitud. A pesar de su ordinariez, eran unos negociantes lo bastante astutos para darse cuenta de que habían comprado una mercancía con clase y elegancia y al mismo tiempo con atractivo erótico, motivo por el que destacaba sin mayores esfuerzos al lado de las bonitas prostitutas que permanecían sentadas como estatuillas gemelas en el sofá estilo Luis XV, totalmente

eclipsadas.

Llegaron los demás miembros de la prensa y las preguntas se volvieron más generales. Les entregué las sinopsis biográficas que había preparado, junto con fotocopias de las mejores reseñas de los periódicos matutinos, mientras Randy daba explicaciones acerca de lo de su brazo.

—En realidad no es nada; anoche tuve que escapar corriendo de un grupo de admiradores y me quedé enganchado en una puerta giratoria.

El sainete continuaba. Al final intervine yo.

—Creo, caballeros, que nuestras estrellas han pasado pruebas de sobra en estos días. Me parece que ya es hora de dejarles descansar y de que disfruten del último día que pasan en Nueva York.

—¿Adónde se van? —preguntó doña Feminista—. ¿Van a hacer otra película juntos?

Bob y Bill respondieron al unísono.

—Esperamos reunirlos de nuevo en un futuro próximo. Por el momento tienen otros compromisos.

Cogí de la mano a las dos estrellas y las saqué de la suite. Habíamos preparado concienzudamente la pequeña escena. No iban más que a la habitación de Randy, donde esperarían hasta que les anunciase que ya no había moros en la costa, momento en que la Superestrella bajaría para seguir con lo suyo.

Los productores respondieron a unas cuantas preguntas tocantes a proyectos futuros, tras lo que recogieron del sofá a las muñequitas y desaparecieron también. Comprendí que tendría que reclamarles mis honorarios antes de que las prostitutas les pidieran un abrigo de onza como el de la Superestrella. Ya había advertido que las dos llevaban visones de imitación.

Al final nos dejaron solas a Suzanne y a mí.

Nos dimos un beso de despedida y me marché, seriamente decidida a meterme en la cama pronto. Mientras cruzaba la puerta, le dije:

—Esta noche voy a poner en la entrada el cartel de «No molesten».

—Creo que sería más efectivo otro que dijese «Casa llena» —dijo Suzanne a mis espaldas.

Desperté al rayar el alba fría y violeta y me puse a hacer planes para los últimos días.

Mi trabajo terminaría en el aeropuerto cuando pusiese a la Superestrella en el avión vespertino que salía para Europa. Le daría un beso de despedida, daría a Tony otro beso de despedida y comenzaría mis cortas vacaciones al día siguiente acudiendo a la fiestecita de la Reina Blanca para dar a Juan otro beso de despedida. A todos los hombres les daría un beso de despedida y descansaría durante una corta temporada de las actividades eróticas. Entonces me centraría en otras cosas, por ejemplo en ir de compras en medio de la nieve, en ver la mayor cantidad posible de obras de teatro, en llamar a todos los viejos amigos a los que aún no había tenido tiempo de ver, y durante unos días sería yo misma. Luego volvería a Inglaterra y haría el papel de abuelita. Una abuelita moderna que llegaría en un avión a chorro con un surtido de bolsas y maletas de Macy, de Gimbel y de la Woolworth de la Quinta Avenida. Cerré los ojos mientras pensaba en ello y volví a dormirme.

Cuando desperté, el sol reverberaba en los tejados cubiertos de nieve. Eran las diez. Me levanté y fui al Plaza para que Bob y Bill me pagaran. Se iban a la costa occidental al mediodía.

Saboreé el lujo anticuado del Plaza por última vez. Cuando mis hijas eran pequeñas y nos instalábamos en un hotel, solía decirles: «Respirar aquí dentro me cuesta 5 dólares al día». Ahora me dije a mí misma: «Respirar aquí dentro cuesta 50 dólares al día». Antaño, en el Plaza, por 5 dólares daban habitación y comida en el comedor principal, donde Hildegarde cantaba «Smoke gets in your eyes». Ahora no darían ni un bocadillo.

El ascensorista me condujo al piso superior. Bob me hizo pasar y volvió corriendo al dormitorio, desde donde hablaba por teléfono con California y preparaba proyectos que cuajarían en cuanto bajase del avión horas más tarde. Tuve tiempo de contemplar otra vez a los patinadores del

estanque. Era una escena que no había cambiado en los años que llevaba visitando Nueva York. Siempre había gente patinando en el estanque de Central Park.

—Lo siento, Anne. Voy detrás de un contrato. El talonario lo tiene Bill. ¿Dónde está, por cierto?

Bill estaba en otro dormitorio con las dos furcias. Las dos se habían sentado en la maleta del productor, atiborrada de regalos que le llevaba a su mujer. Bob estaba fresco y descansado y otra vez en pie de guerra. Bill por su parte, parecía destrozado. Es posible que las *dos* chicas hubieran estado sentadas toda la noche encima de él.

—Anne, has hecho un gran trabajo. Debes trabajar con nosotros otra vez.

Me dieron el cheque y un encendedor de Tiffany. No fumo, pero les di un beso cariñoso por la intención. Para no dar la nota, besé también a las dos chicas. Olían igual: a perfume francés demasiado caro.

—Bueno, adiós a todos. Nos veremos en el próximo estreno.

Bajé para ver a Suzanne. Había terminado de hacer las maletas. La Superestrella decidió tomar un tentempié en el Patio de las Palmeras e ir de compras en el último minuto. Fuimos con ella.

Cuando volvimos al hotel, Tony ya estaba allí para ayudar a cargar el equipaje e impresionar al portero. Nevaba otra vez cuando partimos. Romántico pero deprimente. La Superestrella estaba preocupada por el despegue. La consolé.

—Volarás por encima de la nieve, cerca de las otras estrellas.

En el aeropuerto no había más que un fotógrafo. El éxito duraba ya la friolera de dos días y los periodistas se habían puesto a buscar otra víctima. Más besos. Les saludé desde el vestíbulo de Salidas y desaparecieron. Volví para reunirme con Tony. Le habían dado una buena propina; Suzanne siempre se cuidaba de estas cosas. Le regalé el encendedor de Tiffany. Se sintió abrumado y no lo quiso aceptar.

—Pero, muñeca, si yo no tengo na pa darte a cambio.

—Ya me has dado todo lo que quería, Tony. Vamos a casa

y dámelo por última vez.

—De acuerdo, pequeña. Te llevaré a casa y te joderé como no te han jodido en tu vida. No me olvidarás nunca.

Nunca lo he olvidado.

Los hippies vividores

Francia, verano 1975
Edad: 57

Pasó un año más bien monótono con la sola excepción de la boda de Martin Greenbaum. Después de la ruptura, habíamos trabado una amistad cómoda y su joven novia francesa, Solange, había acabado por caerme muy bien. Por aquella época se había mudado a Roma para vivir con Martin. Salíamos por ahí con mucha frecuencia junto con quien estuviera entonces conmigo. El verano anterior, después de mi regreso de Norteamérica, Martin y Solange habían alquilado un piso en Sperlonga para pasar las vacaciones. Fue allí donde decidieron casarse. Y allí, en la playa, es donde estábamos ahora.

—No quiero casarme en París —dijo Solange—. La casa de mis padres es pequeña y llevan una vida muy limitada. Prefiero casarme en Roma.

—No es habitual celebrar la boda en la casa del novio —replicó Martin riéndose—. Tus padres son muy burgueses; a lo mejor no les gusta la idea.

—¿Por qué no utilizáis mi casa entonces? —sugerí—. Como Martin no tiene padres, puedo ser la madrina y conducir a Martin al altar.

Así pues, la ceremonia tuvo lugar en mi casa. Incluso hubo algo bíblico en ello: Martin era judío, Solange católica y yo protestante; y no había ningún óbice ni cortapisa. Todo se hizo según las recomendaciones de comprensión religiosa y moral del último concilio ecuménico. Todos comprendíamos la situación; sólo Dios es amor eterno y nosotros simples mortales que cambian de costumbre de vez en cuando.

El banquete de bodas se celebró en mi gran salón verde, y los invitados buscaron sitio en las terrazas. Era un cálido día

de otoño. No me dolió ni tuve problemas para pasar del papel de amante al papel de madrina. Estimuló por el contrario mi sentido del humor. Ya había interpretado aquel papel dos veces, en la boda de mis dos hijas, y a mis cincuenta y siete años aún podía interpretarlo con dignidad. Me puse incluso una pamela ancha con una rosa encima.

Evaristo estaba entre los invitados.

—Ya veo que la rosa Paz sigue en flor —me dijo—. Eres una mujer muy notable.

—No… soy una flor que se marchita. Últimamente me siento a tono con mi edad a menudo; vamos, cuando tengo tiempo de pensar en ello. Por suerte, no soy de las que se calientan mucho la cabeza.

—No te la calientes ahora entonces. Limítate a seguir viviendo.

Sonreía. Aquella observación me recordó el «sigue recorriendo la vida» de Grant. Saltaba a la vista que a mis muchachos no les gustaba que me quedara quieta y adoptara una actitud introspectiva, aunque a Evaristo ya no se le podía considerar un muchacho precisamente. Era un joven de veintiséis años que ya tenía entradas y un poco de barriga. Pese a ello, su dinamismo y encanto habían aumentado con la edad.

El resto del año discurrió despacio. Me dieron un trabajo aburrido para una película aburrida que me impidió pasar las Navidades con Fiona. Vanessa sí lo hizo y fui a despedirla a ella y a sus pequeños, y después pasé sola tres días tranquilos en Sperlonga. Unos amigos que vivían allí todo el año me invitaron a cenar en Nochebuena ante un alegre fuego. Ya les había ayudado a recoger maderos a la deriva en la playa azotada por el viento. Di muchos y largos paseos sola hasta lugares donde había pasado horas largas, ardientes y apasionadas durante largos y tórridos días estivales de antaño. Para mi sorpresa, no me sentía desdichada, me estaba resignando a la soledad.

La primavera llegó por fin y con ella el retomo de algunos antiguos amantes y el advenimiento de un romance nuevo, menor y muy breve. Cuando todo acabó, ya no suspiraba por

las emociones sexuales ni por la «subida» del enamoramiento. Quizá comenzaba a quitarme el hábito. Luego, durante el verano, recibí la siguiente carta:

St. Tropez, 30 de agosto de 1975

«Querida Anne,

»¿Qué vas a hacer este verano? ¿Vas a venir a St. Tropez? Sé que sólo te gusta ir fuera de temporada, lo mismo que a todos nosotros, así que a lo mejor te animas y vienes en septiembre. Conservamos para los invitados el pequeño apartamento del pueblo, porque nos hemos trasladado al chalet. ¿Por qué no vienes y te instalas en él? En Roma tiene que hacer un calor insoportable.

»Estamos planeando hacer un corto: una fantasía surrealista muda y en color. Hay un papel que podrías interpretar a la perfección. ¿No te divertiría estar del otro lado de la cámara, para variar?

»El papel es el de una mujer mayor encantadora que siempre se pierde lo que ocurre. Tu único compañero es un perrazo negro que te sigue a todas partes y que al final muere en tus brazos. Cuando tengas el cadáver del perro en los brazos y te eches a llorar, el público pensará que la vida habrá terminado para ti. ¡Pero no! La imagen del perro se difumina y en tus brazos aparece un guapo príncipe.

»¿Qué te parece?

»Besos,
»Bart»

Bart es un industrial rico del Medio Oeste que vive en Europa y está lleno de planes culturales cuyo objeto es eliminar el sentimiento de culpa que le persigue por el hecho de ser rico. Casi sería mejor que asegurase el funcionamiento de algo ya en marcha, valioso y necesitado de ayuda, pero en tal caso no se podría pavonear en el gallinero ni jugar a ser el gallito del corral, rodeado de preciosos discípulos en enclaves de ensueño. Tienen chalets espaciosos, dúplex, casas urbanas estilo georgiano, palacios árabes y antiguas casas de campo en todo el mundo, pertrechados con piscina, sauna, salita japonesa, patio de azulejos a la morisca, cuarto de baño de

mármol y cocina moderna para acomodarse al momento y el lugar. La casa de St. Tropez es un molino transformado en mitad de la colina por la que se va a Gassin, y tiene una profunda piscina que da a los rojos techos del pueblo. Pero no se puede contemplar el panorama porque todo el lugar está rodeado de una alta muralla.

La actual esposa de Bart es una joven con la mitad de años que él, con el pelo muy rizado y unas joyas muy exóticas, que pinta y hace cajas esmaltadas en un estudio situado al fondo del jardín. Los dos me caen bien porque han conseguido ser lo que querían: ella era una chica pobre con pretensiones artísticas que ambicionaba dinero y él era un pobre chico cargado de dinero que estaba enamorado del arte.

Respondí:

«Me interesa tu oferta. No me gustan las vacaciones a no ser que sean aventuras o lunas de miel, y quizá éstas sean las dos cosas. ¿Quién interpretará el papel del Príncipe Encantado?

»Besos,

»Anne»

Bart contestó a su vez:

«Te agradezco que te interese; dispondremos el plan de rodaje para que coincida con las fechas que propongas. Para el papel de Príncipe, tenemos aquí a un hippie oxigenado que habría podido inventar Fellini. La *Ingénue* se parece a la chica de *Emmanuelle*, con la diferencia de que actúa mejor. No me negarás que cuentas con un buen reparto.

»Tráete todo lo blanco que tengas porque tendrás que aparecer siempre vestida de blanco. Si te apetece una escena de desnudo, al final te lo podrás quitar todo. Me consta que aún tienes una figura muy fotogénica.

»Te esperamos con los brazos abiertos y las cámaras a punto. Besos,

»Bart»

«Querido Bart,

»Llego el 19 de septiembre con una maleta roja llena de vestidos blancos. No estoy del todo convencida de lo relativo a desnudarse; empiezo a tener celulitis en los muslos. Pero tengo unos pantis franceses con abertura en la ingle que me tapan las piernas y me puedo poner una rosa blanca en el pubis.

»Hasta muy pronto,

»Anne»

Estaba a punto de terminar una película italiana de gangsters, muy aburrida. Estaba contenta de que estuviera a punto de acabarse porque así podría tomarme unas vacaciones. La invitación de Barí fue ni más ni menos que lo que necesitaba. Me renové el pasaporte, me compré un *maillot de bain* blanco apto para una superestrella madura y tomé el tren nocturno para el sur de Francia.

St. Tropez, 19 de septiembre de 1975

«Querido Bart,

»He llegado cargada con indumentaria blanca, desde un salto de cama de encaje hasta un vestido de gala. ¿Te importaría venir esta tarde a tomar un trago y seleccionarme la ropa? Estoy lista para comenzar el rodaje mañana mismo si tú también lo estás.

»Anne»

Mandé la nota al exquisito chalet que Bart tenía cerca del pueblo. El pequeño apartamento para los huéspedes no tenía teléfono. El hijo de un vecino me había dejado entrar en su casa y se había ofrecido amablemente a llevar la nota a la colina.

Bart y su mujer se presentaron a las siete vestidos con caftanes idénticos. Traían consigo a mi Príncipe Encantado. Saltaba a la vista que pertenecía a la nueva población errante —los hippies vividores— que está invadiendo Europa del Sur y el Oriente. Proceden sobre todo de los fríos países nórdicos y también de los Estados Unidos. Se sientan en las plazas, playas y discotecas, en espera de que alguien les dé comida y,

a ser posible, cama. Aquél, evidentemente, era escandinavo, y respondía al nombre de Buf, como los seres mitológicos escandinavos. El pelo, liso y castaño, se lo había teñido de un rojo violáceo muy chillón; el flequillo, muy corto, le caía sobre los grandes ojos verdes. Llevaba una camisa de raso malva, tejanos, y calzaba una bota roja en el pie izquierdo y otra verde en el derecho. Poseía encanto e inteligencia, los únicos requisitos de la profesión. Me cayó bien en el acto, aunque ya estaba harta de aquella clase de individuos. Una mujer madura y sola y con casa confortable es el objetivo ideal de estos vividores a la moderna. Además, yo había renunciado ya a tener nuevas aventuras y había resuelto mantenerme fiel a los escasos amantes ambulantes que me quedaban. La sexualidad comenzaba a crearme demasiados problemas.

Al día siguiente empezamos temprano y rodamos junto a una torre en ruinas que figuraba era mi casa. Era una película de aficionados aunque sus responsables eran lo bastante profesionales para filmar el final en primer término. Según las teorías cinematográficas, escenarios y actores tienen cierta tendencia a desintegrarse o desaparecer, así que lo primero que hay que asegurarse es el comienzo y el final. Comenzamos por tanto con la escena de mi muerte antes de que yo supiera qué ocurría. Era alucinante. ¡Me moría antes incluso de haber vivido! No me extraña que los actores se den a la bebida o a las drogas y que las *scriptgirls* se vuelvan locas.

Siempre había rechazado las ofertas de papeles pequeños, salvo cuando la película para la que trabajase tuviese problemas y los de producción me pidieran intervenir para llenar el hueco. Ignoro qué me hizo complicarme en aquella historia de St. Tropez, salvo que fuese la idea de pasar unas vacaciones gratis y divertidas con unos amigos, en un lugar que me encantaba y cerca de un hombre que me gustaba: aunque aún no había visto a Emile, mi pescador.

De modo que allí estaba, muriéndome una y otra vez en un lugar preestablecido porque el cámara tuvo que hacer varias tomas hasta quedar satisfecho. El cámara era el hijo de quince años que Bart había tenido de una esposa anterior. Su

amanerada madrastra había elegido el vestuario y yo me moría con un enorme sombrero blanco de paja que se me caía cuando no debía. Parecía estar condenada a hacer películas con sombreros difíciles. Al final, el perro salió corriendo con él, así que me morí con la cabeza descubierta antes de hacer una pausa para comer.

Mi Príncipe Encantado, el hippie, se presentó muy oportunamente ante la perspectiva de comer a costa de Bart, aunque aún no estaba disponible. Llevaba una camisa holgada con lentejuelas y calzaba dos botas iguales esta vez. Dijo que estaba harto de vivir a base de pan, queso y vino barato y que tenía ya reumatismo de tanto dormir en la playa o en cuadras vacías. Decidí mantenerlo a una prudente distancia. Nuestra escena de amor tenía que rodarse el último día, por lo que no representaría ningún problema. No esperaba verle mucho fuera del plato. Conocía a muchas otras personas en St. Tropez.

Aquella noche, después de cenar en casa de un amigo, fui andando a casa por el puerto y descubrí el teñido Buf sentado a una mesa en su cafetería habitual. Llevaba ahora una chaqueta verde esmeralda y estaba rodeado por varios jóvenes, entre ellos Blanchette, la buena de la película. Era francamente guapísima, y si todos los hambrientos del pueblo me hubieran dejado, hasta yo me la habría comido.

Aunque no tengo tendencias homosexuales manifiestas, a veces tengo inconcretas fantasías sexuales con chicas muy guapas, si bien, para mí, el atractivo de un hombre no tiene nada que ver con la belleza. El sexo funciona mejor a menudo con los feos; un hombre realmente bello me excita poquísimas veces.

Buf el teñido era casi vulgar, pero tenía unos hermosos ojos verdes que se hundieron inmediatamente en los míos. Conocía su trabajo de seductor profesional y dijo en voz alta, para que todos le oyeran:

—¿Por qué no ensayamos desnudos esta noche?

Le contesté que tenía un amante secreto que me esperaba, cosa que era cierta.

Emile, el amante secreto, había sido antaño un pescador

joven y guapo que me había llamado la atención la primera vez que había estado en St. Tropez. Ahora tenía una pequeña marisquería en la playa, donde tenía a su mujer sólidamente atada a la cocina hasta pasada la medianoche mientras él jugaba a la *boule* con los amigos por las tardes. Siempre estaba listo para acostarse conmigo cuando me presentaba en St. Tropez, lo cual sucedía por lo general después del Festival de cine de Cannes. Solía dejarme caer por allí nada más llegar a St. Tropez y, abstraidamente, hacía una señal afirmativa con la cabeza si iba a estar sola. Si la señal era negativa o me encogía de hombros, Emile sabría que estaba allí con alguien y por poco tiempo. Lo aceptaba de mala gana, sin embargo, y me lo echaba en cara en la cama las siguientes vacaciones que estábamos solos. Nunca se le había ocurrido dejarme del todo. Sus celos posesivos, por el contrario, habían hecho más atractivo aquel romance rutinario con el paso de los años.

Era domingo y teníamos el día libre. Buf vino a la playa a tumbarse a mi lado. Su traje de baño era de cuerpo entero, estilo años 20, y a rayas blancas y negras. Me pidió la loción bronceadora y me preguntó si había comido ya; le decepcionó visiblemente que ya lo hubiera hecho. De pronto le compadecí y le pedí que cenara conmigo aquella noche en una *brasserie* de la localidad. Luego me quedé dormida bajo la pamela. El perro me la había devuelto fielmente el día anterior. Era un perro notable, mitad Terranova, mitad Boxer, con cierto aire negroide en su cara chata y grande y un lustre oriental en el pelo denso y negro. Al día siguiente tenía que morir en mis brazos. Me estremecí al pensar en lo que haría Bart para que aquello fuese verosímil.

Cuando desperté, Buf se había ido. Le pude ver en la otra punta de la playa, corriendo con el perro al borde de las olas. El perro era otro nómada y cogía cariño a cualquier visitante estival que quisiera tenerlo. Debía ser muy cauta aquella tarde o acabaría con *los dos* en la cama.

—Ha sido una cena deliciosa. Gracias. Fuiste muy amable al invitarme —me había dicho Buf en el Quai mientras

volvíamos a casa andando aquella noche.

—Soy amable, pero además he disfrutado de tu compañía —le respondí.

—¿Por qué no vamos entonces a tomar café a tu casa? Sé hacer un café extraordinario.

—No lo dudo, pero nunca tomo café.

—Hay otras formas de disfrutar de mi compañía.

—Tampoco dudo eso, pero espero otra compañía más tarde.

—¿Quién es ese amante secreto que tienes aquí?

—Un pescador.

—¿Y estás enamorada de tu pescador?

—De ningún modo. Hay gente que se casa por interés. Yo tengo amantes por interés.

—¿También te casaste por interés?

—Me casé por amor. El matrimonio nunca es interesante. Buenas noches.

Al día siguiente estuvimos esperando a que el perro se muriera. Buf no trabajaba aún de modo oficial, pero estaba allí en calidad de adiestrador del perro y vestía para la ocasión una camiseta de fútbol morada y amarilla. Era muy cariñoso y paciente con el perro, y le hacía tumbarse y dormir al sol acariciándole con dulzura. El único problema era que las moscas le provocaban sacudidas repentinas y solía despertar y lamerme la nariz. Buf nos acariciaba a ambos por tumo. Se me ocurrió pensar que habría sido un amante muy tierno, pero deseché la idea. Estaba resuelta a acabar con el hábito de amar.

Al final, el perro se murió en mis brazos y me eché a llorar. Buf me abrazó y me secó las lágrimas a besos. Aquello estaba en el guión y Bart se enfadó porque su hijo no interrumpió la filmación.

—Pero, papá, no dijiste «corten». ¿Cómo iba a saber yo dónde terminaba la toma?

—Sabes muy bien que Anne no ha visto nunca al Príncipe. La toma siguiente es un fundido encadenado. La cara muerta del perro desaparece y el enfoque perfila a continuación la cara desconocida del Príncipe Encantado. No puedes esperar

que Anne le mire con sorpresa si se han estado metiendo mano horas antes.

Tras una reprimenda, nos apartamos y los tres tomamos asiento en un muro mientras ellos se preparaban para hacer el fundido. Hizo falta un buen rato de discusión técnica entre Bart y el hijo cámara.

Al final se me llamó a escena para el primer plano del perro, aunque sólo se me iba a ver la mano derecha abrazaba mientras abrazaba al perro agonizante. Me esforcé por no reír. Aquello olía demasiado a aficionado y al primer Cocteau. El perro abrió un ojo cuando le cogí la cabeza, pero volvió a dormirse al instante. Era el único profesional que había allí. Lástima que no fuese él mi Príncipe Encantado, ¡aunque quizá lo íbera! A lo mejor era el perro el que tenía que ser mi enamorado y no se habían atrevido a decírmelo. A lo mejor radicaba aquí el motivo de que la escena de amor se hubiera dejado para el final. A la postre, pues, no me iba a ligar a Buf.

Buf, sin embargo, estaba resuelto a ligarme. Cuando volví a casa, encontré una nota bajo la puerta.

«Querida Dama de Blanco:

»Estás tan solicitada como un gran éxito de Broadway y parece que para verte hay que hacer la reserva con mucha anticipación. Es posible incluso que las entradas cambien de mano en el mercado negro. ¿Podría conseguir un asiento en la primera fila de la platea para mañana por la noche? Estoy dispuesto a estrujarme los bolsillos para invitarte a cenar con mis escasos ahorros. De casa me envían un poco de dinero con "fines culturales", según dice mi madre. Te prometo que el programa será delicioso.

»Buf»

Me divirtió aquel sistema: caña larga y hasta deseo de gastarse algún dinero. Me vino a la cabeza un antiguo refrán: para coger el pez hay que mojarse las manos. ¿Me estaba volviendo cínica? A lo mejor el desgraciado se había enamorado realmente de mí. Podía sufrir la ausencia de la madre y, aunque no estuviese colado en serio, cabía la

posibilidad de que desease volver al útero, sentimiento que forma parte del impulso sexual con el mismo derecho que cualquier otro. Decidí ser más amable y aceptar la invitación.

Al día siguiente tenía que ir corriendo por la playa con el traje de baño blanco y llegar tarde a la barca que veía partir con los demás actores en ella, incluida Blanchette, la chica buena. Camino de la playa dejé una nota bajo la puerta de Buf, diciéndole que aceptaba su invitación para aquella noche y sugiriéndole que me recogiese en el bar del puerto. ¡No le pedía que tomáramos un trago ni antes ni después! Rudi no podría decir que esta vez me hacía la accesible. ¡Nunca había puesto tantos obstáculos!

Fue un día agradable el que pasamos en la playa. Blanchette, la chica buena, iba con los pechos desnudos y el monokini que llevaba ni siquiera le cubría las posaderas. La cruz que llevaba colgando de una cadenita entre los diminutos pechos la convertía en una virgen inocente pero erótica. Si no hubiera sabido que se había metido en la cama con todo St. Tropez, también a mí me habría dado el pego. Sus largos rizos dorados me recordaban a Jean-Louis. Me pregunté si estaría aquí la causa de que hubiera fantaseado con acostarme con ella. Draguignan no estaba muy lejos y estuve tentada de telefonear al modelo original. Hacía tiempo que no veía a Jean-Louis. Había pasado por Roma un par de veces, de vacaciones, con una chica, mientras estudiaba en la universidad. Ahora tenía que ser ya abogado, como su padre. Había estudiado derecho para entrar en la compañía familiar. Había coincidido con él en París una vez, mientras visitaba a Max. Estuvo amable y cordial, pero no en exceso: como se comportaría un viejo amigo. Aurélien, por el contrario, solía escribirme cartas muy cálidas por Navidad, aunque hacía ya un par de años que no tenía noticias suyas. Decidí llamar a Draguignan.

—¿Hola? ¿Está Jean-Louis Laroche, por favor? ¿O su padre, Monsieur Aurélien Laroche?

Me contestó la voz de una mujer desconocida. Hacía mucho tiempo que no hablaba con ninguno de los dos; quizá se habían trasladado.

—Los Laroche ya no viven aquí, Madame. Monsieur Laroche murió el año pasado de un ataque al corazón. La viuda se mudó a París. ¿Quiere que le dé la dirección?

No pude articular palabra durante unos momentos. ¡Había muerto Aurélien! El hombre que me había arrebatado la virginidad ya no existía.

—¿Ha dicho que Monsieur Aurélien Laroche ha muerto?

—Sí, Madame.

—Y el hijo… ¿se fue también a París?

—No lo sé, Madame. Creo que se casó. Lo único que puedo darle es la dirección de Madame Laroche en París.

—Gracias… no… No importa. Gracias, Madame.

Colgué. Por supuesto que me importaba, y mucho. Jean-Louis debía de tener ya veinticinco años y se había casado. Y Aurélien había muerto. El tiempo no perdonaba.

Procuré sobreponerme y fui a reunirse con Buf al café del puerto. Nuestra conversación discurrió entre bocados de *croque-monsieur*.

—¿No te aburres metido en un café todo el día?

—Sí, me aburro, pero hasta eso forma parte de la experiencia.

—¿Ganas lo suficiente para comer?

—Más o menos. Si nadie me invita a su casa, me apaño con manzanas y queso. Mi padrastro es médico y me enseñó a comprender la importancia de seguir un régimen.

—¿Haces mucho el amor?

—Casi todas las noches.

—¡Dios mío! ¿Dónde?

—En una cuadra. En la playa. En casa.

—¿En casa de quién?

—De las chicas que me salen por ahí.

—¿No te importa de quién se trate?

—No mucho. Casi siempre me emborracho antes.

—¿Te vas a la cama también con hombres?

—No, nunca lo he hecho. Soy un heterosexual empedernido.

—¿Te has acostado con Blanchette?

—Sí, varias veces, pero tiene el cerebro tan pequeño como

las tetas. Me gusta la conversación, los pechos grandes y los muslos blandos; por este orden.

—Lo que yo pensaba: echas de menos a tu madre.

Pareció extrañamente turbado, dejó de comer y se me quedó mirando en silencio.

—Y estás celoso de tu padrastro —añadí.

Adquirió de pronto el tono verdoso de los pelirrojos auténticos. Me llamó la atención que aquellas elementales hipótesis freudianas hubieran alterado a un joven moderno que se las daba de indiferente. Cambié de tema para darle la oportunidad de que cambiase de color otra vez.

—¿Qué harás en invierno, cuando haga frío y viento en las plazas y se guarden las mesas de las terrazas?

—¿Dónde hay que ir en invierno?

—Pregúntaselo a las golondrinas.

—¿Me llevarías contigo a Roma?

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

—Para tener compañía, por amistad. Sé cuidar de una casa. Soy ordenado, y sé cocinar y fregar los platos.

—No necesito esposa.

—Soy muy viril en la cama. Sométeme a una prueba.

—No quiero complicaciones en este momento de mi vida.

—Empiezo a pensar que no te va el sexo, que tu reputación es infundada y que no tienes ningún amante secreto.

—Eres más listo de lo que pensaba, pero no me cogerás. Con reproches no vas a llevarme a la cama.

—¿Cómo se te puede llevar a la cama?

—Esperando, supongo. La paciencia se recompensa a veces.

Al día siguiente rodamos fuera de una torre en ruinas. Buf se paseaba de un lado a otro con aire de desconsuelo. Me divertía que se sintiera ofendido o desconcertado porque no había querido acostarme con él. Me puse a coquetear canallescamente con Blanchette. No me había dado cuenta de que era fácil, tan fácil como coquetear con un hombre. En la escena cinematográfica, nos encontrábamos fuera de la torre y pasábamos al interior. La convertí en una escena amorosa.

Bart estaba encantado, a su mujer se le subieron los colores y el cámara, que tenía quince años, hizo lo posible por parecer moderno y habló de tomar una panorámica de mi mano abriéndole la blusa a Blanchette. Buf se puso furioso. Los pechitos estaban deliciosos y se le endurecieron los pezones al sentir mi contacto. Nos dimos un largo beso y desaparecimos juntas por la puerta. Tuvimos que repetirlo varias veces porque el pobre quinceañero estaba tan confuso que el enfoque le salía mal. Advertí por otra parte que se le había formado un bulto bajo los tejanos.

—Una de las dos tendrá que acostarse esta noche con el cámara —murmuré a Blanchette cuando entramos por décima vez.

—Sí, claro —dijo con indiferencia.

—Tal vez las dos.

—Sí, claro —repitió.

Era tan imbécil como había dicho Buf. Habría necesitado una mujer más dinámica para mi primera experiencia de lesbianismo.

No tenía ganas de ver a nadie aquella noche. Aún estaba demasiado afectada por la muerte de Aurélien. Me fui a dar un paseo sola.

Volví muy tarde, caminando a la luz de la luna por el sendero empinado de la colina, con las luciérnagas bailoteando sobre los matorrales y las cigarras cantando en los olivos. El pueblo dormido me recibió en silencio, con los pestillos echados y las ventanas de los restaurantes cerradas. El único ruido procedía de una discoteca que había en el sótano y que hacía vibrar sordamente el pueblo.

Abrí la puerta y encontré una nota de Buf.

«Belle Dame sans Merci:

»He vigilado tu puerta, en espera de tu regreso. Me aburre la vida, me aburren las chicas de aquí, estoy hastiado de mí mismo. La temporada termina. ¿Vuelvo a casa y me integro en el sistema? ¿Me corto el pelo, renuncio al teatro y cambio la chaqueta verde por la bata blanca del médico? Sé que podría encontrar la respuesta en tus experimentados brazos.

Pero ¿dónde estás?

»Buf»

Guardé la nota con especial cuidado. Cuando volviese a Roma, la pondría con las demás en la caja de zapatos sólo por conservarla. Me metí en la cama, agradecida por estar conmigo misma. Tenía la sensación de que la vejez consistía en aprender a estar sola. La soledad es parte de la libertad.

Al día siguiente estuve «disponible» hasta que se terminara de rodar otra escena. A eso de las once, sonó un golpe en la puerta. Habían enviado a Buf a buscarme. No había echado el cerrojo y entró en el pequeño apartamento por vez primera. Yo estaba en la cama, leyendo.

—Tienes que presentarte dentro de media hora, así que tenemos tiempo de hacer el amor —dijo, quitándoselo todo salvo la bota roja y la bota verde. Estaba demasiado sorprendida para impedírselo. Tenía una de esas pollas palpitantes y con las venas visibles, y apuntaba directamente hacia mí. Se la toqué con cautela; dio un brinco.

Yo llevaba un salto de cama porque no sabía qué iba a ponerme después. Tendida, presentaba un blanco perfecto. Dio en el blanco a la primera. Me relajé y disfruté de la diana.

Después me dijo lo que terna que ponerme y me ayudó a vestirme. Recorrí el pueblo gris con el vestido blanco en medio de una aureola rosada, cogida de su brazo. Había ganado él, pero no exhibía ninguna actitud triunfal; antes bien, parecía melancólico.

—¿Qué te pasa?

—Estaba pensando en suicidarme.

—¡Dios mío! ¡Vaya piropos que me echas! Serías el primero en suicidarse por haber estado en la cama conmigo. ¡Qué sueco eres!

Sonrió involuntariamente al oír aquello.

—Esta noche te lo contaré —dijo taciturno.

—¿Por qué tendríamos que vemos esta noche? Que yo sepa, una violación a las once de la mañana no justifica una repetición por la noche.

Habíamos llegado al lugar de rodaje y no pudimos hablar más. Todos los actores estaban esperando.

Aquella noche sonó otro golpe en mi puerta. Pensé que sería Emile, que llegaba temprano. Habíamos adoptado la contraseña de que sólo entraría si yo dejaba la llave en la puerta; así podría entrar sin llamar y no atraer la atención de los vecinos. A veces, sin embargo, me olvidaba de dejarla y tenía que llamar. Abrí la puerta con cuidado. Buf estaba en el umbral con aire de huérfano. Hasta la ropa que llevaba era más apagada que de costumbre; y las dos botas eran verdes. No tuve estómago para despedirlo.

Yo había estado echándome las cartas y cuando entró, tomó asiento ante ellas.

—¿Crees en esto? —me preguntó, señalando las cartas.

—Ni creo ni dejo de creer. El destino suele seguir su propio curso de todos modos.

—¿Y no crees que yo soy tu destino?

—Ten la seguridad de que no. ¿Por qué quieres serlo?

—Porque eres la primera persona que adivina que me he acostado con mi madre.

Me esforcé por que no se me notaran la sorpresa y conmoción que experimenté. Por eso se había sobresaltado tanto al soltarle el tópico freudiano en la plaza.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté con indiferencia.

—Para equipararme a mi padrecito. Se puso furioso conmigo cuando dejé la facultad de medicina y me dediqué al teatro. Me echó de casa.

—¿Y por qué lo hizo tu madre?

—Estaba un poco borracha en aquel momento.

—No me parece una explicación suficiente.

Guardó silencio durante unos segundos.

—Creo que los dos nos necesitábamos mucho y el caso es que ocurrió. No fue algo que acometiéramos premeditadamente.

—¿Y qué pasó después?

—Se echó a reír. Parecía muy contenta, en serio.

—¿Y tú?

—Me pareció que la conocía mejor. Estábamos más cerca

de cuanto habíamos estado en mucho tiempo.

—¡Por no decir más! —Bromeé al respecto para tratar de aligerar la atmósfera.

—¿Tan horrible te parece?

—No, sólo si hay consecuencias negativas. En el presente caso, parece que fueron muy positivas. —Pero no estaba tan segura.

Sus ojos verdes y grandes me miraban con suma atención.

—¿No te has dado cuenta de que tus ojos son del mismo color que los míos? —preguntó por fin.

Fue una observación conmovedora.

—No irás a echarme ahora, ¿verdad? —suplicó.

No habría podido. Nuestros ojos verdes se fundieron cuando nos pusimos más cerca y lo mismo hicieron las manos, las caderas y las partes más íntimas. Un rato después me acurrucaba junto a él con un suspiro de resignación maternal. Una vez que eres madre, lo eres para toda la vida.

Bart nos invitó a cenar aquella noche en el restaurante más caro del pueblo. Me vestí básicamente de blanco. Buf, vestido con un pantalón de pana morado y una camisa parcheada, vino a buscarme. Bart y su mujer iban con sus caftanes gemelos y el cámara, como de costumbre, en tejanos. Un chico muy educado y bastante simpático, me dije. Un par de años más y… pero no, tenía que renunciar a todo aquello y sentar cabeza con un pretendiente lo bastante mayor. Pero ¿dónde estaba cuando más falta me hacía?

Observé el restaurante. Había muchos caballeros maduros y de aspecto educado, con camiseta deportiva de manga corta o chaqueta azul marino. Todos parecían candidatos posibles y sin embargo imposibles.

Seguí recorriendo el paisaje con la mirada hasta que me detuve en una mesa pequeña de un rincón apartado y los ojos estuvieron a punto de salírseme de las órbitas. En ella no había más que dos jóvenes, el uno blanco y el otro negro.

—¿Qué miras? —me preguntó Buf con talante acaparador.

—¡Dios mío! —exclamé—. Hay alguien que te supera.

Todos los que estaban en la mesa se volvieron a mirar. El blanco era un clásico Adonis rubio, llamativo a más no poder,

pero el negro era sencillamente increíble. Era la criatura más exótica que había visto. Su pelo no era ni el matorral afro ni las más modernas trencitas. Era una confusa maraña de rizos negros y pequeños. Cada rizo estaba ensortijado de modo que parecía un pequeño sacacorchos, y todos le aureolaban la cabeza como las serpientes de Medusa. Un par de delgadas piernas negras traslucían bajo unos asombrosos pantalones zuavos de organza rosa, ajustados en los tobillos, donde tintineaban cascabeles de oro; un chaleco burdeos con bordados ceñía una camisa de seda negra. El conjunto estaba adornado con bisutería estrambótica en cuello y muñecas.

—¡Mi Príncipe! —dije casi sin resuello—. ¡Es natural… el perro negro debe convertirse en Príncipe Negro!

Buf parecía sorprendido, pero los ojos de Bart chispeaban de entusiasmo.

—Apenas tengo fuerza para preguntar si quiere hacer el papel de mi enamorado —dije a la mesa en general—. Buf, ¿te atreverías a renunciar al papel en nombre del arte y preguntar a ese maravilloso salvaje si quiere venir para hablar del asunto?

Fue algo que no habría hecho, como es lógico, de haber sido aquélla una película profesional. Jamás se me habría ocurrido hacer que un actor perdiese su papel a menos que fuese un sujeto indigno o incompetente, pero no pensé que a Buf le importara, fuese o no una película casera.

Le importó, pero sabía perder como un caballero. Fue a hablar con el maravilloso salvaje, que convino en unirse a nosotros cuando hubiese terminado de cenar.

—Incluso podríamos contratar a su compañero para que hiciera cualquier cosa —sugerí—. ¿No podría tener un esclavo blanco el Príncipe Negro? Sería un buen golpe en pro de la integración racial.

A Barí le pareció una idea genial. Buf no sabía dónde meterse y se puso sarcástico.

—Lo que pasa es que quiere meterse en la cama con los dos —dijo con resentimiento.

—Dijo la zorra al cuervo —remaché, al tiempo que cogía unas uvas y se las colgaba de la oreja. Parecía una guapa

bacante. Me estaba comportando con zorrería y me daba cuenta, pero en parte era para protegerme. Tenía miedo de no tener fuerza suficiente para dejar a Buf al día siguiente, cuando la película se acabase y me marchara de St. Tropez.

Un antiguo disco de gramola se puso en mi cabeza: «Él quiere una madre y tú no quieres ningún hijo. Se hará el dueño, te acaparará y te hará perder el tiempo y el dinero, y joderá con todas las chicas del pueblo en tu propia cama, si se le presenta la ocasión».

Era cierto. Ya lo había oído antes, todo lo había vivido antes, pero los ojos verdes, realzados por las uvas verdes, eran muy seductores. Me adelanté y mordí una de las uvas que aún le colgaban de la oreja.

El salvaje maravilloso se llamaba Jimmy, lo que fue un pequeño chasco, aunque él pronunciaba «Jimmy». Procedía de Mauritania y sólo hablaba francés. Era muy educado y reservado, hacía reverencias profundas y me llamaba Madame. Se mostró muy complacido ante la idea de aparecer en una película, muy honrado de conocemos y conmovido por haberle invitado. Su hermoso amigo rubio también hacía reverencias y los dos se sentaron y tomaron una botella de champagne a costa de Bart. Luego desaparecieron en la noche tan mágicamente como habían aparecido, tras convenir en reunirse conmigo en la plaza a las diez de la mañana para que les enseñase dónde rodábamos.

—Ese farsante no hará nunca nada. Es tan estirado que ni siquiera sabría quitarme un zapato —dijo Buf cuando se hubieron ido.

—Creo que no llevaba zapatos —le espeté.

—Sí, algo llevaba: sandalias baratas de indio.

Buf comenzó a beber más de la cuenta y ni siquiera me acompañó a casa, lo que no me vino nada mal, ya que necesitaba dormir toda la noche para interpretar la escena de amor del día siguiente. Hice además la maleta roja. Había decidido irme a Roma en cuanto acabase mi Canto del Cisne. El tren nocturno de Niza me alejaría de la tentación. Era mejor volver a Roma que a los amantes jóvenes.

Al día siguiente desperté temprano, me di una ducha y me

rocié generosamente con Arpège. Tenía que acompañar a Jimmy y su esclavo blanco a casa de Bart, donde se iba a rodar nuestra gran escena. Cuando el perro muriese en la puerta, el Príncipe Negro despertaría en mis brazos y me haría cruzar el umbral para acceder a la intimidad del jardín amurallado. Una vez dentro, lo que hiciéramos era cosa nuestra. Le tenía que explicar todo esto al Príncipe Negro mientras nos dirigíamos al lugar.

Había tenido la precaución de quitarme el sostén para que no se me viesen las señales en caso de que el Príncipe Negro reuniese valor suficiente para quitarme la camisa, aunque en secreto coincidía con Buf en que probablemente no pasaría de allí. Sin embargo, me puse los pantis con abertura por si acaso. Habíamos convenido de común acuerdo en que yo llevaría falda para aquella escena; queda muy soso desnudar a una mujer en pantalones.

Cuando estuve lista, escribí una nota de despedida para Buf. Dudaba que volviese aquella mañana, aunque fuera como domador del perro. A lo mejor no le volvía a ver nunca más.

«Mi querido, queridísimo Buf:

»Eres demasiado inteligente para que te endilgue clichés como “Ha sido estupendo conocerte” o “Fue magnífico mientras duró”. Si he sido poco generosa contigo, ha sido para protegerme.

»Estoy muy cansada de hijos que son amantes y de amantes que son hijos. Quiero ser una mujer libre y es posible que esto signifique que ya no deseo ningún hombre en absoluto.

»Te aconsejo que vuelvas a Suecia y comiences de nuevo. Pero deja a tu madre de verdad: es un error que no hay que cometer dos veces.

»Buena suerte, mucho amor y hasta siempre.

»Anne»

De camino donde el Príncipe Negro, eché la nota por debajo de la puerta de Buf.

Jimmy llevaba un conjunto diurno casi tan exótico como

el de la noche anterior. Comprendí que Buf tenía razón: había sacado la ropa de las tiendas indias y árabes más baratas. A otro le habrían quedado ridículas, pero a él le sentaban étnicamente bien. El esclavo blanco, ay, se había perdido y no había tiempo de buscarlo. Tuvimos que correr porque el sol tenía que estar donde estaba cuando el perro muriese. Compaginar las tomas no era quizá muy importante en una película de aficionados, pero resultaría difícil fotografiar a un negro en la sombra cuando se rodaba sin luz artificial. Fui lo bastante prudente para no mencionar este detalle, pero le hice correr al tiempo que le hablaba de la naturalidad e inevitabilidad de los desnudos en el cine contemporáneo.

Él se limitaba a responder «*Oui, Madame*», tras cada afirmación mía. Por último, le dije:

—Como el perro murió sin ropa, tú tendrás que despertar desnudo, ¿no te parece?

—*Oui, Madame.*

No sabría decir si entendió del todo lo que quise decirle. En cualquier caso, podría dejarse los pantalones puestos durante la primera escena, porque el fundido encadenado que pasaba del perro al hombre enfocaba su faz dormida.

Ante mi sorpresa, Buf estaba allí para apartar al perro y ayudar al Príncipe sustituto. Y ante nuestro grato asombro, el Príncipe Negro no tuvo ningún inconveniente en quitarse toda la ropa, ni siquiera en el umbral. Tuvimos que detenerle, porque aún se nos veía desde el pueblo. Una vez dentro, sería distinto.

Buf murmuró, cambiando de tono:

—Como es lógico, estos salvajes están acostumbrados a ir por la selva totalmente desnudos. Pero están llenos de tabúes sexuales. Nunca le covenceréris de que intervenga en una escena amorosa.

El perro estuvo genial. Cerró los ojos y se dejó arrastrar por Buf, que cuando pasó a mi lado me murmuró:

—Te has puesto demasiado Arpège. En la selva no están acostumbrados al perfume francés. Los ahuyenta, si es que no les incita a otras cosas.

El Príncipe Negro quedó en mis brazos con los ojos

cerrados. Hasta donde podía verlo, tenía el cuerpo totalmente lampiño, y la piel tan suave como el raso. Olía a limpieza y a sándalo. Me puso realmente a cien.

—Ahora abre los ojos, mira un buen rato a Anne y comienza a incorporarte. Levántala contigo, tómala en brazos y llévala hasta la puerta. —Fue Bart quien le dio estas explicaciones.

—*Oui, monsieur* —dijo el Príncipe Negro con educación.

Todo salió de perlas. Tenía gracia natural y un perfecto sentido del tiempo. Me llevó en brazos por el jardín hasta unos cojines que había en un rincón del patio sin que nadie se lo dijera, y me puso en ellos dulcemente con un beso.

—*Excusez-moi, madame. pour*

C'est

l'art

—dijo, disculpándose tras el beso.

Buf cerró la puerta de la calle de un golpe cuando Bart gritó «¡corten!».

Al Príncipe sólo se le había enfocado hasta el momento de cintura para arriba y aún llevaba los pantalones. Ahora se nos tenía que hacer una toma larga mientras estábamos en los cojines y el cámara accionaría el zoom cuando comenzásemos a hacer el amor. Jimmy se quitó los pantalones y se tendió a mi lado. Me encantó comprobar que por lo menos tenía vello púbico; habría sido un poco decepcionante que no lo tuviera. Y estaba muy bien dotado, dicho sea en honor de la verdad.

—Olvida ahora la timidez —le dije para darle ánimos—. Desabróchame la blusa, suéltame el pelo, haz lo que sientas. Lo mejor es hacer que parezca de verdad.

Esperaba haberle relajado. Me tendí de espaldas y aguardé a que Bart dijese «Acción», preguntándome qué ocurriría.

No sé si Bart dijo «Acción» o no, pero el caso es que no dijo «Corten». La media hora siguiente tuvo que ser el plano-secuencia más largo de la historia del cine. El Príncipe Negro empezó quitándome la blusa y soltándome el pelo, como se le había indicado. Luego, con una sangre fría a prueba de bomba y el refinamiento más absoluto, acometió lo que se me

antojó el Kama Sutra en vivo y en directo. La falda voló por los aires como un pájaro, aunque los pantis con abertura quedaron intactos —no entorpecieron el discurrir de los hechos, adoptáramos la posición que adoptásemos— y todo aconteció con una seguridad, una gracia y un ritmo que poquísimas veces he experimentado. El único inconveniente fue que estábamos bajo el sol del mediodía y sudábamos como cerdos. No me cabe duda de que fue un efecto especial magnífico. No hizo falta que el maquillador nos derramara glicerina encima.

Cuando tuvo el orgasmo, el Príncipe lanzó un rugido primigenio que retumbó en el patio. Luego cayó hacia atrás y rodó lentamente hasta quedar de espaldas, con el pene brillante aún de humedad. También yo quedé de espaldas, mirando el cielo azul y cogiéndole la mano. Me sentía presa de un ligero estupor.

—¡No os quedéis quietos! ¡Haced algo! ¡Esto es una película! —dijo Buf con voz rabiosa—. ¡No tenéis que quedaros ahí para relajaros!

Me incorporé y me apoyé en el codo. El Príncipe Negro yacía inmóvil, como una efigie en una tumba de mármol negro, un rocío de sudor y esperma brillando como diamantes y perlas en su negra piel satinada. Le sequé con mi larga cabellera rubia, apoyé a continuación la cansada cabeza en su estómago y abracé su ya mustio pene en mis brazos no menos mustios. Tenía la punta cerca de la boca. Se la besé.

—¡Corten! —Fui yo quien lo dijo al final.

En cierto momento, Bart se había instalado en el asiento del cámara y se había hecho cargo de la cámara. Sudaba casi tanto como nosotros. El quinceañero de su hijo se había esfumado, probablemente para masturbarse en el cuarto de baño. La amanerada madrastra tenía un aspecto harto menos espiritual y más próximo a la tierra. Sin duda pensaba probar algunas posturas nuevas con su marido aquella noche. Buf y el perro se habían acurrucado juntos en un rincón, igual que dos desobedientes expulsados de la clase. El Príncipe Negro dominaba totalmente la situación. Se irguió cuan alto era, me ayudó a incorporarme y me estrechó la mano cordialmente,

como si acabaran de presentamos.

—*Merci, madame*. Gracias por esta agradabilísima mañana.

Su tono era formal y correcto, y aún empleaba el educado *vous*, como había hecho antes de la escena amorosa.

—Supongo que podemos hacer una pausa para damos una ducha, ¿no? —Miró a Bart.

—Yo creo que podemos dar por terminado el rodaje —contestó Bart—. Ya lo tenemos todo. Lo mejor sería que la película terminase aquí: es el final más feliz que se me ocurre.

—¿Puedo entonces acompañarla a casa, Madame? —me preguntó Jimmy, recogiendo la blusa de seda del suelo y tendiéndomela, como si ayudara a una dama a ponerse el abrigo al final de una fiesta. Hizo lo propio con la falda, tras recogerla de un árbol, y me puso los zapatos, como si yo fuese la Cenicienta.

Paseamos por el pueblo charlando de trivialidades de buen tono, igual que dos extraños que se han conocido por casualidad y que se sienten obligados a trabar una breve conversación. No obstante, cuando llegamos, entró directamente en mi casa como si fuese suya, se sirvió un trago, se dio una ducha, y, en términos generales, se aposentó en el lugar como si estuviese en posesión del derecho divino de los reyes y príncipes negros. Le pregunté dónde estaba su amigo el rubio, y me dijo que apenas lo conocía —que en realidad no viajaban juntos— y que cada cual debía apañárselas por su cuenta. Le manifesté mi intención de hacer las maletas y volver a Roma en el tren nocturno.

—Iré con usted —dijo.

Me vino a la cabeza una frase hecha: «salir del fuego para caer en el infierno».

—Pero si acabas de llegar —protesté.

—No puedo hacer negocios en St. Tropez. El territorio está ya demasiado bien cubierto.

—¿Qué negocios?

—Piedras preciosas del Pakistán.

Me imaginé esmeraldas y zafiros sin tallar reluciendo en

sus manos oscuras. A veces soy de un ingenuo que da asco. Incluso fantaseé con que me ponía una piedra en el ombligo si me lo llevaba a Roma.

—Voy a tomar el autobús de St. Raphael —le dije—. Hay un tren nocturno muy oportuno que llega a Roma mañana por la mañana.

—Estupendo. Iré con usted entonces. Voy inmediatamente a mi habitación a recoger *mes affaires*.

Sus *affaires* resultaron ser un equipo muy curioso, a decir verdad. Había un montón de ropa que a la luz del día parecía más hortera que maravillosa. La ordenó con cuidado encima de mi cama y la fue metiendo doblada en un bolsillo de unas grandes alforjas africanas que, según él, eran de piel de camello. El otro bolsillo me pareció que estaba lleno de papeles.

—¿Y el maletín de las joyas? —le pregunté.

Sacó un puñado de papeles y vi que se trataba de una serie de paquetitos pequeños.

—¿Quieres alguna?

—No, ahora no. Nunca me pongo joyas cuando viajo.

—Tienes razón; es peligroso. Pero me han dicho que las autoridades no molestan a los que duermen para registrarles en la frontera.

Metió los paquetitos en las alforjas y se colgó éstas del hombro.

—¿No es una forma despreocupada de llevar encima una mercancía tan valiosa?

—Así parece menos sospechoso, como si me fuera de excursión por un día. ¿Salimos a comer?

Cogió mi maleta y fuimos andando hasta el más barato de los restaurantes pequeños del puerto, lo que no estuvo nada mal porque tuve que pagar la comida de los dos. Fue él quien pidió la cuenta, pero cuando nos la trajeron, se puso en pie de un salto y dijo:

—Tengo que ver a cierto individuo en aquel yate de allí.

Echó a correr a través de los muelles adoquinados y desapareció en las entrañas de un barco, con las alforjas a cuestas. Tardaba ya en volver y el autobús estaba a punto de

partir. Pagué la cuenta y arrastré la pesada maleta hasta la parada, contenta en cierto modo por haberme librado de aquel sujeto. La fantasía de mil y una noches en Roma bajo una lluvia de piedras preciosas era a fin de cuentas un espejismo. También comenzó a antojárseme bastante extraño el que todo el tiempo que había estado en mi casa —duchándose, recostándose en la cama para tomar un trago, haciendo el equipaje— no me hubiera puesto ni un dedo encima. Ni una caricia, ni un beso. Cabía la posibilidad de que, a modo de rito tribal, el poste totémico sólo se le levantara en público. Las posturas propias del Kama Sutra no habrían tenido pues por objeto mi placer particular. Me instalé en el asiento del autobús con tranquila resignación y cerré los ojos.

No desperté hasta que el autobús llegó a St. Máxime; los entreabrí entonces para ver dónde estábamos. Los abrí como platos cuando vi que las serpientes de Medusa se retorcían un par de asientos por delante, ya que el autobús provocaba sacudidas en el abstruso peinado de Jimmy. Tenía que haber llegado en el último segundo. Cerré otra vez los ojos por si se volvía. Tenía que ganar tiempo, tenía que recuperar mi independencia. Evidentemente, pensaba instalarse en mi casa y hacerse el dueño de todo. Conocía el tipo. Si no te los metes en la cama, te invaden la habitación de los huéspedes. Si no hay habitación de los huéspedes, se instalan tan contentos en el suelo. No tardan en traer a todos sus amigos. Acababa de salir de las guerras de uno de los hippies vividores más encantadores del mundo, el joven Buf, para caer en las de una especie más peligrosa aún.

Cuando llegamos a St. Raphael, Jimmy se hizo cargo de mí y de mi equipaje y, muy amablemente, me llevó la maleta por el camino que conduce a la estación. Esperaba que no quedasen literas en el mismo compartimento, así tal vez me podría escabullir en Roma y desaparecer. Si volvíamos a encontramos, podría decir que le había estado buscando por todas partes. A fin de cuentas, yo no le había invitado. Esta cuestión ni siquiera me había pasado por la cabeza.

Pedí claramente una sola litera en la taquilla, para dar a

entender que íbamos por separado y que él tenía que comprarse su propio billete. Sin embargo, se nos indicó que nos dirigiéramos a la sección internacional, que estaba en un despacho distinto. La guapa rubia que estaba tras el largo mostrador nos vio llegar juntos.

Revolví en el bolso en busca del monedero.

—¿Podría prestarme algún dinero para el viaje? —me preguntó Jimmy—. Creo que se me han acabado los francos. Y es muy difícil cambiar dinero mauritano.

Me sentí perdida. ¿Qué se puede contestar cuando alguien con quien se ha echado un polvo hace unas horas, tras una invitación en toda regla, nos hace una pregunta de aquel jaez? Me urgía saberlo. Pedí y pagué dos billetes y le di uno.

Había ya dos personas en nuestro compartimento; se trataba de una pareja de ancianos franceses que nos miraron con reproche. A juzgar por sus labios apretados, no les gustaban mucho los negros, particularmente en concomitancia con una mujer blanca.

Una vez instalado el equipaje, Jimmy sacó un papel del bolsillo.

—Vi a Buf en la plaza cuando fui por *mes affaires*. Me pidió que le entregase a usted esta nota.

Decía sin más: «Buen viaje. Cada mujer encuentra al Príncipe que se merece».

El tren se puso en marcha. Miré por la ventanilla y sonreí al mar en tinieblas. Me sonreía a mí misma y a mi debilidad.

Entre Niza y la frontera, el tren sigue la costa y permite contemplar inesperados espectáculos de un azul increíble enmarcado por rocas desiguales, espectáculos oscurecidos a menudo por los sucios y sempiternos prismas blancos de barata arquitectura moderna. Recordaba los paisajes que veía en mi infancia desde las terrazas de los chalets *belle époque* flanqueados de palmeras. Me recordaba sentada en la Croisette de Cannes para que mi institutriz pudiese mirar a las hermanas Dolly cuando entraban en el camino. El verano en que cumplí los ocho años estábamos en Juan les Pins. Recuerdo a mi madre diciendo: «¡Mirad! Zelda Fitzgerald lleva el pelo a lo garçón, igual que yo», cuando nos cruzamos

en la playa con Scott Fitzgerald y señora y Gerald Murphy y su mujer.

Había vuelto a ver a los Murphy durante la segunda guerra mundial. Pero mi madre y los Fitzgerald ya habían muerto junto con su época. Mi madre, que viajaba siempre en el Tren Azul con un conde italiano, entre la tapicería aterciopelada de las literas de primera clase, se habría sorprendido al verme en literas de segunda, en un asiento, en un tren verde y con un «príncipe» negro.

El viaje nostálgico continuó: Montecarlo, Antibes, Juan les Pins, Mentón, y la frontera italiana de Ventimiglia. Acababa de quitarme la falda y de instalarme en mi litera cuando subió al tren la policía francesa, seguida de los aduaneros italianos. Jimmy parecía nervioso y no hacía más que pasearse por el pasillo. Había dejado las alforjas de piel de camello a los pies de mi litera y las había tapado con las mantas. Fue lógico que lo hiciera, porque no dejaba de ir de un sitio a otro. Ocupábamos las literas del centro. La pareja francesa ocupaba las de abajo. Las de arriba estaban vacías.

—¿Dónde está su equipaje, Monsieur? —preguntaron a Jimmy en el pasillo.

—Viajo sin equipaje —contestó ante mi asombro.

Le pidieron que les enseñara el billete.

—¿Va usted a Roma sin equipaje?

—Ya compraré allí lo que me haga falta, si es que decido quedarme.

—¿Cuál es su compartimento?

Otra vez ante mi sorpresa, señaló con ademán inconcreto el compartimento contiguo. Los aduaneros entraron en él, pidieron a todos que enseñaran el respectivo equipaje, quedaron satisfechos al comprobar que ninguno era el de Jimmy, parecieron un tanto desconcertados, pero se encogieron de hombros y entraron en nuestro compartimento. Las alforjas de camello me pesaron de pronto lo indecible en los pies.

Enseñé mi pasaporte británico y señalé la gran maleta roja. Los aduaneros se dieron la vuelta para irse, pero en un sitio tan reducido no había mucho espacio para girarse y uno

de ellos apartó mis mantas sin darse cuenta.

—¿Es esto suyo, señora? —preguntó con educación, señalando las alforjas.

—No. Alguien ha tenido que ponerlo ahí —dije, esforzándome por no manifestar ningún nerviosismo.

—¿Es de alguno de ustedes? —preguntó a la pareja de ancianos franceses.

Le miraron desde las respectivas literas con los labios más apretados que nunca.

—Yo vi cómo el caballero negro lo ponía ahí —dijo el hombre.

El aduanero lo cogió y miró en ambos bolsillos. Sacó uno de los pequeños envoltorios de papel. Se lo entregó al compañero y éste lo abrió. No había joyas en el interior, sólo un polvo blanco. Abrieron otro. Lo mismo. Entonces lo comprendí todo… y me eché a temblar. Tenía que ser heroína o cocaína: y había docenas de paquetitos.

—¿Conoce usted al caballero? —me preguntó el hombre.

Jimmy apareció en la puerta.

—La señora y yo no nos conocemos —dijo, galante hasta el final.

No comprendí por qué no había saltado del tren hasta que vi más policías franceses a sus espaldas. Parlamentaron rápidamente entre sí y al cabo me pidieron que abriera la maleta roja. Salté en bragas de la litera, busqué la llave y abrí la tapa. Estaba llena de inofensiva ropa blanca, pero abrieron el sobre en que había guardado las dos esquelas que me había escrito Buf; la nota de despedida la tenía aún en el bolso. No encontraron nada sospechoso. Luego volvieron a revisar mi pasaporte y advirtieron mi edad. Les pareció del todo improbable que estuviera relacionada con Jimmy. La pareja de ancianos me asaetaba con los ojos, pero no dijo nada.

—Venga con nosotros —dijeron a Jimmy los aduaneros.

Jimmy me miró desde la puerta sin hacer que me conocía y con distancia aristocrática. El corazón se me aceleró por él por vez primera desde que nos habíamos conocido. Hizo una educada reverencia a todo el compartimento.

—Messieurs, Mesdames, buenas noches —dijo.

Vi cómo lo conducían al andén. Yo no podía hacer nada.

Cuando el tren volvió a ponerse en marcha, era totalmente de noche. La luna había salido sobre el mar cuando dejamos atrás los arrabales de Ventimiglia, ya en Italia.

Vi por la ventana los altos cipreses de los jardines Hambury a la luz de la luna y recordé a la célebre familia de expatriados ingleses que había invertido tanto tiempo y amor creando aquellos elegantes jardines en el período de entreguerras. Ahora era un parque público. Gracias a Dios que aún no han edificado aquí, dije.

Bajé la persiana y me eché en la litera, tranquila por haber dejado atrás todos los problemas y por estar sola. Cerré los ojos y caí en un sueño apacible.

Epílogo. No mires ahora, pero los sesenta están a la vista

Italia, junio 1976
Edad, 59

Había pasado otro año, me encontraba muy bien, pero Italia se ponía difícil. El coste de la vida había vuelto a subir. El Mercado Común sabía subir los precios y empobrecer a los ciudadanos con éxito rotundo. Mis amigos italianos predecían un triunfo electoral de los comunistas y mis amigos extranjeros preguntaban: «¿Dónde vivirás entonces?». Iba a haber elecciones generales próximamente.

—Votaré por los comunistas y me iré del país después —dijo mi yerno el siciliano cuando pasó a hacerme una visita—. Italia necesita el comunismo, pero yo no. ¿Qué piensas hacer tú Anne?

—Podrías buscarte un simpático millonario norteamericano y sentar cabeza —dijo con convencimiento mi hija Vanessa—. Vas a cumplir sesenta dentro de nada.

Como de costumbre, yo estaba regando las plantas. Era absurdo dejar que se muriesen los geranios sólo porque se fuese a implantar el comunismo, aunque a lo mejor tenía que plantar geranios rojos al año siguiente. Hasta el momento me había especializado en todos los matices del rosa. Norman Douglas me había dicho en Capri años atrás: «Los geranios rojos son plantas vulgares, querida. No son propios de los jardines particulares, sólo de los parques públicos». En consecuencia, había eliminado de mi vida los geranios rojos, aunque desde entonces mi vida se había convertido en un parque público.

—¡Abuelita! ¡Abuelita! ¡Mira el avión!

Los dos chicos de Vanessa se habían puesto a saltar mientras señalaban al cielo, donde un avión antiguo tiraba de

una pancarta en la que se leía: VOTA DEMOCRACIA CRISTIANA.

—¿Qué dice, abuelita? ¿Qué dice? —preguntó Mark, que aún no sabía leer.

—Dice: «Beba Coca-cola» —contesté.

—¿Por qué les dices eso? —preguntó mi hija.

—Porque no quiero que les envenenen con política el inocente cerebro.

Como si hubiera recibido una orden, el avión descargó una lluvia de panfletos electoralistas que cayeron revoloteando para alfombrar una ciudad llena ya de basura hasta las rodillas. Matthew y Mark no cabían en sí de gozo y saltaban para atrapar los papeles que revoloteaban y recogían los que había en el suelo. Cuando reunieron un buen montón, fueron hasta la barandilla de la terraza y los tiraron a la calle uno por uno, gritando: «¡Beba Coca-cola! ¡Beba Coca-cola!».

—Mira lo que has hecho —dijo mi hija—. Les has insuflado instintos comerciales en el inocente cerebro.

—Y no lo soportas, ¿verdad? —repliqué, y fui a contestar al teléfono.

Era Rudi.

—Acabo de llegar y quisiera invitarte a comer en Ranieri.

—Se ha puesto por las nubes. Los precios se han disparado con la inflación. ¿Dónde te hospedas, por cierto?

—En el Hassler.

—Dios mío, Rudi. Sólo los millonarios norteamericanos se alojan ahí.

—Estoy a punto de serlo. Bueno, ¿nos vemos dentro de una hora en Ranieri? Tengo algo muy importante que decirte.

—De acuerdo. Vanessa está aquí con los niños y tendré que hacerles antes la comida. Quiere casarme con un pretendiente ideal, como de costumbre. Me vendrá bien una escapada.

—Pero es que es de eso de lo que quiero hablarte. Yo también creo que deberías casarte.

—No me pongas nerviosa, Rudi. Me estoy esforzando por renunciar a la sexualidad y no me resulta nada fácil. No me vengas a fastidiar ahora.

—El matrimonio puede ayudarte a renunciar a la sexualidad.

—Me temo que suele ser así. Pero ya lo discutiremos mientras comemos.

Los niños chapoteaban en la terraza sobre los charcos que había formado la regadera, ya que algunas macetas estaban resquebrajadas. Me hacía falta un marido rico que me arreglase la terraza. La casa entera comenzaba a desvencijarse.

—Era Rudi —dije.

A Vanessa le caía bien Rudi porque era más o menos de mi edad y nos conocíamos desde hace tanto tiempo que nuestra relación se había vuelto del todo respetable.

—Rudi también quiere que me case —me quejé.

—Estupendo. ¿Por qué no te casas con él? Por lo menos, ya conoces lo peor que tiene; es un comienzo óptimo para un matrimonio.

—Pero yo quiero ser libre, niña cínica.

—¿Qué harás con la libertad cuando tengas sesenta años?

—Ya cruzaré el puente cuando llegue a él.

—Lo tienes casi delante, madre.

Hice caso omiso de la observación.

—Venid aquí, cabroncetes —grité a los chicos—. O dejáis de hacer eso u os quitáis la ropa para que no se os ensucie. —No me hicieron caso—. ¡Matthew! ¡Mark!

Cogí a uno y mi hija cogió al otro. Los desnudamos y se pusieron a corretear con alegría, totalmente desnudos, sembrando las baldosas de huellas de pies.

—Tus hijos están bien dotados —comenté—. Harán feliz a cualquier mujer.

—¿Consiste en eso la felicidad? —preguntó mi hija.

—No sabría decirte. Me he esforzado por averiguarlo. Cuando se sabe demasiado, las ideas se confunden.

—¡Abuelita! ¡Mamá! Ya vuelve al avión.

Miré al cielo. Era un avión distinto. Aquel exhortaba al pueblo italiano a votar por el nuevo partido fascista con una pancarta que decía: VOTARE M. S. I. E VOTARE BENE.

—Es otro avión y dice otra cosa —exclamó Matthew, demostrando que sabía leer.

—¿Qué dice éste, abuelita? —me preguntó Mark, haciendo caso omiso del superior conocimiento del hermano.

—Dice «Bebe Pepsi-cola» —contesté sin vacilar, mientras una nueva nube de octavillas cubría el cielo.

—¡Beba Pepsi-cola! ¡Beba Pepsi-cola! —gritaron los niños desnudos con alegría, cogiendo y tirando los panfletos al aire.

Mi hija y yo entramos en la casa para preparar la comida.

—Yo les daré la comida, mamá. Tú ve y haz que Rudi te haga una proposición —dijo Vanessa para estimularme.

—¡No seas idiota! Rudi no me lo propondría nunca.

Me lo propuso. Sentado en el rincón de la sala de brocado rojo del Ranieri, me dijo que su padre había fallecido y que ahora era propietario de un castillo en los Dolomitas, de un piso grande en Viena y del piso que ya tenía en Nueva York. El viejo barón se lo había dejado todo.

—¡Necesito que alguien cuide de todas estas casas! —dijo.

Me sentí más bien irritada por lo que aquello daba a entender.

—¿Por qué no contratas un ama de llaves? —le solté. Me esforzaba por eludir todo sentimentalismo. La propuesta de Rudi me había deprimido.

—No pegaría —replicó Rudi—. Lo que yo necesito es una baronesa.

—Ya me ha resultado bastante difícil ser una señora toda la vida. ¿Ahora voy a tener que ser baronesa también?

—¿Y por qué no? Lo harás de maravilla.

—¿Y dónde vivirás tú, barón von Hoffman?

—En los Estados Unidos sobre todo. Me podrás visitar allí siempre que quieras. Me han ofrecido un trabajo estupendo como director de un nuevo conservatorio. Me vendría bien tener una esposa.

—Rudi, el matrimonio no es un problema de decoración

interior.

—¡Tonterías! Lo es. Un buen matrimonio consiste en tener objetos que peguen y las cosas en su sitio.

—Quizá, pero yo siempre me he casado por amor, y la duración del amor no coincide con la duración de la vida. Me he acostumbrado a cambiar de hombre cuando cambia la estación. ¿Cómo voy a sentar cabeza precisamente contigo?

Rudi me cogió la mano por encima del rosáceo mantel adamascado. Fue la mano izquierda, donde ostentaba los tres anillos de boda.

—¿Recuerdas cuando te di éste? —dijo, tocando el que estaba encima.

—Sí. Fue el día en que me dejaste.

—Bueno, pues he vuelto.

—Creo, Rudi, que has esperado demasiado. Estoy hecha a mi tren de vida. He adquirido el hábito del amor.

—Yo no te pido que cambies nada ni que renuncies a nadie —me rogó—. Tú me enseñaste a no querer cambiar la vida de la otra persona; sólo a sumar, nunca a restar. —Me miró con aire suplicante y añadió—: Una cosa está clara, Anne, y es que, a nuestra edad, los jóvenes no van a estar llamando siempre a la puerta, ¿no crees?

Sonreí, pero no dije nada. De pronto me sentí más relajada. Se acercaba un camarero y dije:

—¿Tomamos más champagne? ¿Puedes pagarlo?

—Por supuesto. Mi padre me ha dejado mucho dinero, sobre todo en Suiza. Quiero disfrutarlo y quiero que tú lo disfrutes conmigo.

—Ya disfruté siendo pobre contigo, Rudi; no sé si quiero ser rica. Siempre me ha parecido que los ricos se aburren muchísimo.

El camarero nos sirvió el champagne. Habíamos tomado champagne en compañía con frecuencia, pero nunca estando a solas los dos. No nos iba en absoluto. Estábamos cambiando.

Notas del Diario. Roma, 21 de junio de 1976.

¿Tiene razón Rudi? ¿Y no habrá más jóvenes que llamen a mi puerta? ¿Por qué tendrían que hacerlo? Tengo casi sesenta años. ¿Tendría que acostarme con alguien de mi edad?

Creo que hay cuatro motivos por los que un joven se acuesta con una mujer madura. Helos aquí:

(1) El dinero. Ella se lo costea todo, o por lo menos tiene lujos que él puede compartir: casa propia, coche, un estilo de vida que probablemente es más acomodado que el del joven. Cuesta dinero salir con chicas, y seducirlas también.

(2) La ocasión. Un joven se encuentra en una situación propicia con una mujer otoñal. No tiene a nadie más a quien recurrir y sus energías sexuales juveniles le llevan a aceptar lo que sea. Disfruta de la situación y advierte que ella es una solución sexual exenta de problemas, por lo que no tarda en volver por más.

(3) La clase y el color. Los jóvenes no ven que una es vieja; sólo que es una princesa y/o blanca.

(4) El joven necesita una figura materna, o porque teme fracasar con las chicas o sencillamente porque siempre ha querido joder con su madre.

Me levanté a la mañana siguiente sin saber aún si aceptaba o no la propuesta de Rudi. Iba a venir a comer y a saludar a Vanessa y a los niños, que se iban a quedar aquella noche.

Abrí el armario sin saber qué ponerme para aquel día decisivo. En el estante superior estaban las cajas de zapatos llenas de cartas de amor. Cogí la que ostentaba la etiqueta «Cartas de mis jóvenes» y las miré por encima. Había postales de Jean-Louis, un poema de Gregory, el manifiesto de Joseph, cartas de Grant, el *collage* amoroso de Evaristo y muchas más. ¿Había valido la pena todo aquello?

Salí a comprar y encontré a Rudi en el mercado. Me compró flores en un puesto apartado del que se encargaba una mujer de pelo negro y que se parecía a Anna Magnani, Dios tenga piedad de su alma romana. Cuando murió Anna Magnani, la época neorrealista del cine italiano murió con ella. La Roma que yo había conocido en los últimos veinte años se moría también, desgarrada por las luchas políticas y

agotada por la inflación.

Fuimos a casa sin prisa por las adoquinadas calles del mercado que hay junto a la plaza de España, disfrutando del fuerte sol y del olor de la fruta caldeada. Compré la última cesta de diminutas fresas silvestres de Nemi. La temporada de las fresas había pasado.

La casa estaba en silencio cuando llegamos. Vanessa se había acostado para descansar. Saltó de la cama para abrazar a Rudi.

—¿Y los niños? —preguntó éste—. Me gustaría verlos.

—Bueno, han estado revolviendo en los armarios de la abuelita y ahora están jugando en la terraza.

—Están demasiado callados —dije—. Se habrán entretenido con algo.

—Iré por ellos —dijo Rudi, y se dirigió a la terraza. Les oímos parlotear con animación. Me senté en el borde de la cama de Vanessa.

—No consigo aclararme —le dije—. No sé qué contestar a la proposición de Rudi.

—Tranquilízate. El destino decidirá —dijo con sabiduría.

Hubo gritos infantiles en la terraza. Rudi volvió corriendo. Otro avión cruzaba el cielo en aquel momento; tal vez hubiese una revolución a la vuelta de la esquina.

—No sé qué están haciendo los niños —dijo Rudi casi sin aliento—. Pero parece que están tirando a la calle todas tus cartas. Matthew dice que es algo relacionado con las elecciones.

Vanessa y yo nos dirigimos corriendo a la terraza. Los chicos habían cogido las cajas de zapatos que ostentaban las etiquetas «Cartas de amantes» y «Cartas de mis jóvenes», y habían arrojado su contenido a los cuatro vientos, igual que octavillas de propaganda electoral.

—¡Beba
Coca-cola
! —gritaba Matthew.

—¡Beba Pepsi-cola! —gritaba Mark.

El avión tiraba de una pancarta que decía, CONTRA EL PCI. VOTA PARTIDO NACIONAL.

—Es una batalla perdida —comenté mientras veía que mi preciosa colección de cartas de amor desaparecía sobre los techos de Roma como una nube de mariposas blancas.

—Mientras haya paz —dijo Rudi.

Los niños habían arrojado la última carta y buscaban más con la mirada. ¿Habría más en lo sucesivo?, me pregunté. Quizás hubiera que renunciar a los jóvenes antes de que ellos renunciaran a mí.

Volví a entrar, dejando a todos en la terraza. Era el 22 de junio de 1976 y acababa de renunciar al sexo una vez más.

Cuando entré en la cocina para servirme una taza de café, sonó el timbre de la puerta. ¿Quién sería? No esperaba a nadie.

El timbre sonó otra vez, con insistencia: era un timbrazo juvenil, impaciente, masculino.

Corrí hacia el vestíbulo y abrí la puerta.

Notas

[1] Se entiende que se trata de la palabra inglesa: *treasure*, que se pronuncia aproximadamente *treshe*, con la e final oscura. (N. del T.). < <

[2] Ladilla en inglés: *crab louse*, literalmente «piojo cangrejo». (N. del T.). < <

[3] Se trata de un híbrido de la rosa de Bengala, o de té, creado en 1935 por el botánico francés Francis Meilland, que le puso el nombre de su madre, Mme. Antoine Meilland, aunque suele denominarse corrientemente «Paz». (N. del T.). < <

[4] Folletín para niños de Charles Kingsley, publicado en 1863. (N. del T.). < <

[5] Poema de Tennison (N. del T.). <<

[6] Las palabras en cursiva en este capítulo, se hallan en castellano en el original. (N. del T.). < <

[7] Expresión francesa que alude a aquellas personas que, a cambio de su trabajo, no perciben salario, sino cama y comida. (N. del T.).
<<